



de

anna langfus

la sal
y el
azufre

La sal y el azufre es el relato, escrito en primera persona, de las vicisitudes de una joven judía perseguida por los nazis.

Libro subjetivo, cuya protagonista lucha, se debate para salvar a sus seres queridos, para sobrevivir o para morir, sin plantearse cuestiones sobre el bien o el mal. Su dignidad proviene de la manera instintiva con la que acepta ciertos valores humanos.

OceanofPDF.com



Anna Langfus

La sal y el azufre

ePub r1.0

Titivillus 21.10.2021

OceanofPDF.com

Título original: *Le sel et le soufre*
Anna Langfus, 1960
Traducción: Ramón Hernández
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Azufre y sal, toda la tierra es un brasero.

DEUTERONOMIO, XXIX.

OceanofPDF.com

CURSO PREPARATORIO

Cuando el señor Luka reía, echaba la cabeza hacia atrás y sólo se le veía el vientre, estremecido por la risa. Hubiérase dicho que los extraños sonidos en que se traducía la hilaridad del señor Luka surgían de su vientre. Una especie de inquietud se adueñaba entonces de los testigos de la crisis; aquella sucesión de grititos ahogados sugería poderosamente un horrible asesinato en plena comisión. El señor Luka reía en aquel momento, y quizá por esto no los oímos llegar. Cuando los vimos estaban ya encima de nuestras cabezas, cruzando el cielo uniformemente azul. Brillaban al sol como pequeños instrumentos preciosos y precisos. Mi madre los miraba extasiada y un resplandor danzaba en sus ojos. Yo miraba a mi marido, sentado a mis pies, que se había llevado la mano a la frente para protegerse del sol. Aquel día nos hallábamos todos reunidos en el balcón y acabábamos de almorzar. La luz recortaba en metal las hojas del jardín. Dos obreros trabajaban en la reparación de una cerca. Moviéndose lentamente, parecían también embotados por el calor excepcional de aquel día de setiembre. Otros aviones habían surgido, como suscitados por el mismo azul del cielo, y se dedicaban con aplicación a tejer las mallas de una red invisible.

—Miren, miren —decía el señor Luka, cuya cabeza había reaparecido sobre sus hombros—; vamos, no digan que no somos capaces de defendernos. Miren esto y confiesen que tenemos con qué hacernos respetar. ¡Los que hay...! Polonia se prepara.

Y en su voz vibró una determinación viril.

Mi padre acababa de servirse la tercera taza de té y sonreía con benevolencia. Los árboles del jardín despertaron, de pronto sacudidos por un súbito estremecimiento, sin que advirtiéramos el menor soplo de viento. La segunda bomba cayó al otro lado de la cerca en la que trabajaban los dos hombres. Les vi arrojarse al suelo. Mi padre había inmovilizado la taza muy cerca de sus labios, y ahora la dejó de nuevo encima de la mesa Con precaución como consciente de su extrema fragilidad. El señor Luka, lamentablemente, repetía, una y otra vez:

—Es un error, les aseguro que es un error, un simple error...

Mi madre había fruncido el ceño; en su frente se había abierto un profundo surco por el que se retiraba toda la juventud de su rostro.

—Entrad en casa, hijos míos —nos dijo—. De prisa.

Su voz era como una mala imitación de sí misma. Juiciosamente, volvimos al comedor, y, sin saber demasiado por qué, nos sentamos en torno de la mesa grande, cada uno en su sitio habitual. Oímos cómo se cerraban, una tras otra, todas las ventanas del piso. Era Nunú, mi niñera, que se apresuraba a aislar nuestro pequeño universo del desorden exterior. La explosión de la tercera bomba se confundió con el estruendo que hizo nuestra lámpara de cristal al desplomarse en medio de la mesa. Nadie se movió aparte del señor Luka, que se contorsionaba para levantarse de un sillón que rellena con exceso. Observé ante mí un fragmento de una de las lágrimas de cristal, en el que la luz liberaba sus colores. El ruido de una silla al ser retirada hacia atrás me obligó a levantar los ojos, y vi que mi madre desaparecía en la estancia contigua. En aquel preciso instante vi también el rostro de mi marido. Un largo reguero de sangre le cruzaba la frente. Tuve entonces la breve visión de un grabado que ilustraba uno de mis viejos libros de Historia, en el que aparecía, bajo las bóvedas de un subterráneo, un hombre al que torturaban, antes de lanzarme hacia Jacques y estrecharle entre mis brazos. Sólo acertaba a repetir su nombre, oprimida por un sentimiento nuevo e intolerable.

Jacques creía que, simplemente, tenía miedo de los aviones e intentaba tranquilizarme.

—Ya han pasado —decía—, y no volverán; se acabó...

Detrás nuestro oí a Nunú que exclamaba:

—¡Jesús y María! Pero si está usted herido, señor Jacques...

—¿Yo? —exclamó Jacques, asombrado.

Y me apartó suavemente. Se pasó una mano por la frente, y la retiró roja de sangre.

Mi madre volvía cargada de pertrechos farmacéuticos. Con autoridad, tomó a mi marido en sus manos, y, con ademanes precisos, inteligentes, le lavó la herida, la desinfectó y fijó el apósito con una tira de esparadrapo. La niñera, entre tanto, repetía:

—Es el fin del mundo, el fin del mundo...

El señor Luka se había liberado de su sillón y permanecía de pie, siguiendo con mirada de asombro los movimientos de mi madre. Su vientre había perdido parte de su arrogancia y daba la impresión de pender un poco, como un globo deshinchado. Tímidamente, intentaba aún engañarse a sí mismo.

—Sin duda ha sido un error. Siempre puede producirse un error durante las maniobras...

El verdadero bombardeo, del que sólo habíamos sufrido el prelude, comenzó. Las bombas caían sin interrupción, estallaban lejos unas veces, y otras en las proximidades, alternando los latidos de nuestros corazones de manera imprevista. Los fragmentos de la lámpara, encima de la mesa, empezaban de pronto a vibrar y se producía como un cascabeleo de luz y de colores. Oímos los cristales de una ventana que saltaban hechos astillas. Observé que el bigotito de mi padre temblaba por uno de sus extremos, ridículamente, como agitado por un tic nervioso. El señor Luka se agarraba al bufete. Con la ayuda de Jacques, mamá se dedicaba a recoger los trozos de lámpara esparcidos por todo el comedor. Lo hacía con calma, con una expresión de gravedad que sugería que lo único razonable que cabía hacer era precisamente poner orden en la estancia.

—Señora María, ¿cree usted que durará mucho? —preguntó la vocecilla del señor Luka—. Tengo que volver a casa. Sí, sí —se obstinaba—, he de volver.

—Si se ve con ánimo, vaya. Si no, espere y póngase tranquilo.

Luka olvidó su miedo y dirigió una mirada maligna a mi madre.

—Parece que no se andan con chiquitas con los judíos.

Dejó transcurrir unos segundos para poder juzgar el efecto de sus palabras, cuyo único resultado fue poner de nuevo en movimiento el bigote de mi padre, y luego repitió, silabeando claramente:

—Parece que no se andan con chiquitas con los judíos.

La casa tembló, y tuve la impresión de que el suelo vacilaba bajo mis pies. La voz del señor Luka volvió a sonar de nuevo humilde e insegura.

—Tal vez sería más prudente bajar al sótano.

—La puerta del sótano está debajo de la escalera, a la derecha —dije.

El señor Luka ya no me divertía. En aquel momento le odiaba. Estaba deseando perder de vista su feo y lívido rostro. Pero no fue necesario enseñarle el camino. Apenas oyó mis palabras corrió hacia la puerta, y la dejó abierta tras de sí.

—Los alemanes tendrán al menos un aliado, aquí —dijo mi madre.

Se produjeron todavía dos o tres explosiones sordas, lejanas, un avión pasó, volando muy bajo, y luego se hizo el silencio. El rostro de mi padre se serenó. Se acercó al bufete y sacó una botella de licor y una copita. Después de llenarla se volvió hacia nosotros:

—Necesito entonarme.

Era su fórmula habitual para justificarse cada vez que sentía deseos de tomar una copita de licor. Aquello bastó para hacernos creer que todo continuaría como en el pasado, que el orden cotidiano de nuestra vida se prolongaría indefinidamente, a pesar de la guerra, a pesar de los alemanes.

—Eso que cuentan de los alemanes —dijo mi padre—, me parece muy exagerado. En realidad, ¿qué sabemos de ellos, de lo que hacen y lo que dejan de hacer? Nada. Nada concreto. En mi opinión, sería estúpido dejarse impresionar por rumores que nadie ha comprobado.

Acodado en el bufete, la copa en la mano, mi padre exponía con serenidad las razones que teníamos para no alarmarnos. Pero nadie le escuchaba. Todos hablábamos a la vez, reíamos, bromeábamos, afanosos por restablecer un equilibrio comprometido por un instante.

—¿Y si jugáramos un póquer? —propuso Jacques.

Durante los días que siguieron jugamos mucho al póquer.

Deliberadamente, volvíamos la espalda al porvenir. Sólo importaba el hecho de estar juntos en nuestro pequeño universo cerrado. Habíamos

pegado cintas de papel, en forma de cruz, a los cristales de las ventanas, para protegerlos, y con esto nos considerábamos a salvo. Los bombardeos ni siquiera nos turbaban. No nos considerábamos aludidos. Las bombas caían, y nosotros jugábamos al póquer.

Uno de mis antiguos compañeros había adoptado el hábito de reunirse con nosotros. Antes de sentarse colocaba encima de la mesa una mascarilla. En aquella época se hablaba mucho de bombas de gas. En cuanto se oían las primeras explosiones, mi amigo dejaba las cartas, decía cortésmente: «Perdón», y se ajustaba la máscara. Después, con la mayor natalidad, reanudaba la partida.

Como en el interior de una burbuja suspendida en el espacio, lejos de la tierra, inconscientes de la fragilidad de nuestro refugio, jugábamos al póquer mientras la bestia avanzaba implacablemente sobre sus millares de patas, comía con sus millares de bocas, llevaba la muerte al extremo de sus millares de brazos. Hasta que una noche penetró en la ciudad, sin hacer ruido, y se instaló en medio del sueño de los hombres.

Era una noche como las demás, apacible. Como lo había hecho siempre en mi niñez, hasta que me casé, yo me había acostado antes que los demás, porque, instintivamente, al volver a la casa de mis padres había adoptado de nuevo mis antiguos hábitos. Las voces de las personas mayores, mi marido y mis padres, que llegaban ahogadas hasta mí, me producían un sentimiento de paz, de seguridad, el mismo que siempre había experimentado en la cama, y que procedía de la sensación de que otros velaban, otros decidían, otros sabían lo que habría que hacer en cualquier circunstancia, sin que yo tuviera que preocuparme. Después apareció Nunú, llevando en la mano el eterno vaso de noche. En vano protestaba yo, y le aseguraba que ya era lo bastante mayorcita para levantarme; todo era inútil. La niñera, molesta, me decía: «¡Claro que te levantarás! ¡Descalza, para pillar un resfriado! ¡Te conozco demasiado!». Si insistía, asegurándole que jamás tenía necesidades de aquel género durante la noche, replicaba, gravemente: «Esto no puede saberse de antemano». Y dejaba el vaso de noche junto a la cama, a la vista. Aquella noche lo miré, forma barriguda de porcelana blanca que parecía burlarse de mí. Generalmente me apresuraba a empujarlo bajo la cama en cuanto la niñera salía del cuarto. Pero aquella noche no lo hice. No podía

apartar la mirada de él; le encontraba un aire a la vez burlón y tranquilizador; le atribuía, imaginariamente, una expresión de malicia bonachona, de picardía un tanto burda. Formaba parte de estas cosas sencillas y sólidas en las que descansa un universo cotidiano. Gnomo benévolo, genio titular, dios lar. Me sorprendí a mí misma, disgustada, preguntándome por qué me avergonzaba de él, por qué me empeñaba en disimularlo a toda costa. Y pensaba también en la niñera, en sus besos que olían a lejía, a tabaco, y, cosa rara, a vainilla. Antes de salir, la niñera me había dicho: «El señor Jacques es todo un caballero; pero, aun así, no debieron casarte todavía». Cada noche se despedía con estas palabras. Yo me sentía culpable ante ella. Culpable por haberme marchado todo un año al extranjero, con mi marido, por haber permitido que otra existencia, otros hábitos, otros rostros tomaran posesión de mí. Pensaba en sus celos de todas las institutrices que se habían sucedido a mi lado, y a las que la niñera encontraba siempre algún defecto imperdonable, hasta el punto que mi madre, cansada de luchar, acababa siempre por despedir a una para contratar a otra que se revelaba peor todavía. Tales pensamientos no eran nuevos en mí. Pero en lugar de alejarlos, como solía hacer, aquella noche me complacía en ellos, y me remontaba a la infancia, de la misma manera que se dirige una última mirada a un paisaje familiar antes de abandonarlo para siempre.

Poco después de haber salido la niñera, mi madre cruzó la habitación. La llamé. Se inclinó para besarme y la abracé estrechamente.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

Seguí abrazándola, sin contestar.

—Procura pasar buena noche.

—¿Crees de veras que vendrán...?

—Creo, chiquilla, que ahora tendrás que darte prisa en hacerte mayor.

Un rectángulo de luz inunda la habitación. En el centro del mismo se encuentra mi padre, en pijama, descalzo. Los golpes en la puerta cesan un momento, y luego se reanudan con mayor violencia. Mi padre no se mueve.

Los golpes han despertado también a Jacques; sentado en la cama, escucha. La voz de mamá llega hasta nosotros, velada todavía por el sueño.

—¿Qué ocurre?

Nadie le contesta. Los tres seguimos allá, privados de voz y de movimiento, mientras las llamadas a la puerta redoblan de impaciencia. Mi madre cruza rápidamente el cuarto y desaparece en el pasillo. Oímos su chancleteo mientras se dirige hacia la puerta.

—¿Quién es? —pregunta.

Su voz suena singularmente tranquila.

La respuesta llega inmediatamente: una sola palabra, muy clara, cuyo peso destruye inmediatamente el equilibrio de la espera y nos lanza al mundo del miedo.

—*Aufmachen!*

Salto de la cama. De pie, al lado de mi padre paralizado, oigo el tintineo de la cadena al ser retirada, el ruido del cerrojo al abrirse, el leve gemido de la puerta.

—Dormíamos... —dice mi madre, en alemán.

—Lo siento —dice la otra voz, impersonal—. ¿Cuántos hombres viven aquí?

—Dos.

—¿Edad?

—Cincuenta y tres años y... Escuche...

Pero el otro no escucha. Unas pisadas fuertes se acercan, y el haz de luz de una linterna eléctrica barre la penumbra del cuarto, se adueña del rostro de mi padre, revela su bigote tembloroso y sus párpados, que se abren y cierran sobre unos ojos asustados. Después me toca a mí. La luz se detiene largo rato en mí antes de descubrir a Jacques.

—Usted —dice el hombre, disimulado tras el resplandor deslumbrante de su linterna—, vístase y venga conmigo.

Me arrojo hacia delante, atropellando el haz de luz que nos separa, y logro asirle de la manga.

—No puede ir con usted —dijo, esforzándome por construir frases en alemán—. Está enfermo, muy enfermo.

—Enciendan la luz —dice el hombre, como si no me hubiese oído.

Alguien hace girar el interruptor y el hombre aparece en medio de nosotros: unos cuarenta años, ancho de hombros, cuerpo casi cuadrado. Sus ojos parecen cortados en la tela verde de su uniforme. No es más que un hombre, un hombre como los demás. Y pierdo el miedo.

—No puede llevárselo —digo, con firmeza.

El hombre me mira, en mi camisión transparente, con la misma sonrisita con que lo hubiese hecho otro hombre cualquiera en su lugar. Ello me presta todavía más seguridad.

—Estaba segura de que lo comprendería.

Su sonrisa se desvanece inmediatamente.

—Lo siento —dice—, hemos recibido la orden de concentrar a todos los hombres en edad de llevar armas.

—Pero si le aseguro...

Ante aquel rostro pétreo, ceso de encontrar palabras.

—Es inútil insistir —dice todavía—. Es la orden.

Jacques se levanta y empieza a vestirse, tranquilamente, metódicamente.

—Más de prisa —dice el alemán.

—¿Adónde le lleva? —le pregunto, inclinándome así, ya, a su voluntad.

—Lo guardaremos como rehén. Queremos estar seguros de que sus compatriotas se estarán tranquilos. Si todo marcha bien, no tardará en volverle a ver.

Jacques acaba de vestirse. Ya no me pertenece. Pertenece a este hombre vestido de verde, de rostro inexpresivo. Cuando está listo, mi madre le ofrece su impermeable. El ademán simple con que lo coge, me hace perder la cabeza. Ya no pienso en construir frases: con palabras incoherentes, en alemán, en polaco, me agarro a ese hombre que la noche ha arrojado entré nosotros, le suplico que no se lleve a mi marido, que me lleve a mí, que me mate... Con un movimiento del brazo, el hombre me rechaza y una sombra de desprecio pasa por sus ojos. En el momento en que salen, los dos, empiezo a chillar, a chillar cada vez más fuerte, mientras mi madre me sujeta, me abraza con fuerza, firme, despiadada.

La puerta se cierra de golpe tras ellos, y, de pronto, me calmo. Mi padre sigue allá, inmóvil, en pijama, con su bigotito que no cesa de temblar por uno de sus extremos. Veo a la niñera, que se oculta en un rincón. Los tres

tienen los ojos fijos en mí, sus ojos llenos de compasión. Mi madre intenta una caricia tímida. La rechazo. La cólera que se alimenta de mi impotencia se revuelve contra ellos, cobardemente.

—Bueno, ¿a qué esperáis para volver a acostaros? Estaríais mucho mejor con el calorcillo de la cama. No vale la pena fingir. Nunca le quisisteis. Os privaba de mí. Tal vez no vuelva, tal vez lo maten... Pero tampoco a mí volveréis a verme. ¡Me voy! ¡Me voy!

Apresuradamente, equivocándome a cada paso, poniéndome las prendas al revés, recomenzando de nuevo enfurecida, me visto. Mi padre sale de su inmovilidad. Da un paso hacia mí.

—Mira a tu madre —me dice—. Mírala. No puede más.

—No, eso no, nada de chantajes sentimentales. ¡No has hecho nada para impedir que se lo llevaran! ¡Nada!

—Ya viste que no había nada que hacer.

Mi comportamiento ridículo, mi cobardía inútil, mis vanas súplicas, todo vuelve a mí en un instante.

—¡Os odio! ¡Os odio! ¡Fuera de aquí!

La niñera sale de su rincón y hace intención de acercárseme. Pero mi madre la retiene, la obliga a salir, y se retira también, llevándose a mi padre.

Sola, me empeño en introducir los pies en los zapatos, para preguntarme luego, cuando lo he conseguido, por qué lo he hecho, con qué fin. Todo lo que ha ocurrido esta noche retrocede de pronto a un pasado insondable. Llevo toda una eternidad sentada en esta silla. Algo me duele. Vagamente. Algo que forma parte de mí. Un sufrimiento muy antiguo que hinca sus raíces más allá de mi memoria. ¿Por qué estoy sola? ¿Dónde están los demás? Mis ojos se fijan en un punto, junto a la cama. En un objeto negro, brillante, profundo. Al fin una niebla se forma ante mis ojos. Vuelvo la cabeza... La niebla se disipa y mis miradas se posan en la zapatilla de piel que pertenece a Jacques. Me levanto de un salto y grito: «¡Mamá!». E inmediatamente sus brazos se cierran a mi alrededor, me estrechan, me acunan, me acunan...

... Hasta que advierto la luz del nuevo día que amanece tras los postigos. Y digo, con calma:

—Voy a salir. Tengo que averiguar adónde lo han llevado.

—Sé prudente —se limita a contestar mi madre.

Cierro suavemente la puerta tras de mí. La calle está desierta. Camino largo rato antes de tropezarme con el primer hombre del día. «Están allá —me dice—, en la plaza Lipowa». Y, en efecto, allá están, agrupados en el centro de la plaza, masa sombría en la que es imposible distinguir rostro alguno. Un cordón de soldados alemanes les separa del mundo. Caminando lentamente doy la vuelta al grupo y me detengo delante de cada uno de aquellos hombres, les miro detenidamente a la cara, en busca de una rendija por la cual colarme. Pero siento en mi interior que podría golpear con ambos puños aquellos pechos impenetrables sin provocar siquiera un parpadeo. Sólo un soldado muy joven me sonríe. Tal vez esta sonrisa... La única grieta en la muralla. Me acerco, humilde, suplicante. El soldado me escucha y menea la cabeza. No, no puede dejarme pasar. Prohibido. Una orden es una orden. Insisto. La sonrisa desaparece, la mirada se pierde a lo lejos, por encima de mi cabeza. Así doy la vuelta varias veces a la inmensa plaza Lipowa, acercándome a una y otra de aquellas figuras pétreas. Cuando me siento demasiado fatigada, me siento en el suelo, y después vuelvo a empezar. Una mirada, una expresión, por fugaz que sea, de ironía o curiosidad, basta para hacerme creer en el milagro de que surja allá un hombre al que se pueda hablar, al que yo pueda suplicar, convencer... Pero mis palabras caen como un puñado de gravilla sobre un muro. Al fin, sólo sé repetir maquinalmente: «Déjeme pasar... Déjeme pasar...».

Al día siguiente devolvieron la libertad a los rehenes. Encontré a Jacques cuando me dirigía hacia la plaza Lipowa. No tardé en volver a mis antiguos hábitos. Volví a salir. Con Juliette. Juliette era una muchacha alta y melancólica, de nariz larga y labios amargos, que dirigía miradas tristes a todos los jóvenes con quienes nos cruzábamos. El amor era su gran preocupación y su tormento. A falta de algo mejor, había hecho de él su único tema de conversación. Una mirada dirigida a mí, de paso, le bastaba para edificar sobre ella, inmediatamente, las intrigas más inverosímiles. Por esto salía con ella. Necesitaba la compañía de un ser para quien en el mundo sólo tenían importancia las historias de amor... Debía vivir como si nada hubiese ocurrido. Juliette y yo volvíamos la espalda a la realidad. Y no era fácil. En las calles resonaban las palabras extranjeras, y las miradas

tropezaban con rostros que revelaban la incertidumbre y el miedo. Pero a la larga supe cegarme a mí misma y volverme sorda voluntariamente. No quería oír ni ver nada que pudiera perturbar la clase de vida que yo llevaba, fuera del tiempo. Hasta el día en que encontré, sentado en un peldaño de nuestra escalera, a aquel viejo judío.

Estaba sentado con la cabeza entre las manos. No me dejaba pasar. Permanecí un rato ante él, pero por lo visto no se daba cuenta. Al fin le dije:

—Perdón, señor.

No se mueve. La punta de su barba tiembla. Y entonces comprendo que está llorando.

—Perdón, señor. ¿Me permite pasar?

El viejo levanta la cabeza, y así puedo ver sus ojos salientes y enrojecidos. Murmura una palabra que no entiendo, e intenta levantarse apresuradamente. Al moverse, su sombrero pierde el equilibrio, cae y salta de peldaño en peldaño. Me lanzo en su persecución, pero se me escapa, y sigue saltando hasta la planta. Lo recojo, al fin, y le quito el polvo. Encuentro al viejo judío sentado todavía en el mismo peldaño. Sin duda se ha secado las lágrimas con las manos, de dudosa limpieza, porque se ven en su rostro largos churretes negruzcos.

—Su sombrero —le digo.

Lo coge, sin decir palabra, y se lo pone de nuevo. Después se levanta, intenta bajar un peldaño, le falla el pie, y apenas tiene tiempo de sujetarse en la barandilla.

—Perdón —me dice—. Soy un viejo.

Vuelve a sentarse, esta vez casi pegado a la pared, para dejarme paso.

—Venga conmigo —le digo—. No puede quedarse aquí.

Sus ojos parecen flotar un instante fuera de su rostro.

—Me iré en seguida. No molestaré a nadie.

Le cojo por un brazo.

—Vamos.

Y, no sin esfuerzo, le ayudó a ponerse en pie de nuevo, y así subimos los pocos peldaños que llevan a la puerta de mi casa. Nos abre la niñera.

—¿Quién es? —pregunta, desconfiada.

—El señor tomará una taza de té con nosotros —digo—. Está muy cansado y necesita reposo.

Le invito a sentarse en la cocina, y la niñera, sin decir palabra, de mala gana, le sirve pocos instantes después una taza de té.

—¡Cuántas molestias se toma usted, señorita! —dice el anciano—. Sólo estoy un poco cansado. He caminado veinte kilómetros.

—¿No es de aquí, entonces?

—No, aquí vive mi hijo, el abogado Kaganowski. —Se yergue un poco—. El abogado Kaganowski es mi hijo.

—Le conozco —digo—. Vive en el tercero. Pero ¿cómo le ha dejado irse en este estado?

De pronto, me mira como un animal caído en la trampa. Sus viejas manos arrugadas se abren y dice:

—Me ha echado de su casa.

—¡Vaya! —dice la niñera, detrás de él—. ¿Quién lo hubiese creído? ¡Qué basura de hijo tiene usted!

El viejo levanta vivamente la cabeza.

—No diga esto, señora. No se le puede condenar. Tiene miedo.

—Todo el mundo tiene miedo —contesta la niñera—. Es la guerra.

—Es judío, señora. Y un viejo como yo, al que inmediatamente se reconoce como tal, es peligroso para él. Los judíos están en peligro, señora. En peligro de muerte. En mi pueblo ya han empezado. Han matado a cinco de ellos. No hubiese debido tener miedo. Ya soy viejo. Pero tuve miedo. Y entonces me vine a casa de mi hijo. No debí hacerlo.

—Tómese el té —dice la niñera—. Su hijo es un granuja.

—No, señora, siempre ha sido un buen hijo. Pero ahora tiene miedo. Se preparan cosas terribles para nosotros. —Apura el té y se levanta—. Muchas gracias. Voy a volver a mi pueblo.

Tras algún tiempo, durante el cual me he negado a salir, he vuelto a ver a Juliette. Los días pasan deliciosamente vacíos. Han llegado el invierno y la nieve, y las grandes estufas de porcelana están repletas de carbón. Esta tarde celebramos mi cumpleaños. Me he puesto mi mejor vestido; el

champaña baila en todas las copas. El champaña lo simplifica todo. Y yo sigo bebiendo para que todo sea más sencillo todavía, más fácil. Sólo Juliette y yo hemos seguido en la mesa mientras los invitados, reunidos en el salón, fuman, conversan, juegan a la cartas. Yo no hago más que mirar la nariz de Juliette, que se me antoja desmesuradamente larga.

—¿Y si diéramos un paseo?

—¿Un paseo? —repite Juliette, encantada—. ¿Cómo?

—Ya lo verás. Sal sin hacer ruido, ve a vestirte de calle y espérame ante la puerta.

Pocos minutos después, envueltas en nuestras pieles, bajamos la escalera. Fuera, la nieve del atardecer es azulada. Cruzamos el patio, y, delante de la casa, grito muy fuerte:

—¡Cochero!

Un tintineo de cascabeles surge a nuestra vera y un trineo aparece entre las sombras.

—¿Adónde vamos? —pregunta el cochero, que parece recortado en la masa oscura del trineo, mientras nos acomodamos en el asiento.

—No importa —digo—. Pero queremos ir de prisa. Inmediatamente el trineo parte como una flecha. Flotamos por las calles desiertas, y las fachadas vacilantes se derrumban detrás de nosotros. Los cascabeles suenan como un aviso burlón. Agarrándome al hombro de Juliette, logro ponerme de pie. El viento se arroja contra mí. Y chillo:

—¡Más de prisa, cochero, más de prisa! Si corre más, le pagaré el doble.

—Siéntate —me conjura Juliette, que intenta liberar su hombro—. Estás completamente borracha.

Y el cochero hace restallar el látigo. La calle salta a nuestro encuentro. Los faroles apagados insinúan la noche. Me derrumbo en mi asiento para volver a levantarme inmediatamente.

—Mira, mi querida Juliette, mira todas estas casas. Detrás de estas ventanas hay hombres que duermen en sus camas. Son asesinos. Todos duermen con un cadáver debajo de la cama. Un lindo cadáver, pequeñito, que tiene su mismo rostro, el mismo que mostraban ellos la víspera y con el cual hablaban, sonreían, comían... ¿Comprendes? No, no comprendes. Quiero decir que han matado al hombre que eran ayer. Demasiado peligroso

para el hombre de hoy, ¿entiendes? Lo han matado, estrangulado, ¡así! Y luego meten el cadáver debajo de la cama, para no verlo.

—Siéntate —suplica Juliette—, no sabes lo que te dices.

—Sé perfectamente lo que digo. Yo también lo hice, pero no apreté lo bastante. Muy lamentable. A veces mi cadáver despierta, sale de debajo de la cama y me visita. ¿Y tú, querida Juliette, tú no tienes tu pequeño cadáver, también? Entonces, es que eres demasiado tonta. Pero no te importe. Hasta tú te volverás inteligente. Todo el mundo. Esta guerra es nuestra única oportunidad para volvernos todos inteligentes. ¡Cochero! ¡Eh, cochero, dígame! ¿Usted también ha matado?

El cochero me opone una espalda rígida. Juliette se cuelga de mi brazo para obligarme a sentarme.

—Sin duda estará ya dispuesto, ¿verdad, cochero? ¿Se ha preparado ya para el tiempo de los muertos? Porque los tiempos van a cambiar. Se convertirá usted, de pronto, en un personaje importante, cochero. Tal vez hasta inspire miedo a los demás. Tal vez sus antiguos clientes se arrastren por el suelo ante usted. Estoy segura, cochero, de que se ha preparado hace ya mucho tiempo.

—Regrese, cochero —ordena Juliette—. No puedo sujetarla.

Pero yo grito más fuerte que ella.

—¡Más de prisa, cochero! ¡Más de prisa! ¡Pago yo!

Pero he bebido demasiado aire helado y me falta el aliento. Me derrumbo en mi asiento, otra vez.

—Regrese, cochero, regrese inmediatamente —suplica Juliette.

Yo ya no reacciono. De pronto, experimento una gran indiferencia. Me siento ridícula y triste. El trineo da media vuelta. Me hundo en el calorcillo de mi cuello de pieles y cierro los ojos.

Sin duda Juliette debió de ayudarme a apearme y me llevó casi hasta nuestro apartamento.

Esta mañana la fiebre ha cedido. El mundo se reconstruye misteriosamente en la penumbra. Manos serviciales se mueven a mi alrededor, se apresuran a satisfacer mis deseos aun antes de que los formule. Me hablan en voz baja, me sostienen la cabeza para darme de beber. Un

mundo complaciente, ligero, fácil. El sueño llega hasta mí mientras escucho las voces tranquilizadoras que murmuran en la estancia contigua.

... Me tocan la frente, me interrogan. Yo no contesto. Cierro los ojos y guardo silencio. Me niego al día. Entre los visillos separados penetra la luz, inexorable. La rechazo. No quiero ver esta habitación que la luz pone al desnudo. Y me agarro a las palabras de temerosa ternura hasta que el universo indeciso que me protegía me sea devuelto por fin.

Ahora ya puedo dar vueltas en la cama, sin dificultad, y mis manos buscan el frescor bajo la almohada. Y, sobre todo, me queda tiempo y ocasión para compadecerme por mi larga enfermedad, por mi juventud, por mis estudios interrumpidos por la guerra. Y extraigo de ello delicadas satisfacciones.

He acabado por aceptar el día, y la presencia, tras la ventana, de los árboles cuyas ramas negras e inmóviles me tranquilizan. Leo, juego a cartas, llamo a uno y a otro, sin razón alguna, por el solo placer de que me riñan, de ver inclinado sobre mí un rostro que finge indignación.

Después he tenido que permitir que me vistan. Pero inmediatamente vuelvo a echarme en la cama.

—Me duelen las piernas —digo—. No puedo andar.

Así gano otra semana.

Hoy he dado unos pasos por mi cuarto, con prudencia. Esta habitación es demasiado grande para mí, y no he tardado en volver a acostarme. A primera hora de la tarde viene a verme Juliette. Le acompaña un militar alto y apuesto, que me ofrece una mano blanda antes de dejarse caer en un diván, al lado de una Juliette maquillada, excitada y charlatana.

—Te presento a mi novio —me dice.

Y apoya la cabeza en el hombro del joven. Éste no se mueve. Aparece pálido e indiferente.

Juliette ya no deja que su rostro se incline bajo el peso de su nariz demasiado larga. Ahora yergue la cabeza, orgullosa, como en ofrenda al hombre que ha encontrado para sí. Pero el hombre no parece verla. A decir verdad, ni a ella ni a ninguna otra cosa. Tampoco parece que oiga el relato que me dedica Juliette de su única y extraordinaria historia de amor. «Vive en un campo de prisioneros judíos —me dice—. Tiene permiso para salir un

día a la semana». Pero Juliette le ve todos los días, allá, en el campo. «Ahora tiene mucho mejor aspecto. Cuando le conocí era un verdadero esqueleto. ¿No es verdad, querido?». Por primera vez, el joven me mira.

—Juliette me trae paquetes cada día —dice.

Y, de pronto, asume de nuevo su expresión ausente, mientras Juliette se muestra progresivamente voluble. Finalmente, Juliette se levanta y dice, con su voz de propietaria:

—Bueno, querido, nos vamos.

El muchacho me ofrece su mano blanda. Sólo después de su marcha me siento súbitamente consciente del tiempo. Hace mucho tiempo que estoy enferma, y, fuera, pasan cosas.

Tres días más tarde nos expulsan de nuestro piso y pasamos a ocupar dos cuartos minúsculos. A nuestro alrededor, las calles están cerradas con alambradas de espino artificial. En vano hemos intentado convencer a Nunú de que no nos siga. Aquí, mezclada con los judíos, su vida corre peligro. Así se lo decimos. Pero ella contesta: «A mi edad, no tiene importancia que la ayuden un poco a una a morir». Pero cuando nos requisaron una de las dos habitaciones para unos refugiados de Alemania, cuando se hizo evidente que para ella no había sitio, se resignó a marcharse. Yo la ayudé a hacer el paquetito que se llevaba consigo. La buena mujer me suplicaba:

—Vente conmigo. No te quedes aquí...

Yo, temblando, la mantenía estrechamente abrazada.

—Todo irá bien —le decía—. Sólo es un mal momento que hay que pasar.

La alcancé en la escalera y dejé en sus brazos mi gato.

—Llévatelo. Éste no es sitio para gatos.

Al anoecer volví a tener fiebre, y he pasado varias semanas encerrada en esta habitación extraña, agarrándome dolorosamente al recuerdo de Nunú.

Al otro lado, la vida prosigue. Allá la gente camina, despacio o de prisa, como de costumbre. A pocos metros, al borde de la acera, dos mujeres charlan interminablemente. Al parecer, no me ven. En realidad, se encuentran a una distancia incalculable. Entre nosotras se levanta esta red de alambre erizado de púas. La cabeza me da vueltas. Es mi primera salida y todavía no me sostienen las piernas. Me agarro a la alambrada. Un pinchazo en el dedo me obliga a soltarla inmediatamente. Miro la gota de sangre que mana de la punta de mi pulgar. Así, pues, sigo viviendo. Detrás de las alambradas, vivimos todavía. Existimos. Vuelvo a casa, me desnudo y me acuesto, de cara a la pared. No volveré a salir.

Puedo pasar horas enteras sentada en la cama, mirando a mamá, que monda torpemente las patatas, observando los esfuerzos que realiza para preparar en un hornillo de alcohol la comida para los cuatro. Veo que saca la punta de la lengua, como los niños cuando se empeñan en una tarea difícil. A veces ella misma se da consejo en voz alta. Yo le digo: «Con un poco de paciencia llegarás a ser una gran cocinera». Ni se me ocurre la idea de levantarme de la cama para ayudarla.

Jacques trabaja fuera. Una noche, al volver a casa, nos comunica que pronto tendrá lugar una revisión. Se dice que los que no tengan carta de trabajo serán enviados a los campos. Me acuesto más temprano que de costumbre. La cama se ha convertido en mi refugio contra mis pensamientos, contra el miedo y contra el asco que me produce vivir aquí, en este espacio reducido. La carta de un trabajador sólo protege a su mujer y a sus hijos. Así, pues, mis padres serán deportados. Cuando mi padre vuelve de charlar con nuestros vecinos, nos comunica triunfalmente que ha encontrado un escondrijo excelente, donde podrán ocultarse durante la revisión. Procuro dormir, tranquilizada. En el fondo, esta guerra es para, las personas mayores.

Llega el día de la revisión. Los alemanes toman posesión de la calle desierta y sitúan un centinela delante de cada casa. Yo estoy sola, en nuestro cuarto, con los documentos en la mano, apretados con fuerza. Reina un silencio hecho de todas las respiraciones retenidas. Ignoro cuál es

exactamente el escondrijo de mis padres, dos pisos más arriba. No pudiendo situarles en ningún ambiente conocido, los considero ya como perdidos para mí.

La puerta se abre y enseño mis papeles, entre las manos temblorosas.

—No tiene por qué llorar así —me dice el alemán—. Sus papeles están en regla. Nada malo le va a ocurrir.

Se oyen puñetazos en todas las puertas. Me he quedado en mi sitio, con las manos crispadas en los papeles que me ha devuelto el alemán. Cada vez estoy más asustada y no ceso de llorar. Al oír los primeros disparos mis lágrimas se detienen. Tardo una eternidad en abrir la puerta. Ante mí, la escalera extiende sus peldaños interminables. Dos pisos más arriba veo al alemán que ha examinado mis papeles y me ha hablado tan amablemente. El hombre acaba de cerrar una puerta tras de sí. Al verme, me sonríe. Al cruzarme con él le empujo sin querer. Cuando entro yo, el silencio que reinaba entre aquellos seres inmóviles estalla como una pompa de jabón. Empiezan a chillar todos a la vez. Una mujer se lleva las manos a la garganta y, de un solo golpe, se desgarran la blusa. Voy de uno a otro, y hasta les sacudo sin que adviertan mi presencia. Y chillo con ellos: «Mis padres, mis padres...». La mujer de la blusa rasgada se arrodilla y empieza a mover la cabeza de derecha a izquierda, y de izquierda a derecha, mientras de sus labios escapa un lamento prolongado y monótono. Por encima de su hombro descubro los cadáveres. Están allá, en un rincón, bajo el tejado en pendiente. Hay que agacharse para verlos. Hay dos hombres, dos mujeres y dos niños, amontonados unos encima de los otros. Los niños están debajo. Me vuelvo hacia los demás y grito:

—¿Dónde están mis padres?

Pero aquí, en esta habitación, es como si yo no existiera. Salgo sin cerrar la puerta tras de mí, y empiezo a bajar la escalera. Después, sin razón alguna para ello, me detengo, me siento en un peldaño y empiezo a mover la cabeza de derecha a izquierda, de izquierda a derecha. Hasta que la voz alegre de mi padre me pregunta:

—¿Qué haces en la escalera?

Bajan los dos, él y mamá.

—Estábamos en el desván —explica mi padre, jubiloso—. En el último momento el escondrijo no me ha parecido lo bastante seguro. Pero ¿qué demonios haces aquí? ¿Y qué fueron esos tiros?

—Han muertos todos —digo, con voz indiferente.

—¿Quiénes?

—Los que estaban en el escondrijo.

—Me lo olí —dice papá, en tono triunfal.

Mamá se sienta a mi lado, en el peldaño sucio. En voz baja, repite una y otra vez:

—Se acabó, chiquilla, se acabó...

Yo asiento con la cabeza y, sin mirarla, me levanto. Apenas llego a nuestro cuarto, me acuesto y me tapo los ojos con el cubrecama.

Por la noche, Jacques vuelve, pálido y tenso. Se habla ya de nuevos registros.

—Mientras tengamos el desván... —dice mi padre.

—Subirán al desván y bajarán al sótano —digo yo—. Pasarán a través de las paredes. Acabarán con todos nosotros.

Pocos momentos después llegan los padres de Jacques. Nos levantamos para cederles sitio, pero no parece que se den cuenta. Siguen de pie, inmóviles.

—Liquidarán todos los *ghettos* de Polonia —dice mi suegra—. Todos los *ghettos*, menos el de Varsovia.

Mi padre se encoge de hombros.

—¿Quién puede saber lo que harán?

—Quédense aquí, si quieren. Nosotros nos vamos a Varsovia. Es nuestra única posibilidad.

Después cesamos de existir los tres a los ojos de mi suegra. Se dirige exclusivamente a Jacques.

—Tenemos que salir cuanto antes.

Jacques, de pie entre sus padres y nosotros, avanza un paso en nuestra dirección, y dice:

—Lo pensaremos.

En plena noche he gritado:

—¡Vámonos, mamá, vámonos de aquí, vámonos...!

OceanofPDF.com

DIRECCIÓN ÚNICA

El sol se burla de las paredes. Está por encima de las calles, de las casas, por encima de nuestras cabezas. Camino al azar. Mi ligero vestido se pega a mi piel y las gotas de sudor se deslizan lentamente a lo largo de mis brazos. Me encuentro presa entre la multitud, empujada por los que vienen detrás, por los que llegan de cara, contra corriente, por los que desembocan de las callejuelas laterales e intentan dirigirse hacia la derecha o la izquierda, intentan incrustarse, hacerse sitio en esta progresión blanda, desordenada, caótica. Una mujer joven, muy elegante, me arroja a la cara, al pasar, una oleada de perfume. Conozco este perfume, pero no logro recordar su nombre. Podría llamarse «Proximidad», o «Sombra», o «Presagio», o acaso «Último perfume».

Vuelvo ligeramente la cabeza, mientras ando, para no ver a los demás. Pero están allá, a pesar de todo, siempre pegados a las paredes, en harapos, la mano tendida, seres sin sexo cuyos ojos ávidos nos persiguen. Todos retrocedemos un poco, temiendo que esa mano que tienden nos retenga, y pensamos en otra cosa para no comprender las palabras que brotan de esos labios, para no reconocer que hablan nuestra misma lengua. Algunos están tan flacos que parece como si los huesos estuvieran a punto de perforarles la piel. A éstos hay que evitarles de manera especial. Hay todavía una fuerza increíble en sus dedos huesudos, y cuando se cierran sobre nuestros vestidos o nuestros brazos, dos manos bien alimentadas apenas bastan para obligarles a soltar la presa. No acercarse a ello, no mirar..., no bajar los ojos para no ver a los que ya no se tienen en pie. Sentados a lo largo de la

pared, rostros pálidos y abotagados, mejillas blandas y colgantes, piernas hinchadas, desnudas, estiradas en la acera, como personas que hubiesen comido demasiado y permanecieran allá, inmóviles, en el sopor de la digestión. Sus ojos no nos persiguen; no tienen expresión alguna, perdidos en la carne flácida y blanca. Sentados a lo largo del muro, inmóviles y aún a pleno sol, parece que estén en algún sótano húmedo, oscuro, muy lejos bajo tierra y desde hace mucho tiempo, como excrecencias enfermizas, malsanas. ¿Desde cuándo no han probado alimento estos grandes comilones hinchados por el hambre? Permanecerán allá hasta que todo acabe. Después les cubrirán con un papel grande, fijado en el suelo mediante cuatro piedras colocadas en las esquinas, antes de que se los lleven para dejar sitio a otros. Los que tengan prisa saltarán por encima de ellos, para ahorrarse dos o tres pasos. Pero a veces el viento arranca el papel y pone al descubierto los gruesos muslos blancos, las cabezas enormes que parecen despertar y hacer muecas burlonas a los que pasan. Pero aun así se pasa por encima de ellos, sin interrumpir la conversación. Aquí la muerte de los demás a nadie asusta. Cada uno tiene su propia muerte, que le sigue, le acecha, dispuesta a saltar, y salta, en cualquier sitio, en los lugares más imprevistos. Hay que ser muy listo para escapar a ella. Algunos opinan que la mejor técnica consiste en ignorarla. Aunque la sientas muy cerca, tocándote casi, conviene que finjas ignorarla, que permanezcas indiferente, como si no te concerniera. En el último minuto puedes todavía pegar un salto de lado y tal vez otro ocupe tu lugar. La muerte no es tan sutil, y no se dará cuenta del error. De espaldas, todos los hombres se parecen. Pero para ello es preciso no dejarse distraer por la muerte de los demás.

Una mano pesada se apoya en mi hombro. Me sobresalto.

—Buenos días, princesa.

Está junto a mí, con su gorra de policía, la porra sujeta a la cintura. Está más guapo y seductor que nunca. Es Marc. Era estudiante, como nosotros. Me habla de la escuela, de nuestros antiguos compañeros; me recuerda un hecho concreto, un detalle —¿recuerdas?— y me repite viejas palabras, y ríe, como haciéndose eco de antiguas risas, me precisa tal día, durante el curso de... había... y también... —¿recuerdas?—; sí, recuerdo. Me devuelve de pronto un mundo desaparecido, trae a mi mente recuerdos de

otra vida, como objetos preciosos hasta ahora encerrados en un cajón del cual yo hubiese perdido la llave. Agradecida, le tiendo la mano. En sus ojos baila la llamita de satisfacción que se enciende siempre en los ojos de los hombres que saben agradar. Me coge del brazo, lo estrecha contra sí. Una noche, en Bélgica, a la vuelta de un baile, también caminamos así.

—¿Sabes que sigo enamorado de ti? —dice, inclinándose hacia mí.

—Pierdes el tiempo —digo yo, riendo—. No me gustan los sabuesos. A propósito, ¿por qué andas por ahí con ese disfraz ridículo?

La presión de su mano en mi brazo disminuye.

—Pocos sobrevivirán. Yo procuro buscar las máximas probabilidades en mi favor. Por el momento me necesitan. Y seguirán necesitándome... mientras siga habiendo gente por aquí.

—¿Para qué? —pregunto, estúpidamente—. ¿Para asegurar el orden?

Marc me suelta el brazo, y rectifico:

—¿Para ejecutar las órdenes de los alemanes?

Marc responde, fríamente:

—Exacto. De todos modos, las órdenes deben ser ejecutadas.

Avanzamos unos pasos en silencio y luego Marc vuelve a cogerme del brazo y se muestra de nuevo tal como le conocí siempre: ligero y despreocupado, adaptando instintivamente su comportamiento al tipo de guapo mozo que sabe que es, de la misma manera que se dispone la iluminación de una estatua. Es muy cierto que, para él, la tristeza o el rencor, serían ante todo, una falta de buen gusto.

—¿No sabes que somos seis los que estamos aquí? Henri, Tadek, Félix, tú, yo y Jacques. Una noche tenemos que reunirnos, ¿te parece? Yo me encargo de llevar champaña. Armaremos una juerga por todo lo alto. ¿De acuerdo?

Sin esperar mi respuesta, como si la conociera de antemano, se lanza de nuevo a los recuerdos, y yo le sigo. Imita a la perfección a nuestros profesores, el tono de su voz, sus gestos; los dos reímos como locos. Y en aquel momento una de las manos descamadas y tendidas desde la pared se agarra a mi vestido. Me detengo, pero antes de poder hacer el menor ademán, la porra de Marc cae sobre la mano, que se retrae, como una de esas plantas animales de los fondos marinos que ante la proximidad de un

enemigo, ante un contacto, desaparecen súbitamente entre las grietas de las rocas. Nos persigue un coro de imprecaciones, lamentos e injurias. Marc intenta reanudar la conversación, pero yo no le escucho ya. Y él se da cuenta.

—Bueno, hasta pronto, entonces. Cuento contigo.

Maquinalmente le ofrezco la mano. Marc la retiene y dice:

—Dentro de algún tiempo serás menos sentimental. Todos hemos pasado por esto, al principio.

Sigo mi camino, sola. Procuro no acercarme al muro. Por la calzada pasa una carreta tirada por una mujer. En ella viajan dos niños, echados, con el vientre muy hinchado. Las ruedas rechinan, la carreta traquetea sobre el adoquinado y las cabezas de los niños entrechocan. Al lado de la carreta camina un hombre de una delgadez terrorífica. Señalando con un dedo la carreta, canturrea un lamento monótono, incesante, como si desovillara un hilo en algún oscuro laberinto cuyas tinieblas llenan sus ojos alucinados: «Hermanos judíos, tened compasión de una pobre mujer que lleva a sus hijos moribundos. Un pedazo de pan, un pedacito de pan...». Doblo una esquina. Y otra. Cuando disminuyo el paso ya no oigo nada.

La callejuela por la que sigo desemboca en una plaza. Reconozco el paraje. En el centro, un castaño inmenso derrama su sombra apaciguadora. Al frente, una iglesia. Permanezco un instante con los ojos fijos en la casa del Dios de los cristianos en pleno reino de los judíos. En lo alto del campanario que se recorta sobre el cielo del *ghetto*, una cruz negra tiende sus brazos rígidos sobre el pueblo judío. Un poco más abajo, cuatro ángeles blancos miran hacia los puntos cardinales. Cuando me acerco un poco más advierto que una gruesa cuerda les ata las alas. ¿Las han atado temiendo que echaran a volar y se apresuraran a escapar de este infierno en el que se ha extraviado su blancura? Tal vez los quieran tener aquí como testigos. O, simplemente, para su edificación. Ángeles de ojos de monaguillo... Blancos sobre el azul del cielo. Pero no lo bastante altos para que el hedor de la tierra no alcance vuestras narices de piedra. ¿Qué importa? Siempre habrá bastante incienso en la tierra y en los cielos para disimular el hedor de los cadáveres. Alargad el cuello, volved un poco la cabeza... Al ángel del Sur le falta un fragmento de ala. Casi nada. Este pequeño defecto le otorga una

sombra de humanidad, cierta calidad de frágil, de perecedero, que despierta la simpatía. A veces, uno siente necesidad de compadecerse de una piedra que se desmorona.

Me encuentro a tres pasos de la pesada puerta de la iglesia cuando ésta se abre ante mí y una silueta negra y alta aparece en ella. La primera vez que la vi no quedé más asombrada que ahora; cierto que aquí uno aprende a no asombrarse de nada. Digo:

—Buenos días, señor cura.

El sacerdote sonríe.

—Entra, hija mía.

El sol dibuja santos en las vidrieras. En silencio, seguimos el Viacrucis. Jesús nos mira con sus múltiples rostros, los ojos agrandados por el sufrimiento. A su alrededor, los verdugos ríen. Pero María Magdalena le seca los cabellos, húmedos de sangre y escupitajos. Y yo pienso que, fuera, hay demasiados agonizantes junto al muro para que ni siquiera una prostituta se compadezca de ellos.

Por una puerta pequeña y un pasillo penetramos en una estancia alegre, clara y cómoda. El sacerdote me invita a sentarme y le obedezco, como le obedecía tiempo atrás, mucho tiempo atrás. También él pertenece a mi pasado, pero a un pasado más remoto que aquél al que Marc me arrastrara un momento antes. Me basta mirar a este sacerdote para volver a sentir el peso de mi cartera llena de libros, para experimentar de nuevo la excitación que precede a los exámenes, mi turbación y mi timidez ante los profesores. Al final del curso, a menudo, el cura me detenía y me daba una estampa. Ahora está sentado ante mí, y sus cabellos siguen siendo blancos y su tez rosada. Cuando mi primera visita, le pregunté:

—Pero usted, señor cura, ¿qué hace aquí?

El sacerdote meneó la cabeza, suspirando:

—Mis abuelos, al parecer, eran judíos, cosa que yo mismo ignoraba. Y como, según ellos, se es judío hasta la tercera generación...

Me sonrió amablemente:

—Hay aquí almas cristianas que me necesitan.

Entonces, estúpidamente, le repetí mi pregunta.

—¿Qué hace usted aquí, señor cura?

—Lo que debe hacer un sacerdote, hija mía. Rezo.

Y de nuevo menea la cabeza, sonríe y suspira. Entró su hermana como entra ahora, mientras charlamos. Me ofrece su mano pequeña, blanca y bien torneada e inmediatamente me invita a tomar té. Sé que no será agua caliente con un poco de colorante, sino té auténtico. «Algunos fieles, encerrados aquí como nosotros, se ocupan de nuestra subsistencia —me explicó un día—. Y de vez en cuando nos traen algún extra».

Tomamos el té y charlamos. El cura y yo repasamos viejos recuerdos. Su hermana lo acaricia con los ojos. «Toma el té; se te enfriará. ¿Otra tostadita?». El reverendo se deja cuidar, hace mucho tiempo que está acostumbrado a que su hermana le mime. Tomamos el té, fuera del tiempo, entre los mantelitos de encaje y el brillo suave de los muebles bien encerados. En la pared, languidece un Cristo de marfil. Las cucharillas tintinean discretamente, las voces son suaves y las palabras se desvanecen sin desordenar la estancia, sin herir a nadie. Uno se encuentra cómodo, como en una tumba de terciopelo.

El reverendo se levanta y dice:

—Perdona, hija mía, pero es la hora de la oración y los fieles me esperan. Vuelve a vernos cuanto antes.

Me dispongo a retirarme, pero su hermana me retiene.

—¡Quédese un ratito conmigo! ¡Estamos tan solos, aquí! Esta iglesia, para nosotros, es como un navío en un mar desconocido, hostil. Jamás la abandonamos. ¿Creerá usted que no he pasado más allá del castaño de la plaza? Es horrible encontrarse encerrado aquí. Esa historia inverosímil de los abuelos judíos, estoy segura de ello, es una venganza personal. ¿Y no sabe quién ha tramado todo esto?

Acerca su silla a la mía y me confía, en voz baja:

—Los mismos que crucificaron a Jesucristo, los judíos. Se han encarnizado contra mi hermano, que es un santo, como se encarnizaron contra el Salvador.

Su aliento roza mi mejilla.

—Sé muy bien quién ha sido. Ha sido ese canalla de Rosenthal, el padre del chiquillo. ¡Y mi hermano que ha arriesgado su vida para salvar a este niño...! Ya no hablo de mí, naturalmente. ¿Qué importancia puede tener la

vida de una pobre vieja? ¿Otra taza de té? Sí, sí... Ya sé que es muy difícil conseguirlo. Y el azúcar... También anda muy escaso, ¿verdad? Tome, tome otro terrón, sin cumplidos. Me encanta poderse lo ofrecer. Por favor.

Desde lejos, llega hasta nosotros la voz del cura, que celebra una función religiosa en la iglesia.

—¿Le gusta nuestro té? Voy a contarle toda mi historia, pero prométame que jamás dirá una sola palabra de ella a mi hermano. Yo le oculto ciertas cosas para no complicarle la vida, ya de por sí bastante dura sin ello. Mi hermano siempre se ha sacrificado por los demás. Menos mal que yo estoy aquí para recordarle que hasta los santos tienen un cuerpo mortal al que hay que alimentar y al que es preciso cuidar. De lo contrario, hace ya mucho tiempo que habría dejado de ser de este mundo. ¡Ah, cuánto me alegro de poderse lo decir a usted! Comprenda que a veces una siente necesidad de hablar, de abrir el corazón a alguien. ¡Esta soledad es tan dura, tan penosa! Pero no crea que lamente nada. Nada tengo que reprocharme. Lo hice por amor a él. Mi hermano es como un niño y está totalmente desarmado en su inocencia; yo tengo que guardarlo contra él mismo. Creo que ya le he dicho que en el mes de enero salimos de Lublin para instalarnos en Bozewo. En esta pequeña ciudad hubiésemos podido vivir estupendamente hasta el fin de la guerra. Pero los judíos han sido nuestra perdición; los judíos y la santa bondad de mi hermano. En Bozewo no eran muy numerosos, pero naturalmente, las mejores tiendas de la ciudad les pertenecían. Hace tantos siglos que los alimentamos, que son como un absceso en nuestro cuerpo, un grano que uno no logra reventar. También los había de pobres, en Bozewo, o al menos que fingían serlo; es muy posible. Mi hermano conoció a una de esas familias harapientas que viven Dios sabe cómo, amontonadas en una sola estancia, entre la mugre y el hedor; y mi hermano tenía el valor de ir a verles, figúrese, cuando a mí se me remueven las tripas sólo de pensarlo. Hubiérase creído que Dios Nuestro Señor alejaba de él los malos olores. Pues bien, cuando los alemanes dieron orden de trasladar a los judíos no sé adónde, una mujer de aquella familia se presentó en nuestra casa llevando de la mano a un niño. Por desgracia, le abrió la puerta el reverendo. Se encerró con ella y el niño, y oí que la mujer lloraba. Diez minutos después se marchó. Dejaba al chiquillo con nosotros. «Nosotros nos ocuparemos de

él —me dijo mi hermano—, y si alguien se da cuenta de su presencia, diremos, simplemente, que es de la familia». ¡Dulce Jesús! Mi hermano es tan ingenuo como bueno. Bastaba mirar a aquel niño, con su tez pálida, su nariz larga y sus ojos redondos y negros, para adivinarlo todo. Pero el reverendo es testarudo, a pesar de ser un santo. Entonces me ocupé del niño. Le corté los cabellos largos y sucios, y le lavé la cabeza, pero sólo logré que se le viera más larga la nariz y las orejas más despegadas. Tuve que encerrarle en un cuartito oscuro y prohibirle que saliera. Y me obedecía, ¿sabe usted? Me obedecía siempre. Era muy dócil, lo reconozco. Podía pasar horas y horas en el mismo sitio, sin moverse. Acabé por preguntarme si me tendría miedo. Por ejemplo, cuando iba a llevarle comida, retrocedía un poco, como para ocultarse. Y, no obstante, yo le hablaba cariñosamente y le alimentaba bien. ¡Y cómo comía! Y jamás ni una sola palabra de agradecimiento, ni siquiera una sonrisa. A mí me gustan mucho los niños, muchísimo, pero ¿quién hubiese podido sentir afecto por aquel ser? Claro que esto no me impedía hacer todo lo posible por él. Pero mi hermano lo encontraba pálido. Tuvimos que dejarle salir un poco por el patio. El reverendo empezó a hablarle y (para que vea lo que puede un santo varón) el chiquillo comenzaba a domesticarse. Hasta me preguntó un día cuándo volvería su madre. Me conmovió hasta hacerme derramar lágrimas. Ciertamente, era una niño. Pero, claro, le vieron, y la gente empezó a formularme preguntas. Es difícil mentir, cuando no se está acostumbrado a ello; y me daba perfecta cuenta de que no me creían. ¡Quién iba a creer la historia inverosímil imaginada por mi hermano! Y un día, la del colmado, en la misma tienda y en presencia de varias personas, me dijo: «¿Es cierto que tienen escondido en casa a un pequeño judío?». Debía actuar de prisa si quería salvar la vida de mi hermano. Precisamente el reverendo había ido a ver al cura de una parroquia de los alrededores. Al anochecer me llevé al niño al bosque. Di muchas vueltas con él, por los senderos, antes de penetrar profundamente en el bosque. Le había llenado las manos de caramelos.

Olvido tomar el té, té auténtico, tan raro entonces, y que tanto me apetece. Escucho a la mujer y me digo: «No es verdad. Es el cuento del *Pulgarcito*». La mujer se interrumpe un instante y se le humedecen los ojos.

—Me tapé los oídos para no oírle. Se quedó donde le dejé, llamándome, pero sin moverse, porque yo le había ordenado que me esperara sin moverse. Sólo me llamaba y lloraba. Que Dios me perdone; lo hice sólo por salvar a mi hermano. A él le dije que había venido un tío del niño a buscarle. Y he aquí que tres meses más tarde se presenta el padre del niño, que se había fugado de uno de estos sitios donde encierran a los judíos. Yo no estaba en casa en aquel momento. Mi hermano trabajaba en el huerto, y una vecina me contó la escena. Ese Rosenthal se le echó encima, llamándole canalla y amenazándole, diciendo que se vengaría y que se lo pagarían. Cuando volví a casa, mi hermano me dijo: «Si te has deshecho del niño, que Dios se apiade de ti».

Las lágrimas ruedan por sus mejillas.

—Que Dios le perdone su crueldad para conmigo. He perdido mi alma sólo por él. No hubiese debido decirme aquello. No, no debió decirlo... Veo que usted, al menos, me comprende. Vuelva a vernos, venga a menudo. Tomará el té con nosotros. Y, sobre todo, ni una palabra a mi hermano. Me lo ha prometido.

La voz lejana del reverendo llega hasta nosotras.

—No es necesario que pase por la iglesia —me dice la mujer, abriendo otra puerta.

No recuerdo haber pronunciado ni una sola palabra. Di la vuelta a la iglesia y, al pasar por delante del portal, oí la voz del cura que decía: *Ora pro nobis*, y unas voces aisladas que respondían: *Ora pro nobis*.

Encuentro a los tres delante de casa, locos de angustia. Los tres: mis padres y Jacques. Me interrogan y yo me encojo de hombros. ¿Dónde estaba? De todas maneras, no se puede ir muy lejos. Estoy cansada. Me acuesto en la reducida cocina, donde Jacques y yo dormimos.

Desde la cama veo el patio, donde mis padres y mi marido charlan con los vecinos. A lo lejos, llora un niño; después se hace el silencio. Miro los árboles. Un viento surgido quién sabe de dónde agita sus ramas, que ahora ocultan a Jacques y mis padres. Salto por la ventana para unirme a ellos, pero ya no están. Llamo. Mi voz no se oye. Se pierde entre el follaje, que ahora permanece inmóvil, muy bajo, junto a mi cabeza. Siento pesar sobre mí toneladas de fronda. Una luz extenuada confunde las formas; el conjunto

parece un viejo tapiz olvidado en una estancia oscura. Intento correr... Tropiezo contra unas raíces y los árboles se yerguen ante mí, cerrándome el paso. Se multiplican en columnatas densas, casi sin perspectivas, se disuelven sobre fondos crepusculares. Cada vez más densos, obstinados y malignos. Recorro a la astucia... Elijo uno de ellos, finjo dirigirme hacia él, y, en el último instante, salto a un lado con la intención de sorprenderle, de esquivarlo, de seguir adelante... para chocar con otro obstáculo que parece segregado por ese espacio sin profundidad. Mientras prosigue este extraño juego, vuelvo a llamar, pero mi voz apenas turba el silencio. Me siento presa como entre los pliegues de una tela gruesa y pesada; me ahogo; mis miembros se hallan agarrotados. La garganta no me obedece y mis voces de socorro forman en ella un nudo doloroso. ¿Es de noche? ¿Cómo saberlo en esa penumbra ciega donde las formas vacilan, inciertas? Los árboles me sitian. Se acercan más aún... Me pasan las ramas por los hombros, me estrechan las rodillas, me arañan el rostro... Ya no puedo hacer el menor movimiento, atada de pies y manos, paralizada tanto por el terror como por los lazos que me sujetan. Debería intentar liberar una mano... Inexorablemente, el abrazo se estrecha más aún. Me falta el aire, me ahogo... Me digo a mí misma que debo luchar, soltar ante todo una mano... Bastaría un esfuerzo brusco. Pero no logro hacer este esfuerzo. No puedo hacerlo. Permanezco inmóvil, aterrorizada, con los dedos crispados en los caramelos que llenan mis manos. ¿Cómo liberarme de ese abrazo si no abro los puños, si no me decido a desprenderme de esos caramelos pegajosos, incomprensibles? Sé que debo conservarlos a toda costa. Es lo único que sé. Mis pensamientos divagan... Ya no distingo entre mi cuerpo y la dura madera que lo estrecha. Ya no hay luz. Me encuentro inmóvil dentro de un bloque sólido de tinieblas. Y nada más... Sólo esta aproximación de alguien, que se precisa cada vez más. Están allá, entre los árboles, y los árboles se apartan, les conducen, les llevan hacia mí, muda, impotente. Suavemente, implacablemente, se acercan. Conozco su mirada, su paso cauteloso, sé que empuñan las metralletas... Han cerrado el círculo a mi alrededor, para siempre. Entonces mi garganta se abre, y el grito sale, y me libera... La sangre cálida y salada llena mi boca. Me vacío, y me siento

ligera, ligera, ligera... Sólo quedan mis manos, apretando con fuerza los caramelos...

Tres días después, Jacques y yo vamos a reunimos con nuestros compañeros en la dirección que Marc nos ha indicado. Yo he sido quien ha aceptado la invitación. Jacques no ha despegado los labios. Cada vez habla menos, y su sonrisa tímida, infantil, confiada, sólo aparece fugazmente, muy raras veces. Sus mejillas se hundén, y dos surcos profundos tiran de sus labios hacia abajo. Parece como si al color de sus ojos se hubiese mezclado otro color, indefiniblemente, tal vez el mismo color del aire que nos rodea en este espacio encerrado entre paredes, un color producido por la concentración del miedo, el hambre, la fiebre, el odio y esta despreocupación fingida que es otra forma del miedo. ¿Es posible que la violencia de los sentimientos y la decadencia humana se materialicen y aparezcan bajo la forma de este color extraño e innominado? Yo sé que este color existe y que lo creamos nosotros, que está hecho de nuestra sustancia y de nuestros sentimientos, que es la descomposición de nuestra alma disuelta por los venenos del *ghetto*, que son los productos de esta química atroz, que escapan de nosotros mismos, flotan en el aire juntamente con millares de otras almas descompuestas, y el conjunto se mezcla, se devora mutuamente, se confunde, para dar lugar a este color viviente que espesa el aire que respiramos.

—¿Qué número? —pregunta Jacques.

—El diecisiete.

Estamos delante del once. Unas decenas de metros más adelante, un rectángulo de papel, sujeto por dos piedras, en vano intenta echar a volar al viento de este día caluroso y seco. ¡Con tal que no sea allá! Pero es allá, precisamente allá. El cadáver está echado delante de la puerta. Levantado por el viento a intervalos regulares, el papel descubre el cuerpo hasta la cintura. El vientre azul es enorme, como a punto de parir un monstruo, fruto de la cópula de esta mujer con el *ghetto*. La falda levantada le cubre los hombros y la cabeza. Para entrar en el diecisiete hay que pasar por encima del cadáver.

Una mujer sale de la casa. Tranquilamente, espera que el viento deje de levantar el papel, y luego salta. Me acerco. También yo espero que el cadáver vuelva a quedar cubierto, y salto. Me vuelvo hacia Jacques. No se mueve. Ni mira. Permanece allá, con aquel color extraño en los ojos.

—¡Salta! —le digo.

No lo hace bien. El papel se levanta, y se enreda entre sus piernas, Jacques intenta librarse de él, choca con el cadáver y lo mueve. Éste, que estaba acostado un poco sobre un costado, queda de espaldas en el suelo; los muslos se separan y el vientre apunta al cielo, impúdico. El pelo del sexo aparece cubierto de una capa de polvo. Cojo a Jacques de la mano.

—Vamos —le digo—, llegaremos tarde.

Parece como si no me oyera. Mira a la mujer como si no se hubiese dado cuenta de ella hasta ahora. Luego se vuelve hacia mí.

—Dame tu impermeable —me dice.

Sin decir palabra, se lo tiendo. Jacques se arrodilla y se esfuerza en envolver el cadáver con la capa, como se arropa a un niño acostado. Sólo los pies, y las piernas hasta las rodillas, siguen visibles. Jacques los envuelve en el papel. El viento sigue soplando, a breves ráfagas, pero ya no puede proseguir sus burlas macabras.

—¿De veras deseas ir? —me pregunta Jacques.

—No lo sé —digo—, pero lo prometimos.

—Bueno, vamos allá.

Subimos al cuarto. Los cantos y las risas nos guían hasta la puerta. Marc nos abre y nos acoge con su sonrisa más hermosa, más despreocupada.

—La princesa y su marido —anuncia.

Henri, Tadek y Félix están sentados en un sofá, con tres chicas a las que no conozco. Se levantan y nos rodean, nos estrechan la mano, dando muestras del mayor afecto y del gran placer que experimentan al volver a vernos. Nos hallamos en una estancia grande y bien amueblada. Las cortinas están echadas y una luz suave deja en sombra los rincones. El humo de los cigarrillos y el perfume de las muchachas medio echadas en el diván sugieren un refugio de alegría fácil y clandestina. Me doy perfecta cuenta de cuán desplazada está en aquel lugar la presencia de Jacques.

Durante largo rato charlamos por los codos. Marc, los demás y nosotros, exprimiendo aquel año único de estudios en Bélgica, achispándonos, exaltándonos, convirtiendo los mínimos incidentes en hechos de proporciones épicas, construyendo la leyenda.

—¡Caray! —dice al fin Félix—. Nos hemos olvidado de esas chicas.

Y, como en una escena bien ensayada, los tres muchachos se dirigen hacia ellas, las sientan en sus rodillas, les acarician los cabellos, el cuello, el pecho. De nuevo suenan las carcajadas de las muchachas, más agudas, más enervadas. Buscó a Marc con la mirada. Está en un sillón, aparte en la sombra, y también tiene a una muchacha en las rodillas. Apenas se distinguen sus rasgos. Pero la muchacha guarda silencio, con la falda juiciosamente bajada. Sus largos cabellos negros penden sueltos sobre su espalda. Apenas se mueve. Nadie nos ha presentado a estas muchachas, como si formaran parte de la decoración. Ahora las veo mejor. Son muy jóvenes, van cuidadosamente maquilladas y muy bien vestidas. Se las dan de jóvenes emancipadas, y adoptan una expresión ausente completamente postiza.

Marc se levanta para servimos champaña, y su compañera sale de la sombra. Una figurita pálida, de ojos rasgados...

—¿Quién es? —pregunto a Marc, que me ofrece una copa.

Marc se vuelve hacia ella.

—Ven, Lola.

Dócil, la muchacha se levanta y se acerca. Es alta y delgada, frágil. Nos da la mano sonriendo suavemente.

—Os presento a Lola —nos dice Marc, como si estas palabras lo explicaran todo.

No sé por qué la presencia de esta muchacha se me antoja tan poco adecuada como la de Jacques. De pronto, encuentro a Marc ruidoso y ordinario.

Tras unas cuantas copas de champaña, la cabeza empieza a darme vueltas. Un tocadiscos nos ofrece sin cesar música de baile. Advierto que Jacques y Lola apenas beben. Marc explica cómo ha conseguido el champaña: un polaco se lo ha pasado por un agujero abierto en el muro del *ghetto*. Lo ha pagado muy caro. Y añade, riendo: «El dinero pesa en los

bolsillos, y el champaña aligera las cabezas». En un espacio muy reducido, cerca de la ventana, bailan tres parejas. Apoyo la cabeza en el pecho de Jacques, y todo me parece súbitamente maravilloso. Las muchachas son bonitas, la música es acariciadora, y, en cuanto a los muchachos, ¿acaso no son mis mejores amigos? Siento deseos de reír tan fuerte como las chicas y de bailar, como ellas, moviendo las caderas. Tal vez Marc me invite... Me vuelvo hacia él con una sonrisa incitante. Marc no me ve. Besa a Lola en los labios. Su rostro aparece sólido y tenso, y sus ojos, muy abiertos, se bañan en el color indefinible del *ghetto*. Estoy segura de que es ese color, lo he reconocido. Sus manos se crispan en los hombros de la muchacha. Sin duda la estrecha con fuerza, porque los nudillos de las manos palidecen. ¿Por qué he de encontrar también la huella del *ghetto* en compañía de esos jóvenes ruidosos, extravagantes y estúpidos? ¿Es que no hay manera de escapar por un instante y reír sin pensar en nada y bailar al ritmo de una melodía trivial? ¡Era tan maravilloso, un momento antes! Ahora se ha echado a perder, como se echa a perder todo entre estas paredes malditas, entre esos millares de condenados que dan pábulo al terror y lo esparcen por doquier.

Miro cómo giran las parejas, sin desplazarse. El humo se espesa, y, lentamente, se disuelve a mis ojos... Sólo queda una niebla gris. Apoyo la cabeza en Jacques y me duermo.

Al día siguiente las paredes vuelven a arder. El sol se ha detenido en el cénit. Digo a Jacques:

—Voy a la playa. Mejor no decírselo a mis padres; se inquietarían.

—A mí tampoco me gusta que vayas —dice Jacques.

—Es ridículo. No soy la única.

Jacques se pone la chaqueta.

—¿Vienes conmigo?

—No, voy a ver a Hela.

No digo nada. Sé que ahora va allá casi cada día y que pasa horas enteras en la casa. Salimos. En las calles, vuelvo a experimentar una

sensación de irrealidad. Sospecho que la cultivo hábilmente. Se presta mucha menos importancia a lo que no es real.

Acompaño a Jacques. Hela ocupa dos grandes estancias de un entresuelo. La puerta nunca está cerrada: entramos. En la primera estancia hay una cama estrecha, una mesa y una silla, y, en las paredes, unos estantes repletos de toda clase de cosas; libros, ropa, comida. La segunda habitación da al patio. En ella hay unos bancos a lo largo de las paredes y varias mesitas bajas. En las paredes, sin orden alguno, clavas con tachuelas, pinturas infantiles, multicolores y torpes. Me fijo en una de ellas por primera vez. Es una especie de muñeco con la cabeza muy grande, sin expresión, un vientre enorme y piernas de hidrópico. El niño no tiene todavía el sentido de la proporción. El personaje apenas se sostiene sobre sus piernas; tino tiene la impresión de que puede caer de un momento a otro. Y esta posición inestable, lo inacabado de su forma, le proporciona, de pronto, una vida inquietante... No, ya no es un muñeco desproporcionado e infantil... Reconozco en el monigote a uno de estos seres que se ven a lo largo de los muros del *ghetto*, hinchados por el hambre, a punto de caer y dislocarse. Cuanto más lo miro, más se me antoja de un realismo morboso. Me figuro al niño, inclinado sobre la mesita, sobre la hoja blanca. Mordisquea el lápiz, se aburre. De pronto, detrás de él, se acerca uno de aquellos seres producidos por nuestra civilización, pesadamente, vacilando... Apenas se distinguen sus rasgos; su rostro es un globo irregular, opaco, con dos orificios en el sitio de los ojos. Nadie lo ve, ni los niños inclinados sobre sus mesitas, ni Hela, que da unas palmadas cariñosas y dice alegremente: «Vamos, vamos, no nos durmamos. Y a pintar bellos dibujos para adornar las paredes». Aquel ser extraño coge la mano del niño en la suya, se asoma sobre la bola blanca, y en ella aparece de pronto su imagen, como en un espejo borroso.

Salimos al patio que se abre entre tres casas feas y sucias. Hela, con su vestido gris y su delantal de color rojo vivo, parece una vieja disfrazada de niña. Una treintena de chiquillos, de tres a seis años, corren, se empujan, caen, ríen y lloran. Hela está en todas partes. Distribuye tantos cachetes como besos. Finalmente nos ve. Y su rostro flaco, coronado por un moño ridículo, se ilumina.

—¡Aquí está Jacques, niños! —exclama, con su voz delgada.

Y los niños acuden corriendo a agarrarse a las manos de Jacques y a sus ropas. Jacques levanta a uno de ellos, muy pequeño, por encima de su cabeza.

—¡Más arriba! ¡Más arriba! —exige el niño.

Y Jacques lo levanta tan alto como puede, y sus ojos recobran su sonrisa, vuelven a ser como los de antes de la guerra. Siento un aguijonazo en el corazón. Hela ordena, con voz aguda:

—¡La rueda, niños, la rueda!

Las manecitas se agarran unas a otras y Jacques queda en el centro del corro, separado de mí por aquel círculo viviente que empieza a girar.

—Venga usted —me invita Hela cortésmente.

—No, gracias —digo, yo—, tengo que marcharme.

*¿Prefieres rosa o violeta?
¿Cuál de los dos te gusta más?
Si nuestros besos tú prefieres,
a uno cualquiera elegirás.*

Son los hijos de los privilegiados, de los que todavía poseen un poco de dinero. Estos niños comen aún. Cierto que algunos están muy delgados y sus rostros aparecen demacrados, pero todavía les quedan fuerzas para hacer la rueda y cantar. En las calles hay otros niños que jamás volverán a hacer la rueda.

*¿Prefieres rosa o violeta?
¿Cuál de los dos te gusta más?*

¿Quién ha osado distinguir entre estos niños? A éstos sus padres los confían a Hela mientras trabajan con los alemanes para conservar la preciosa carta en la que todavía creen ciegamente. Una carta de trabajo significa que te necesitan, y que, por tanto, te garantizan la vida. ¡Qué

escarnio! Y Hela se afana en torno de los niños. ¿Acaso cree que podrá alejar el terror con sus corros infantiles? Jacques besa a una niñita sonriente. Ya no me ve. Me retiro discretamente.

El dinero de los padres se acabará algún día y entonces ocuparán un sitio junto a las paredes; un sitio libre, porque para entonces habrá ya muchos desocupados. Con este razonamiento intento justificarme a mí misma, porque de pronto me avergüenzo de mi ociosidad. Sigo por las calles, sin ver nada, replegada sobre algo que está dentro de mí y me molesta. Luego subo una escalera interminable, intentando contar concienzudamente los peldaños. Es una casa vieja y sórdida. En la última meseta se levanta una escalera de mano, casi vertical, hacia un cuadro de luz. Llega hasta mí un rumor de voces, de risas, y la música de un fonógrafo. Subo lentamente y salgo por la claraboya.

Me encuentro en un tejado, a cuatro patas, con el monedero entre los dientes. Ya estoy en la playa. Me siento con precaución porque, por este lado, la pendiente del tejado es muy pronunciada. Parejas o mujeres solas se hallan echadas sobre sus toallas, o directamente sobre la pizarra ardiente, y se comportan exactamente como lo harían en una playa de verdad. En traje de baño, exponen con paciencia el cuerpo al sol. Algunos tienen ya la piel color café con leche, ese color que sólo se consigue al final de las vacaciones. Deben de pasarse el día aquí.

Me acomodo. Es inútil ir al otro lado, donde el tejado forma terraza; sin duda no debe de quedar sitio ni para sentarse. Me tiendo sobre mi toalla e intento mirar el sol hasta que unas manchas rojas y violeta bailan ante mis ojos. Después los cierro, y me quedo amodorrada. Aquello que me molestaba dentro de mí misma se amodorra también.

—Buenos días; ¿puedo ponerme a su lado?

Es una muchacha delgada y morena, que lleva los ojos tras unas gafas de sol.

—Desde luego —digo yo.

No me gusta su voz. Tiene una voz cálida y acariciadora, que despierta los pensamientos y excita la imaginación. ¡Con lo bien que estaba yo! El sol había hecho el vacío en mí para alojarse en mi interior cómodamente.

—¿No me recuerda? —me pregunta la muchacha, echada a mi lado.

Me incorporo sobre un codo y la miro.

—No, lo siento —digo.

—Nos conocimos en una fiesta. Usted es amiga de Marc. Me ha hablado mucho de usted. ¿Se acuerda? Usted se durmió...

¿Por qué ha de recordarme precisamente lo que quisiera olvidar? Siento bochorno de haber arrastrado a Jacques a aquella reunión estúpida. Y callo.

—A mí tampoco me gustan estas cosas —dice, como si hubiese leído mis pensamientos.

Yo digo, secamente:

—Entonces ¿por qué va?

—Porque todavía tiene mucho miedo. Tengo que estar junto a él.

—¿A quién se refiere?

—A Marc, desde luego.

—Pues tiene una manera muy curiosa de demostrar el miedo.

—Lo hace precisamente para que los demás no se den cuenta.

—¿Y usted?

Cada vez me siento más atraída hacia ella. La muchacha ríe.

—Lo mío es mucho más sencillo. Tengo miedo y lo demuestro.

Se quita las gafas y vuelvo a ver sus ojos oscuros, ardientes y dulces a la vez.

—Todo el mundo tiene miedo, ¿verdad? Marc igual que los demás. Pero le da vergüenza. No sabe que es natural.

—¿Natural? —digo yo, rebelde—. No hay nada más bajo, más envilecedor...

—Es natural en las condiciones en que nos encontramos. Yo acepto el miedo. Y quisiera que Marc lo aceptara también. Pero es demasiado joven para aceptar lo que le imponen.

Sorprendida, la miro.

—Usted es más joven que él.

La muchacha sonríe.

—Sí, pero yo he pasado ya por un curso preparatorio. He estado mucho tiempo enferma, inmovilizada durante muchos años. Y esto ayuda mucho.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy muy bien. Aunque me cuido, naturalmente.

Vuelvo a echarme y cierro los ojos. Ahora ella se sienta y me mira. La observo entre las pestañas.

—Sin duda juzga usted estúpido que adopte tantas precauciones en las circunstancias actuales. ¡Pero deseo tanto gozar de buena salud! Voy a confesarle algo... que tal vez le parezca criminal o casi. Estoy viviendo la mejor parte de mi existencia. Voy cobrando fuerzas, puedo caminar como todo el mundo. Marc me quiere. También esto le da vergüenza, y a veces me trata muy mal. Porque no quiere reconocer que no puede pasar sin mí.

—Y a su alrededor..., ¿es que no ve lo que hay a su alrededor?

—Desde luego... Pero jamás tuve lo que ahora poseo. Tal vez soy demasiado dichosa.

Su mano roza mi hombro.

—Para usted, esto debe de ser horrible.

—En absoluto —protesto vivamente—. Tengo a mi marido y a mis padres. Lo demás me importa un comino.

—Usted es como Marc.

Permanecemos largo rato silenciosas. Al abrir los ojos veo que Lola mira algo, fijamente. Su rostro aparece demudado.

—¿Qué mira?

La joven se vuelve hacia mí. Súbitamente parece envejecida.

—Vengo aquí muy raramente. Sólo cuando espero a Marc. Todavía no me había dado cuenta de que desde aquí se ve la calle y la casa donde vivía antes. ¿La ve, allá?

Miro en la dirección que me indica, al otro lado de la pared, en la zona en donde los hombres circulan libremente por unas Calles sin cadáveres. Viven como si el mundo del *ghetto* perteneciera a otro planeta. A menudo he sentido deseos de salir de aquí, por alguno de los boquetes abiertos por la pared, sólo para dar un paseíto y respirar el aire normal de los hombres, sin ese pellizco doloroso que se experimenta cuando penetra en los pulmones el aire emponzoñado del *ghetto*. A menos que... Es posible que si yo saliera, ese mundo «del otro lado» retrocediera ante mi presencia y me encontrara de nuevo ante un muro, dentro de otro *ghetto*. Quién sabe si el mundo de los seres libres no es más que una ilusión colectiva, fruto de nuestros cerebros desequilibrados... Una creencia, una esperanza...

—¿La ve? —insiste Lola.

Digo que sí, al azar, sin saber exactamente de qué casa se trata. Lola añade:

—No puedo verla. Quisiera que no hubiese existido jamás. Sí, es extraño cómo puede llegarse a odiar una casa. Porque la odio. Siempre he temido encontrarme algún día delante de ella, por casualidad. Claro que ahora... Afortunadamente es imposible.

Me digo a mí misma que su pequeño *ghetto* personal tiene más poder sobre ella que ese en el que nos han reunido los hombres. Lentamente, me visto. Estoy empapada de sol.

—¿Se marcha ya? —preguntó Lola.

—Sí. ¿Viene usted conmigo?

—Oh, no, yo espero a Marc. A veces viene, y a veces no, pero siempre le espero.

—Adiós, pues.

La rechazo ya, con la esperanza de olvidarla totalmente. Lola me induce a pensar, y yo no quiero.

—Hasta pronto —dice Lola.

Su mano retiene la mía. Sin convicción, contesto:

—Puede ser.

Sigo. Sigo caminando por las calles... Y cada día vuelvo a mi casa, encuentro a mis padres y mi marido, y como regularmente..., porque todavía tenemos dinero. Y sigo también rechazando desesperadamente todo lo que se ofrece a mis ojos, todo lo que oigo. Intento leer libros, apasionarme por sus pequeños dramas, por sus problemas de conciencia, sus conflictos íntimos, sus sufrimientos amorosos, mientras los demás hablan. Porque no cesan de hablar. Han matado a Tal cuando intentaba pasarse al otro lado, han torturado a Cual por no haberse apresurado lo bastante a quitarse el sombrero ante un alemán. Afortunadamente, por aquí no vienen a menudo. No vienen a menudo pero sí alguna que otra vez. Entonces se divierten disparando contra la multitud, simplemente, sin pretexto alguno. Se había también del Consejo judío que decide en la

actualidad los impuestos, y otorga las cartas de trabajo y las raciones alimenticias. Se dice que están dispuestos a todo para complacer a los alemanes, para salvar la piel. Que son unos traidores. Otros dicen que no son como los demás y que no pueden obrar de otro modo. Se dice que se acerca el final y que nos salvaremos todos. Pero también se dice que nos han encerrado aquí para poder exterminarnos mejor, que nadie en el mundo puede ya nada por nosotros, que estamos condenados. ¿Quién podría escucharles? Así van dando bandazos entre la esperanza más insensata y el pensamiento más sombrío. En las calles los pobres predicen el fin del mundo y conjuran a los viandantes a asegurarse un rincón en el paraíso mediante la limosna de un pedazo de pan. Y yo, por mi parte, intento no oír, no comprender. A veces me parece que estamos aquí por error, por muy poco tiempo y que, en el fondo, nada de esto nos atañe. Mi marido, mi padre y yo poseemos cartas de trabajo falsas. Se pagan muy caras. Pero estamos relativamente tranquilos. Lo que me trastorna es ver esos rostros queridos, arañados ya por la zarpa del *ghetto*. Sus rasgos se acusan, sus mejillas se hunden, surcos de amargura marcan las comisuras de sus labios. Examino mi imagen en el espejo. No, así no... Me dirijo una sonrisa radiante. Gracias a Dios sigue siendo la misma, joven y bella. La saludo.

—¿Qué tal?

—Todo marcha.

—Nada importa mucho, ¿verdad?

Mi sonrisa está de acuerdo. Lo principal es que los cuatro salgamos de esta. Por lo demás... Puesto que de todos modos nada se puede hacer, más vale sostenerse en la superficie de esta pesadilla, como sobre una frágil capa de hielo, sobre el estanque helado. Hay que caminar por ella con precaución; de lo contrario se produce un crujido y se te traga el *ghetto*.

Pasan los días. Para algunos, cada día que empieza es el último, y todos se deslizan vertiginosamente hacia el abismo de la noche. Para los demás, como para mí, los días se suceden interminables, indecisos, irreales, casi inexistentes. De pronto cunde la locura de los escondrijos. Sólo se habla de esto, en voz baja, desde luego, furtivamente, porque hay delatores por todas partes. Hasta se constituye un equipo de especialistas que construyen los escondrijos, los fabrican con celeridad y discreción. Los hay por todas

partes, bajo tierra, encima de los tejados, en los desvanes, en los sótanos, detrás del horno de una panadería, dentro de la misma habitación, disimulando una puerta. Se construyen tabiques que dejan espacio suficiente entre ellos y los de la pared para mantenerse de pie. Nosotros hemos dedicado varias noches a excavar la pared del retrete y así nos hemos proporcionado un reducto en el cual, en todo caso, podríamos abreviar nuestros sufrimientos mediante la asfixia. Se hablaba entonces de una verificación de las cartas de trabajo. Y mamá no tenía. Estábamos orgullosos de nuestra obra, hábil y disimulada.

Luego aquella excitación se calmó. Y la vida sigue, parecida, en apariencia, a lo que era. Pero ya ha desaparecido la impresión que yo tenía de que nos hallábamos para siempre aislados del mundo. Al otro lado algo se prepara, algo madura, crece y se dispone a caer encima de nosotros. Las paredes, que nos parecían infranqueables, ya no son lo bastante altas para detenerlo. La gente recorre las calles con paso precipitado. Hablan de prisa, febrilmente, separándose bruscamente, en mitad de una frase, se alejan llevándose las palabras de las que hubiesen querido deshacerse. Sólo los mendigos siguen iguales a sí mismos. Nos detienen al paso con la misma insistencia, se agarran a nuestros vestidos, nos arrojan a la cara el mismo lamento. Pero ya no nos desviamos para evitarlos. Nos lanzamos en línea recta, sin verles, y nos liberamos de sus garras con brutal indiferencia. Los que conservaban todavía un vago sentimiento de piedad o de culpabilidad, y apartaban los ojos al pasar, ahora les ignoran. La amenaza invisible, suspendida encima de nuestras cabezas, desciende lentamente. Algunos hombres miran furtivamente al cielo y sus ojos se llenan súbitamente de terror, como si realmente lo hubiesen visto. Entonces de nuevo echan a andar, apresuradamente, a lo largo de las calles que sólo son fragmentos de otras calles que se extienden al otro lado de los muros: miembros amputados, invadidos por la gangrena, descomponiéndose al sol. Ahora, hasta esta descomposición sería bien recibida. Pero, para los de fuera, no progresa con suficiente rapidez.

Esta mañana nos hemos liberado de la espera. Por la puerta principal del *ghetto* penetran camiones descubiertos, conducidos por alemanes. Las calles quedan desiertas en un abrir y cerrar de ojos. En el interior de las

casas, seres humanos se arrastran a gatas, se entierran en sus pequeñas madrigueras, preparadas de antemano, como animales enfermos. Otros se inmovilizan, petrificados, con las cartas de trabajo en la mano. Veo a mi madre, esa mujer magnífica, alta y fuerte, intentando desesperadamente pasar sus bellos hombros redondeados por la abertura del reducto que hemos preparado para ella. Ya ha logrado introducir la cabeza, y su cuerpo, de vientre al suelo, retorciéndose, intenta seguirla. Tengo la sensación de asistir a los últimos estremecimientos de un cuerpo decapitado.

—No te pongas nerviosa —dice mi padre—. Suavemente... Los dos hombros a la vez no... Un poco de lado... Así... Un poco más.

—No puedo, no puedo más.

La voz de mamá nos llega como desde muy lejos, una voz de niña. Se le levantan las faldas y descubren sus muslos gruesos y blancos. La visión de esta carne indefensa y esta voz de niña que repite: «No puedo más», me obligan a salir del cuarto. Me echo en la cama, la cabeza bajo la almohada. Jacques no tarda en reunirse conmigo.

—Todo marcha —me dice—. El escondrijo es perfecto.

Me levanto, y los tres, mi padre, Jacques y yo, esperamos, con la carta de trabajo en la mano.

Cuando el camión se acerca tiemblan los cristales. Al chirrido doloroso de los frenos respondemos con un breve suspiro, como de alivio. Entran policías judíos. Presentamos las cartas.

—¿Nadie más?

Abren todas las puertas: los armarios, el retrete... Mi corazón deja de latir. No pasa nada. La puerta vuelve a cerrarse. Permanecemos allá, con la carta en la mano, mientras la puerta de entrada se cierra a su vez, tras de ellos. Mi padre esboza una triste sonrisa.

—No te muevas —le digo—. Todavía están en la casa.

En el silencio insólito, alguien grita:

—¡No podéis hacer esto! Vosotros sois judíos como nosotros...

Se oye el ruido de un mueble pesado, al ser arrastrado.

—Han descubierto el escondrijo de los Nussbaum —dice Jacques—. Había disimulado una puerta detrás de un armario, para la mujer y los niños.

—No se los llevarán. No son alemanes. Andan buscando una propina.

Pero los gritos continúan. Ahora la mujer y los niños chillan también. Luego pasan todos por delante de nuestra puerta. Y la mujer grita:

—¡Cerdos! ¡Cerdos! Todos reventaréis, todos... ¡Hasta el último!

—Se la han llevado con los niños —dice Jacques.

La sangre se retira de su rostro.

El camión reanuda la marcha y se detiene un poco más allá. Corro a abrir el escondrijo. Y digo a mamá:

—Se acabó. Pero espera un poco más. Nunca se sabe.

—Estoy harta de hacer el topo —responde mamá.

Y, de pronto, soy feliz. He vuelto a oír su voz, la verdadera voz de mamá, impaciente, irónica, autoritaria. Entonces comprendo qué es lo que más he temido: volver a oír la extraña voz de niña, brotando de aquel cuerpo de mujer madura. Mi madre sale de su madriguera con gestos furiosos, que ya no inspiran compasión. Sonrío. Puesto que mi madre vuelve a ser mi madre, la vida se reanuda.

Un poco más tarde ponemos agua a hervir y le echamos ese asqueroso colorante que le da color de té. El color del líquido asciende lentamente hasta nuestras mejillas.

—Es un buen escondrijo —dice mi padre—. Encogiéndonos un poco cabríamos tres, y hasta cuatro, quizá.

Y entonces llaman suavemente a la puerta. Las tazas se inmovilizan en las manos. Vuelven a llamar. Mamá deja su taza encima de la mesa, con un golpe seco, y va a abrir. Es nuestro vecino. Entra sin mirarnos y se detiene en el centro de la estancia. Parece como si hubiera olvidado por qué ha venido. Nadie se atreve a hablar. Dejamos las tazas con precaución, casi a hurtadillas. Comprendemos que es preciso decir algo para arrancar a aquel hombre del círculo trazado a su alrededor. Pero nuestros labios siguen cerrados. ¿Qué pueden significar las palabras? además, ¿acaso puede comprenderlas? Allá sigue, de pie en medio de la estancia, ausente bajo nuestras miradas, y esta ausencia que lleva consigo nos juzga y nos condena, a nosotros, reunidos en torno de una mesa, donde humea todavía nuestras tazas. Incapaz de seguir soportándolo me levanto, tropezando

violentamente con una silla. Entonces él levanta la cabeza y con una voz sin timbre dice:

—Se los han llevado. A todos. Mi mujer y los niños. Sólo yo tenía carta de trabajo. Me han dejado solo.

Mi madre recobra la facultad de moverse y le acerca una silla. El hombre sigue de pie.

—Siéntese —dice mi padre.

Y su voz suena falsa.

Pero el hombre se sienta y dice:

—Gracias.

Nos agarramos con fuerza a esta breve palabra que hace su dolor más humano, más accesible. Mis padres juzgan que ha llegado el momento de hablarle, y hablan. El rostro del hombre devuelve de rechazo las palabras, como bolitas de saúco. Sigue sentado, juiciosamente, pero sin vernos ni oírnos. De vez en cuando repite con su voz monótona:

—Se los han llevado.

Pienso que voy a chillar, y me retiro de la estancia. Alguien pronuncia mi nombre, como en un grito.

La calle está desierta, soleada. Ni camiones, ni alemanes, ni judíos. Sólo esta voz insoportable que me persigue: «Se los han llevado». Y tengo la súbita impresión de encontrarme en tierra prohibida, de haber cruzado alguna frontera, de avanzar por otra dimensión. Esta calle ya no pertenece a nuestro mundo. En el aire recalentado tiemblan formas desconocidas, insospechadas, que amenazan con materializarse. Echo a correr, corro para escapar, para volver a encontrar a los hombres. Salgo a una plazuela. Vacía también, aparte un enorme camión en el centro de la misma, abarrotado. Son tantos, apretados unos contra otros, tan estrechamente, que parecen formar un solo cuerpo provisto de decenas de cabezas. Por una fracción de segundo me parece encontrarme ante una inmensa fotografía, algo que no existe en realidad, una pura imagen. De pronto, como en el cine, todo cobra vida. Se inicia una marcha militar. Los ocupantes del camión se agitan. Brazos innumerables se despegan del cuerpo único, se mueven, y las bocas se abren pero los gritos mueren ahogados por las oleadas de música militar. Ahora distingo claramente a las mujeres, cuyos brazos se alargan para

abrazar a los niños; los viejos que levantan las manos hacia el cielo y que, después de haber conocido, durante tanto tiempo, el miedo animal y la cobardía humana, recobran su dignidad; los jóvenes de rostro flaco y febril, que guardan silencio. Y al son de la marcha, que ya no logra cubrir los gritos, el camión arranca pesadamente, tose, se ahoga y recobra su ruidosa respiración. Detrás, dos policías judíos, con la porra en la mano siguen el camión, y en su marcha hay una especie de solemnidad. Es algo así como un entierro colectivo en el que los muertos sé agitan, chillan, en plena rebelión, y apelan a los vivos, que no quieren oírles.

Desaparecen por una esquina. Entonces me atrevo a avanzar unos pasos y me encuentro sola en medio de la plaza vacía. La música viva y victoriosa sigue conmigo. Levanto la cabeza. El altavoz me contempla. Acaba su marcha militar, e inicia una alegre polca, dedicada a mí. La escucho juiciosamente, sin moverme, y empiezo a llevar el compás con el pie izquierdo, tímidamente. Lo miro. Se detiene. El camión está allá, a mi lado. Y es el más insolente y el más cruel de los fantasmas, que vuelve así en pleno día, sin tener en cuenta las conveniencias. Los gritos sin voz resuenan dentro de mi cráneo, los brazos desaparecidos se agita frenéticamente. Ya no oigo la alegre polca. Tengo miedo. Intento mirar a otra parte, pero el fantasma se desplaza con mis ojos. ¿O es otro, tal vez? Giro sobre mí misma y docenas de camiones idénticos giran al mismo tiempo. Ya no sé si los arrastro yo o me arrastran ellos en esta ronda insensata. Con los ojos cerrados echo a correr y rompo el círculo.

Vuelvo a encontrarme en una calle desierta. Respiro, profundamente agradecida. Reduzco la marcha, mi corazón se apacigua, me permite olvidarle. Ya sólo deseo volver, verles de nuevo, a los tres, tocarles, oírles. Convencerme de que son la única realidad posible. ¿Qué calle es ésta? No la reconozco. ¿Es posible que al cabo de tantas semanas de vagar por el *ghetto* aún no haya pasado jamás por aquí? Vacilo. ¿Hacia dónde puedo dirigirme? Una extraña idea acude a mi espíritu. ¿Existe realmente esta calle? ¿No será, también un fantasma? Avanzando por ella es posible que desemboque en otro mundo donde la guerra haya terminado, donde se haya olvidado a los muertos, donde todo comience de nuevo. Me detengo en la primera encrucijada. ¿Hacia la izquierda, o hacia la derecha? Me parece

advertir que debo volver hacia la derecha y como no poseo el menor sentido de la orientación y me equivoco siempre, me dirijo hacia la izquierda. Me vuelvo y me encuentro ante un alemán. Al verme, sonrío.

—¡Vaya, vaya! ¿Conque escondiéndose?

—No tengo por qué esconderme —digo yo—. Tengo mi carta de trabajo.

—Enséñamela.

—Pues... Me la he dejado en casa.

—¿Ah, sí? —dice él, sonriendo—. Bueno, pues iremos a tu casa. No te deseo ningún mal. Sería lástima enviar a una chica tan bonita donde llevan a los demás.

No puedo llevarle a casa. A menos que quiera que descubra a mamá, que no posee carta de trabajo. No me muevo. Calculo las posibilidades de huir. Ninguna. Las puertas de las casas están cerradas. ¿Correr? Dispararía.

—¿Vamos allá?

—No tengo carta de trabajo.

—Ya lo sabía yo. Las chicas bonitas como tú no trabajan. Bueno, en este caso, tendrás que seguirme.

Y le sigo. Nuestros pasos armonizan bastante, y su ruido redobla, como si alguien avanzara dos veces seguidas con la misma pierna. El alemán silba. Está contento. Yo me asombro vagamente de la estupidez que he cometido al salir sin mi carta de trabajo. Pero en el fondo no me preocupa mucho. De nuevo tengo la impresión de estar en otra parte. Una esfera de irrealidad me envuelve. Hasta siento cierta curiosidad por ver lo que pasará, sentimiento tan inverosímil y fuera de lugar como mi presencia al lado de ese alemán. Las calles se suceden, desiertas, evocadas de la nada sólo para nosotros. Sin duda desaparecen cuando las hemos recorrido. Las casas alinean sus fachadas como una decoración que a nadie cobija. De vez en cuando el sol abrasa el cristal de una ventana, del cual brotan llamas cegadoras y frías. El soldado sigue silboteando y yo camino dócilmente tras él. He cesado de formularme preguntas, he dejado de tener miedo. Caminamos sin prisas, y nuestro paso acaba por acompasarse. El alemán se detiene y me mira.

—¿Cansada? —me pregunta.

Meneo la cabeza negativamente.

—Ya estamos cerca. Pronto llegaremos. Hay que trabajar. Todo el mundo trabaja. Los judíos no tienen derecho a vivir sin trabajar. Es natural, ¿no? ¡Es justo! ¿Qué os piden? Obediencia y trabajo. Pero vosotros queréis vivir del trabajo de los demás y mentís. Sois un pueblo nocivo.

Me explica todo esto sin ira. Es paciente y cortés.

La calle sigue desierta pero llega hasta nosotros un rumor lejano, parecido al que se oye en las proximidades de una ciudad. El alemán, de pronto más alto, más tenso, apresura el paso.

—*Umschlagsplatz* —dice.

Y, súbitamente, veo. La plaza grande y, más lejos, las vías del ferrocarril; una multitud densa, rodeada por los soldados alemanes, con la metralleta a punto, dispuestos a disparar. Hemos llegado. El papel de mi guía termina. Me entrega a otro soldado y dice simplemente:

—Otra más.

Me empujan y me encuentro apretada contra una espalda. La espalda rehuye mi contacto. Un codo quiere hundirse en mis costados. Un nuevo empujón, y me recibe un pecho. La presión aumenta, y, sin aliento, intento desesperadamente volverme un poco, librarme del abrazo. Una oleada súbita me libera para lanzarme un poco más lejos, dentro de este magma, para arrojarme contra otros vientres, contra otros hombros y otros pechos. Innúmeras rodillas me golpean y otros pies aplastan los míos. Un estómago inmenso se ha cerrado sobre mí y comienza su monstruosa digestión.

Todo se halla envuelto en un rumor hecho de palabras incomprensibles, de llantos de niños, de lamentos, de gemidos. En vano busco un rostro humano. Sólo veo máscaras selladas por el miedo. Ojos desorbitados acechan la señal misteriosa que desata los espasmos de la multitud. Sigo la dirección de las miradas. Acabo por ver, lejos, un grupo de soldados alemanes. Uno de ellos nos apunta con su revólver, como si se dispusiera a disparar. De vez en cuando se vuelve hacia sus compañeros y ríe, satisfecho. El juego parece apasionarle.

—¡Pero no irá a disparar! —digo, al azar.

—Ya hay cinco cadáveres —me responde una voz.

El soldado apunta largo rato, con cuidado, sin prisas. Me parece que el minúsculo cañón se dirige contra mí y el instinto me induce a retroceder. Aplasto algo que se agarra a mis faldas. El niño llora. La madre, que lleva a otro en brazos, intenta acercarse y me cubre de insultos. Un poco de espuma blanca aparece en sus labios. Gracias a Dios, una oleada humana nos separa. El alemán no ha disparado todavía. Me avergüenzo de mí misma, de haber cedido a aquel movimiento de pánico. Me avergüenzo de estos rostros asustados, de los gestos salvajes con los que cada cual procura interponer al prójimo entre él y la muerte. Aparto a fuerza de codos a los que me rodean, intentando abrirme paso entre esta carne movediza. Obstinadamente, pacientemente, avanzo, recuperando el terreno perdido cuando las oleadas vuelven a hundirme en la masa. Un último esfuerzo me proyecta en el espacio libre, por el cual avanzo unos pasos titubeando, sorprendida ante la falta de resistencia. El tirador aficionado está un poco a mi derecha. Respiro profundamente. Cualquier cosa antes que volver a formar parte del cuerpo del monstruo que dejo atrás. En él se muere demasiado. Se muere a cada segundo, millares de veces, junto con los millares de seres apretados unos contra otros. Son más muertos de los que yo puedo soportar. Avanzo. Los soldados están muy cerca. Varios ojos me miran. Elijo mi muerte personal, y no quiero otra. No quiero tener nada en común con los que he dejado atrás. Su suerte me es indiferente. La compasión, la terrible compasión ha dejado de atenazarme. Siempre se experimenta compasión cuando uno se siente culpable. Y a mí, ahora, tanto me da todo.

El tirador me ve. Nos miramos. Yergo la cabeza y la mantengo muy derecha. Una oleada de estúpido orgullo me inunda, tan poderosa, que no acierto a distinguir si es el miedo o la conciencia de ser sublime lo que acelera los latidos de mi corazón. El revólver apunta en mi dirección. El alemán sonríe como si se dispusiera a hacer una broma estupenda. El tiempo se detiene. Mi orgullo me abandona. Mis piernas ceden y tengo la impresión de que se desprenden de mi cuerpo. Y de pronto echo de menos la masa viviente en la que toda personalidad se fundía, en la que bastaba abandonarse, en la que ni siquiera había que hacer ningún esfuerzo para sostenerse de pie. Sólo el aire me rodea. Y el aire no sostiene. Más bien

induce a dejarse deslizar sobre la tierra sólida y dura, la tierra tranquilizadora, fuerte, buena... Ya no miro al alemán. Floto en una especie de niebla. Mi cabeza se vacía lentamente, y la siento pesada, pesada..., más pesada a medida que se vacía. Un último pensamiento se desvanece: la cabeza de un muerto debe de pesar cien veces más que una cabeza viva..., cien veces más que una cabeza viva...

Un brazo viril me coge por los hombros, y, con un suspiro, me abandono.

—*Mein Oberleutnant*, es mi hermana.

—¿Sí? ¿Y cómo ha llegado hasta aquí?

El brazo me estrecha hasta dolerme. Entre la bruma, emerge el rostro de Marc. Brutalmente, me pregunta:

—¿Qué haces tú aquí? ¡Apuesto a que has salido sola!

Inclino la cabeza. Sí, he salido sola.

—¿Ha dicho que era hermana de un policía? —pregunta el oficial.

—Sí, pero no me han hecho caso.

Recobro el ánimo, y dejo de pesar en el hombro de Marc.

—Llévate a tu hermana a tu casa y que no vuelva a rondar por ahí mientras estás de servicio.

—Gracias, *mein Oberleutnant*.

Marc me suelta para saludar.

—Vamos, ven conmigo —me dice.

Parece furioso. Le sigo y cruzamos la plaza. Siento millares de ojos clavados en mi espalda.

—Anda, date prisa —dice Marc.

Suena un tiro. Tropiezo con una piedra.

—¡Adelante, maldita sea!

Volvemos por las calles desiertas, tal vez las mismas que recorrí antes, hace muchísimo tiempo, hasta la Umschlagsplatz. Marc se separa de mí, ante la puerta de mi casa, sin ofrecerme la mano. Se marcha rezongando. Yo tampoco tengo nada que decirle.

—Ya empezábamos a preocuparnos —dice mamá—. Has estado mucho rato fuera.

Me echo encima de la cama. Creían que estaba con los vecinos. Mejor. Los tres están junto a mí. Mamá me acaricia la frente.

—Estás muy pálida. ¿Te encuentras mal?

Me prepara té y busca una aspirina.

—No es nada —dice mi padre—. El nerviosismo.

Yo no quiero que se ocupen de mí. Quiero que me dejen en paz. Tomo dócilmente el té, y trago el comprimido para acabar cuanto antes; Jacques se acerca y me tiende la mano abierta: en la palma lleva un caramelo grande envuelto en celofán rosa.

—Te lo he guardado para ti —dice.

La imagen fijada en mi espíritu se quiebra, como un rompecabezas maléfico, en mil fragmentos dispersos. Retiro el caramelo de su papel rosa y me lo llevo a la boca. Los tres están allá, rodeándome y mirando.

—¿Te sientes mejor? —pregunta papá.

De golpe, los fragmentos del rompecabezas se vuelven a unir, y la imagen de la Umschlagsplatz absorbe el universo entero. Un caramelo para olvidar las calles vacías, y el camión, para olvidar la Umschlagsplatz y el alemán del revólver. Todavía intento encontrarle algún sabor, pero ya no es más que una bola sosa y molesta. Lo trago casi entero para ceder sitio a lo que sube dentro de mí. Las lágrimas han llegado tarde; no me aportan el menor alivio. Las miro caer una a una sobre el cobertor; ni siquiera las siento.

Ese día nos acostamos sin decir ni una palabra más.

Al día siguiente, por la tarde, Marc nos visita. Ha recobrado su despreocupación.

—¿Qué, hoy no sales de turista como ayer? —me pregunta.

Yo le hago una señal con la cabeza. Demasiado tarde. Marc ya está lanzado. Encantado de hablar, detalla complacidamente las circunstancias de nuestro encuentro de la víspera.

Leo la cólera en los ojos de mamá, y veo cómo mi marido envejece súbitamente. Marc se da cuenta del desliz y procura atenuar sus efectos adoptando un tono ligero para continuar el relato.

—Esa hija mía no tiene ni sombra de entendimiento —concluye mi madre.

—No puedo creerlo —dice Marc, riendo—. En matemáticas era un hacha.

Se vuelve hacia Jacques. Su sonrisa desaparece.

—Pero hoy he venido a verte a ti. Tengo que proponerte algo. Ante todo, una pregunta: ¿os queda todavía algún dinero?

—Sí —dice Jacques—. Todavía tenemos.

—Bueno, entonces todo se arreglará. Podrás ingresar en la policía. Yo te ayudaré. Pero date prisa, porque los candidatos son muy numerosos.

—¿Por qué tengo que ingresar en la policía? Tengo mi carta de trabajo.

—No te hagas ilusiones —dice Marc—. He oído decir que en la próxima batida las cartas de trabajo ya no servirán para nada. En tanto que esto —y deja el gorro encima de la mesa—, esto todavía vale.

—No creo que esta garantía sea adecuada para mí —dice Jacques, con calma—. Pero has sido muy amable al ofrecérmelo.

—No seas imbécil. ¿Acaso no deseas salir de ésta con vida?

—Claro que lo deseo. Como todo el mundo.

—Los supervivientes serán pocos. Tú sabrás si quieres ser de ellos. ¿Es por el dinero?

—No, de momento tenemos aún. Simplemente, hay cosas que uno puede hacer, y otras que...

—¿Así que tú también me considera un canalla?

Marc se levanta y se cala la gorra.

—Jamás me he permitido juzgar a los demás —dice Jacques.

Llaman a la puerta. Mamá corre a abrir: es nuestro vecino. Con una noche de vela pintada en el rostro, lleva consigo su dolor como un paquete gigantesco que deposita gravemente en el centro de la estancia. Y la estancia, de pronto, se me antoja pequeña. Mamá le ofrece una silla. Pocos segundos después, nuestro vecino ve a Marc, que sigue de pie. Lentamente su rostro cobra color. De pronto salta de su silla y se arroja contra Marc chillando:

—¡Asesino! ¡Asesino! ¿Adónde te has llevado a mi mujer y mis hijos?

Marc no se mueve. Jacques se interpone.

—Cálmese, señor Nussbaum. Se confunde. Él no tiene nada que ver. Él no estuvo.

El hombre se ahoga:

—No estuvo, no estuvo... ¡Pero reconozco su gorra!

—Todos llevan la misma gorra —dice Jacques—. No puede usted reconocerla.

—¡Lo mataré! ¡Lo mataré con mis propias manos! Ese cochino..., ese hijo de...

Jacques le sujeta, y yo me llevo a Marc fuera.

—Lo siento —digo.

—¿Quién es? —me pregunta.

—Un vecino. Ayer se llevaron a su mujer y sus hijos. Unos policías judíos.

Marc se pasa dos veces la mano por la cara. Después me mira.

—Desde luego, es más fácil el papel de víctima. ¡Pero yo no quiero dejar la piel, maldita sea! Adiós. Recuerdos de Lola. Me ha dicho que le gustaría volver a verte.

—Dale un beso de mi parte.

Marc se separa de mí con una sonrisa que sólo es una torpe imitación de su sonrisa habitual. Me alegro de verle marcharse. El sentimiento de reconocimiento que debería experimentar por él me da la impresión molesta de una deuda que no logro pagar.

En casa, el señor Nussbaum se ha sentado junto a la mesa, con la cabeza entre las manos. Callamos y evitamos hacer ruido al movernos. Nos deja un espacio estrecho para vivir, por el cual caminamos con precaución, como al borde de un precipicio. Finalmente se levanta, abrumado, y nos mira con tristeza.

—Yo les tenía por buena gente —dice—. Pero también ustedes están en contra de mí...

—Pero, señor Nussbaum, por favor... —empieza mi madre.

El señor Nussbaum hace un gesto con la mano, como para rechazarnos a todos. No está encolerizado. Simplemente, está solo, solo en todo el universo. Con voz tranquila, neutra, como quien se limita a hacer una manifestación, nos arroja a la cara estas palabras antes de retirarse:

—También ustedes están de parte de los asesinos.

La puerta se cierra tras él, y mi padre exclama, indignado:

—La verdad es que exagera.

Jacques se acerca a la ventana y nos vuelve la espalda. Luego dice:

—¿Cómo vivirá, en adelante?

Me invade una especie de furor. Porque me siento tan impotente ante aquel dolor, porque Jacques, así, de espaldas, un poco encorvado, parece un viejo, vencido ya. Siento deseos de llorar y de chillar.

—¿Qué crees tú? Vivirá como todo el mundo, se agarrará a la vida como todo el mundo, cometerá todas las bajezas por conservar esta vida que tanto teme no pueda soportar. Si se produce una nueva batida, hará todo lo posible para escapar con bien, como todo el mundo, ¡como todo el mundo!

Siento que mi voz sube de tono. Ya no me domino. Jacques se vuelve bruscamente y se acerca a mí.

—¿Por qué te desesperas? —me dice.

—¿Que me desespero? ¡Me importa un pito, para que lo sepas! No es el único. Hay cientos como él, en este momento. ¿Cómo puede importarme? ¿Sabes qué es lo que me preocupa, a mí? ¡Que en la próxima batida vamos a pasarlo muy mal con nuestras cartas de trabajo!

—¿Me reprochas que haya rechazado la proposición de Marc? —dice Jacques.

Nos miramos en silencio. Me abandona la cólera.

—No —dijo, al fin—. Realmente, creo que esa gorra no te sentaría nada bien.

Entonces Jacques sonrío, y los rostros mudos de mis padres se relajan.

Los cuatro nos encontramos encima de mi cama. La luz se retira como de mala gana. Las esquinas de la estancia se suavizan.

—No podéis quedaros aquí —dice mi madre.

Habla en voz baja. ¿Acaso siente, como yo, las presencias que pululan en esta hora indecisa, y teme asustarlas? ¿O, simplemente, tiene miedo de las palabras que pronuncia? Nadie dice nada.

—Tenéis que marcharos —repite.

—No digas tonterías. Jamás me iré sin ti.

En mitad de la frase, ya me doy cuenta de su ignominia. Inmediatamente obra efectos.

—Si deciden marcharse, tú irás con ellos —dice mi padre.

—Y tú con nosotros, papá. No me he expresado bien.

El bochorno arde en mis mejillas. Veo a mi padre que sonrío tristemente, en la penumbra.

—Con mi nariz no llegaríais muy lejos. Además, yo aquí estoy bien. Aunque las cartas de trabajo no valgan gran cosa, tengo un escondrijo excelente. Ya lo hemos comprobado, ¿no es verdad?

Habla casi alegremente, pero un tic nervioso agita su bigote. Los ojos de mamá se posan lentamente en él.

—No me moveré de aquí —dice, al fin.

—Pues cometes un error. Los chicos te necesitan, en tanto que a mí... Yo me las arreglaré muy bien. Además, ya sabes como es la niña. No se separará de ti. Si esta fuga debe ser su única posibilidad de salvación, no tienes derecho a quitársela. Además, yo no creo todo eso que cuentan. La gente se asusta en seguida. Estoy seguro de que habrá supervivientes en el *ghetto*. Vosotros daréis una vueltecita por fuera, y luego volveréis. ¿Y si nos prepararas un poco de té, María?

Después del té, terminamos la velada con una partida de cartas. Nadie vuelve a aludir a nuestra marcha.

El día siguiente es un día gris y feo. Jacques observa mis preparativos.

—¿Sales? —me pregunta.

—Tengo ganas de tomar el aire.

—Salgo contigo. Voy a ver a Hela.

El *ghetto* ha recobrado su aspecto habitual. Después de caminar juntos un rato, nos separamos.

—Que te diviertas —me dice Jacques—. Pero ten cuidado.

Apresuro el paso. Es preciso que saque a Jacques y a mamá de aquí. No puedo elegir. Mi único recurso es aquel hombre que vive a cientos de kilómetros, y más lejos aún en mi pasado. Sin duda me habrá olvidado hace ya mucho tiempo. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? No me queda otra solución. Debo sacarles a los dos de aquí; es preciso. La imagen de mi padre me turba un instante. ¿Qué puedo hacer yo? Mi padre lleva su tarjeta de visita en la cara. Como decía la hermana del señor cura: «bastaba mirarle los ojos, la nariz y los labios para adivinar todo lo demás». Rechazo con violencia este pensamiento. De todas maneras, nada se ha hecho todavía,

nada se ha decidido. Ante todo, debo volver a encontrar a ese hombre, arrojar un puente por encima del tiempo. Debo ir a buscarle en la época de mi niñez, obligarle a surgir de un paseo por el bosque, al caer la noche, en que cogió de la mano a una niña conmovida, turbada por el misterio de las sombras y de los árboles. Posteriormente lo vi a menudo, pero ya no era el hombre del bosque. Iba a vernos, como otros conocidos que saludaban, se sentaban y hablaban cortésmente de cosas que yo jamás escuchaba. Se había pasado al bando de las personas mayores y ya no me interesaba. Cuando terminé el bachillerato, mamá me comunicó que aquel hombre pedía mi mano. ¿Y a mí qué? Yo conocía a Jacques. El día de mi boda recibí de él un ramo de rosas.

Y ahora intento atar a esta historia trivial la vida de los seres que amo. Es infantil creer que este hombre, aun cuando me recuerde, aunque logre ponerme en contacto con él, esté dispuesto a ayudarnos. Pero, al fin y al cabo, ¿qué riesgo corro? ¿Una negativa? Bueno, me la tragaré, y nadie se enterará.

Con decisión, repiqueteando con mis tacones altos, como una muchacha segura del efecto que produce, entro en el despacho de la policía, desde donde todavía se puede comunicar con el exterior. Pregunto por Marc. Ha salido. Pero puesto que soy amiga suya, espero que me faciliten las cosas. Me preguntan a quién quiero llamar. Pronuncio el nombre de la aldea y del hombre. Los he conservado en un rincón de mi memoria, y los repito maquinalmente, sin que evoquen ya nada en mí. Me siento y espero. La estancia está casi vacía. En las paredes, avisos en alemán y en polaco. Bajo los ojos. El suelo aparece cubierto de escupitajos aglutinados en el polvo. El timbre del teléfono me distrae de la náusea que asciende dentro de mí. Una esperanza insensata me envuelve en una ola de calor. Me levanto. Nada está perdido aún. De pie, junto a la silla, observo los movimientos del policía. Por fin descuelga el aparato: «Diga..., sí... Pásemelo». Avanzo un paso. «Diga... Diga...». Estoy segura de que encontraré las palabras justas, de que me escuchará. «Diga... ¡Ah, es usted, señor! Llevo una hora esperando su llamada». Libero el aire acumulado en mi pecho. De pronto me siento muy cansada. Tímidamente, vuelvo a sentarme. Miro ante mí, sin pensar en nada. El teléfono vuelve a sonar dos veces, pero ya no me muevo. «A

menudo hay mucha demora», me dice el policía. Le dedico mi sonrisa de jovencita bien educada. «No importa, no tengo prisa». No tengo prisa. Repito esta frase estúpida y el tiempo se detiene de nuevo. No me aburro ni me impaciento. La sucia habitación se inmoviliza en una eternidad gris, agrietada a veces por el timbre del teléfono.

—Para usted, señora.

El policía, de pie detrás de su escritorio, con el receptor en la mano, me hace una señal. Aunque no recuerdo haberme movido, me encuentro con el receptor en el oído. Y murmuro:

—Oiga...

—Diga —contesta una voz lejana, desconocida—. Diga, ¿quién llama?

—Soy yo —digo estúpidamente.

—¡Diga! ¿Quién habla? —se impacienta la voz.

Digo mi nombre de pila y mi apellido de soltera. Y la voz, súbitamente, se hace presente, salva cientos de kilómetros para hablarme al oído, cálida, inquieta. Ya no sé qué decir. Él me pregunta y yo contesto: «Sí, sí, no». No me pregunta por qué le llamo. Habla. Habla: es preciso que salgamos de aquí, no debemos quedarnos. Yo contesto: «Desde luego, desde luego». Insiste, y yo sigo diciendo que sí. Después se produce un silencio. Comprendo que también yo debo hablar, que debo retenerle. Pero enmudezco. Y la voz prosigue, más próxima todavía:

—Aquí no tenemos problemas. Ven conmigo. Yo me encargo de todo. ¿Me oyes?

—Somos tres —logro decir, con dificultad.

—Tres o diez, no importa. Ven y llévalas contigo. Os prepararé cartas y alojamiento. ¿Me oyes?

Me recomienda mucho cuidado durante el viaje. Digo que sí, siempre sí. Es todo lo que puedo articular. Me dirige más recomendaciones, y acaba: «Hasta pronto».

—Hasta pronto —repito yo.

Y él cuelga. Pago la conferencia y me retiro. En la meseta de la escalera, me detengo. No hay nadie. Y entonces me siento en un peldaño y lloro.

Llego a casa hacia mediodía. Jacques, ya de vuelta, está negro como un carbonero: repara la cocina. Dejo el monedero encima de la mesa y digo:

—Nos vamos.

—¿Sí? —dice mamá—. ¿Has encontrado el sitio? ¿Ya?

No hago caso de su tono de burla.

—Nos vamos a X... Con Michel.

Luego Jacques pregunta:

—¿Hablaste con él?

—Sí, nos espera. Allá están tranquilos.

Evito mirar a mi padre.

—¿Y tú crees que se puede salir del *ghetto* por las buenas? —dice mamá.

—No seremos los primeros en hacerlo —digo yo—. Con dinero, todavía hay muchas cosas posibles, gracias a Dios.

Jacques se afana en la cocina. No me mira. Me dirijo a él:

—¿No tienes nada que decir?

—Preferiría no marcharme —dice, al fin.

—Sí, desde luego. Duele dejar a papá, a mamá, a toda la familia. Es hermoso, es noble. Pero piensa una cosa: no quiero morir aquí, ni quiero veros morir a todos, uno tras otro. ¡La muerte común, los buenos sentimientos! ¡Me importa un bledo! ¡Y menos aún me importa tu corazón, quebrado ante la posibilidad de separarte de tu sagrada familia! ¿Acaso yo no dejo también a mi padre, solo? ¿Y por qué? ¡Para que no te asesinen a ti por culpa de su nariz judía!

—¿Por mí quieres hacer esto?

—No, por mí, sólo por mí, porque te necesito. Pero, claro, tú estás muy por encima de estas cosas. Los hombres como tú no deberían casarse. Cuando se está solo, se puede morir noblemente, magnánimamente. ¡Pero que no obliguen al ser que vive con este héroe a asistir al espectáculo! ¡Tú te crees bueno y generoso... y nada tienes de humano!

—No te excites —me dices Jacques.

Siempre lo mismo. Diríase que ni siquiera oye lo que le digo. «No te excites». Que la niña suelte todas las tonterías que tiene en la mollera, pero que no se excite. No le conviene. «No te excites, querida. ¿Ves? Yo cuido

de ti. Nos quedaremos aquí, juntos, y moriremos juntos. Pero tranquilamente, sin excitaciones». Jacques pone en mi hombro su mano sucia de carbón.

—De acuerdo —dice—. Nos marcharemos.

Luego se lava las manos, cuidadosamente.

—Tu padre no puede quedarse solo. Irá con mis padres.

—¿Cómo, solo? —dice mamá—. ¿Y yo?

Me vuelvo hacia ella. No era solamente una madre. Era la más bella, la mejor de las mujeres, mi única amiga ante la cual me sentía transparente y que me protegía contra mí misma. Y empiezo:

—Escucha, mamá...

Pero no sigo. Me siento vacía.

—No intentes conquistarme, como de costumbre —me dice—. Hay que ser justo. Tú sigues a tu marido, y es justo. Pero yo también estoy casada.

Desde luego, tienes razón. Yo sacrifico a mi padre con toda la fuerza de mi egoísmo. Vergonzosamente, innoblemente. En el fondo, ¿para qué? Salir del *ghetto*, sí, ¿y después? La muerte nos espera igualmente al otro lado. ¿Para qué correr a su encuentro? Para morir, no estaremos peor aquí que en otra parte. Me siento en la cama y les vuelvo la espalda.

—Lo siento —digo—. No volveremos a hablar más de ello.

Entonces se levanta la voz de mi padre. Dice que en los tiempos en que vivimos los consejos de nada sirven. Ya no existe la lógica ni es posible prever los acontecimientos. Cada uno debe escuchar su propia voz. Se vuelve hacia mamá y le dice que debe escuchar esta voz que le aconseja marcharse.

—Que se vaya con Jacques —dice mamá.

—No se irá sin ti. Ya sabes cómo es: incapaz de desenvolverse en la vida cotidiana. Se morirán de hambre, porque no saben preparar la comida. Tienes que ir con ellos. No son más que unos chiquillos. Si nos quedamos los dos aquí, nos pasaremos el tiempo sufriendo por ellos, imaginando los peligros que les acechan y las tonterías que pueden cometer. Jacques la quiere demasiado, y, a fin de cuentas, siempre le permite seguir las ideas estúpidas que se le pasan por la cabeza. Si sé que estás con ellos, me sentiré más tranquilo.

Mamá intenta interrumpirle, pero papá sigue:

—Iré a vivir con los padres de Jacques, si me quieren con ellos. No tienes motivo para preocuparte. Dentro de algún tiempo volveremos a reunimos. Y entonces veréis cómo no había razón para tanta tragedia. Vamos, prepáranos el té.

Jacques enciende el hornillo y pone el agua a hervir. Mamá permanece en una silla, inmóvil.

Tomamos el té en silencio. Sólo mi padre se esfuerza por hablar. Traza planes para nuestra fuga, y propone medios de comunicación entre nosotros. Yo le miro. Y, de pronto, acude a mí un pensamiento, una certidumbre; no volveré a verle. Y estallo en sollozos. No logran calmarme. Lloro a mi padre, a mi padre, al que no volveré a ver. Y a través de mis sollozos le oigo decir:

—Mírala, María. ¿Tú crees que puedes dejarla marcharse sola?

No recuerdo muy bien los días que siguieron. Brumosos, indecisos, como ese estado que precede al despertar: uno sabe que los ojos van a abrirse de un momento a otro, que deberá moverse y hablar, pero se deja arrastrar tanto rato como puede hacia las orillas invisibles, en la seminconsciencia del cuerpo. Seguía vagando por las calles, y me calentaba al sol cuando lo hacía. Rehuía a mis suegros, su dolor, y sus besos mojados. Presenciaba con indiferencia los preparativos. Marc, a quien Jacques había confiado nuestro proyecto, se ocupaba de todo. Se había puesto en contacto con un agente de policía polaco, quien, mediante una fuerte suma de dinero, había convenido en esperarnos, una noche, al otro lado del muro, y albergarnos en su casa hasta el amanecer. Naturalmente, nada le impediría embolsarse el dinero que debíamos pagarle por adelantado y denunciarnos luego. Pero Marc respondía de su honradez.

Ha llegado el día. Hemos acompañado a papá a casa de mis suegros, para que no nos vea partir. La despedida ha durado una eternidad; muchos besos, muchas lágrimas. Creo que soy la única que no he llorado. No me había despertado todavía. Los tres volvimos a casa y ahora esperamos la noche. Las dos maletas están a punto desde hace tiempo. No tengo otra cosa que hacer más que mirar un reloj que se para en cuanto lo miran. Es un juego. Finjo olvidar su existencia durante un rato, pensar en otra cosa, y lo

miro luego rápidamente, de reojo, a hurtadillas. La aguja larga se ha movido un poco, muy poco. Aparto los ojos y me prometo esperar más tiempo, esta vez. Pero, naturalmente, hago trampas.

Mientras intentaba sorprender al tiempo, ha llegado la noche. La estancia se sumerge silenciosamente en la oscuridad. No corremos los visillos ni encendemos luces. No nos movemos; cada uno de nosotros, súbitamente empujado a un extremo del mundo, contempla a sus pies su propio abismo. Hemos dejado la puerta entornada y Marc nos sorprende en esta inmovilidad. Sin preámbulos, pregunta:

—¿Llevan equipaje?

Coge las dos maletas y desaparece. La angustia me ahoga. ¿Por qué locura voy a lanzar a estos dos seres queridos a la aventura más siniestra? Aquí la noche es tranquila, es otra noche con ellos. Siento deseos de decirles: «Por piedad, no vayamos. Tengo miedo. Mañana iremos a buscar a papá». Pero nada digo. No me muevo. Ahora estoy completamente despierta. Jacques se levanta y se pone el sobretodo. Su silueta se recorta en negro sobre la oscuridad. Sin decir palabra, ayuda a mi madre a arrebujarse en su abrigo.

—¿Dónde tienes el abrigo? —me pregunta al fin.

¿Mi abrigo? ¿Cómo encontrarlo en la oscuridad? Jacques y mamá buscan a ciegas. Entonces me doy cuenta de que lo llevo encima. No recuerdo habérmelo puesto.

—Lo llevo encima —digo.

Y cesan de buscar. Esperamos. Quisiera que esta espera no acabara. Si no tuviera que moverme, el miedo cedería...

—Jacques...

Inmediatamente Jacques acude a mi lado.

—Todo irá bien —dice—. Estoy seguro.

Su sobretodo roza ásperamente mi mejilla. Cuando levanto la cabeza, Marc está delante de nosotros y dice:

—Vamos.

Sale él primero y nosotros le seguimos. Penetrarnos en una oscuridad diferente, la oscuridad del exterior, la oscuridad de un mundo hostil y peligroso. Y he aquí que los adoquines se adueñan de nuestros pasos, los

lanzan a todos los ecos, se los transmiten a lo largo de las calles, como para dar aviso. Risas malignas se ahogan en las callejuelas. Todos los terrores de la infancia vuelven a mí. El miedo a la muerte, compañera de los adultos, me coge de la mano. Me esfuerzo por caminar tan de prisa como los demás, consciente de las maquinaciones que se urden en las sombras. Marc se detiene.

—Por aquí —dice.

Una zona de oscuridad más densa nos permite adivinar el muro. Casi en un susurro, Marc llama:

—Señor Wosniak, ¿está aquí?

Y la voz de la noche responde:

—Pásame el primero; de prisa.

Nadie se mueve.

—Vamos, de prisa —dice Marc—. Usted, señora.

Mi madre trepa suavemente. Se funde en las tinieblas del muro y luego veo su cabeza y sus hombros recortándose sobre el cielo. Y la voz dice:

—Pase las piernas al otro lado. Vamos, ¿a qué espera...? Deje que la coja las manos.

Mi madre desaparece.

—El siguiente.

Jacques me estrecha un brazo.

—No, primero tú —digo.

Pocos segundos después, me encuentro sola con Marc.

—Suerte —me dice.

Tengo ya la mano en la escalera. Le doy las gracias y subo. Paso las piernas al otro lado del muro y me dejo caer.

Oigo la voz, muy cerca, detrás de mí, que dice:

—Si nos detienen, diré que les llevaba al puesto de policía. Les he sorprendido. Ustedes intentaban evadirse del *ghetto* y yo llegué en aquel mismo momento. No puedo obrar de otro modo. Arriesgo la piel.

Sin decir palabra, seguimos al hombre a quien pertenece esta voz. ¿Por qué camina tan despacio, tan juiciosamente? Deberíamos correr; corriendo, ya estaríamos salvados. Se vuelve hacia nosotros y dice: «De prisa». Sí, de prisa, pero sigue caminando al mismo paso. Nos adentramos por una calleja

más oscura que las demás, porque es más estrecha. El hombre se detiene, abre una puerta, cruzamos un patio, subimos una escalera, y él dice: «Con cuidado» lo cual no significa sin duda «Más despacio», sino que no hagamos ruido. Pisamos con precaución los peldaños, primero con la punta, después con el tacón, y el hombre entretanto repite: «Con cuidado» varias veces, porque los peldaños tienen el sueño ligero y basta rozarlos para que despierten, ruidosos, quejumbrosos; tres pisos, y luego el hombre abre otra puerta. Inmóviles, esperamos en la oscuridad. Cuando se hace la luz, el hombre de la noche se ha convertido en un vulgar agente de policía.

—Siéntense —dice.

Una bombilla eléctrica polvorienta cuelga del cordón, encima de nuestras cabezas. Los muebles, anónimos, son de comedor.

—Tendrán que esperar aquí hasta la mañana —dice.

Se acercan unos pasos que se arrastran y entra una mujer, joven aún, el rostro abotagado por el sueño, el pelo teñido de rubio. Lleva una bata roja. Nos mira, uno tras otro, y luego dice:

—Más judíos. Verás adonde te llevará todo esto.

Habla como si no pudiéramos entenderla, como si fuésemos demasiado diferentes de ella para poder comprender su lenguaje.

—Anda, ve a hacernos un té —le ordena nuestro agente de policía.

Los ojos de la mujer llamean. Con las manos en las caderas se acerca a su marido que, súbitamente, parece encogerse.

—¡A mí me lo dices! ¿A mí me dices que sirva a tus judíos?

Sigue una lluvia de gritos, insultos e imprecaciones.

Mi madre, inmóvil, con los ojos bajos, contempla con atención sus zapatos. Yo me vuelvo hacia Jacques. Éste, con expresión atenta, escucha lo que dice la mujer con la aplicación de un colegial que se esfuerza por captar el sentido de las palabras del profesor. Me levanto. Cierro el puño en torno de un cuchillo cuya hoja, muy larga, arroja un destello glacial. Con la boca abierta y los ojos desorbitados, la mujer me mira cuando me acerco a ella. Su bata se ha abierto y permite ver un vientre redondo y pálido. La mujer retrocede hasta la pared, se pega a ella se incrusta en el muro, pero su vientre sobresale, se ofrece a mí, se ofrece al cuchillo, que se hunde en él lentamente, profundamente, sin esfuerzo. Lo retiro con la misma facilidad y

del vientre brota una sangre negra, espesa, como barro. Un envoltorio vacío se derrumba al suelo. Mi madre yergue la cabeza. Jacques murmuraba: «No matarás...» y yo me arrojo a su cuello y grito: «Es mi mejor recuerdo, será mi mejor recuerdo de la guerra...».

De pronto el silencio se me antoja insólito. Estamos solos, los tres, cada uno en su silla. Pregunto:

—¿Dónde están?

Jacques me mira con expresión inquieta.

—Han ido a acostarse.

Pocas horas después el agente de policía nos abre la puerta. Antes de dejarnos salir, dice:

—No hagan ruido en la escalera. Y recuerden esto: no nos hemos visto jamás.

Salimos sin habernos encontrado con nadie. Una calle desconocida nos recibe, desierta todavía. No sabemos qué dirección tomar, pero no importa; ante todo se trata de andar con naturalidad, como personas que se encuentran en su propia casa, aquí, en la calle, en todas las calles, en toda la ciudad, en el mundo entero. Al fin se acerca un hombre... No sé si es joven o viejo, alto o bajo; sólo sé que es uno de esos seres innumerables que pueden disponer de nosotros. Le pregunto por dónde hay que ir para llegar a la estación. No me atrevo a mirarle, temiendo ver el mismo rostro de nuestro destino. Pero nos informa con maravillosa indiferencia. ¿O acaso la simula? Me vuelvo. No se ha detenido, no nos sigue con los ojos, y se aleja.

Cuando llegamos, el tren que debemos coger ya está en la estación. Nos hemos cruzado con hombres y mujeres, cada vez más numerosos, primero con la impresión de que cada uno era un obstáculo que salvar, de que, de pronto, una mirada se fijaría en nosotros, escandalizada, y unos labios se abrirían para gritar, para denunciar, hasta que unas manos nos apresarían. Después nuestro miedo se ha convertido en un sentimiento vago, como un diente que duele, pero con un dolor soportable, en el cual uno acaba por no pensar ya. He ido a comprar los billetes, pues, sin la menor emoción. En un compartimiento encontramos sitio. Me siento al lado de una gruesa campesina que inmediatamente manifiesta su descontento, gruñe, se agita, me hunde un codo en el costado... Viendo que no protesto, se envalentona.

Se me ocurre pensar que mi paciencia podría resultar sospechosa. Podría significar que quiero pasar inadvertida, que no quiero complicaciones. La mujer gorda vuelve a hundirme el codo entre las costillas. Al fin me vuelvo hacia ella:

—¿Tiene usted para rato? No crea que voy a levantarme aunque necesite usted dos plazas para estar cómoda.

Un caballerete de cara colorada, que está sentado delante, se echa a reír y me apoya con entusiasmo. La mujer se mete con él, y yo quedo al margen. Y como en un tren parado el aburrimiento es muy grande, todo el compartimiento toma partido por uno o por otro. El tiempo pasa, el tren corre ya, la discusión pierde fibra; unas cuantas réplicas más, sin entusiasmo ya, como por cumplir, y al fin cada cual vuelve a su soledad. Y en el centro de la soledad de nosotros tres se instala un temor: la revisión de la documentación. Llegar a nuestro destino sin que haya ni una sola revisión, ni una sola... Luego se produce a nuestro alrededor un gran despliegue de víveres, algo extraordinario en esta época de restricción, de escasez, de cartillas de racionamiento. El olor del salchichón me cosquillea las narices y me recuerda que tengo hambre. Miro cómo comen los demás, y el hambre me quita el miedo. Cuando toda la comida ha desaparecido, el hambre persiste y el miedo vuelve, y hace todavía menos profundo este hueco que siento en el estómago. Con tal que lleguemos a destino sin que se produzca una sola revisión, una sola revisión... Las ruedas del tren se adueñan de las palabras que pienso, las cortan a pedazos, las repiten indefinidamente, hasta que me deslizo en un vago duermevela del cual me extrae bruscamente una voz:

—Los billetes, por favor.

Abro los ojos y veo ante mí una mano que tiende un billete; esta mano humilde, suplicante, es la mía... El revisor me devuelve el billete y me da las gracias. Da las gracias a mi madre, y a Jacques. Y se va. Miro un instante los fragmentos de paisaje rural que se deslizan tras los cristales. El día es gris. Con tal que lleguemos... Vuelvo a sumirme en aquel sueño indeciso, frágil, demasiado débil para embotar el aguijón de la angustia que se hunde en mi espíritu amodorrado:... ni una sola revisión...

Llegamos hacia las seis de la tarde. Nadie en el andén. Nos sentimos expuestos, ofrecidos a las miradas, como blancos de tiro en el andén desierto. Un vejete silencioso nos recoge los billetes. Salimos de la estación, cruzamos una plazuela y luego seguimos por la carretera bordeada de pinos. Nos refugiamos debajo de los árboles. Recojo una piña, y me prometo guardarla siempre. ¿Siempre...? ¿Qué puede significar esta palabra?

En la calle principal de la aldea me informo. Nos miran con atención, nos contestan en voz baja y se apartan inmediatamente. Llamo a la casa que me han indicado. La puerta se abre, y el hombre que buscábamos aparece ante nosotros, vestido con un mono azul, mal afeitado y los cabellos en desorden. Nos invita a entrar, muy de prisa, sin decir palabra. Nos tiende una mano, blanda, escurridiza. Luego, dice, con los ojos bajos:

—Tendréis que marcharos cuanto antes. Aquí han empezado ya. No podéis quedaros...

Hemos pasado tres semanas en su casa, encerrados en una habitación, con los postigos cerrados. El hombre telefona por nosotros al *ghetto*, nos repite las palabras de mi padre, quien dice que todo marcha bien, y que fue un error marcharnos de allá; nos repite también las palabras de la madre de Jacques, quien asegura que el *ghetto* será aniquilado, pero que ellos han descubierto un escondrijo al otro lado. Y, un día, nuestro anfitrión consigue la dirección de ese escondrijo. Aquel hombre de rostro gris por el miedo, al que ya no reconozco, se queda delante de nosotros. Con la cabeza gacha, y sabemos qué espera, sin que se atreva a decirlo: ya tenemos un sitio adonde ir, adonde ocultarnos, y no podemos seguir aquí.

A LA CAZA DEL MAÑANA

—Aquí es —digo.

El botón blanco del timbre brilla suavemente. Pero permanecemos inmóviles y desconfiados ante aquella puerta desconocida.

—Llama —dice mamá—. No podemos quedarnos así. Podría llegar alguien de un momento a otro.

¿Por qué me es tan difícil este ademán? Jacques alarga el brazo y pulsa el botón. Apenas se oye el ligero campanileo del timbre, como ahogado bajo pesados cortinajes. Unos pasos se acercan y la puerta se abre ante nosotros. Un hombre de unos cuarenta años, vestido con elegancia, de rostro franco y abierto, nos sonríe.

—Entren. He recibido aviso de su llegada.

Nos invita a pasar a un saloncito, y, una vez en él, cortésmente, nos besa la mano, a mi madre y a mí. Luego estrecha con fuerza las de Jacques.

—Sus padres siguen bien —le dice—. Les verá en seguida. Siéntense. Ante todo, quiero que beban algo.

El señor Wolinski vuelve con una botella de vodka. Bebe con nosotros. Humedezco los labios en el líquido y hago una mueca. El señor Wolinski lo advierte.

—Beba. Necesita rehacerse de la emoción. Sé muy bien lo que significa para ustedes, para los suyos, andar por las calles, en nuestros tiempos.

—No hemos tenido dificultades —dice Jacques.

—Pues han tenido una suerte excepcional. Aquí se acecha a los judíos. Cruzar una calle puede ser mortal. Desgraciadamente, no sólo les persiguen

los alemanes. Los agentes secretos, los colaboracionistas, casi toda la población...

Hace una larga pausa, con los ojos bajos. Después, en voz baja, sin mirarnos, dice:

—Siento bochorno por nosotros mismos. Me avergüenzo de no haber hecho lo suficiente por su pueblo. Me avergüenzo de mi pobreza, que me obliga a aceptar su dinero para darles de comer.

Levanta la copa y la vacía de un trago, alegremente, como si bebiera a la salud de un ser querido.

—Perdonen las tristes condiciones en que les tocará vivir. Estarán once en una sola estancia. La culpa es mía. Nunca sé negarme cuando recurren a mí. Además, ¿acaso tengo derecho a negarme? ¿Cómo puedo decidir yo, que no soy más que un hombre, quién debe sobrevivir y quién no? Mi recompensa será haber ayudado al mayor número posible de los suyos a sobrevivir.

Hace otra pausa y nos mira, esta vez, atentamente, uno tras otro. ¿Acaso espera una palabra nuestra? ¿Deberíamos decir algo? Pero guardamos silencio. Sin duda estamos demasiado cansados. El silencio, incómodo, se prolonga. Finalmente, el señor Wolinski se dirige a Jacques, y dice:

—Debe usted de estar impaciente por ver a sus padres.

Se levanta y nos precede por un largo pasillo. Nuestra «habitación» está al fondo. Una cortina disimula la puerta. Antes de invitarnos a entrar, nos dice:

—No olviden que están ustedes en su casa y que yo estoy a su servicio.

Mi mirada flota; el vodka, sin duda. Hombres y mujeres surgen de todos los ángulos de la estancia, se multiplican, se acercan rápidamente, rodean al señor Wolinski, hablan todos a la vez. Él les contesta sonriendo. Todos muestran una expresión dichosa. Cuando emergemos de los abrazos de los padres de Jacques, Wolinski ha desaparecido. Ahora nos rodean a nosotros. Las preguntas brotan de todas partes, se entrecruzan, montan unas sobre otras, se amalgaman con fragmentos de respuestas, se ramifican. Consigo deslizarme fuera del círculo. Estoy cansada y quisiera sentarme. Y entonces me doy cuenta de que en la estancia no hay ni un solo mueble. Sólo colchones, a lo largo de las paredes, en medio, en todas partes. Colchones y

maletas amontonadas o dispuestas al azar, en el suelo. Reconozco las nuestras, en un rincón. Ya no parece que nos pertenezcan. Me dejo caer en el colchón más próximo. Mi estómago vacío no resiste las gotas de vodka que he bebido. Insensiblemente me echo, y luego, con precaución, como si nadie debiera advertir mis movimientos, descanso las piernas, también, en el colchón. Pero nadie me presta la menor atención. Una densa niebla de palabras confusas llena la estancia. Tengo la sensación de que hablan en una lengua extranjera, que produce un zumbido raro. Las voces se pierden en el espacio, se alejan bajo bóvedas inmensas... De pronto, alguien dice, muy cerca de mí, claramente:

—Pobrecita, se ha dormido.

Mi madre se ha sentado a mi lado y me ofrece una escudilla de sopa. He dormido hasta la noche. Veo a Jacques y sus padres alrededor de dos maletas que les sirven de mesa. No tengo apetito.

—Come —dice mi madre.

Tiene el rostro grisáceo. Dejo el plato en el suelo.

—Por mi culpa se ha quedado solo —digo.

—De momento está bien. Todavía tiene dinero.

Miro a mis suegros.

—¿Por qué no lo han llevado con ellos?

—No quiso. Se empeñó en que su sitio está allá. Vamos, come.

Vuelve a ponerme el plato entre las manos. Dócilmente, me llevo una cucharada a la boca, y luego otra. Me detengo. No volveré a ver a papá. En las tinieblas del porvenir sólo esta certidumbre llamea. No volveré a ver a mi padre.

—Basta —dice mi madre—. Come.

Entre los ojos, tiene la arruga de los días malos. Vuelvo a coger el plato. Encima de los colchones, sentados en las maletas, aparentemente satisfechos de su suerte, los demás comen.

—¿Quiénes son? —pregunto.

—Todos proceden del *ghetto*. Dicen que Wolinski es un buen hombre y que podemos tener entera confianza en él.

Después de retirar los platos, todos preparan la habitación para la noche. Jamás se encienden luces en ella. Pijamas y camisones salen de las maletas,

que luego son amontonadas en un rincón. Una vez colocados los colchones, en dos hileras, queda en medio un estrecho pasadizo. Me acuesto entre mamá y Jacques. El chiquillo viene a desearnos las buenas noches, como a todos los demás. Reconozco en él el olor de la sopa.

Durante un buen rato siguen las conversaciones entre los colchones. Risas, chanzas. El fin de la guerra se acerca, y, realmente, es una suerte encontrarse aquí. El nombre de Wolinski suena a menudo, y también se habla de su mujer. Él es un «santo». Ella una «loca» y un «corazón de oro».

Mamá y Jacques ya duermen. Las voces enmudecen, una tras otra, y pronto se oye solamente la voz monótona de una anciana que sigue hablando sin darse cuenta de que nadie la escucha. Al fin, también ella se cansa. La ventana no tiene cortinas dobles y la luz de la luna siluetea esos pequeños grumos oscuros que son hombres y mujeres sumidos en el sueño.

Una voz susurra:

—Déjame en paz.

Pero sin duda es pura fórmula, puesto que poco después se oye una respiración precipitada. La pareja, a su vez, se sumerge en el silencio.

Estoy a punto de dormirme cuando un soplo frío roza mi rostro. Abro los ojos. Una silueta de mujer se recorta en el rectángulo negro de la puerta. En sus cabellos claros se prende un rayo de luna. La mujer cierra la puerta tras de sí y se desliza encima del colchón que se encuentra a sus pies. Tendría que incorporarme para verla, y no me atrevo a hacerlo. Pero escucho con atención. Alguien, a quien sin duda divierte muy poco que le despierten, gruñe. Después un susurro:

—¡Ah! ¿Es usted?

—Sí, soy yo —responde la mujer—. He venido. Y volveré a venir. —Ríe suavemente—. Ya ves que no tengo prejuicios. Tú eres mi judío particular. Me lo debes todo, ¿comprendes? Todo. Tengo tu vida en mis manos. Tu vida y la de todos. Una palabra mía y estáis perdidos. Pero no lo haré si me quieres mucho mucho.

El hombre calla. Y la mujer se impacienta.

—¿A qué esperas? ¿No tienes sangre en las venas?

Su voz exige. Obscenidades y amenazas se suceden. ¿De esto depende, pues, nuestra vida? Si esta mujer no sale de aquí satisfecha nos denunciará.

—Me hace daño —dice el hombre, en tono quejumbroso.

No parece comprender por qué ha de ocurrirle precisamente a él semejante aventura.

—¿No quieres? —dice la mujer.

—Claro que sí, claro que sí...

Ni se le ocurre disimular su terror. Al cabo de un momento intento adivinar quién es el objeto de tan poderoso deseo. Y, de pronto, lo intuyo. Un joven, un adolescente, con una cabeza de niña. Recuerdo sobre todo dos grandes ojos azules cuya mirada ingenua se filtra a través de unas pestañas inverosímiles, tan largas que parece que con su peso mantengan constantemente los párpados entornados. He oído a su madre hablarle y llamarle «corona de mi cabeza».

Ahora callan, los dos. Una pareja como las demás. Tiro del cobertor y me tapo los oídos. Siento deseos de llorar de rabia y de humillación.

Cuando abro los ojos la habitación ya ha recobrado el aspecto de la víspera. Las maletas esparcidas vuelven a cumplir sus funciones de mesas y de asientos. Mientras me visto, bajo la manta, siento que alguien me observa. Tropiezo con unos ojos azules, que se desvían inmediatamente.

Acaba de entrar una mujer. En una enorme bandeja lleva tazones, una cafetera, y un montón de rebanadas de pan. Por la abertura de su sucia bata se ve una combinación negra. Tiene los ojos enrojecidos por el sueño; lleva el pelo rubio recogido de cualquier manera en lo alto de la cabeza.

—Buenos días —dice, con voz hosca.

Todos le contestan con calor, le quitan la bandeja de las manos y le acercan una maleta, en la cual se deja caer, indiferente. Distribuye el pan y el café. Derrumbada, con la mirada ausente, la mujer permanece inmóvil. De pronto parece despertar, se levanta, se reajusta la bata y vuelve a sentarse. Sus ojos se animan. Después habla, largo rato. Dice que no nos preocupemos, que tengamos paciencia, que ella y su marido harán todo lo posible por protegernos. Debemos tener una confianza absoluta en ellos. Mientras sigamos allá, nada malo puede ocurrirnos. Saca un caramelo del bolsillo y lo da al chiquillo.

—Le mimas demasiado, señora Wolinski. Es usted demasiado buena —exclama la madre del niño.

La señora Wolinski suelta una carcajada. Una carcajada sorprendentemente joven en aquella mujer, ya ajada. Su mirada busca al muchacho de los ojos azules. Éste se absorbe en la contemplación de su tazón de café.

—Hacemos por ustedes todo lo que podemos —dice—. Sólo les pedimos que pongan un poco de corazón por su parte. Nada más que un poco de corazón.

La mujer pone en sus palabras una intención concreta. La amenaza apenas es velada. De todas partes se levantan alabanzas, todos la bendicen, a ella y al señor Wolinski, pero la mujer no atiende. Ya no está. La bata se le abre de nuevo, le caen los hombros, su mirada se extravía. Reúnen los tazones vacíos de la bandeja, junto con la cafetera. Luego se hace un breve silencio. Entonces la mujer se levanta, coge la bandeja y se retira, con sus andares de sonámbula.

Por la tarde viene a vernos Sam, mi cuñado. Ha encontrado refugio en casa de un amigo al que conoció por casualidad en Varsovia. Viste con elegancia y se ha teñido el pelo con agua oxigenada para conseguir un aspecto de ario auténtico. Poco tiempo después, suena el timbre con insistencia. Se hace el silencio. Se acercan pasos. Y oímos la voz de Wolinski.

—Pero si le digo que no hay nadie aquí... No es más que un armario ropero... Se lo aseguro...

Se abre la puerta y entran dos hombres con chaqueta de cuero negro; Wolinski queda un poco rezagado. Uno de los hombres suelta un ligero silbido.

—¡Vaya, vaya! Vístanse. ¡Y en seguida! Nos vamos. Nadie se mueve.

—¿Es que no he dicho nada?

Su colega parece prestar toda su atención a las maletas. Diríase que las cuenta. Wolinski interviene.

—No harán ustedes esto. Ustedes son de los nuestros, no son alemanes.

—Tenemos órdenes. Yo no puedo ver a los judíos.

El otro no parece haber oído.

—Vamos, dense prisa.

—Estoy seguro de que se puede arreglar —insiste Wolinski—. Vengan conmigo, vamos a tomar una copa.

—No tengo inconveniente en tomar una copa —dice el otro—. Pero no cuento conmigo para sacar de apuros a sus protegidos.

Antes de salir, Wolinski se vuelve y nos hace una señal que podría ser de aliento. El rumor de voces se aleja por el largo pasillo que conduce a la puerta del piso. Luego se hace el silencio.

—Huyamos —dice Sam.

De puntillas, se precipita por el pasillo, seguido de todos los demás. En el momento en que llega a la puerta, ésta se abre y aparece sonriendo el hombre que no había despegado los labios.

—Les esperaba. Tengan la bondad de volver a su sitio.

Como un maestro de escuela indulgente que acaba de sorprender en falta a sus discípulos, les sigue con los ojos mientras, con la cabeza gacha, vuelven a la habitación. Una mujer empieza a sollozar. Es la señal. Pronto son tres, cuatro, las que lloran. Finalmente vuelve Wolinski. Su rostro demudado corta el aliento a las que lloran.

—Hice todo lo posible. —Repite con tristeza—. Todo lo que pude. —Menea la cabeza—. Esto no son hombres. Ya no quedan hombres en la tierra.

—¿Se nos llevan? —pregunta Sam, con una voz sin vibración alguna.

—Sí —dice Wolinski—. Aunque...

Se interrumpe, su mirada vaga por los rostros que lo rodean, y, con un ademán de impotencia, acaba:

—Quieren mucho dinero. Son... innobles.

—¿Cuánto?

—Cinco mil *zlotys*.

—Procure regatear —dice Sam.

—Llevo un cuarto de hora haciéndolo. Querían mucho más.

—¿Qué tenemos que hacer, señor Wolinski?

—Me abochorno por ellos.

—¿Qué debemos hacer? —imploran varias voces asustadas.

—Yo creo que no hay nada que hacer. Salvo pagar. Pero sepan que aquí seguirán estando en su casa, aunque no les quede dinero. Mientras yo tenga un pedazo de pan, lo partiré con ustedes.

—¿Y cómo podemos estar seguros de que no irán a denunciarnos una vez hayan cobrado? —pregunta Sam.

—No tema. Saben muy bien el riesgo que corren.

Los hombres se agrupan en un rincón, y mi suegro reúne el dinero.

—Aquí tiene —dice, entregándolo a Wolinski—. Es una suma muy fuerte.

Después de la marcha de Wolinski, nadie se atreve a romper el silencio. Nadie, excepto la madre del muchacho de los ojos azules, quien, sentada en una maleta, con las palmas de las manos en las rodillas, murmura:

—... Corona de mi cabeza... ¿Dónde está la corona de mi cabeza?

Entonces advertimos que su hijo ha desaparecido. Y todos nos sentimos aliviados de pronto, como si desde este momento, esa vieja sentada en una maleta asumiera las angustias de todos y las expresara con estas palabras absurdas:

—¿Dónde está la corona de mi cabeza?

Cuando Wolinski vuelve, le hacemos notar la ausencia del muchacho.

—No ha podido salir —dice—. Esperen, voy a ver.

Pocos instantes después está de vuelta. Misteriosamente, se lleva un dedo a los labios y nos indica que le sigamos. Entramos detrás de él en el saloncito, y, una vez en él, nos señala al desaparecido. A decir verdad, sólo se le ven las piernas, que asoman por debajo de un sofá.

—Vamos, sal de aquí —le ordena Wolinski, ahuecando la voz.

Por toda respuesta, llega hasta nosotros un gemido aterrorizado:

—No, no... Yo no estoy aquí... No soy yo...

Wolinski suelta una carcajada estruendosa, más sorprendente todavía puesto que nos tiene acostumbrados a la discreción de sus modales. La madre del muchacho se arrodilla.

—Vamos, chiquillo mío. Se han marchado. Nadie te hará daño.

Le ayuda a salir de debajo del sofá, y volvemos a la habitación, seguidos por la risa estruendosa de Wolinski.

Por la noche, la señora Wolinski nos trae la sopa. En lugar de la bata, luce un traje sastre ajado.

—Me he enterado de lo que ha ocurrido en mi ausencia. Acabaremos en la cárcel por su culpa. Reciben visitas, salen... ¿Se creen que esto es un hotel? Y luego tenemos que pagar caros los paseos de su hijo —acaba, dirigiéndose a la madre del muchacho.

Ésta, sumisamente, aprueba con la cabeza.

—La señora tiene razón —dice luego—. ¿Qué necesidad tienes de salir? Corres riesgos inútiles, David.

El muchacho, con los ojos bajos, fijos en el plato, come como si nada de aquello le concerniera.

—¿Has oído lo que ha dicho la señora? Es posible que te hayan seguido...

—No, no me han seguido —dice David, entre dos cucharadas de sopa.

—¿Y no le da miedo salir así, solo, por esas calles? —pregunta madame Wolinski en tono burlón—. Mi marido me ha contado que le han encontrado a usted debajo del sofá...

La mano de David se inmoviliza a mitad de camino entre el plato y la boca. Sin levantar los ojos, dice:

—Fuera no tengo miedo. Siempre se puede huir. Pero esto..., esto es una ratonera.

—¿Una ratonera? ¡Vamos, ya es el colmo! —exclama la señora Wolinski—. Se lo diré a mi marido y estoy segura de que les echará a todos a la calle.

Cesamos de comer. Las manos, que sostienen todavía la cuchara, se tienden suplicantes hacia la señora Wolinski.

—Usted no puede hacer esto, señora, buena señora. Es un niño, y no sabe lo que se dice. No debe tomar en serio las palabras de un niño, querida señora...

—Pídele perdón inmediatamente a la señora. ¿Me oyes, David? Pídele perdón...

El muchacho sigue comiendo, tranquilamente, y su rostro conserva esa expresión un tanto soñadora, algo estúpida, habitual en él. Su madre le agarra por la muñeca.

—Pide perdón, David.

Dócil, el muchacho susurra: «Perdón, señora».

Es evidente que estas palabras no tienen el menor sentido para él. Le envidia la facilidad con que se aísla del mundo que le rodea. Es posible que sea un privilegio de los simples de espíritu.

—Me ha ofendido —dice la señora Wolinski—. Precisamente usted, con lo que yo le quiero. No es justo.

La señora Wolinski dice estas palabras con una vocecilla débil, como si estuviera a punto de llorar. Todos la rodean, la consuelan y se excusan. Le besan las manos. La mujer nos dice: «Buenas noches» y abandona la estancia, como si llevara sobre sus hombros todos los pecados del mundo.

Pronto he conocido todo el repertorio de la señora Wolinski. Cada una de sus entradas estaba estudiada, en función de la escena que se proponía representar. Era algo así como un drama sagrado, una Pasión cuyos cuadros se desarrollaban, al ritmo de uno o dos diarios, con el fin de edificarnos. Podía permitírsele todo; el público la seguía siempre, incondicionalmente. El pesar sucedía a la indignación, la compasión al desprecio. Yo estaba ya hasta la coronilla.

—Me voy —digo, en voz alta.

Bajo las miradas de reproche, me peino cuidadosamente, y me pongo el abrigo. Simulo no oír los comentarios acerbos que surgen a mi alrededor. Jacques me acompaña hasta la puerta.

—No volveré antes de la noche. No te preocupes por mí.

—Ten mucho cuidado —me dice Jacques, con una sonrisa fugaz.

Estoy casi a punto de dar media vuelta, pero la perspectiva del día interminable, igual a todos los precedentes, que me espera en esta habitación, me impulsa a cerrar la puerta con violencia. Y bajo corriendo la escalera. Fuera, brilla el sol. Pasan mujeres, sin medias, y con vestidos muy

cortos. Adapto mi paso al suyo. Paseo, sin apresurarme. Me paro en los escaparates de los almacenes.

—¿Qué tal le parecería una taza de té con pastas? —me dice una voz mientras contemplo el escaparate de una dulcería.

—Me parece una gran idea.

El hombre es joven aún, y viste con elegancia. Tiene un rostro grave y decidido. Observo que sonreír le cuesta un esfuerzo. O al menos ésta es la impresión que causa su sonrisa. Entramos y ocupamos una mesita, en un rincón.

Mira mi alianza.

—¿Está usted casada?

—Sí.

—También yo. ¿Vive con su marido?

—No. Vivo sola. —Reaparece su sonrisa segura, dominadora—. Pero no busco una continuación —agrego.

—Se casó muy joven, ¿no?

—No lo sé. Tengo la sensación de que nací casada.

—¿Tan largo se le hace?

—Apenas puedo imaginar que pudiera existir antes de conocerle. —Me levanto—. Perdón, pero debo hacer una llamada.

Él se levanta también para dejarme pasar y no formula ninguna observación. Me encierro en la cabina. Una voz de hombre responde inmediatamente a mi llamada, como si me esperara.

—Es urgente. Escúcheme con atención. Estoy en un salón de té, cuyo teléfono es el número... —Está escrito en el disco—... 1183. Llame a mi padre y dígame que me telefonee, 1183, ¿ha tomado nota? Esperaré, pero dese prisa, por el amor de Dios.

—Sería mejor, señorita, que me diera el nombre y la dirección de su padre.

—¡Oh, perdón! Estoy tan...

—Comprendo, comprendo perfectamente. Diga.

Le doy todas las indicaciones.

—Esperaré aquí. Por favor...

Dejo transcurrir un minuto o dos, el tiempo suficiente para recobrar la serenidad, antes de volver a sentarme. En cuanto me ve, el hombre se esfuerza por sonreír. Me pregunto por qué le será tan penoso.

—Tienen que llamarme por teléfono —le digo—. Puede que tarden. No quisiera hacerle perder tiempo.

—Tengo mucho dinero y mucho tiempo.

Su sonrisa persiste, desagradable. Nos sirven el té y las pastas.

—¿Prefiere usted hablar o callar? —dice el hombre.

—Hablemos —propongo.

Pero durante varios minutos no decimos palabra. Con la punta de los dedos trazo dibujos imaginarios sobre el mantel; él juega con una caja de cerillas.

—Cuando se está callado, el tiempo parece más largo —dice él, al fin—. ¿Le gustan los gatos?

Es sorprendente la cantidad de cosas que pueden decirse de los gatos. Aún no hemos agotado todas las anécdotas de gatos que conocemos cuando oigo que la camarera pronuncia mi nombre en voz alta.

—Diga —empiezo, tímidamente.

—Hola —dice la voz de papá—. ¿Dónde estáis?

—Estamos con los padres de Jacques. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Estupendamente. Aquí todo está tranquilo.

—Papá, tienes que venirte con nosotros.

—Imposible, chiquilla. Aquí estoy como pez en el agua. Puedo pasear mi nariz por donde se me antoja.

—¿Y Marc, sigue aquí?

—Desde luego. Un buen muchacho. Viene a verme a menudo con la esperanza de tener noticias tuyas.

—Escucha, papá. Marc te ayudará a salir. Como a nosotros.

—Ni hablar. Me quedo aquí.

—Pero papá... Todo el mundo se va... todos los que tienen medios para ello.

—Pues hacen mal. Pero háblame de mamá.

—Mamá está bien. Te lo suplico, escúchame...

Pero no sé qué más decirle para convencerle.

—Si quieres volverme a ver... Si quieres volvernos a ver...

—No tardaremos en vernos de nuevo. Sólo que vosotros habréis corrido mucho y yo no me habré movido de mi sitio. Si fueseis razonables, volverías.

Comprendo que es inútil insistir. Está ciego. Sus convicciones son tanto más firmes cuanto que no se apoyan en ninguna realidad.

—Papá...

—Sí, dime, chiquilla.

—Cuídate mucho.

—Pero si me encuentro estupendamente.

Y llega hasta mí su risa despreocupada.

—Si ocurriera algo... Quiero decir, como antes de nuestra marcha...

—Lo tenemos todo previsto. No te preocupes.

—¿Tienes suficiente dinero?

—Más del que necesito. Todavía me quedará para tirarme una juerga, después de la guerra.

—Tengo que dejarte, papá...

—Bueno, adiós, pues...

Pero antes me explica detalladamente lo que debo decir de su parte a mamá y a Jacques. Multiplica las recomendaciones y los consejos, como si los riesgos fuesen más grandes para nosotros que para él. No hago el menor esfuerzo por retener las lágrimas. Cuando voy a colgar, dice, tan bajo que apenas lo oigo:

—Estoy contento de que me hayas llamado, nena.

Antes de volver a la sala, voy al lavabo a lavarme la cara. Quisiera salir sin que me viera el hombre que me espera. Pero es imposible. No hay otra salida.

Apenas me siento a la mesa, el hombre encarga más té. En silencio, esperamos que nos lo sirvan.

—Tómelo —me dice entonces.

Rechazo la invitación, negando con la cabeza, y vuelvo a llorar. Con un ademán torpe, me toca la mano.

—Todo pasa —me dice—. Lo bueno y lo malo.

Le miro, y el hombre retira la mano.

—Vámonos —digo.

—Séquese las lágrimas. Llamaría la atención.

Y me ofrece su pañuelo. Ya en la calle, me dice:

—¿Quiere que la acompañe, o prefiere que la deje aquí?

—Acompáñeme hasta la esquina.

Antes de separarnos, me pregunta si puede volver a verme, y le cito para dentro de tres días en el mismo salón de té.

Me he convertido en la oveja negra del rebaño. Ahora salgo dos o tres veces por semana, y cada una de mis salidas es precedida por el mismo ceremonial. Primero, en silencio, siguen con la mirada mis gestos mientras me pongo el abrigo. Después, alguien suelta: «Acabará por atraer la desgracia sobre nuestras cabezas». Inmediatamente, la madre del niño agrega: «Y pensar que la vida de mi hijo depende de esa...». Nunca termina la frase. Se excitan mutuamente: «La señora nos sacrifica porque le apetece un paseíto. ¿Acaso paseo yo?». Según el humor del momento, les respondo o no. Por regla general, me apresuro a salir y voy al encuentro de este hombre, de quien sólo conozco el nombre de pila: Marian. Tomamos té y comemos pasta. Jamás me formula preguntas ni insiste en acompañarme. Por la noche, se lo cuento todo a Jacques; le repito palabra por palabra nuestras conversaciones. Aunque ya nos hemos visto varias veces, aún no puedo decir con certeza qué clase de hombre es, ni si puedo o no tener confianza en él.

Hemos decidido marcharnos de casa de los Wolinski. Mis suegros y nosotros estamos de acuerdo: sería peligroso permanecer aquí. Esta tarde hemos tenido una visita parecida a la que tan cara nos costó. Dos hombres con chaqueta de cuero... Se ha repetido la misma escena. Los dos hombres nos ordenan que les sigamos. Wolinski protesta y apela a sus sentimientos humanitarios, les invita a tomar una copa, y vuelve, abrumado, diciendo que son unos seres innobles, y que no ve otro remedio más que pagar. Se han marchado con cinco mil *zlotys*. Luego de su marcha, todos han intentado

averiguar por qué conducto se habrían informado. Han pasado revista a los parientes, los amigos y todos los que han venido recientemente. A mí me han dejado en paz. Llevo tres días sin salir. Pero nuestra decisión está tomada. Sam, mi cuñado, debe venir mañana. Tiene mucha relación y es posible que nos encuentre otro refugio.

Esta misma noche, cuando ya estábamos acostados, alguien dice, de pronto:

—¿Y si fuese Wolinski?

En el silencio miedoso que sigue, repite:

—¿Y si fuese el propio Wolinski, de acuerdo con sus compinches?

En torno de esta frase cristalizan los temores y las sospechas que nadie se atrevía a formular. Mi suegro observa:

—Hoy han dicho casi las mismas palabras que la otra vez.

Voces vacilantes, progresivamente excitadas, surgen de todos los rincones de la estancia. Los gestos, las palabras de Wolinski, sus miradas, sus sonrisas, todo toma un nuevo sentido, todo colabora a formar la imagen de un timador. Todos nos damos cuenta, ahora, de que teníamos nuestras dudas en cuanto al señor Wolinski. Todos advertimos que, en el fondo, hace ya mucho tiempo que sabemos que Wolinski es un traidor. Pero David es quien expresa este pensamiento en forma más clara:

—¡Yo siempre supe que eran Wolinski y la zorra de su mujer!

Protestas indignantes le responden:

—¡Y no dijiste palabra!

—Nadie me hubiese creído —dice David, con desprecio.

En cuanto llega Sam, nos aislamos en un rincón. Le ponemos al corriente de la situación. Cuando se da cuenta de lo que esperamos de él, se muestra muy contrariado.

—No creáis que sea fácil. —Medita unos instantes, y luego dice—: A Jacques tal vez podría colocarlo. Conozco un escondrijo, en los alrededores de Varsovia. ¿Os acordáis de Feinsilber? Lleva dos años oculto, allá, con su hijo.

—Pero somos tres —dice Jacques.

—Sólo hay sitio para uno.

—Pues entonces ni hablar —dice Jacques.

—Oye, no creas que se puede elegir. Te propongo una cosa segura y le buscas peros. En este plan, yo me lavo las manos.

—No te enfades, querido —dice su madre—. Jacques no quiere separarse de su mujer, y es natural.

—¡Pero si ella no tiene por qué ocultarse! Sería un gasto inútil. No sé si os dais cuenta exactamente de lo que nos queda.

—Así, en tu opinión, ¿qué debería hacer, mi mujer? —pregunta Jacques.

Sam me mira.

—Puede perfectamente alquilar una habitación en una casa particular.

—¿Bajo qué nombre? ¿Con qué documentación? —exclama mi madre, enfurecida.

—No te metas, mamá —le digo—. Deja.

—Bueno, lo de Jacques puede decirse que está resuelto —continúa Sam, como si no hubiese problema—. Ahora se trata de encontrar escondrijo para papá y mamá. Esta misma noche me ocuparé de ello.

En cuanto a mi madre, ni se habla de ella. Exactamente igual como si no existiera.

El propio Wolinski nos sirve la sopa, esta noche. Se muestra de muy buen humor y suelta gansadas que sólo a él le hacen gracia. Al final se da cuenta de ello.

—¿Hay algo que no marcha?

—Todavía no hemos olvidado lo de ayer —dice la madre del niño.

—¡Pero si ya está pasado! Ya no hay nada que temer. Mírenme a mí. Yo no me preocupo, ¿verdad? No, yo tengo esperanza, una gran esperanza en el corazón. Y, no obstante, comparto voluntariamente su peligrosa existencia. Saldremos de esa, confíen en mí.

—Le creemos —dice mi suegro—. Pero si esto se repite, vamos a quedar sin un céntimo.

—No sea tan pesimista. No se repetirá, posiblemente, y además, aún les queda dinero, ¿verdad?

Nadie dice nada.

—No lo pregunto por curiosidad. Ustedes saben que todas maneras mi casa es la suya. Sólo me preocupa su seguridad. Ya han visto con qué clase

de gente nos toca tratar. Con esos tipos, sólo el dinero puede salvarles.

—Todavía nos queda un poco de dinero, señor Wolinski —dice Jacques.

La sonrisa cordial de nuestro anfitrión reaparece.

—Estaba seguro de ello. Dios sea loado.

Cuando sale, en los diferentes grupitos se celebran conciliábulos en voz baja. Cada uno calcula sus posibilidades en encontrar otro refugio.

Cuando ya estamos acostados, Jacques me dice:

—No te dejaré.

—No seas ridículo. Me las arreglaré perfectamente con mamá. Quizás mejor que contigo.

—¿Y los papeles?

—Supongo que siguen vendiendo documentación falsa.

—Sola, no sabrás conseguirla.

—Me ayudarán. No te preocupes por mí.

Tras un silencio, Jacques me pregunta, con una voccecita humilde:

—¿Crees que «él» te ayudará?

—Estoy segura de ello.

—¿Tienes confianza en él?

—Completa.

Apenas me doy cuenta de lo que digo.

—¿Tienes que verle, mañana? —pregunta mamá.

—Sí.

Y mi madre dice, a su vez:

—¿Tienes confianza en él?

—Oye, mamá. Déjame en paz. Durmamos.

Bajo la mano, siento que el hombro de Jacques se estremece. Me inclino hacia él. Con la cara enterrada en el colchón, llora silenciosamente. Y yo no sé qué decirle, no encuentro ni una sola palabra para él...

Como de costumbre, me despierto más tarde que los demás. Por las mañanas siempre procuro prolongar mi sueño, perturbado por el rumor de voces; me agarro a él, lo encierro conmigo bajo la manta, que me cubre hasta la cabeza.

Cuando me pongo las bragas, bajo la manta, se me rompe la goma. Con disgusto, llamo a mamá. Me responde un silencio insólito. Miro a mi alrededor: mi madre no está en la habitación. Es posible que esté en el baño que ponen a nuestra disposición. Pero ¿por qué este silencio? Pregunto a Jacques:

—¿Dónde está mamá?

Jacques se acerca a mí, y sin decir palabra, me entrega un papel. Lo leo y lo releo varias veces. Siempre las mismas palabras: «He decidido ir a reunirme con tu padre. Soy una vieja y constituyo una pesada carga para los demás y para ti. Puesto que hoy sales, telefona al número que sabes. Estaremos allá». Te tienden en una mesa de operaciones, te duermen y te cortan un miembro. Cuando despiertas, sólo queda el dolor. El dolor que crece. Sigo vistiéndome con los gestos de todos los días. La madre de David se acerca a mí.

—Esta mañana, de madrugada, he visto a su madre hurgando en sus maletas —me dice—. Le he preguntado qué hacía, y me ha dicho: «Lo ordeno todo. Puesto que no puedo dormir, algo debo hacer». Sin duda Wolinski ignora que se ha marchado. Causará muy mal efecto. Será mejor decirle que ha salido a pasear.

Coloco nuestros colchones uno encima de otro y los arrimo a la pared. Me siento. Mis suegros acuden y guardan silencio unos momentos. Demasiado hermoso para que durara. Mi suegra dice:

—Yo creo que tu madre ha hecho bien en volver al *ghetto*. No podía hacer otra cosa.

—¿Por qué? ¿Porque su querido vástago ha decidido que no hay bastante dinero para ocuparse de mí y de mi madre? Espero que un día decida lo mismo en cuanto a usted. Mi madre se ha marchado por su culpa, pero usted no tardará en conocer su misma suerte.

—Tal vez se esté más seguro allá que aquí —aventura mi suegro.

—Entonces, ¿por qué no vuelve usted?

—Desde ayer no ceso de pensar en ello.

—¿Estás loco? —exclama mi suegra—. ¡Si todo el mundo sabe que van a liquidar el *ghetto*!

Me echo a reír.

—¿Qué importa que los demás revienten, si uno salva la piel? ¡Y eso en familia!

Jacques me coge una mano, pero le rechazo y me revuelvo contra él.

—¡Cuando maten a mis padres, espero que los tuyos revienten también!

Mi suegro no parece comprender lo que digo. Me mira con ojos de perro apaleado. Pero su mujer se yergue, con el rostro en brasas.

—Eso ya pasa de la raya. Vámonos.

Jacques se queda a mi lado. El chiquillo se acerca y me tira de las faldas. Le acaricio la cabeza. En aquel momento, su madre le llama con voz impaciente. El niño no se mueve.

—¡Ven aquí inmediatamente! ¡No quiero que te acerques a cierta clase de gente!

Mi marido inicia un movimiento.

—Déjala —le digo—. No contestes. Ahora tienen miedo de mí.

Y entra la señora Wolinski, con la bata entreabierta. Se dirige a mí directamente.

—¿Dónde está su madre?

—Se ha marchado.

—¿Adónde?

—No lo sé.

—¿Cómo? ¿Sin advertirnos? ¡Pero esto es inadmisible!

—No tiene importancia, señora. Mi madre no tenía ni un céntimo.

—¿Y se ha marchado así, sin dinero?

—Así mismo.

—Pero ¿por qué?

—Nos peleamos.

—Ah, bueno —dice, más tranquila. Y agrega—: Pero se toman demasiadas libertades, ustedes. Habrá que ponerle coto. Acabarían por dominarnos.

Poco después llega Sam. Nos comunica que ha encontrado un escondrijo para sus padres, en Varsovia. En cuanto a Jacques, le aceptan en aquella casa de los suburbios de que nos habló, pero bajo una condición; ni una sola visita. El propietario es desconfiado y no quiere que sus pensionistas reciban a sus amistades.

—Me parece muy bien —dice mi suegra, mirándome con inquina.

Entonces me doy cuenta de hasta qué punto hemos sido vencidos. ¿Dónde está aquella mujer sencilla, justa y buena que era la madre de Jacques antes de la guerra? ¿Y yo? ¿Quién ha puesto en mis labios estas palabras de odio que hace un momento he dirigido a los padres de mi marido?

—No iré —dice Jacques—. Con esta condición no voy.

—Es precioso —digo yo—. Al menos por un tiempo.

Ahora que todo está decidido, vuelvo a tener miedo. ¿Con quién tropezará Jacques, allá? ¿Con otro bribón, como Wolinski? No, sin duda, puesto que lleva dos años escondiendo a judíos sin que le haya ocurrido nada desagradable. Y el hecho de que no admita visitas inspira confianza.

—Bueno, no perdamos tiempo —dice Sam—. Me llevo a papá y mamá en el acto. A ti —dice a Jacques— vendré a buscarte al anochecer.

—¿Hoy? —dice Jacques, pálido.

—No hay porque quedarse aquí por más tiempo, con la posibilidad de que nos obliguen de nuevo a rascarnos el bolsillo.

Sam ni siquiera se da cuenta de la ausencia de mamá. Antes de marcharse, mi suegro me abraza prolongadamente, sin decir palabra. Mi suegra también me abraza y me besa, y me da consejos. Nadie me pregunta qué pienso hacer. Yo confío en Marian, pero ellos no lo saben.

Por la tarde, voy a reunirme con Marian. Delante del salón de té no hay nadie. Espero un cuarto de hora y entro. Tal vez esté en el interior. En el local sólo hay un hombre viejo que saborea el té con desgana. Me dirijo hacia la mesa que acostumbramos a ocupar.

—El señor se retrasa hoy —me dice la camarera, sonriendo—. ¿La sirvo en seguida?

—Quisiera telefonear antes. Si llegara, dígle que espere, por favor.

Dentro de la cabina, un momento, sufro un sobresalto: no me acuerdo del número. Procuro tranquilizarme, y al fin mi dedo, por sí mismo, lo encuentra en el disco. Esta vez no tendré que esperar. «Están aquí», me dice el hombre que me contesta. E inmediatamente llega a mí una vocecita:

—Diga.

—¿Eres tú, mamá?

—Todo marcha —me dice—. Estamos juntos. ¿Y tú?

—Todo arreglado. No te preocupes. Esta noche tendré mis papeles, y mañana una habitación.

—¿Es cosa de «él»?

—Sí, él se encarga de todo.

—Ten cuidado, hija mía... Eres tan joven...

La pongo al corriente de las disposiciones tomadas para Jacques y sus padres, y luego sugiero:

—Mamá, ¿y si fuera con vosotros?

—Jamás. No te lo permito.

—¿Por qué?

—Pues... si vinieras aquí, quedarías definitivamente separada de Jacques.

No logro dominarme y empiezo a llorar.

—Mamá, ¿por qué te fuiste?

No me contesta. Luego oigo la voz de mi padre.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué llora tu madre?

—Todo marcha, papá. Todo marcha.

—Entonces, ¿por qué lloráis las dos?

Mi madre ha cogido de nuevo el teléfono. Su voz suena tranquila.

—Ese hombre...

—Es honrado —salto, con viveza—. Completamente desinteresado. ¿Acaso ha de ser imposible encontrar todavía personas buenas en el mundo?

—No lo sé, pero tengo tanto miedo por ti...

—Entonces ¿por qué me dejaste?

Súbitamente vuelvo a ser mala.

—Nada podía hacer por ti... ¿Podrás salir del paso?

—Con mi documentación falsa puedo estar tranquila hasta el final de la guerra. ¿Y tú?

—Nosotros estamos muy bien. Aquí hay mucha calma.

Callamos, las dos, buscando desesperadamente algo más que decirnos para tranquilizarnos mutuamente.

—Telefonaré dentro de unos días —digo.

—¿Cuándo? Será mejor que estemos aquí.

—Bien, pues quedemos para el próximo martes, a la misma hora.

—Hasta el martes, hija mía.

Y la voz se le quiebra, de nuevo.

Cuelga. Como la primera vez, voy primero al lavabo a lavarme la cara.

Al salir, encuentro a la camarera.

—El señor no ha venido —me dice—. ¿Le sirvo el té?

—No, lo dejaremos para otro día.

—Puede que venga todavía.

—No, me voy. Creo que me he confundido de día.

La camarera simula creermelo.

—A veces ocurre —dice.

En el salón hay un hombre con una mujer. Está de espaldas. ¿Y si fuese él? Me acerco para verle de perfil. Desde luego, no es él. Salgo apresuradamente. En la calle, mis ojos le buscan todavía, a derecha e izquierda, inútilmente. Mientras camino, me digo: «Mi madre ha hecho muy bien volviendo al *ghetto*. Nada hubiese podido hacer por ella. Jacques estará seguro. Y yo estoy libre. Ya no he de preocuparme por nadie». Disminuyo la marcha. No quiero que Jacques se dé cuenta de que vuelvo antes de lo previsto. A mi pesar, sigo buscando a Marian con los ojos.

En casa de Wolinski, Jacques me espera sentado en su maleta. Está a punto. Yo había creído que tendríamos un montón de cosas que decimos antes de separarnos. Pero una vez he soltado la pequeña historia que he inventado, nos quedamos mudos, los dos. Casi me siento aliviada cuando llega mi cuñado. Me da la nueva dirección de Jacques y la suya, y agrega:

—Será mejor que no vayas a verme. Podemos citarnos en cualquier sitio.

Le propongo una cita para mañana. Sam no parece entusiasmado. Pero insisto, porque tiene que acompañar a Jacques hasta la casa de Jam Kuzma, el hombre a quien confiamos la vida de mi marido.

Nos despedimos de los demás. Nos estrechamos la mano con indiferencia, y nos deseamos suerte de manera puramente formularia. En el pasillo, Jacques me abraza. Lo aprovecho para deslizarle en el bolsillo del abrigo casi todo el dinero que llevo encima. Le oigo murmurar a mi oído la

frase inevitable: «Cuídate mucho». La repito, dirigida a él. Y nos separamos. Wolinski y su mujer se hallan ausentes, y salimos sin dificultades. Tal como hemos convenido, yo espero unos minutos antes de salir también. Las voces de los que se quedan llegan hasta mí, y me digo que son seres privilegiados. Cuando cierro la puerta tras de mí, una época de mi vida se borra como si jamás hubiese existido.

Al extremo del brazo, estirado hacia el suelo, la mano se me hincha. Ha adoptado la forma de una maleta pesada y dolorosa. Tengo que librarme de ella. De esta manera no podría seguir caminando mucho rato. Anochece, y las tiendas cierran. Se me ocurre la idea de confiar la maleta a la camarera del salón de té. No conozco a nadie más.

Doblo la esquina y la veo desde lejos, bajando la puerta de hierro. La llamo.

—¡Ah, es usted! —me dice—. No ha venido.

—¿Puedo dejar la maleta hasta mañana?

¿Por qué no contesta? Espero que haya bajado completamente la puerta y repito:

—¿Quiere guardarme esta maleta hasta mañana?

—¿Qué hay dentro? —pregunta, desconfiada.

—Ropa, vestidos. Puede mirarlo, si quiere.

—Está bien. Pero pase a recogerla mañana.

Le doy gracias y le entrego la mayor parte del dinero que me queda.

Las calles casi vacías resuenan bajo los pasos de los pocos viandantes retrasados. Miro el reloj de pulsera: las nueve menos cuarto. Faltan pocos minutos para el toque de queda. Pasa una patrulla alemana. El suboficial ladra:

—*Schnell! Schnell!*

Echo a correr. Veo una puerta abierta y penetro en el vestíbulo. El portero se yergue ante mí.

—¿Vive usted aquí?

Doy media vuelta y vuelvo a salir corriendo. Una letanía de insultos muere a mi espalda. A ambos lados de la calle las puertas están cerradas o

se cierran. Tengo la sensación de que van cerrándose a medida que me acerco a ellas. De pronto, me detengo, bruscamente. Desde hace unos segundos, corro con la visión de una puerta abierta ante mis ojos. Retrocedo. Sí, allá está. Un vasto rectángulo de sombra, dentro del cual me precipito. Muy lejos, ante mí, brilla una luz roja. Los latidos de mi corazón llenan el silencio. Espero que recobre la calma y me pongo en marcha hacia esta luz que sangra en las tinieblas. La extraña sonoridad de mis pasos, el imperceptible olor que flota en el aire, esta impresión de sentir sobre los hombros el peso de todo el espacio, me hacen comprender dónde estoy. A derecha e izquierda, vagamente, distingo columnas. Y de pronto recuerdo la puerta abierta a la calle, por donde pasan las patrullas alemanas. Un punto luminoso desciende hacia mí, viene a mi encuentro. Se balancea suavemente y la oscuridad se agita. Me refugio a un lado. Me deslizo entre dos bancos y me agacho. Por encima de mí, en la pared, veo surgir la figura de Cristo, abrumado por el peso de la cruz, y varios rostros barbudos, de ojos inmensos y boca entreabierta... Se mueven a saltos, se sumergen repentinamente en la oscuridad, y reaparecen luego, siguiendo el ritmo de los pasos del hombre que se acerca balanceando la linterna. Llega a mi altura. Una flecha de luz hiere mis ojos por un segundo. Luego oigo cómo se cierra la puerta. Durante largo rato resuenan en la nave ecos solemnes. El hombre vuelve. Cristo y su cortejo recomienzan la danza en el muro. Cierro los ojos en el momento en que la luz les hiere.

Espero unos minutos y luego me dirijo hacia la lucecita roja. Las estatuas de los santos surgen de las sombras como cadáveres sangrientos. Algunos aparecen sólo fragmentariamente, mutilados, sin cabeza, sin brazo, o simplemente, como un par de piernas que flotan en la noche. Me siento en una grada, al pie del altar. Mi mano acaricia la suavidad de una alfombra.

Me despierto envuelta en la gruesa alfombra roja. La luz del día naciente recorta figuras de colores en las vidrieras. Desciendo las gradas y me oculto detrás de un confesonario. Una hora más tarde veo al sacristán, que cruza la nave. Abre la puerta y desaparece en el exterior. Espero un poco más antes de ir a sentarme en un banco. Me concedo hasta las diez. Luego saldré y acudiré a la cita con mi cuñado. Me pregunto si es posible pedir la documentación en el interior de una iglesia. «Su documentación,

señorita». «No la tengo». «Lo siento, pero no tiene derecho a permanecer aquí. Es un lugar público». «Dios...». «Dios, aquí, es un dios público. Pero puede usted dirigirse a un dios privado».

A las diez en punto abandono el templo, vacío todavía. En el café que me ha indicado mi cuñado me sirven un té que arde. Luego paso a los lavabos y me lavo, a hurtadillas. Sam llega con mucho retraso y parece llevar prisa.

—Lo de Jacques ha ido perfectamente —me dice—. Ya está a salvo. Y a ti, ¿cómo te va?

—Pues, no muy bien, de momento.

—Claro, claro —se apresura a decir—, al principio siempre es difícil.

—¿Y tus padres?

—Estupendamente. Están muy bien, en casa de unas personas muy honradas.

—Entonces, todo marcha.

Sam se excusa. Tiene una cita urgente.

—Envíame tu dirección —dice, antes de alejarse.

—Naturalmente. En cuanto la tenga.

Su taza de té ha permanecido encima de la mesa. Ni la ha tocado. Miro a mi alrededor. Nadie me ve. Tomo la taza y la apuro de un trago. Bien, ahora se trata de pasar el día de un modo u otro. ¿Cuánto tiempo podré permanecer aquí sin despertar sospechas? Discretamente, cuento mi capital. Mucha calderilla y cuatro o cinco monedas más importantes. Con esto puedo aguantar unos días, puesto que el hotel es gratis. Pero a condición de no pedir bocadillos en los cafés. Claro que si no pido nada, tendré que marcharme de aquí; con el bocadillo todavía podré aguantar una hora. Sin duda sería más razonable ir a una panadería comprar pan y comerlo paseando. ¡Pero es tan agradable estar sentado en el café! Un hombre se acomoda en la mesa contigua. Por encima de su diario, pide:

—Un café y un bocadillo. Mantequilla y queso.

—En seguida, señor —dice la camarera.

Cuando pasa por delante de mí, digo:

—Lo mismo para mí, por favor.

¿Por qué he dicho: «lo mismo»? El café no me gusta. Estoy furiosa. Desde luego, lo dije porque era fácil decirlo y porque quería acabar cuanto antes.

Las agujas de mi reloj apenas han avanzado, y ante mí sólo quedan una taza y un plato vacíos. El caballero de al lado tiene en la mano la mitad de su bocadillo. Me digo a mí misma que tengo derecho a media hora más. Un hombre alto y flaco, vestido de negro, asoma a menudo por una puerta del fondo del salón. Sin duda es el gerente. Esta vez su mirada se posa en mí, y se demora. Llamo a la camarera y pido la cuenta. Al salir, paso por delante del hombre vestido de negro, quien no me presta la menor atención. Hubiese podido quedarme un rato más.

Por las calles, camino al azar. No hace bastante calor para sentarme en un banco. Me cruzo con un joven que camina muy rígido y yergue la cabeza en una actitud arrogante y despreciativa. Lleva guantes y levanta excesivamente las rodillas. Pocos pasos detrás de él, arrebuja en un pañuelo que le oculta la mitad del rostro, camina una mujer, con pasos breves e irregulares. Sus ojos se desplazan sin cesar, a derecha e izquierda, como pájaros encerrados en una jaula, que chocan contra los barrotes. Judíos, los dos. ¡Cuán fácilmente se les reconoce! ¡Cómo se traicionan! Me detengo y me vuelvo a mirar a este hombre y esta mujer que intentan pasar inadvertidos. Estoy segura de que les detendrán de un momento a otro.

Vuelvo a la iglesia a descansar un rato y de nuevo salgo. La maleta me preocupa. Debería ir a recogerla. Pero ¿qué hacer con ella? ¿La consigna de la estación? Peligroso. La estación está muy vigilada, llena de alemanes; por un quítame allá estas pajas piden a cualquiera la documentación. ¿Quién sabe si la camarera querrá guardarla otro día más? ¿Y después? Después no hay nada. Sólo hay el día que uno está viviendo, y nada más.

Entro. Casi todas las mesas están ocupadas. Me encanta volver a este local, tan familiar para mí, el único que me relaciona con mi vida pasada. Con un plato en la mano, la camarera pasa junto a mí.

—Ha venido —susurra, con expresión maliciosa.

En efecto, está en un rincón, inquieto. Tengo la sensación de haberle olvidado. Es un extraño para mí. Siento deseos de huir. Pero él me ve, y, sin levantarse, me hace una seña. Me acerco.

—Siéntese.

Me mira con detención.

—Ayer no pude venir. Me torcí un tobillo. No podía andar. Pero ¿qué le pasa a usted? La camarera me ha dicho que dejó una maleta aquí.

No contesto. Hablar, inventar, mentir... Es demasiado cansado, demasiado fatigoso.

Protesto, sin demasiado calor.

—Escuche, si yo me tropezara con un tipo como yo, creo que tampoco tendría confianza en él. Pero a veces no hay más remedio que recurrir al primero que pasa. —Enmudece un instante, y luego, bruscamente, prosigue —: No le pido que me cuente su vida. Dígame solamente en qué situación se encuentra en la actualidad.

—Desde anoche —le digo—, estoy en la calle. No tengo documentación y apenas dinero.

—¿Dónde ha pasado la noche?

—Usted me ha preguntado mi situación actual.

—Es cierto. Perdona.

Encarga té y pastas. Ahora hablamos de cosas sin importancia. Yo me digo que este hombre busca la compañía de las mujeres por los problemas que le plantea, para excitar su imaginación. Sin duda le gustan los preliminares, y lo demás debe de aburrirle en seguida. Necesita siempre novedad. Un tipo estragado, hastiado de todo. Pero mi caso sin duda es demasiado complicado para él. Se huele las molestias que puedo causarle. Lo comprendo, me pongo en su sitio. Guarda silencio y parece sumido en una reflexión difícil. Probablemente busca la forma de salir del paso con elegancia.

—No vale la pena de que se devane los sesos por mí.

—El único problema es dónde meterla por unos días. Cinco o seis días solamente.

—¿Y después?

—Después ya no habrá problema. No puedo llevarla a ninguna parte sin documentación. Y al menos necesito cinco días para proporcionársela. Lo que complica las cosas es que me es imposible llevarla a mi casa. Soy un

mal marido, ¿sabe usted?, y mi mujer, con razón, no tiene la menor confianza en mí.

—No se preocupe —digo—. Puedo arreglarme perfectamente durante estos cinco días.

—¿Qué hará por la noche?

—Lo mismo que hice la pasada.

—Quiero saber dónde piensa pasar la noche. Me ocuparé de su documentación, pero no deseo trabajar en vano. Quiero estar seguro de que no corre ningún riesgo.

Sonrío. El caballero se muestra autoritario.

—He dormido en una iglesia.

—¿Dónde?

—En una iglesia —repito, sonriendo.

—No es momento para bromas.

—No bromeo.

Y le doy toda clase de detalles acerca de la forma en que he pasado la última noche. Hasta le doy la dirección de la iglesia. Él guarda silencio, y yo lo aprovecho para comerme una tarta. Al fin hay quien se devana los sesos por mí. Y si pretende que le pague en «especies», una vez tenga la documentación siempre estaré a tiempo de desaparecer.

—¿Puedo tomar otra taza de té? —le pido, inocentemente.

—Naturalmente. Perdona, pero reflexionaba. No puede usted volver allá.

—Pues no se está del todo mal.

—Usted tiene la virtud de hacerse insoportable. Es orgullosa y testaruda. Basta de risa; esto no es un juego. Pero tal vez sea demasiado pedirle que se dé cuenta de ello.

Creo que toma muy en serio su papel de protector. Mejor que así sea. La camarera me sirve el té y me dirige un guiño, con expresión de complicidad. Me siento de un humor excelente.

—¿Quiere traer la maleta de la señorita?

—En seguida, señor.

Nada pregunto. ¿Para qué? Es mucho más agradable dejarse llevar. La camarera vuelve con la maleta, y él paga la cuenta.

—Venga conmigo —me dice.

Con la maleta en la mano, cojea acentuadamente.

—Déjemela a mí —me ofrezco.

—No importa. —Debería insistir, pero no lo hago—. Y ahora escúcheme. No me gusta demasiado llevarla adonde la llevo. Pero no veo otra solución. Es un... ¿Cómo diría...? Es una...

Apenas le escucho. Me embarga la felicidad de poder seguir a alguien. Él se da cuenta y se molesta.

—¿Quiere escucharme, sí o no?

—Pues claro que le escucho.

—Me veo obligado a llevarla a una casa de citas.

—A una casa de citas —repito, indiferente, sólo para demostrarle que escucho.

—Conozco a la dueña. Allá estará usted tranquila. La instalaré en una habitación y volveré a verla mañana por la mañana. Nadie sospechará nada... A veces voy, iba con mujeres... Siento mucho obligarla a representar este papel.

—Mientras pueda dormir tranquila, lo demás me importa poco, se lo aseguro.

—Pues dormiré tranquila.

Pocos minutos después entramos en una hermosa mansión cuyas escaleras aparecen cubiertas de alfombras y las paredes tapizadas de espejos.

—Está en el segundo —dice mi acompañante—. Es un piso enorme. Sólo alquilan habitaciones a los clientes habituales.

Llama tres veces.

—Verá como todo marcha —dice todavía.

Se abre la puerta y aparece ante nosotros una mujer alta y flaca. Una cabellera gris encuadra un rostro austero, de vieja institutriz, que, al ver a Marian, se ilumina con una sonrisa. Enseña unos dientes de una blancura deslumbrante. Su atuendo impecable pone en evidencia mi suciedad y mi descuido.

—Mi querido señor —dice—, pase, pase. ¡Creía que había olvidado a su vieja amiga! Esta encantadora jovencita sin duda llega de provincias, ¿no

es así?

—Antes de instalarla, me gustaría tenerla unos días aquí, con usted.

La dama me mira inquisitivamente.

—¡Dios mío, qué linda es! No tema, la cuidaremos.

Mis ojos no logran separarse de los pies de la dama, increíblemente largos y calzados con zapatillas rojo sangre. Con la punta de un dedo me obliga a mirarla a la cara, levantándome el mentón.

—Una niña muy tímida —dice.

—Y, sobre todo, muy cansada.

—Precisamente tengo una habitación a punto. Ya la conoce usted. Al lado del baño. Enséñesela a la niña y luego vaya a verme al salón. Tomaremos una copa.

Marian cierra la puerta de la habitación, deja la maleta y se vuelve hacia mí.

—Ahora tome un baño y acuéstese. Tengo que ir a ver a la vieja. Se muere de ganas de conocer detalles. Le diré que se ha fugado usted de su casa para seguirme.

—Espero que tenga bastante imaginación para tramar esta novela.

No me contesta. Luego dice:

—Sin duda pasará mejor la noche que ayer. El ambiente, naturalmente, no es el mismo. Pero aquí hay una cama.

E inmediatamente después me deja.

Después de tomar un baño, que he prolongado todo lo que he podido, saco de la maleta mi camión, de antes de la guerra. Uno de esos camiones de seda, con encajes, que son el sueño de las muchachas. Armoniza a la perfección con el sitio en donde me encuentro. Al contacto de las sábanas frías siento que la fatiga abandona poco a poco mi cuerpo y se enrosca a mis pies, como un gato. Estoy a punto de dormirme en esta cama, que ya es la mía, cuando llaman a la puerta. Entra Marian con una bandeja en la mano.

—Tiene que comer —dice.

Deja la bandeja encima de mis rodillas. Entonces me doy cuenta del hambre que siento. Sentado en un sillón, Marian me mira. Levanto una copa y me la llevo a los labios.

—Es champaña —me dice—. Lo hemos dejado para usted.

Acuden a mi espíritu las historias que se cuentan de hombres que drogan una bebida para vencer fácilmente a una mujer. Miro a Marian. Está retrepado en el sillón, con la pierna derecha estirada y una expresión de cansancio en el rostro. Marian sorprende mi mirada.

—Beba —dice.

Apuro la copa de un trago.

—¿Le ha gustado?

—No lo sé —digo yo—. Simplemente, tenía sed.

Me apoyo en la almohada. Marian se levanta y se acerca a la cama. «Atención —me digo—. Va a empezar la corrida».

Marian se inclina hacia mí, coge la bandeja y dice:

—Procure dormir. Mañana vendré a verla, por la mañana.

En el momento en que llega a la puerta lo llamo:

—Señor...

—¿Qué desea?

Quisiera decirle algo amable. Y al mismo tiempo siento deseos de llorar. Estoy furiosa. Eso es lo que pasa cuando se bebe champaña; una se pone sentimental.

—¿Qué desea?

—La pierna... ¿cómo le va?

—Mucho mejor.

—Oiga... ¿Por qué hace todo esto por mí?

Me avergüenzo de mi voz lacrimosa, y añado, en otro tono:

—Si piensa camelarme así, pierde el tiempo.

—No —dice—, no hay ninguna mujer que merezca tantas preocupaciones. Deje ya de imaginar noveluchas de perra gorda y duerma. No tiene nada mejor que hacer. Sobre todo, porque sin duda no está acostumbrada a beber champaña.

—No es la primera vez que lo bebo —protesto, indignada al ver que me arrebatara mi papel de mujer que conoce el mundo.

—Cuando yo haya salido, haga un esfuerzo: salte de la cama y cierre con llave. Por la noche alguien podría equivocarse de puerta.

Hace ya mucho rato que estoy levantada y vestida, y hasta me he hecho la cama. ¿Por qué no ha venido todavía? Paseo por la habitación. Pienso en una hormiga que encerré una vez en una cajita transparente. La hormiga hacía sin cesar el mismo trayecto, chocando contra las paredes, sin comprender qué la detenía. Sólo sabía correr y chocar. Una agitación demente, monótona. Oigo en el pasillo pasos, voces y risas. Me siento cogida en una trampa y echo de menos las calles por las que también daba vueltas, pero con más espacio. Tardaba más en chocar con una pared. Hasta podía olvidar que estaba encerrada en una ciudad, como en una caja.

Hacia mediodía, hago la maleta y decido marcharme. Cuando voy a ponerme el abrigo llega él.

—Perdón —me dice—. He tenido que ocuparme de sus papeles. Mañana por la tarde los tendrá. ¿Ha dormido bien? Pues vamos a almorzar.

Me acompaña a un restaurante de lujo. El precio del almuerzo es exorbitante.

—¿No puede elegir un sitio menos caro? —le digo—. Si lo hace para demostrarme que es rumboso, permítame que le diga que me importa un bledo.

—Yo siempre como aquí. No veo razón alguna para cambiar de costumbres por su causa.

—Cuando quiere dárse las de *chic* no resulta muy amable —observo—. Por lo visto es un papel que no le sienta.

—Celebro que se haya dado cuenta de ello. No me gusta que se formen una idea equivocada de mí.

—¿Y si lo dejáramos ya?

—Como usted dice muy bien, el papel no me sienta, pero quiero interpretarlo hasta el final.

—Suponiendo que yo esté de acuerdo. Se olvida usted de contar conmigo.

Marian me mira. Yo juego nerviosamente con unas migajas.

—Esta conversación es estúpida —dice, al fin—. La culpa es mía, y le pido perdón por ello. Por un momento he creído encontrarme ante una

mujer, a causa de su observación acerca del restaurante. No vuelva a jugar a persona mayor. No resulta divertido. Siga siendo lo que es. Y, sobre todo, no crea que me debe nada.

Regresamos en silencio. Al llegar frente a la casa se detiene.

—Tengo que entrar con usted. Ya sé que prefiere estar sola. Pero en esta casa levantarías sospechas.

Ahora tiene una llave del piso, y volvemos a mi habitación sin haber visto a nadie.

—Puesto que nadie nos ha visto —dice—, tal vez podría marcharme discretamente.

—No —le digo—, quédese.

—¿Quiere que le lea algo? Esta mañana me han prestado un libro y no lo he leído todavía.

Me echo en la cama, y él se instala en el sillón.

—Es *El enamorado de la Osa Mayor*. Lo escribió un contrabandista auténtico en la cárcel.

Inmediatamente me dejo seducir por ese lenguaje sencillo, a veces torpe, que traduce con vigor una existencia al margen de la sociedad. Leemos por turno, en voz alta, hasta el anochecer. Nos quedan todavía unas cien páginas. Salimos a cenar rápidamente para poder proseguir después nuestra lectura. Pero a la vuelta nos tropezamos con la patrona y tenemos que pasar al salón a beber champaña antes de volver a mi cuarto. Hasta medianoche, una vez terminada la lectura de *El enamorado de la Osa Mayor*, Marian no se levanta para retirarse. Me dice que no me preocupe si mañana llega tarde: me buscará una habitación. Le pregunto:

—¿No teme salir a la calle, a esta hora?

—Tengo un permiso para circular —me dice.

—¿Y su mujer?

—Mi mujer también tiene un permiso. Y lo utiliza. No es una santa.

Entonces le dirijo una pregunta estúpida, que inmediatamente después lamento haber formulado:

—¿Por qué siguen viviendo juntos, entonces?

—Es difícil encontrar un piso cómodo en estos tiempos. Y a ambos nos gustan las comodidades. Buenas noches. No se olvide cerrar la puerta.

Al día siguiente, me comunica que ya ha alquilado mi habitación.

—¿Dónde? —le pregunto.

—En casa de una amiga de mi mujer.

—Pero... Esto es muy desagradable.

—Le aseguro que está encantada de alojar a la que ella cree que es mi amante. Tiene la impresión de jugarle una mala pasada a mi mujer. Son amigas, ¿comprende?

Pasamos juntos el resto del día y me lleva consigo para resolver los últimos detalles en lo que se refiere a mi nueva carta de identidad. Al anochecer, hacia las ocho, me entregan la tarjeta. La examino con curiosidad. Tengo dos años menos, un nuevo apellido y otro nombre de pila: María.

—Y ahora —dice Marian—, démonos prisa. Hay que desalojar el cuarto.

De nuevo nos vemos obligados a tomar champaña en compañía de la patrona, que me felicita por la gran fortuna de tener un amigo como Marian. En el taxi que nos lleva, Marian guarda silencio. Parece de muy mal humor.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué está enojado? —le pregunto.

—¿Enojado? —Suelta una breve carcajada—. Realmente, no tengo motivo para estarlo. ¿Ha oído cuántos elogios me han dedicado? El hecho de que procedan de la patrona de un burdel no tiene importancia, ¿verdad? No por ello dejan de ser elogios. Es mejor ser un buen cliente de un burdel que un mal santo.

De pronto, advierto en él una extraña fuerza juvenil. Es un hombre que todavía no quiere someterse, que no quiere redondear los ángulos para deslizarse mejor entre el bien y el mal. No cambiamos palabra hasta que llegamos. Ante la puerta del piso, me ofrece una llave.

—¿No entra usted conmigo?

—Sí, sí, de acuerdo.

El piso está desierto. Marian empuja una puerta, da vuelta al interruptor. Es una habitación clara, con muebles elegantes. Lindas acuarelas decoran las paredes.

—¿Le gusta?

—Es magnífica.

Tengo la sensación de que es mi habitación, de que vuelvo a ella tras una prolongada ausencia.

—¿Así que ya no quiere hacerme más preguntas?

No, ya no tengo más que preguntar. Ahora todo se me antoja perfectamente natural.

Al día siguiente me despierta una rubia encantadora.

—Por favor, no se mueva —me dice.

Se sienta en el borde de la cama. Tiene ojos de niño curioso e inocente. Pero sus senos, agresivos, se adivinan bajo la blusa. Se inclina hacia mí y, con voz confidencial, me dice:

—Sé muchas cosas de usted. Puede confiármelo todo, todo.

Sonrío para ganar tiempo.

—Pues... —comienzo.

—¿Qué le parece mi vestido?

Se levanta, da unos pasos y gira sobre sí misma.

—Encantador —digo yo.

—Es usted una preciosidad. —Y me besa—. ¿Se porta bien con usted?

—Mucho.

—¡Oh, pero lleva alianza!

—Un recuerdo de familia —digo, con indiferencia.

—Yo estoy casada. —Espera que le pregunte algo. Como no digo nada, prosigue—: Mi marido está en la prisión. ¡Cuánto llegué a llorar! Pero llorar es agradable cuando hay alguien a tu lado que te consuela. Y entonces dejé de llorar. Ahora tengo un amigo. No le gustan las lágrimas. ¡Es un tipo muy gracioso! —Suelta una carcajada—. En la actualidad, raras veces estoy en casa. Puede usted disponer de la cocina, del baño, de todo lo que se le antoje.

Me da un beso rápido y desaparece.

Mi situación ha variado poco en estos últimos meses. Me gano la vida, salgo, vivo como todo el mundo. Doy clases. Empecé con el hijo de la portera. Me propuse ayudarle en sus estudios. Los resultados fueron tan buenos que no sólo su madre quiso pagarme, sino que me ha proporcionado

otros alumnos. Hijos de comerciantes que se han enriquecido con el mercado negro y quieren tener una descendencia culta. Para algo debe servir el dinero. En cuanto a mí, me proporciona independencia. Marian sigue interpretando su papel de protector, pero menos intensamente. «Ya no me necesita usted —dice—. Mi papel ha terminado». Sus visitas son cada vez más espaciadas. Al principio creí que le echaría de menos. Pero no ha sido así, o al menos no tanto como esperaba. Recibo regularmente cartas de mi marido, que pueden resumirse todas en estas palabras: «Cuídate mucho. Nosotros estamos bien». No pido más. Cada quince días telefono al *ghetto*. La misma fórmula: «Cuídate mucho. Nosotros estamos bien». Por la noche, antes de dormirme, no pido que se produzca el milagro: el final de la guerra y nuestro retomo a la vida normal. Me limito a repetir: «Dios mío, que dure. Que siga así mucho tiempo».

Hoy estoy citada con mi cuñado. Nos reunimos una vez a la semana, siempre en el mismo café. Cuando llego, él que generalmente se retrasa, está ya. No se levanta al verme. Ni me ofrece la mano. Inmediatamente pienso en Jacques.

—¿Qué ocurre?

Tengo un nudo en la garganta.

—Mis padres... —dice.

—¿Qué ha pasado?

Y ya respiro más libremente.

—Los fusilaron, a los dos, anoche. —Cierra y abre la mano varias veces seguidas—. A los dos...

—¿Una denuncia?

—No. Encontraron armas en el edificio, cogieron diez rehenes y los fusilaron en el patio.

—¿Lo sabe Jacques?

—Todavía no. Iré a verle. Tengo que llevarle dinero, el de mis padres. Ahora tengo demasiado para mí solo.

—¿No podría ir yo en tu lugar?

—No. Desconfían de los desconocidos, sobre todo de las mujeres. A mí me conocen.

—¿Crees que es prudente, con tanto dinero...?

—El amigo en cuya casa me alojo me acompañará hasta la estación.

—¿Cuándo piensas ir?

—Esta noche.

—Te esperaré mañana aquí. ¿Vendrás?

—Vendré.

—¿Seguro? Por favor, no estaré tranquila.

—Vendré, seguro.

Permanecemos juntos un momento más, sin decirnos nada. Luego se levanta.

—Hasta mañana.

—Sí. Prudencia —le digo.

Le miró alejarse. Ya no tiene sus andares seguros, su paso decidido. Y pienso en Jacques, que va a quedarse solo esta noche con el peso de dos cadáveres sobre sus hombros.

En cuanto llego a casa, escribo una carta a Jacques en la que le hablo de mí, sólo de mí. E invento pequeños problemas para que solamente piense en mí.

Al día siguiente, llego al café con media hora de antelación. De vez en cuando agito la cucharilla en el té, que se ha enfriado hace ya mucho rato. Las agujas de mi reloj se arrastran lentamente hasta la hora convenida, y luego empiezan a correr alocadamente. Fijo un límite a mi espera, un límite que voy prolongando sin cesar. «Si no está dentro de diez minutos, no vendrá». Pasan los diez minutos y Sam no aparece. Vuelvo a empezar, varias veces. Sam ya no vendrá.

Telefoneo a Marian. Tengo la suerte de encontrarle en casa. Vuelvo a sentarme ante mi té frío, y, media hora después, llega Marian. Le pongo al corriente.

—¿Tiene la dirección del alojamiento de su cuñado? Muy bien. Vamos allá.

Sam vive en los suburbios. Cogemos el tranvía hasta el final de trayecto y luego seguimos a pie. Para llegar a la casa, debemos cruzar una especie de

solar. Marian lo ve antes que yo. Está semioculto entre las matas. Permanezco inmóvil, como atontada, mirando sus piernas rígidas. Le han quitado los zapatos. Uno de los calcetines está agujereado y por el orificio asoma el dedo gordo. Marian aparta los matojos. Entre los labios, los dientes de Sam brillan, muy blancos, y le confieren una expresión burlona y cruel. Sobre su pecho lleva clavada con un alfiler una hoja de papel. Leo en ella: *Judío*. Marian me mira.

—Es él —digo yo.

Se arrodilla, arranca la hoja de papel, hace una bola con ella y la arroja.

Sigo con los ojos fijos en aquel dedo gordo, cuya uña se me antoja desmesuradamente larga. Marian me coge de la mano.

—Venga.

Yo digo, estúpidamente:

—Hasta le han quitado los zapatos.

No sé si siento dolor o no. Lo que me trastorna es ese dedo gordo que asoma por el agujero del calcetín.

Marian me conduce. Cogemos otra vez el tranvía. No podría decir cómo he llegado a esta habitación llena de humo donde cinco o seis jóvenes juegan a las cartas, duermen y charlan. Uno de ellos escribe a máquina. Todos se levantan al vernos entrar.

Marian habla:

—Esta joven es amiga mía. Han matado, en un solar, a un pariente suyo que se veía obligado a vivir escondido. Probablemente le ha matado el tipo que lo tenía escondido. Voy a ocuparme de este asunto. ¿Quién me acompaña?

Todos se ofrecen. Marian señala a un muchacho alto y rubio, y salimos inmediatamente.

Encontramos de nuevo el cadáver, sin dificultad.

—Míralo; es él.

El otro se acerca y lo mira con rostro inexpresivo. A la luz grisácea del crepúsculo, el cadáver pierde sus contornos, parece borrarse ya, sumirse en el olvido. Nos dirigimos hacia el edificio. La portera, desconfiada, nos indica el piso. En el tercero, Marian llama a una puerta. Una voz fuerte de hombre le responde.

—¿Quién es?

—Amigos.

La puerta se entreabre, y asoma un tipo alto y robusto.

—No los conozco —dice.

E intenta cerrar la puerta.

—Eh, poco a poco —dice Marian—. Me hace daño en el pie.

El muchacho rubio apoya el hombro contra la puerta y aparta así al hombre que se aferra a ella. Éste, sin embargo, no pierde la serenidad.

—Bueno, puesto que están aquí, siéntense.

Y se deja caer en un sillón desfondado cuyos muelles rechinan. Marian cierra la puerta.

—Ahí, en ese solar, detrás de la casa, hay algo que te pertenece.

—No comprendo —dice el otro, con indiferencia.

Una pistola aparece en la mano de Marian.

—No te hagas el bobo.

El joven rubio, entre tanto, da una vuelta por la estancia. En un cajón encuentra un pistola y se la guarda en el bolsillo.

—Vamos, cuenta —dice Marian.

Le miro. ¿Es posible que sea el mismo hombre indiferente, desengañado, el fiel y honorable cliente de una casa de citas?

—¿Con qué derecho...? —empieza el otro—. Ante todo, ¿quiénes son ustedes?

—A. K.^[1] —dice Marian.

—¿Y ahora se dedican a defender a los judíos?

El joven cesa de registrar la estancia.

—¿Era un judío? —pregunta.

—Claro, un asqueroso judío. No irán a buscarme problemas por una cosa así.

El muchacho se vuelve hacia Marian.

—Si es un judío, teniente, la cosa cambia por completo.

Los segundos se eternizan. Marian no se mueve. Ante mis ojos aparece un dedo gordo del pie con una uña enorme. Y veo cómo se dibuja en los labios del asesino una sonrisita de triunfo.

—¡No era un judío! ¡Miente! ¡Miente! —grito.

El otro ríe.

—Es fácil comprobarlo. ¿Quieren ir a verlo?

—¿Qué hacemos, teniente?

Marian no contesta. Dos detonaciones secas estallan y el hombre, lentamente, se derrumba en el sillón. No ha tenido tiempo de sentir miedo. Apenas me ha parecido leer en su rostro una expresión de prodigioso asombro.

Cuando volvemos a cruzar el solar, el joven rubio se detiene junto al cadáver.

—Si realmente era judío... —dice en voz baja—. ¿Y si hemos matado a un hombre por eso?

—¿Oíste lo que dijo mi amiga? —dice Marian, duramente—. Nadie te impide comprobarlo para tranquilizar tu conciencia.

El joven vacila y luego dice:

—No vale la pena. Si usted está seguro, mi teniente...

El tranvía nos lleva de nuevo a la ciudad. Marian me acompaña a mi habitación. Veo el bulto de la pistola en su bolsillo. ¿La habrá llevado siempre allí, desde el primer día?

—¿Por qué le mató?

Marian me mira fríamente.

—Era un mal tipo.

—Pero no había hecho más que asesinar a un judío.

—Ya sé qué quiere decir. Yo no opino acerca de los judíos. A decir la verdad, me da igual.

—El caso es que ha matado a uno de los suyos por un asqueroso judío.

—¿Qué es lo que busca usted, exactamente?

Ni siquiera yo misma lo sé. Quiero verle encolerizado, quiero verle perder el dominio de sí mismo. Quiero que se muestre odioso para poder clasificarle también entre los malos. Me exaspera. Se sienta y aparece de nuevo en sus ojos una expresión soñadora. Súbitamente, parece muy fatigado y extrañamente joven. Me abochorno de la corriente de simpatía que me arrastra hacia ese hombre y digo, irónicamente:

—¿Remordimientos?

—No me gusta matar. En el fondo era un pobre hombre. Como todos nosotros.

—Aparte los judíos, naturalmente.

Marian se levanta.

—Creo que será mejor que me vaya. Procure usted dormir.

¿Cómo decirle lo que siento? «No, no se vaya. Cuando se haya marchado, vendrán los dos, mi cuñado y el hombre que usted ha matado».

No despego los labios, y Marian se va.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando en la Resistencia?

Marian, esta mañana, vuelve a tener el aspecto de siempre.

—Sí —dice—. Desde el principio.

—¿Y su mujer?

—Mi mujer lo ignora.

—Debe usted de conocer un montón de escondrijos para hombres, ¿verdad?

—Naturalmente.

—Entonces, ¿por qué me alojó en su burdel?

—La desconfianza, entre nosotros, es una regla. Yo no la conocía.

—¿Y ahora? ¿Sigue desconfiando de mí?

—No, ya no.

—Quisiera trabajar con ustedes.

Marian me mira, asombrado.

—¿Lo dice en serio?

—Sí.

—Ya vio ayer a uno de mis hombres. No todos son como él, pero hay muchos. ¿Cree que podría trabajar con ellos?

—No me importa. Lo único que pido es hacer algo.

—Es un trabajo peligroso.

—Mejor. Será una variación después de la tranquilidad con que he vivido hasta ahora —digo, riendo.

—No quise decir esto. Pero me gustaría saber por qué quiere hacerlo. ¿Por qué con nosotros?

—Para pasar el tiempo. Y porque así tendría la impresión de hacer algo contra ellos, contra los alemanes. Quiero trabajar con ustedes, simplemente, porque no conozco a nadie más. Como puede ver, mis razones son muy mezquinas. Confieso que carezco del fuego sagrado.

Se acerca a la ventana y me vuelve la espalda.

—Muy bien —dice, tras un largo silencio—. Irá conmigo a la base y la presentaré.

A partir de este día, el tiempo transcurre más veloz. Mi marido me escribe regularmente; mis padres hablan conmigo por teléfono. Y yo paseo. Llevo paquetitos claros y alegres, envueltos en bellas cintas de color. A veces son un poco pesados, y su peso, que me inclina hacia un lado, no me permite unos andares lo suficientemente despreocupados. A menudo me toca pasar noches enteras en el tren. Llevo mensajes a personas a las que no conozco. Pero no demuestro la menor curiosidad. De vez en cuando me entero de que han matado a un alemán o han ejecutado a un colaboracionista. Me parece muy bien. En represalia, los alemanes matan rehenes. También esto me parece natural. Un día, en una peluquería, a puerta cerrada, vi afeitar la cabeza a varias mujeres que habían simpatizado con los alemanes. Me pareció pueril, pero también divertido, el rostro asustado del peluquero obligado a efectuar la operación bajo la amenaza de una pistola. A Marian sólo le veo en la base. Porque cuando viene, lo hace sólo para darme órdenes. Ya no hablamos de otra cosa. Sigue mostrándose cortés, pero distante. Cosa curiosa, este trabajo, en lugar de aproximarnos, nos aleja a uno de otro. A veces tengo la impresión de que me reprocha haber renunciado a mi papel de mujer sola e indefensa. Un día me dijo: «En la actualidad, es usted uno de nuestros mejores agentes de enlace». No había el menor calor en su voz. Una simple afirmación. El tiempo pasa y ha llegado la primavera.

El *ghetto* ya no contesta. He telefoneado varias veces. He vuelto a telefonar desde la estación antes de marchar. Esta noche, por primera vez,

los alemanes, me han registrado. Un rostro dolorido debe de resultar sospechoso. Como no han encontrado nada, me han soltado y he podido llevar mi mensaje.

He salido dejando encima de la mesa de mi habitación el paquete que me han confiado. En la calle la gente camina con naturalidad, como si nada ocurriera. Echo a correr. Todos se detienen y me miran.

Corro... hasta que el muro se levanta ante mí. Hay varias personas que miran hacia arriba. Miran un punto, arriba, al otro lado de la pared del *ghetto*. En el tejado de una casa, un hombre se pega a la chimenea más alta. Y, de pronto, el viento despliega una bandera polaca. El hombre se vuelve hacia nosotros. Su nombre me llena la garganta, sin atreverse a salir: «¡Marc!». Marc, el policía judío, mi compañero... Se forma un pequeño grupo delante de la pared. Alguien a mi lado, dice: «¿Y si nos fuéramos? Están aquí detrás nuestro». Me vuelvo. Un alemán se lleva un fusil al hombro. Aprieto los dientes para no gritar: «¡Marc, baja! ¡Baja!». Marc, en el tejado, se afana. La detonación resuena dentro de mi cráneo. Veo un momento la cabeza de Marc envuelta en los pliegues de la bandera. Se libra de ellos y continúa. Otro disparo, y Marc se agarra a la chimenea. Al tercer disparo, se suelta, cae, rueda lentamente por la pendiente del tejado y desaparece. Un agente de policía dispersa nuestro grupo: «Vamos, circulen, circulen...». La gente se va, lentamente, como a disgusto. También yo. Al cabo de unos pasos me vuelvo. En lo alto, junto a la bandera polaca, palpita una estrella de Sión sobre el fondo azul.

Vuelvo a correr. Las calles se deslizan bajo mis pies con lentitud exasperante. Llego a la base con la impresión de haber perdido un tiempo precioso. «Escuchadme, escuchadme...». Siguen fumando, durmiendo, jugando a las cartas. La máquina de escribir ahoga mis palabras. Chillo: «¡Escuchadme!». Algunos rostros se vuelven hacia mí. La máquina de escribir se detiene. Marian sale de una estancia contigua, y, con su voz oficial, pregunta: «¿Dificultades?». Las palabras brotan desordenadamente de mis labios, atropellándose, suplicando, amenazando... A mi alrededor, los rostros se inmovilizan. Sólo veo siluetas planas, sin grosor, indiferentes. Ya no puedo alcanzarlas. Y repito: «Hay que hacer algo, hay que hacer algo, no podemos permitirlo... Os lo suplico...». Entonces cae la primera

bomba sobre el *ghetto*. Siento que me alcanza también a mí, y me hundo en el silencio, en el olvido...

Cuando abro los ojos, una luz discreta se filtra a través de los visillos bajados de mi habitación. Me acuerdo del paquete que dejé encima de la mesa y me digo que hay que levantarse y llevarlo a su destino. Mi mente repite todos los movimientos que debo ejecutar, pero no me muevo. No puedo moverme. Y de nuevo me hundo en el sueño.

Una mano me toca la frente. Encuentro de nuevo mi cuerpo y me instalo en él antes de abrir los ojos. Espero un poco más, para estar segura de que me obedecerá. Y veo la misma luz, vacilante, velada...

El rostro de Marian aparece muy cerca de mí.

—¿Qué ha pasado?

No reconozco mi propia voz.

—Ha estado enferma, mucho tiempo.

Habla como suele hacerse en las habitaciones de los enfermos, reteniendo un poco las palabras para que no hagan demasiado ruido y no hieran a nadie.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿Y mi marido? Sus cartas...

—Esta mañana ha llegado otra. La he abierto. Todo sigue bien. Durante este tiempo le he contestado yo. Encontré su dirección en el sobre de la última carta. Le he escrito que estaba usted mejor.

—Levante los visillos. Quisiera ver el sol —digo.

—No, aún no. Después de haber pasado una fiebre tan alta debe cuidarse los ojos.

Marian no se separa de mí. Me prepara el caldo, en la cocina, y, por la noche, duerme en un sillón. Su presencia y sus cuidados se me antojan completamente naturales.

Dos días después me siento tan bien que le digo:

—Mañana saldré. Debo telefonar a mis padres.

—No se precipite —dice—. Espere hasta que esté completamente restablecida. ¿Quiere jugar una partida de dominó?

Después de jugar varias partidas, Marian se levanta.

—Voy a la base. No tardaré en volver. Sea prudente.

Me quedo sola. Los visillos siguen bajados. Bajo de la cama. La cabeza me da vueltas y un momento, tengo que apoyarme en la mesa. Después mis piernas aceptan el peso de mi cuerpo y me llevan hasta la ventana. Tiro del cordón de los visillos y se despliega ante mis ojos el cielo primaveral. Más allá del follaje lustroso, más allá de los tejados rojos, tras el muro del *ghetto*, los cadáveres calcinados de las casas ennegrecen el cielo de primavera. Algunas agonizan todavía; su último suspiro se prolonga en una débil columna de humo. Veo a Marc rodando por la pendiente del tejado y me oigo gritar: «Hay que hacer algo... Hay que hacer algo...». Luego un silencio, roto por los gritos de los niños que se persiguen, más allá, bajo los árboles.

OceanofPDF.com

UN RINCONCITO APACIBLE

Delante de la casita de Jan Kuzma, con los zapatos rotos de tacón alto en la mano, los pies descalzos heridos por la marcha, me parece haber penetrado en una zona de silencio y de inmovilidad hostil a toda presencia humana. La casa parece deshabitada desde hace tiempo. Una vez más, esa mano que ya empiezo a conocer tan bien se aferra a mi garganta. No me defiende de ella, porque sé que al menor intento de rebeldía su presa se hace aún más dolorosa. Luego me agacho para calzarme, y, cuando me levanto de nuevo, la puerta está abierta. Me acerco a ella, con toda la rapidez que me consienten mis ridículos tacones. Los pies me duelen, pero me digo a mí misma que es un dolor agradable, uno de esos dolores que los hombres reconocen familiarmente en su cuerpo. Cruzo el umbral de esta casa cuyas puertas se abren solas, y, en el pasillo, me encuentro cara a cara con un hombre. Su rostro borroso deja traslucir la mirada de dos ojillos que, meticulosamente, me examinan de la cabeza a los pies. Me adorno con la más seductora de mis sonrisas.

—El señor Kuzma, ¿no? Soy la esposa de...

Una dentadura estropeada se muestra generosamente.

—Ya sé, ya sé, ya me han anunciado su visita: Pase, pase.

—¿Cómo está...?

Pero el nombre no quiere salir de mi garganta aherrojada.

—Muy bien, muy bien. Le cuidamos muy bien. Puede decirse que lo mimamos. Le diré, en confianza, que es el más amable de los cuatro.

—¿Tiene usted a cuatro, aquí?

Inmediatamente siento una estúpida repulsión por esos tres desconocidos que se ocultan con él.

—¿Qué quiere usted? Si podemos salvar a uno, ¿por qué no salvar a varios? De todas maneras arriesgamos la vida.

—Es muy amable por su parte —aventuro, al azar, sin apenas darme cuenta de lo que digo.

—¡Ah, señora! ¿Usted cree que esto es amabilidad? Es un sacrificio, señora, puesto que arriesgo mi vida. Mi vida y la de mi compañera, y la vida de dos inocentes. Sí, señora, tengo dos hijos y los sacrifico.

Los ojos del hombre están llenos de lágrimas, pero su voz, fríamente, silabea las palabras, sobre todo, «sacrificio» e «inocentes». Me esfuerzo en seguir sonriendo.

—No me he expresado bien, señor Kuzma. Me doy perfecta cuenta de los riesgos que asume.

Sigue examinándome con atención. Y yo resisto, sonriendo. Al fin parece satisfecho.

—Si quiere subir, señora, están en el desván. Pero, por favor, sin hacer ruido. Hable en voz baja. Estamos rodeados de enemigos...

Ya no le escucho. Trepo por la estrecha escalera... Sí, está allá, en lo alto; me espera, inmóvil. Cuando llego hasta él, me abraza. Y entonces mi garganta se libera.

—Ven —me dice al fin—. No debemos quedarnos aquí.

Entramos en un cuartucho cuadrado, encalado. Dos camas, dos sillas, una mesita de madera blanca...

—Es mi mujer —dice Jacques a los tres hombres que están jugando a las cartas, como si les comunicara una buena noticia.

Ninguno de los tres se levanta. Me miran con las cartas en la mano. Me acerco a ellos con la mano tendida. El primero que me la estrecha tiene los cabellos negros, cejas espesas y labios gruesos que se abren en una sonrisa franca. Me dicen unas palabras de bienvenida con el acento cantarín de los judíos poco acostumbrados al empleo de la lengua polaca. «A éste —pienso—, le bastaría abrir los labios para firmar su sentencia de muerte». El segundo es un hombre ya mayor, de ojos fríos y desconfiados. Se expresa

con esmero, en un polaco impecable. Luego, radiante, se vuelve hacia un adolescente pálido y granujiento, de boca grande y desdenosa.

—Permítame, señora, que le presente a mi hijo.

El muchacho me tiende una mano blanda y húmeda. Retiro la mía, quizá con excesiva brusquedad, incapaz de dominar su repulsión.

—Temo —me dice— que nuestro palacio no sea lo más adecuado para un fin de semana agradable.

—No he venido a admirar la decoración —protesto.

—Pues no sólo tendrá que soportar la decoración, sino a nosotros tres.

—Cállate —dice el primero—. No debemos molestar a la señora. Los tres iremos a dormir arriba.

Los otros no contestan. Me siento en una de las camas, procurando no arrugar mi vestido de falda ancha, clara y florida. Sus ojos siguen todos mis gestos. Me siento ridícula, sentada allí, con el vestido cuidadosamente extendido a mi alrededor, y mis zapatos de tacón alto. Soy una extranjera, uno de esos seres que tienen derecho a vestirse, a salir, a vivir. Miro a Jacques. Su rostro es el de siempre, a la vez abierto y secreto, sonriente y triste, como si, viviendo la misma vida que los demás, pudiera no obstante mantenerse en un lugar retirado, inaccesible a todos, aun a mí. La idea de que debía compartir la intimidad de estos seres a los que ya he catalogado: un imbécil, un malvado y un pequeño vicioso, se me hace insoportable. Sin duda les habrá cogido cariño, como a todos los seres humanos con quienes se tropieza. Más de una vez he tenido la impresión de que era incapaz de distinguir entre el valor y la mediocridad, de que juzgaba a los hombres por un igual. Pero le bastaba formular una observación para desengañarme: su capacidad crítica era más aguzada que la mía, más sutil, más matizada. Sólo que Jacques acepta a los hombres tal como son. Entre tanto, se ha trabado una conversación vana, convencional, entre los demás y yo. Mientras respondo al azar a las preguntas que se creen obligados a formularme por cortesía, siento la mirada de Jacques fija en mí, la misma mirada que dirige a los niños, a los animales y a los enfermos.

Los hombres dejan las cartas. El alto y moreno, al que llaman Félix, apartando su silla me permite ver, junto a la pared, una canasta donde duermen una gata y su cría. De un salto, me arrodillo al lado de la canasta y

me apodero de la bolita de piel cálida, que estrecho con calor contra mi rostro.

—¿Ve algo insólito al lado de la canasta? —me pregunta Félix.

Miro atentamente, y nada veo.

—Estupendo. Nuestro escondrijo es realmente perfecto.

Detrás de la canasta de los gatos, hay un pedazo de pared de quita y pon, a través del cual se penetra en un reducido espacio entre la habitación y el tejado. Este escondrijo, que, al parecer, constituye el orgullo de Félix, es también su tormento. Cada vez que se ven en la precisión de utilizarlo, el pobre hombre es presa de un miedo pánico que hincha su respiración, la ahueca sonoramente, la convierte en un fuerte silbido que intenta ahogar con el pañuelo mientras su rostro se congestiona y las miradas de sus compañeros se cargan de odio y de terror. Intento imaginar a estos hombres arrastrándose a través de la estrecha abertura, como niños que juegan al escondite, y el desprecio y el asco me abandonan para dejar sitio a una profunda compasión. Hubiese querido decirles unas palabras de afecto, pedirles perdón, pero no sale ni un sonido de mi garganta.

—Es un buen escondrijo —me dice Jacques—. Lo hemos probado ya varias veces.

Jacques cree que tengo miedo. En este momento llaman suavemente a la puerta. Entra una mujer alta, delgada y rubia. Tiene rasgos delicados y la boca muy pequeña. Sus grandes ojos grises aparecen como soñolientos, vacíos de expresión. Félix ya ha corrido a su encuentro y le besa la mano. Expresa su alegría de verla con tal exuberancia que se diría que aquella mujer es para él el objeto de un amor ardiente, al que recobra tras larga separación. El hombre viejo, que se llama Feinsilber, en vano intenta decir algo a su vez. También su hijo la mira con admiración. Supongo que debe de ser la señora Kuzma. Bajo la oleada de palabras que irrumpe sobre ella, se limita a fruncir la boquita y se esfuerza en abrirse paso hacia mí.

—Vamos, vamos —dice, al fin—, sean razonables. Hablan en voz demasiado alta. Si alguien pasara por debajo de la ventana... Déjeme que salude a la señora.

Estrecho una mano seca y endurecida por el trabajo.

—¿Tal vez podríamos cenar abajo, en el comedor, para celebrar la llegada de la señora? —sugiere.

Los hombres callan. Su silencio me sorprende. Luego Jacques dijo:

—Naturalmente, señora Elena, estaríamos encantados.

—Ya les llamaré —dice la mujer, al tiempo que se retira.

Cuando está cerrada la puerta, los hombres se miran.

—¡Otra vez! —dice Feinsilber—. ¡Bribones!

—Déjalo, no podemos elegir —observa su hijo.

—Pero tampoco tenemos una mina de oro —protesta el viejo.

—Tanto peor —dice Félix—. Cuando menos, esta vez no comeremos patatas.

Llegado el momento, nos reunimos todos abajo, sentados alrededor de una mesa redonda. El comedor está lleno de baratijas y de tapetitos bordados; las paredes aparecen cubiertas de platos pintados y de grabados. Sonríe a los hijos de los Kuzma: un niño de unos diez años y una niña de cuatro o cinco. Todos tienen los mismos cabellos rubios como el trigo. La señora Kuzma nos sirve y los tres hombres no apartan los ojos del plato mientras, con reconocimiento, cantan las alabanzas del dueño de la casa y su mujer. A mí me sirve mejor que a los demás, pero no tengo apetito. No me atrevo a cambiar mi plato con el de Félix, que contempla con melancolía su minúsculo trozo de carne. Cuando hemos acabado, esperamos al dueño y a sus hijos, a quienes la señora Kuzma ha servido de nuevo copiosamente.

—Necesito fuerzas —dice el señor Kuzma—. Necesito fuerzas para defenderles. Ustedes están muy tranquilos, arriba. Pero yo tengo que estar al acecho. De la mañana a la noche pienso, calculo. Ni siquiera de noche duermo.

Apura de un trago la copa de vino y se la llena de nuevo.

—Nadie se da cuenta de todo lo que hago por ustedes.

Le responde un coro que celebra su bondad, su grandeza de alma, y su inteligencia.

—¿Dicen que soy inteligente? —prosigue el dueño de la casa—. No, se equivocan. Soy tonto. Tonto de remate. Si fuese inteligente no sacrificaría a mis dos hijos por ustedes, unos forasteros. Miren a esos inocentes, mírenles.

Hace una pausa para comprobar si todas las miradas están fijas en los dos querubines que siguen devorando.

—Miren a esos inocentes a los que condeno a muerte por ustedes. Y mi mujer, ¡mi joven mujer! Mírenla.

Nueva pausa para dar tiempo a que todos miremos a la señora Kuzma.

—La madre de mis hijos, en la flor de la juventud, y a la que día y noche enfrento con la muerte.

Apura la copa, y con ella aumenta su emoción y su elocuencia. Ya no puede detenerse. Las lágrimas ruedan por sus mejillas. La señora Kuzma, en medio de los horribles peligros que corre, no cesa, como madre abnegada, de velar por la alimentación de sus hijos, quienes, por su parte, no parecen prestar la menor atención a la escena. Sin duda deben de estar acostumbrados.

—¿Y de dónde sacar todo el dinero necesario para darles de comer? — prosigue el dueño de la casa—. Ustedes son hombres vigorosos, y tienen apetito. Y no se dan cuenta de que la vida aumenta cada día.

—Pero —dice Feinsilber—, si sólo comemos patatas. Nada más que patatas.

—Ya ve, señora —dice Kuzma, dirigiéndome a mí—, ya ve adónde llega el agradecimiento de los hombres, de estos hombres por quienes sacrifico a mi familia. Ya no hablo de mí. Yo no cuento. Me reprochan la comida que les doy. Gente curiosa, señora. Sólo piensan en comer cuando su vida está en juego. —Se vuelve hacia los demás—. ¿Y si les dijera que ya estoy hartos?

Pega un fuerte puñetazo encima de la mesa, que hace saltar la vajilla.

—¡Estoy hartos! ¡Basta! ¡Pueden marcharse en seguida! ¡Fuera de aquí! Su rostro llamea, su voz retumba.

—Vamos, vamos —dice su mujer—. Cálmate. Te sentará mal la comida.

—Vámonos —le digo a Jacques—. Vámonos.

—No te preocupes —me responde Jacques, en voz baja—. Todo esto es pura comedia. Lo único que siento es que haya elegido precisamente el día de tu llegada.

Entre tanto, todos se esfuerzan por apaciguar al amo irritado. Feinsilber balbucea excusas.

—¡De rodillas! —chilla Kuzma—. ¡De rodillas para pedir perdón! ¡De rodillas a mis pies!

Y el anciano se levanta, da la vuelta a la mesa, y se detiene ante Kuzma, que está medio borracho. Luego, lentamente, doblando con dificultad sus viejas piernas, se arrodilla.

—Está bien —dice el dueño de la casa—. Le perdono. Elena, dale una copa de vino al señor Feinsilber.

Feinsilber vuelve a su sitio y, con dignidad, bebe las cuatro gotas de vino que la señora Kuzma le ha escanciado. El dueño de la casa, calmado, bondadoso, prosigue nuestra instrucción.

—Yo soy su amigo. Su único amigo. De no ser por mí, serían hombres muertos. Lo saben, ¿verdad? ¿Saben que soy su único amigo?

Todos asienten con fervor.

—Pues bien —prosigue Kuzma—, su amigo es pobre, señores. Muy pobre. Cada día lucha, se agita para dar de comer a su familia. Hay que ayudarle, hijos míos, hay que ayudarle.

Vuelven a brotar sus lágrimas, unas lágrimas grandes, que ruedan por sus rollizas mejillas.

—¿Cuánto necesita esta vez, señor Kuzma? —pregunta Jacques.

Inmediatamente se disipa mi sensación de estar asistiendo a una cena de locos y de volverme loca yo misma.

—Esto es hablar —dice Kuzma, con voz natural al fin—. La semana pasada me dieron mil *zloty*. Necesito dos mil.

—Esta noche los tendrá —dice Jacques.

El incidente ha terminado. Kuzma se muestra alegre, amable, conciliador. Hasta su mujer consiente en abrir sus diminutos labios y en mostrarse cariñosa.

Cuando volvemos arriba, los tres hombres vuelven a las cartas. Mi marido me quita los zapatos y examina atentamente mis pies. Mientras aplica a las llagas una toalla empapada, recuerdo una cena en casa de mis suegros. La vajilla de plata brillaba suavemente sobre el mantel blanco, a la dulce claridad de las velas. Mi suegro entonaba las plegarias del sábado. Ante mí se hallaba sentado un viejo mendigo, sucio, que se balanceaba en su silla, con los ojos cerrados, chupándose la barba. Mi suegra, a su lado, le

llenaba el plato. El hombre comía torpemente, con los dedos. Pero sólo yo le prestaba atención. Antes de marcharse, pronunciaba siempre las mismas palabras: «Los que no humillan a un pobre mendigo, jamás serán humillados».

La segunda vez que fui a casa del señor Kuzma fue para quedarme. En Varsovia la revolución ha estallado. Se esperan más acontecimientos. Y yo no quiero verme separada de mi marido. Así, pues, me he quedado y comparto la existencia de los cuatro reclusos, en el cuartito de arriba. Comparto sus patatas, que llenan el estómago durante una hora, aproximadamente. Después el hambre vuelve a atormentarme hasta la siguiente comida. Los hombres se han acostumbrado a mí. Yo no resulto una carga para nadie. Paso la mayor parte del tiempo echada en la cama, sin decir palabra. Lo único que me reprochan es que dedique tanto rato, cada día, a mi higiene. Mientras me lavo, se ven obligados a esperar en el desván, entre el polvo y las arañas, que les dan mucho miedo. Les he traído un pequeño aparato de radio de galena, con auriculares. Naturalmente, se ha convertido en su pasatiempo favorito. Cada parte de la B. B. C. se comenta con pasión, se discute acerca de la llegada inminente de los rusos, se fija la fecha y hasta la hora. Félix cubre de insultos a Feinsilber, quien se atreve a sostener que no llegarán antes de una semana.

Pero los rusos no han llegado ni al día siguiente, ni a la otra semana. Instalados al otro lado del Vístula, permanecen inmóviles. Los aviones ingleses vuelan por encima de esta región y arrojan octavillas que Kuzma nos trae, con el orgullo de un general que ha arriesgado la vida por sus soldados. Las octavillas repiten siempre lo mismo: «Resistid, resistid; el final está próximo». Kuzma ha cambiado mucho. Viene a menudo a hablar con nosotros. Ya no intenta arrancarnos dinero. Antes, cuando sufría sus crisis de ira, trataba a los judíos de cerdos comunistas, pero ahora habla con emoción de nuestra gran amiga, Rusia, y de los gloriosos soldados soviéticos en marcha para liberar a las pobres víctimas de la barbarie alemana, como nosotros, como él mismo. Cada día nos recuerda todo lo que ha hecho por nosotros. E implora nuestra protección. Pero el dinero sigue

volando. Ahora se encargan de sacárnoslo los niños, los dos chiquillos rubios, de cara de ángel. Trabajan por su cuenta y estoy segura de que Kuzma nada sospecha, a pesar de las compras masivas de caramelos y juguetes en que invierten sus ganancias. En vano les explicamos que estas compras podrían bastar para despertar sospechas. Todo es inútil. Nada podemos hacer.

La escena es siempre la misma. Entran, los dos, con su mirada inocente y una cariñosa sonrisa en los labios. El mayor nos cuenta que su padre le ordena vigilar la carretera mientras él se encierra para beber. Y no le dan nada; no es justo. Además, debe vigilar constantemente a la mocosuela —y señala a su hermanita—, para evitar que hable demasiado cuando juega con los otros chiquillos.

—Porque de no ser así, hablaría. ¿No es verdad que hablarías? —le pregunta.

—Claro que hablaría si no me vigilaras —responde, con calma, la niña—. No se puede jugar sin hablar.

—Pero tú sabes muy bien que no debes decir a nadie que estamos aquí —exclama el joven Feinsilber—. De lo contrario, nos matarán a todos, a tus padres también, y a tu hermano y a ti. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé, pero se me puede olvidar.

Al final, les damos siempre lo que quieren. Cada vez que reconoce los pasos de los chiquillos, el corpulento Félix se echa a temblar. A veces la señora Kuzma les detiene cuando suben las escaleras.

—¿Qué vais a hacer arriba? Ya os dije que no quería que fueseis tan a menudo.

—Vamos a saludar a estos señores, que se aburren mucho —contesta la niña.

Inmediatamente se oye la voz del padre:

—¡Qué corazón de oro tienen mis hijos! Déjales, Elena, déjales que sigan los impulsos de su corazón.

Y la puerta se abre, y aparecen los dos, cogiditos de la mano, y nos sonríen.

Un día, un hermoso día de otoño, nos advierten, ya por la mañana, que debemos ocultarnos en el escondrijo. La señora Kuzma viene a cerrar la trampilla detrás de nosotros y vuelve a colocar la canasta de los gatos, donde ya sólo duerme el pequeño. La madre ha desaparecido desde hace unos días. Poco después se oyen voces en la casa. Nos parece que hablan en alemán. Luego se hace el silencio. Los minutos pasan, pero nadie acude a liberarnos. Empezamos a ahogarnos, los cinco, en aquel espacio tan reducido. No nos atrevemos a movernos y permanecemos inmóviles escuchando la ruidosa respiración de él, y, de pronto, empieza a sollozar. Entonces se desencadena una tormenta de odio y de miedo contra aquel pobre hombre que no logra dominarse. Sus anchas espaldas se doblan más aún, sacudidas por el llanto. Al cabo de una hora, tal vez, reconocemos al fin los pasos del señor Kuzma. Uno tras otro, a gatas, llegamos a la estancia. Las preguntas llueven sobre Kuzma, quien no parece oírlas. Su rostro ha adquirido una lividez impresionante.

—¿Nos ha descubierto? —pregunta Félix—. ¿Por mi culpa?

—Ojalá no fuera más que esto —le responde Kuzma—. Ya habría encontrado alguna historia que contarles. Se os hubiesen llevado y listos. Pero no se trata de ustedes. Todo el mundo debe irse, ¿me oye?, todo el mundo, en un radio de veinte kilómetros. Y también yo, como todos, como un mendigo.

Quedamos de una pieza.

—¿Y nosotros? —pregunta Feinsilber—. ¿Qué será de nosotros?

—¿Qué importa? Ya les he avisado. Eso es todo.

Sale y cierra la puerta de golpe. De pie, los cinco, inmóviles, evitamos mirarnos. Feinsilber es también el primero en romper el silencio.

—Prepara un fardo con lo nuestro —dice a su hijo—. Nos vamos.

Sin contestar, el joven Feinsilber recoge sus efectos en una manta.

—¿Adónde irán? —les pregunta mi marido.

—Los rusos no están lejos —dice el viejo—. Iremos a su encuentro y volveré aquí con ellos para fusilar a ese cerdo de Kuzma.

Me acerco a la ventana. Entre las casas vecinas pasan algunos alemanes. Me vuelvo hacia Feinsilber.

—Mire.

Feinsilber echa una ojeada por la ventana.

—No tenemos otro remedio.

Con el fardo en la mano, permanece un momento inmóvil, y después dice, sin darnos la mano:

—Suerte.

Su hijo sale detrás de él, sin mirarnos siquiera.

—¿Qué vamos a hacer? —dice Félix.

Como de costumbre, perora, formula proyectos a cuál más fantástico. Al fin, decidimos esperar los acontecimientos. Uno de nosotros permanecerá siempre de guardia junto a la ventana, de modo que pueda ver sin ser visto. Yo bajo a la planta. No hay nadie. Los Kuzma se han marchado. La familia Kuzma camina errante por las carreteras, pagando a la guerra los pocos beneficios que de ella ha sacado. Acabo por encontrar patatas y harina. No han dejado otra cosa. Me apodero de una cazuela, la lleno con un poco de agua que queda en la cocina; cojo también un hornillo eléctrico y un paquete de sal, y lo subo todo a nuestra habitación.

Al anochecer, ocultamos en el escondrijo todo lo que puede revelar nuestra presencia, y, no sin grandes dificultades, logramos introducir en él un colchón.

La noche se hace interminable. Hemos obstruido la abertura nosotros mismos, pero no hay nadie que pueda arrimar a la trampilla la canasta del gato. Sin cesar vuelve a mi espíritu la imagen de esta casa abandonada, con la puerta abierta, y de nosotros tres, agazapados en un rincón, vulnerables. Tampoco ellos duermen, no pueden dormir, acosados por la misma imagen, la conciencia en estado de alerta. A veces oigo cómo se acelera la respiración de Félix, sin duda cuando la imagen cobra en su mente más precisión, más nitidez. De pronto, retiene el aliento. Y, en el mismo instante, siento mi corazón en la garganta. Alguien llora, muy cerca, dentro de la casa.

—Es un niño que llora —murmura Félix, con voz entrecortada—. Ha entrado gente... Estamos perdidos.

Y vuelve a respirar, aceleradamente, ruidosamente.

—Cállese —le digo—, y procure no hacer tanto ruido.

Escucho, con la oreja pegada a la trampa. Lo sospechaba... Es el gatito, al que hemos dejado solo. E inmediatamente me digo que si lo oyen, corremos el riesgo de que nos descubran.

—¿Quién es? —pregunta Jacques.

—El gato. Hay que ahogarle antes de que nos traicione. Ocúpese de él —le digo a Félix.

A Félix le castañetea los dientes.

—¿Es preciso? ¿Hay que..., que matarlo?

—Sí. Le aprieta el cuello, con fuerza. No le costará. Es muy pequeño.

—No..., no podré. Jamás podré matar un gatito —dice, apesadumbrado.

—Tráelo con nosotros —dice Jacques—. Así callará.

Y el gatito pasa a compartir nuestro sueño clandestino. Hacia medianoche se oye un ruido de pasos en la planta baja. Jacques me pasa un brazo por los hombros y me estrecha contra él, mientras yo, a mi vez, estrecho al gatito contra mi pecho. Después los pasos resuenan en la escalera. Félix, a mi lado, se ahoga, apretándose el rostro con ambas manos. Durante unos segundos interminables, los desconocidos dan vueltas por la habitación, derriban las sillas a puntapiés. Algo choca contra el tabique tras el cual nuestra vida se halla en suspenso; creo que es la canasta de los gatos. Finalmente, vuelven a bajar. Félix respira más libremente. Luego la puerta de entrada se cierra, de golpe.

Félix aparta la trampa y sale, arrastrándose. Yo murmuro:

—¿Qué hace usted? Está loco. Puede haberse quedado alguien.

Félix, a gatas, se vuelve.

—Tengo que irme. Tengo demasiado miedo. Demasiado miedo —repito sin cesar.

—No podrá avanzar diez metros sin que lo cojan. Sea razonable.

Pero Félix no quiere escucharme. Salir, sólo piensa en esto.

—No le retengas —dice mi marido—. Si siente que debe irse, hay que dejarle que lo haga. Anda, ve —le dice a Félix—. Si alguna posibilidad tienes es ahora, de noche. Salta a la primera zanja y síguela hasta el bosque.

Félix, ávidamente, escucha.

—¿Crees que lo lograré?

La voz apacible de mi marido sigue animándole. Pero Félix ya piensa en otra cosa.

—¿Y vosotros? No puedo dejaros solos.

—No te preocupes. A cada uno su destino.

Entonces, torpemente, se despide de nosotros.

El día siguiente es un día de calma. Comemos las patatas que sobraron de la víspera, y luego preparo una especie de papilla con harina y agua y pongo a cocer unas galletitas en el hornillo eléctrico. Resultan duras como la madera. La verdad es que no tengo idea; es la primera vez que hago una cosa así. Masticándolas con constancia podemos llegar a tragarlas. Jacques las encuentra excelentes.

Al anochecer volvemos al refugio, sin olvidar al gatito. Apenas nos hemos echado, uno al lado del otro, Jacques me dice:

—Quédate aquí, como una niña buena; voy a buscar agua.

Sé que el pozo se encuentra detrás de la casa, a cierta distancia.

—Jamás —le digo—, jamás te dejaré bajar solo.

—No nos queda ni una gota de agua.

—Me da igual.

—Bueno, pero yo tengo sed.

—Está bien; entonces iré yo.

Jacques ríe suavemente.

—¡Si ni siquiera sabes enganchar el cubo y bajarlo!

—Pues iré contigo.

—¿Para aumentar el riesgo? Vamos, sé razonable. Dentro de cinco minutos estoy de vuelta.

Se suelta con firmeza de mi brazo. Inmóvil, sentada en el colchón, escucho sus pasos ligeros, que se pierden en la casa. Abajo, la puerta gime suavemente. Luego nada. Pocos instantes después llega hasta mí el chirrido de una cadena. Me parece oír el batacazo del cubo en el fondo del pozo, y de nuevo la cadena chirría lúgubremente. Es el único ruido que se oye en este paraje desierto. El silencio que sigue se infiltra en mí.

No lo he oído entrar. Ni subir la escalera, ni abrir la trampilla. Sus brazos me atraen hacia él y entonces comprendo que está conmigo, y que ya nadie me lo quitará hasta mañana.

Los días se suceden, invariables. La mayor parte del tiempo permanezco junto a la ventana, vigilando la carretera. Jacques, pegado al aparato de radio, se esfuerza por captar la menor noticia que pueda aclarar un poco la situación. Pero se habla poco de ello. Se habla sobre todo del final de la guerra, del porvenir, del porvenir radiante. Para mí todo esto son palabras sin sentido, todavía. Jacques, por el contrario, escucha con rostro confiado. Hace ya tiempo que se acabaron las patatas y nos alimentamos exclusivamente a base de galletas. El gatito no las quiere y se va debilitando. Cada dos días, Jacques sale a buscar agua y cada vez su muerte se abate sobre mí.

Una mañana, mientras lo miro, con los auriculares pegados a los oídos, advierto un cambio en su rostro. Le invade tal expresión de felicidad y sus ojos se llenan de tanta luz de alegría, que ya no me cabe duda alguna; ¡hemos sido liberados! Abandono mi sitio junto a la ventana y le paso un brazo por el cuello. Jacques levanta la cabeza hacia mí.

—París ha sido liberado. ¿Comprendes? ¿Comprendes lo que significa? París es libre.

No, no comprendo. Siento en mí una cólera sorda. Así que sólo era esto... Le digo que yo no estoy en París, que la suerte de París me importa un bledo, que no veo razón alguna para alegrarme.

—¿No lo comprendes? —repite Jacques, asombrado—. Tantas personas libres por fin, fuera de peligro...

No. Yo sólo sé que soy huérfana, que mi universo comienza y acaba con él.

Y en este momento oímos gemir la puerta de entrada. Nos precipitamos hacia el escondrijo. Pero no tenemos tiempo de cerrar la trampilla; alguien ha entrado en la habitación. Ruido de sillas y de unos pasos pesados que dan vueltas por la estancia, sin prisas. De pronto aparece una mano, buscando a ciegas... Retrocedemos todo lo que podemos. La mano se interna dentro del refugio, coge una de las botas de Jacques, la saca, y luego la otra, y la radio, y el hornillo... Y entonces el gatito, que apenas se sostiene sobre sus patas, sale.

—Un gato —dice una voz de hombre—. Un gato nunca está solo. ¡Eh, vosotros, salid! ¡Salid o llamo a los alemanes!

—Quédate —le digo a Jacques, al oído.

Cuando me ve salir, arrastrándome, el hombre retrocede, asustado. Pero no tarda en recobrar la serenidad. Tiene unos cuarenta años, un bigote grande, una barriga enorme y va sucio como un mendigo. Sin duda es un merodeador que recorre las casas abandonadas. Pero es polaco y si denuncia a un judío, en lugar de castigarle le darán una recompensa. Sin duda lo sabe tan bien como yo. Me mira con sus ojillos maliciosos.

—¿Qué haces aquí, pajarita? Éste no es sitio adecuado para una chica bonita. ¿Escondes algo? ¿Eh? Vamos, habla.

—¿Y usted? Toda la población ha sido evacuada. Usted no tiene nada que hacer aquí.

—Calma, calma. Estoy en misión, guapa. Si de veras estás sola, vamos a pasarlo muy bien los dos. Me gustas mucho, ¿sabes? Mucho.

En este momento, Jacques sale del escondrijo. ¡No ha podido quedarse allá, esperando! ¿Acaso cree que no sabría defenderme? No sería la primera vez.

—¡Quietas las manos! —dice, al tiempo que se levanta.

—¡Vaya! —dice el hombre—. En este caso, no discutamos más. Ya sé adónde debo dirigirme. Se ocuparán de vosotros, no temáis. Nunca dejan de arreglarles las cuentas a los bandidos como vosotros.

Jacques, con su intervención, lo ha echado todo a perder.

—Nosotros no somos bandidos. Yo estaba muy enferma el día de la evacuación. Mi hermano se quedó conmigo. Ahora no tenemos nada que comer y no nos atrevemos a salir. Si nos acoge usted en su casa y nos conduce a ella esta noche, le recompensaremos. Todavía tenemos un poco de dinero.

—No digo que no —responde el hombre—. Pero antes debo tomar precauciones. —Se vuelve hacia mi marido—. No pareces judío, hijo mío, pero quisiera estar seguro. ¿Comprendes? No voy a arriesgar la piel por un judío. Vamos, enséñame lo que ya sabes y luego os llevo a mi casa. Palabra de hombre honrado.

Miro a Jacques. Conserva la calma.

—Está bien —dice—. Puede marcharse, entonces. Ya nos arreglaremos sin usted.

Ahora el hombre levanta la voz.

—A mí no me engañáis. —Escupe con fuerza en el centro de la estancia —. Esto hiede a carne judía a cien metros.

En cuanto la puerta se cierra tras él, recojo el resto de las galletas y la poca ropa de cama que nos queda, y lo envuelvo todo en una manta. Lanzo una mirada por la ventana: todo parece tranquilo. En marcha. Por otra parte, tampoco podíamos quedarnos aquí, sin comer. En la escalera, me vuelvo, inquieta al no oír tras de mí los pasos de Jacques. Pero Jacques me sigue, en calcetines. El hombre se ha llevado sus botas. Al salir, nos encontramos sumergidos en la plena luz del día y permanecemos unos instantes como aturcidos. Hemos abandonado la casa del hospitalario Jan Kuzma.

La zanja por la cual Félix huyó se encuentra a la izquierda. Avanzamos lentamente. A nuestro alrededor, ni la menor señal de vida. «¡Ojalá los hombres desaparezcan de la tierra y nos dejen en paz!», pienso yo. ¿No es menos terrible morir de hambre que sentir miedo constantemente? Inmediatamente después me digo que el hombre prefiere el miedo y el peligro, con la esperanza de vencerlos, antes que el hambre, contra la cual se encuentra indefenso.

—¿Dónde está la zanja? —pregunto.

—Ya llegamos —dice Jacques.

Yo sólo veo un terreno baldío cubierto de hierbas altas. Mi marido avanza dos pasos y desaparece. Le sigo. Es una zanja profunda, donde, aun de pie, uno se encuentra casi enteramente disimulado por las hierbas.

—¿Cómo sabías que era aquí?

—Kuzma nos acompañó a la zanja una noche en que tuvo miedo —dice Jacques—. Aún no teníamos terminado el escondrijo.

Nos echamos uno al lado del otro. El fondo de la zanja está seco.

—¿Y el gatito? —dice Jacques, de pronto—. Nos los hemos dejado olvidado.

—No podíamos llevarlo con nosotros.

—Se morirá de hambre, por nuestra culpa.

—Nosotros también, de modo que no debes sentir escrúpulos.

Pero ya ha sido creada la imagen del gatito que maúlla encerrado en la casa vacía, y ahora esta imagen me atormenta.

—Tal vez alguien se lo lleve —aventuro—. Son muy compasivos para con los animales.

Dejamos pasar el día discutiendo las posibilidades que tiene el gatito de salirse del apuro y sin atrevernos a comer las cuatro últimas galletas que nos quedan. En cuanto oscurece, nos dirigimos a campo traviesa hacia la línea oscura del bosque que se divisa a lo lejos.

—Creo que me he herido en un pie —dice mi marido.

Sus calcetines están hechos jirones, y los pies le sangran.

—Pero no es grave —añade—. Puedo seguir.

Retiro de la manta las dos únicas camisas que nos quedan, y le envuelvo con ellas los pies, con la esperanza de que la frágil tela baste para protegérselos. Dos horas después, cuando llegamos a la linde del bosque, las camisas, despedazadas, han desaparecido prácticamente.

El bosque se extiende desde Legionowo hasta Nowy Dwor, a donde queremos llegar. Allá, con el dinero que nos queda, esperamos poder ocultarnos. Al menos esto es lo que nos decimos uno a otro, aunque en realidad sabemos muy bien que en una ciudad ocupada por los alemanes nadie querrá arriesgar la vida por tan poco.

Entre los árboles la oscuridad es tan absoluta que es imposible avanzar sin chocar con los troncos. Extendemos la manta en el suelo y doy las gracias al cielo por habernos concedido todavía esta noche.

LAS LEYES DE LA HOSPITALIDAD

El bosque se ha cerrado a nuestro alrededor. Al principio, hemos seguido senderos que casi siempre desembocaban en alguna cabaña de leñador o de carbonero, vacía, naturalmente; luego pistas más o menos vagas que se pierden entre la espesura. Y hemos seguido avanzando entre las hojas caídas que se pudren en el suelo, respirando el aire empapado del verano que muere. Los arbustos y los matorros se oponen a nuestra marcha con perezosa indiferencia. Aquí la vejez del mundo se baña en la luz decrepita. Hasta los retoños jóvenes tienen una apariencia vetusta, y si llegamos a oír algún canto de pájaro, es más bien una llamada extenuada que pronto muere en el silencio. Todo, a nuestro alrededor, es fatiga, una fatiga milenaria.

He partido las galletas en trozos muy pequeños, para que duren lo más posible. Pero también se han acabado, y ahora nos vemos reducidos a chupar tallos de hierba para engañar el hambre. Avanzamos maquinalmente, sin tener la impresión de progresar. Todos los árboles se parecen y el mismo trozo de bosque se repite indefinidamente, como si lo lleváramos con nosotros. Para proteger los pies heridos de Jacques he rasgado la manta. Evito mirarle. ¿Cómo puede el rostro de un hombre cambiar en tan poco tiempo? Sus ojos se hunden cada vez más en sus órbitas; su nariz parece ahora larga y puntiaguda. Pero lo que no puedo soportar es su sonrisa. Una pobre sonrisa tímida, avergonzada, que parece pedirme perdón. Por la noche hablamos largo rato del pasado, del mundo razonable en que vivimos otrora y cuyos recuerdos más insignificantes cobran súbito esplendor. Pero

jamás hablamos de nuestros muertos ni del presente. Tenemos demasiada hambre y demasiado frío y estamos demasiado cansados para poder dormir. Las noches son cada vez más frescas, y la manta, trozo a trozo, se ha terminado.

Esta mañana ha amanecido, entre el follaje reseco, el cuarto día desde que abandonamos la casa de Kuzma. He despertado de un sueño penoso, entrecortado, en un estado de debilidad extrema. Contra el mío, el cuerpo de Jacques estaba helado, como si, durante la noche, me hubiese transmitido el poco calor que le quedaba.

Cuando llevamos ya varias horas caminando me detengo. Me derrumbo en el suelo y empiezo a sollozar desconsoladamente. No podemos seguir así... Yo no puedo seguir... Jacques se sienta a mi lado, sin tocarme, y me escucha. Al cabo de un momento, su voz llega hasta mí a través de mis sollozos.

—Eres la mejor y la más valiente de las niñas —dice, con fervor.

Me calmo un poco y digo, desolada:

—Me quedé contigo para salvarte y voy a perderte.

Inmediatamente me doy cuenta de la falsedad de mis palabras. Debí decir: «Me quedé contigo para que me salvaras, y voy a perderme». Esta verdad era la que estallaba hace un momento en mis sollozos. Lloraba por mí. Quisiera explicárselo, mostrarme tal como soy. Pero veo su rostro y las palabras se aferran a mi garganta. La mirada que posa en mí parece llegar de muy lejos. Ni siquiera estoy segura de que me vea. De pronto, me acomete un miedo terrible. Ante sus ojos que traspasan las cosas y sus labios que forman sólo una línea muy estrecha, tengo la impresión de que ya ha dejado este mundo.

—Jacques —digo, suavemente—, hay que seguir avanzando. Un día u otro saldremos de este bosque. Y entonces encontraré algo que comer.

—Desde luego —dice Jacques, con su voz apacible, como si nada hubiese ocurrido—. Adelante.

Logro poner de pie mi cuerpo dislocado. Jacques me precede, con sus pies destrozados envueltos en harapos y la espalda encorvada, como un anciano enfermo y desvalido. De vez en cuando nos separa un telón de follaje, y entonces tengo la impresión de haberle perdido para siempre, y

me arrojé, desesperada, contra esta vegetación hostil que, por un instante, lo ha robado a mis ojos. De pronto, sus rubios cabellos se iluminan. Inmóvil, con las dos manos mantiene apartadas dos ramas, ante él. Me acerco lentamente, con temor. Intento conjurar la fortuna. No es más que un calvero, un claro en el bosque... Pero no, es el espacio. El bosque se abre al espacio, al cielo, y una pradera inmensa se estremece al sol. A lo lejos, unas cuantas casas en torno de una iglesia. Como aves nocturnas asustadas, retrocedemos bosque adentro. Ahora hay que acostumbrarse a la idea de que la luz del pleno día existe, de que el mundo no es este lugar cerrado, crepuscular, por el que hemos avanzado durante tan largo tiempo.

—Tú te quedas aquí. Que nadie te vea —le digo—. Quédate al abrigo de los árboles. Volveré cuanto antes.

Jacques agacha la cabeza y va a sentarse un poco más lejos, al pie de un árbol. Permanece allá, inmóvil, con la mirada perdida. Con un nudo en la garganta, me vuelvo. Aparto las ramas y el sol me da en el rostro. Bajo esta luz despiadada cada tallo de hierba del prado se destaca. A lo lejos, la pequeña aldea parece desierta. De nuevo retrocedo y las ramas se cierran ante mí. No tengo valor para avanzar en descubierto, a la luz de mediodía. Volveré junto a él y le diré que no podemos hacer otra cosa que echarnos uno al lado del otro y esperar el final. Entonces Jacques me mirará con sus ojos remotos, intentará sonreír y me dirá que está bien, que está muy bien así. Sin pensarlo más, me encuentro a pleno sol. Necesitaría más valor para enfrentarme con él que para cruzar esta llanura.

No me atrevo a aventurarme inmediatamente hasta la aldea. Sigo bordeando el bosque, con los ojos bajos, observando a mis pies la huida desordenada de las hormigas. Cuando levanto la cabeza, un uniforme verdoso se acerca a mi encuentro. Los dos avanzamos, el uno hacia el otro, el alemán y yo, sin apresurarnos, y sin dejar de mirarnos. Inmediatamente observo sus botas polvorientas y su chaqueta sucia y arrugada. Lleva la gorra en la mano. Veo algunas canas en sus sienes. Cuando estamos a un paso uno de otro, nos detenemos los dos al mismo tiempo. El alemán es muy alto, ancho de hombros, y su aspecto revela tanta negligencia y tan poco cuidado que se me hace difícil creer que sea realmente un soldado alemán. No cesa de mirarme, y yo también le miro fijamente a los ojos, que

son pardos y dorados y no reflejan asombro ni cólera. Apenas un poco de curiosidad.

—¿Qué hace usted aquí? —dice al fin. Se expresa en polaco, aunque con fuerte acento alemán—. No hay ni un solo civil en la aldea.

Mejor acabar cuanto antes.

—Estamos escondidos en el bosque, mi marido y yo —digo—. Llevamos allá cuatro días. Ahora el hambre nos empuja. Y estamos cansados.

—¿Por qué no se fueron con los demás?

—Mi marido es judío.

—¿Y usted?

—¿Qué importancia puede tener ya?

—Para mí, ninguna. Pero, para simplificar las cosas, digamos que es usted judía. ¿De acuerdo?

Asiento.

—Será mejor que entremos en el bosque —dice—. A mí se me ve desde muy lejos.

Inmediatamente penetra en la espesura. Le sigo. Un poco más lejos, se desliza al suelo, apoyándose en un árbol. Su rostro se crispa y empieza a maldecir en alemán. Con la mano me señala un sitio, a su lado.

—Siéntese.

Permanezco de pie. «Haré como si nada de esto me concerniera», me digo. Y vuelvo la cabeza. Súbitamente, el alemán se echa a reír.

—¡Oh, comprendo! Perdone, señora, mis expresiones un tanto crudas. Y permítame que me justifique. Cuando me siento, sufro. Sufro mucho. Tengo las rodillas quebrantadas. Desde luego, hubiese debido tener más cuidado.

Sin decir palabra, voy a sentarme a su lado.

—¿Qué piensan ustedes hacer para salir de allá? —dice. Pero yo no tengo la menor idea—. Desde luego, yo puedo proporcionarles comida, por un tiempo. Pero esto no resuelve el problema. Hace demasiado frío para seguir durmiendo bajo los árboles. Además, no creo que yo siga aquí mucho tiempo.

—¿No es posible pasarse a los rusos? —pregunto.

—Suponiendo que no tropiece con una mina, les matarán, desde un lado o desde el otro.

Asiento con la cabeza. Sí, es así, sin duda. Tiene razón. No hay nada que hacer.

—¿Confía en mí?

Por primera vez desde que hemos entrado en el bosque, le miro la cara.

—Creo que... sí.

—¡Pobre chiquilla! No tiene otro remedio, ¿verdad? Escúcheme. Sepa usted que soy un borracho. Me emborracho desde la mañana hasta la noche. Mire, nunca me separo de esto. —Y se saca del bolsillo una botella plana, medio vacía—. Además, soy un oficial superior desgraciado. Me han encargado del abastecimiento de los soldados en el frente. Yo les llevo la comida, solo. Un destino disciplinario. Tengo una carreta y un caballo para llevar a cabo mi misión. El pobre animal se expone mucho más que yo. Él no puede echarse sobre el suelo cuando llueven las balas. Y esto me preocupa, me preocupa mucho. Es el caballo más inteligente que he conocido en mi vida. —Hace una pausa antes de añadir—: ¿Sigue usted teniendo confianza en mí?

—¿Por qué se queda? ¿Por qué no se fuga?

—Mi querida señora, soy alemán, aunque le duela. Y siendo así, ¿qué se puede hacer?

—Realmente, no creo que se pueda hacer gran cosa. Pero sí podría traernos algo que comer.

El alemán coge un cigarrillo y lo enciende. Le digo que yo también quisiera uno y me ofrece el paquete.

—Tome, para su marido.

Tras un largo silencio, me pregunta:

—¿Cómo se llama usted?

—María.

Baja la cabeza y frunce el ceño. Su aire juvenil ha desaparecido. Descubro en él el rostro fatigado de un viejo.

—Por lo visto no le gusta mi nombre.

—Era el nombre de mi mujer.

Vuelve a sacarse el frasco del bolsillo, se lo lleva a los labios y echa la cabeza hacia atrás. El nivel del líquido desciende a una velocidad espantosa.

—¿No cree que ya basta?

—Bebo, mi querida señora, pero en realidad jamás estoy borracho. Jamás me emborracho de verdad. Tendrá que acostumbrarse a ello.

—Afortunadamente, no tendré ocasión.

—¿Quiere decir que para una joven culta, como lo es usted sin duda, la compañía de un borracho no es deseable?

—Perdón; sin duda en otras circunstancias apreciaría su humorismo.

—Es usted una chiquilla divertida.

Me veo obligada a reconocer para mis adentros que su sonrisa es la más agradable que he visto en mi vida. Pero no debí haber fumado. Una neblina desciende ante mis ojos. El alemán se da cuenta de mi malestar.

—Échese boca arriba y respire a fondo.

Me ha cogido por la muñeca.

—No es nada. El pulso es regular. Bien. Ahora, escúcheme. Vaya a reunirse con su marido y vuelvan los dos aquí, a esperarme. No puedo decirle cuándo estaré de vuelta. Pero vendré. Otto Ludwig se las arreglará de un modo u otro. ¿Se encuentra mejor?

Me siento.

—Sí, mejor.

—¿Se siente con fuerzas para caminar o quiere que la acompañe?

—Puedo caminar.

—Hasta luego.

Me vuelve la espalda y desaparece entre las ramas. Mi primer impulso es de correr detrás de él y suplicarle que se quede. ¿Por qué? Porque me ha hablado como un ser humano en lugar de sacar la pistola. Soy ridícula. Sin duda volverá, pero con los demás, para matarnos a los dos. Lo único que cabe hacer es alejarse, y cuando antes. Es fácil decirlo. ¿Cómo caminar cuando las piernas ya no obedecen? Agoto las escasas fuerzas que me quedan en mi esfuerzo por llegar hasta donde se encuentra escondido Jacques.

Sigue en la misma posición en que lo he dejado, apoyado en el tronco de un árbol. Su rostro, del que la sangre parece haberse retirado, está

inmóvil. Lo llamo... Vuelve la cabeza hacia mí y sonrío. Dios sea loado. Vive.

Sentada a su lado, entre sus brazos sin fuerzas, hablo, con afán, con excitación, como si sólo las palas pudieran remediar nuestra situación. Todo va bien. Todo irá bien. He encontrado a un hombre. Un hombre que nos ayudará. Es un alemán, pero nada hay que temer. Tengo una confianza absoluta en él. Me ha prometido ayudarnos. Y lo hará. Sin duda. Nos sacará de apuros. Todo irá bien. «¿Me oyes, Jacques?». Todo irá bien. Hay que tener confianza en él. Nos traerá comida y encontrará para nosotros un refugio. Es bueno y leal. También él ha sufrido mucho. Ha prometido ayudarnos.

Jacques guarda silencio.

—Tienes que creerme —le digo, impaciente.

—Claro que te creo —me dice en el tono que se emplea para calmar a los niños.

—Tú me esperarás aquí y yo iré a su encuentro. Volveremos juntos a buscarte.

—¿Por qué no vamos los dos?

—Porque es mejor así. No hagas preguntas tontas. Déjame hacer.

—Soy una carga demasiado pesada para ti —dice, tristemente—. Jamás se ha visto que una niña pueda cargar con un hombre.

Ahogo los sollozos que suben a mi garganta. Hubiese querido gritarle: «No tengo confianza en este alemán. Tengo miedo de ir. Quedémonos aquí y muramos juntos». Y entonces me refugio en mi cólera.

—Déjame en paz. Lo único que te pido es que tengas un poco más de paciencia.

—Muy bien —dice—. La tendré.

Falta decirle lo más difícil.

—Si por azar yo no volviera, procura salvarte. No te quedes aquí, sin moverte, como si no existieras.

—Si existo es sólo porque tú crees todavía en mí.

Me levanto.

—¡Basta de monsergas! De todas maneras, estaré de vuelta antes de la noche.

—¿Te vas, ya?

Evito su mirada.

—No tardará en volver, y debo estar allá.

—No tengas miedo —me dice Jacques, suavemente—. Si es el final, bienvenido sea, como fuere.

Me arrojo a sus brazos.

—No hagas cosas que estén por encima de tus fuerzas —me dice, aún.

Identifico el sitio donde estuvimos el alemán y yo por las colillas que hay en el suelo. A medida que transcurren los minutos, los cigarrillos que me ha dado van a reunírseles. De vez en cuando me acerco a la linde del bosque, y, echada de cara al suelo, oteo el paisaje desierto, envuelto en una calma amenazadora. Entonces, para engañar mi angustia razono. Si tarda, ello quiere decir que es sincero. De lo contrario ya hubiese vuelto con los demás para liquidarnos. Vuelvo al interior del bosque, enciendo un cigarrillo y, cuando lo he consumido, me arrastro de nuevo hacia el llano desierto, donde el sol empieza a descender. Poco a poco comprendo que no vendrá. Es posible que fuese sincero, pero no tan loco como para arriesgar la vida por nosotros. Es un alemán. Olvidándose de nosotros se ha mostrado ya bastante humano.

Una brisa fría apaga las últimas llamas del ocaso. El aire se empapa de una ceniza impalpable. Me refugio de nuevo en la sombra de los árboles para fumar el último cigarrillo que me queda. Ya no me moveré de aquí. Estoy demasiado cansada para arrastrarme hasta la linde del bosque. Además, ¿para qué, si ya ha caído la noche? Pienso en Jacques, solo, esfumándose en las tinieblas. ¿Qué hago aquí? ¿Por qué no estoy a su lado, en sus brazos? Le diré: «Tienes razón. Ya nada tiene importancia. Durmamos. Durmamos...» pero ¿cómo volver a él ahora que la noche multiplica los árboles a nuestro alrededor? Tardo un tiempo interminable en levantarme. ¡Claro que encontraré fuerzas para llegar hasta él! Pero ¿por dónde ir? ¿En qué dirección? Avanzo unos pasos... Las hojas me rozan la cara. Tengo la impresión de hallarme presa en una enorme telaraña. La oscuridad se pega a mí, me paraliza... Llamarle... Gritar... No está lejos. Me oirá, y su voz me guiará. Avanzo unos pasos más y tropiezo contra una raíz. Mi frente choca con un tronco... Me dejo deslizar hasta el suelo con

un grito de dolor y de miedo. Una voz, muy cerca, me responde. Después, una lucecita amarilla surge, tiembla, desaparece y vuelve a encenderse más cerca. Se oye la voz del alemán:

—No se mueva. No se mueva. Voy en seguida.

La estrella de luz amarilla sigue bailando en la noche densa, y, de pronto, se acerca a mí, cegadora. Cierro los ojos.

—Lo siento, niña; no pude venir antes. —Una mano me coge por el brazo y me ayuda a levantarme. El alemán ha apagado la lámpara—. He tenido que encontrar una historia plausible y lograr que se la tragaran. Es mejor que los demás no os vean llegar en este estado. Te he preparado una hermosa habitación, con una enorme estufa de carbón. Bebe.

Pone en mis manos una botella. Es leche. Bebo a grandes sorbos, hasta perder el aliento.

—Vamos a buscar a tu marido. —Vuelve a encender la lámpara—. ¿En qué dirección?

Hago un vago ademán. Me parece que está hacia allá. No lo sé exactamente. El fragmento de bosque que emerge a la luz de la lámpara no me parece conocido.

—Intentémoslo —dice el alemán—. Ya veremos.

Por el círculo reducido de la lámpara se deslizan follajes descoloridos, el envés de una vida lejana, inquietante. Al cabo de unos minutos de marcha, el alemán dice:

—No vale la pena seguir en una dirección equivocada. Llámale.

A nuestra derecha, débil pero muy cerca, me responde la voz de Jacques. Pronto se levanta ante nosotros, parpadeando bajo la luz de la lámpara.

—Es él —le digo a Jacques—. No ha podido venir antes.

Los dos hombres se miran en silencio, y luego el alemán apaga la lámpara.

—Os llevaré conmigo. Y haré todo lo posible por salvaros.

—Usted quiere intentar un imposible —dice Jacques.

—Nada tengo que perder. En cuanto a vosotros, no podéis elegir. Si falla, tanto peor para todos. Pero espero que todo marche. He hablado con el comandante de la compañía. Le he dicho que esta noche llevaré al puesto

a una muchacha polaca que es mi amante. Su hermano está enfermo y ella no quiere separarse de él. Por tanto, lo llevo conmigo también. Lo siento, pero deberá usted guardar cama. Aunque en el estado en que se encuentra, le sentará bien, si come.

De pronto, siento que mi estómago se subleva. Me vuelvo para vomitar la leche que he bebido.

—Es culpa mía —dice el alemán—. No debí darle tanta. ¿Cuántos días llevan sin comer nada?

—Tres días —dice Jacques—. Aparte las hierbas, las hojas y las moras, cuando las encontramos.

—Tome un poco de alcohol. Le estimulará.

Vuelve a encender la lámpara y saca del bolsillo la botella plana que, según él, nunca lo abandona. A lo lejos, el campanario de pizarra de la iglesia brilla débilmente. Sin volverse, el alemán me dice:

—Deberá acostumbrarse a tutearme, niña. Me llamo Otto.

—No me gusta este nombre —le digo.

—Lo comprendo... Suena demasiado a... alemán.

—Le llamaré Vic.

—¿Cómo se le ha ocurrido?

Su voz suena dura, seca.

—Usted me dijo que se llamaba Otto Ludwig. Y he pensado que... Pero si no le gusta, procuraré acostumbrarme a llamarle Otto.

—No. No, por favor.

Luego agrega, suavemente:

—Sólo mi mujer me llamaba Vic.

Caminamos en silencio hasta las primeras casas de la aldea. Entonces nos obliga a detenernos.

—Es ahí, en la antigua escuela. Esperen, voy a ver si todos están acostados.

Le esperamos sin movernos, apretados uno contra el otro. Otto no tarda en volver.

—Venga conmigo. No hagan ruido.

Subimos unos peldaños en la oscuridad. Ante nosotros se abre una puerta. Vic me coge por la muñeca.

—Camine sin hacer mido —insiste, en un susurro.

Al parecer, nos hallamos en un pasillo. Vic se detiene y le oigo girar con precaución una llave en un cerrojo. Vuelve a cerrar cuando hemos entrado y enciende la luz. La habitación es espaciosa, y está encalada. En un rincón, una inmensa estufa de porcelana llega hasta el techo. El calor nos envuelve. Jacques y yo nos quedamos junto a la puerta, cogidos de la mano. No nos atrevemos a movernos, temiendo que todo se desvanezca, los muebles de madera clara, la cama enorme, con sábanas blancas. En un hornillo eléctrico, una marmita arroja un chorro de vapor. Tiene ese aire gruñón y tranquilizador que tienen todas las marmitas que los niños escuchan cuando la cabeza les pesa ya por efecto del sueño.

—Oye, ¡qué expresión tan estúpida tienes cuando lloras! —dice Vic, de pronto—. Vamos, ahórrame este espectáculo y ven a la mesa.

Pan, mantequilla y queso. Vasos llenos de té hirviente. Durante un cuarto de hora largo, nadie dice nada. Vic toma su té a pequeños sorbos, y luego dice:

—Bueno, ya habéis comido bastante. No estáis acostumbrados y podríais enfermar.

Lo retira todo de la mesa y guarda las sobras en un armario.

—Aquí tenéis agua caliente para lavaros.

La voz de Vic llega hasta mí, lejana. Ya no siento deseos de moverme. Apoyo la cabeza en mis brazos. Oigo manar el agua y unos pasos que van y vienen.

—Se ha dormido —dice alguien.

Me levantan. Me llevan en brazos. El frescor de las sábanas me envuelve. Junto a mí alguien habla en voz baja. ¿Estoy enferma? No, sin duda. Me siento demasiado bien. Tengo calor. Tengo calor...

—Creo que la niña se ha dormido —dice mamá.

—Déjala —dice mi padre—. No le pasa nada.

Y mamá insiste:

—Tiene fiebre. Estará muy enferma, pero nadie quiere creerme.

Vic, con su sucio uniforme, se acerca a ella:

—Es inútil que se atormente, señora. Su hija está condenada a muerte.

—¿Está seguro? —pregunta mamá, inquieta.

—Segurísimo.

Y Vic se inclina profundamente.

—¿Lo ves? —dice mi padre—. Siempre te preocupas por naderías.

Una mano me sacude suavemente por el hombro.

—Vamos, levántate. Tienes que levantarte.

Vuelvo a hundirme bajo las sábanas, sin abrir los ojos. La mano insiste. Suelto un suspiro y me resigno, al fin, a asomar la cabeza. Vic está de pie junto a la cama. Después veo a Jacques, con el torso desnudo, frotándose con una toalla. Me sonrío.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

—Sí, pero poco.

—Has dormido doce horas —dice Vic—. Levántate. Te he traído un montón de vestidos. Tú verás cuál te conviene. Pero ante todo debes lavarte. Estás muy sucia. Vamos, date prisa. Quiero que causes buena impresión, puesto que voy a presentarte al comandante de la compañía.

Se acerca a la ventana y me vuelve la espalda. Jacques me ha preparado ya una tina de agua caliente. Mis pies descalzos se demoran con placer en el suelo de madera tibio, junto a la gran estufa de porcelana. En una silla, un montón de piezas de vestir: ropa interior, vestidos, medias, abrigos, zapatos. Vic no ha olvidado nada.

—¿De dónde ha sacado todo esto?

—Robado —dice Vic, sin volverse—. Los habitantes de la aldea no pudieron llevárselo todo.

Después de lavarme, elijo lo que más me conviene. Me es difícil encontrar en el montón alguna pieza que no sea demasiado grande para mí: una falda escocesa y un corpiño blanco que debieron pertenecer a una muchacha muy joven. Cuando Vic se vuelve, me estoy peinando.

—¿No encontraste nada mejor? Parece que tengas quince años. Van a tomarme por un viejo vicioso.

A la luz de la mañana, con su rostro fatigado y su uniforme sucio, parece casi miserable.

—¿Dónde ha dormido usted?

—Me he quedado aquí, en una silla. No quise dejaros solos, esta noche. Alguien hubiese podido entrar, por error. Ven a beber algo, y luego

saldremos.

—¿Y Jacques?

—Jacques volverá a acostarse. Uno de mis camaradas vendrá en seguida. Más tarde podrá quedarse solo.

Vic me ofrece una taza de té y me prepara unas tostaditas con mantequilla.

—¿Quién vive en esta casa? —pregunto.

—Soldados. Toda la casa está ocupada por la compañía.

El trozo de pan que estoy a punto de tragar se me atraganta.

—¿Así que estamos solos en medio de todos esos alemanes? ¡Es una locura!

—En esta región hay que elegir: o los alemanes o nada. Tendrás que acostumbrarte a ellos. Tendrás que hacer comedia, sonreír al comandante y a los demás. Que no lean en tus ojos que les consideras unos asesinos. ¿Sabrás dominarte? El comandante es un pobre cretino. Le he contado un montón de patrañas para impresionarle. Escúchame bien. Tu hermano y tú sois hijos de un rico propietario rural, y herederos de una finca inmensa. Vuestro padre era barón. Tu hermano ha sido siempre muy enfermizo y jamás has querido separarte de él. Podrás completar el cuadro a tu gusto, hablar de vuestra vajilla de oro, de las camareras que te desnudaban por la noche, del magnífico alazán que montabas cuando ibais a cazar el ciervo por estos alrededores... Puedes decirle todo lo que se te ocurra. El comandante está dispuesto a tragárselo todo. No olvides que tu padre está en la cárcel, por delitos políticos, que sus bienes han sido confiscados, que tu madre ha muerto de dolor, y que te has marchado de casa a la ventura, llevándote a tu hermano. Yo estuve invitado en vuestro castillo antes de la guerra. Te conozco desde que eras una niña. ¿Comprendido? Mientras el imbécil siga creyendo esta historia, todo irá bien. De momento, está deslumbrado. ¿Estás dispuesta a interpretar tu papel?

Miro a Jacques, que ha vuelto a acostarse.

—De acuerdo —digo.

Vic abre la puerta y llama:

—¡Heinz!

Aparece un S. S. muy joven. Tiene el pelo negro y me mira con sus grandes ojos lánguidos. Hace chocar los tacones y se inclina para besarme la mano. Con su uniforme impecable y sus botas brillantes, parece recién salido del estuche. Le sonrío, y vuelve a besarme la mano.

—Te quedarás aquí hasta que volvamos —le dice Vic—. Si el señor necesita algo, le servirás. Hoy no puede levantarse. Los caminos le perjudican mucho.

—Sí, doctor. Confíe en mí.

Heinz se acerca a la cama, y, ante Jacques, vuelve a hacer chocar los tacones. Yo aparto la mirada.

—No temas por tu marido —me dice Vic cuando salimos—. Heinz se dejaría descuartizar por mí. Nadie entrará aquí hasta nuestro regreso. Escucha bien lo que voy a decirte: puede que salgamos de esta, y puede que no; en este caso, los tres correremos la misma suerte.

Cruzamos la carretera, y, unos metros más allá, Vic llama a la puerta de una casa. Una silueta indecisa aparece en la penumbra del pasillo, nos saluda y nos acompaña al primer piso. La puerta del despacho donde se encuentra el *Obersturmführer* Holler está abierta de par en par. En cuanto nos ve se levanta de detrás de su mesa y sale a nuestro encuentro. Me besa la mano y me da la bienvenida. La sonrisa que acude a mis labios es la que nos enseñan cuando somos niños apenas, y nos inician a ser bien educados. Casi no me cuesta ningún esfuerzo. El *Obersturmführer* nos invita a sentarnos y luego se dirige a mí.

—Su amigo, el doctor, me ha contado las pruebas por las que ha pasado. Lo deploro sinceramente, pero la guerra es algo muy penoso para todos. Para quienes la pierden y para quienes están ganándola. Sé que es usted una persona inteligente y culta, y, por tanto, estoy convencido de que así lo comprende. También nosotros tenemos huérfanos, viudas y madres que lloran a sus hijos. Y aquí, en esta tierra extranjera, nuestros muertos duermen al lado de los suyos. ¿No le parece esto una especie de fraternidad en la muerte? Personalmente, jamás he sentido el menor odio contra quienes luchan por defender su país.

Se mantiene muy rígido mientras habla y su mano de uñas cuidadas juega con una plegadera de plata.

—Yo aprecio mucho a sus compatriotas, señorita, sobre todo a los que por su nacimiento y su cultura constituyen la minoría selecta de este país. Me ha conmovido profundamente su emocionante historia y haré todo lo posible por usted y por su hermano.

Hace una pausa, y comprendo que debo decir algo. Miro un instante a Vic, quien fuma con expresión ausente. Entonces me vuelvo hacia el *Obersturmführer* Holler, y, concentrando mi mirada en la raya irreprochable que separa sus rubios cabellos, digo:

—Le agradezco muchísimo su generosidad.

—Me limito a escuchar la voz de mi conciencia.

—Y agrega, con una sonrisa delicada: —Naturalmente, en tanto que no se oponga a mi deber de soldado.

—Me atrevo a confiar en que la disciplina militar y su conciencia estarán de acuerdo, por regla general.

Simulo ignorar la mirada inquieta de Vic. No tiene por qué inquietarse. Holler parece muy satisfecho de mis palabras.

—¡Qué placer, poder conversar con una persona tan inteligente! Pero volvamos, si no le importa, al terreno de la realidad. Usted sabe que los civiles no están autorizados a vivir en esta zona. El hecho de que usted se haya quedado únicamente para no separarse de su hermano enfermo no hace más que aumentar mi consideración por usted. Pero una orden es una orden.

—Tiene usted toda la razón. Y no quiero que nuestra situación turbe la conciencia de un hombre como usted. No sé cómo agradecerle la hospitalidad que se ha dignado ofrecernos por esta noche.

—¿De veras le ha gustado su habitación? La elegí yo mismo.

—Se ha tomado usted demasiado molestias por dos desconocidos.

Tengo la impresión de que Vic, bajo su máscara impasible, se divierte como un loco, y hasta yo misma empiezo a gozar en el juego.

El *Obersturmführer* Holler se inclina ligeramente hacia mí.

—Mi querida señorita, yo puedo autorizarla a seguir residiendo con nosotros, pero sólo con una condición: que trabaje para mí. No lo tome a mal, se lo ruego. Desde luego, el trabajo será puramente formulario. De otro modo, jamás me atrevería a proponérselo. Compréndalo: será únicamente

una ficción para cubrir el expediente ante los demás. Estamos autorizados a retener a las personas que puedan sernos útiles. Usted vendrá aquí, a esta casa —y crea que será un gran honor para mí— unas horas cada día, durante las cuales será libre de hacer lo que se le antoje. Si tengo una visita, bastará que, para guardar las formas, finja poner orden en mi despacho.

—Lo haré con el mayor placer —digo yo, sonriendo.

—Es usted una muchacha animosa. —Y se inclina. Luego, dirigiéndose a Vic—: Doctor, tiene usted una amiga deliciosa.

Vic se levanta muy lentamente. Aprieta los dientes con fuerza, y se agarra con ambas manos a la mesa.

—¿No se encuentra bien, doctor? —se inquieta Holler—. ¿Las piernas, otra vez?

Vic se yergue.

—No es nada. Permítame agradecerle lo que hace por nosotros.

—¿Cuándo se marcha?

—A las seis, como siempre.

Me levanto a mi vez, y Holler lo hace también. Se inclina hacia mí:

—Si se siente demasiado sola, venga a hacerme compañía.

—Lo siento —dice Vic—, pero la señorita preferiría quedarse al lado de su hermano este primer día.

—Desde luego, desde luego —protesta vivamente Holler—. Usted perdone, pero se me había olvidado la existencia de su pobre hermano. Entonces, hasta mañana. Hasta mañana por la mañana.

De vuelta a la escuela, encuentro a Jacques dormido. El S. S... sentado a la mesa, hace un solitario. Vic le pone una mano en el hombro.

—Eres un buen chico, Heinz.

El muchacho se sonroja de placer, como una jovencita. Se levanta, junto los tacones ante mí, y se retira.

—Pobre muchacho —dice Vic—. Todavía no ha entendido una palabra de lo que ocurre. Ni siquiera intenta comprender. Lo único que pide es que le dejen peinarse ante un espejo y correr tras de las chicas.

—Si intentas convencerme de que debo compadecer al pobrecito pierdes el tiempo.

—Todo el mundo es digno de ser compadecido.

Es la voz de Jacques. Me encojo de hombros. He aquí una de esas respuestas cuyo secreto sólo él posee y que tienen la virtud de encolerizarme. Vic va a sentarse en la cama.

—Se ha portado magníficamente. Una actriz de primer orden.

—Es una niña —dice Jacques.

—No soy de este parecer. Tiene, quizá, demasiada astucia. Yo, en su lugar, la hubiese llevado a dar una vuelta por el mundo, y luego hubiese desaparecido. —Se inclina hacia Jacques—. Si yo hubiese tenido una hija, hubiese querido darle un hombre como usted. Pero maté a mi mujer antes de que pudiera traer un hijo al mundo.

Se hace un silencio entre nosotros.

—Aun los mejores hombres dan la muerte, a menudo sin saberlo. De golpe, o lentamente. Todos llevamos un muerto en la conciencia.

La voz de Jacques es impersonal.

—Es posible —dice Vic, en el mismo tono—. Pero yo lo sabía. Cuando me casé ya bebía. Por un momento creí que la quería por encima de todo. Me equivoqué; seguía prefiriendo el alcohol. Cada noche la llevaba conmigo a los bares, porque necesitaba su presencia. Y una vez, en plan de broma, la obligué a beber. Inmediatamente mi mujer volvió a mostrarse alegre como antes de nuestra boda. Yo me sentía feliz. Luego adoptó el hábito de beber un poco cada vez que me acompañaba. Después de una o dos copas se mostraba encantadora, pero cuando, por la mañana, antes de salir de casa, la miraba dormir, veía cada vez su rostro más demacrado. Su respiración era irregular. Y me decía a mí mismo que aquellas salidas la perjudicaban, que era preciso poner fin a aquello. Pero por la noche, volvía a llevarla conmigo. Ya no era el alcohol lo que yo necesitaba, sino la imagen de aquella mujer joven, despreocupada y enamorada que el alcohol me entregaba por unas horas. Una noche se negó a salir conmigo. Era la primera vez. Insistí. Se puso el abrigo y salió. Fuimos a casa de un compañero mío, soltero, como todos los que yo frecuentaba entonces. Allá, mi mujer se negó a beber con nosotros. «Esta noche no me apetece», dijo. Y rechazó la copa que le ofrecía. Volví a insistir. «Sólo un poco». Y le acerqué la copa a los labios. Ella la cogió y la apuró. Después me pidió otra, y otra más. Jamás había bebido tanto. Y jamás se había mostrado tan alegre, tan

feliz. Estaba, simplemente, borracha. Cuando volvimos a casa, tuve que llevarla hasta la cama, desnudarla y acostarla. La dejé sola para no molestarla. A la mañana siguiente la encontré muerta. Su médico me dijo que era cardíaca, y que le hubiese convenido, sobre todo, una vida tranquila y regular. Le pregunté si sabía que ella bebía. «Es inverosímil —me dijo—. El alcohol debió haberla matado hace ya mucho tiempo». Sí, ella lo sabía.

Por la ventana, miro a un perro lobo que lleva en la boca un pedazo de madera que un joven soldado le arroja. Luego Jacques dice:

—¿Y si jugáramos una partida de cartas?

Vic se saca unos naipes del bolsillo y empieza a barajarlos. Pocos instantes después, no hay allá más que dos hombres sentados tranquilamente en una cama, y gozando, evidentemente, en el cálculo de sus probabilidades de ganar. Hacia la una aparece Heinz. Deja encima de la mesa tres platos, un pan, chocolate y cigarrillos.

—Veo que Holler hace bien las cosas —dice Vic—. Ahora ya pertenecéis a la compañía y se os dará el mismo trato que a cualquiera de nosotros: dos comidas al día, chocolate, confitura y cigarrillos. Al cabo de un tiempo, como nosotros, estaréis hasta la coronilla.

Yo le respondo que se me hace muy difícil poder imaginarlo.

He comido tanto que apenas puedo levantarme de la mesa. Voy a acostarme mientras los dos hombres reanudan la partida interrumpida. El ronroneo de la estufa y el ruido sordo de las cartas no tardan en llevar el sueño a mis ojos.

Vic me despierta a última hora de la tarde.

—Tengo que marcharme. Levántate. Es preferible que me acompañes un trecho. Quiero que todos sepan que estás conmigo. Muchos de ellos llevan largo tiempo sin mujeres.

La idea de que Vic va a dejarnos solos frente a nuestro pelotón de ejecución me arroja a la desesperación.

—No quiero que te vayas —le digo, lloriqueando.

Me acaricia los cabellos.

—Cada día llevo el abastecimiento hasta el frente.

—Puede hacerlo cualquier otro.

—No, sólo puede hacerlo un oficial superior degradado que debe expiar sus faltas. Ya lo ves, yo expío dándoles de comer.

—Pero es peligroso...

Pienso menos en él que en nosotros, que corremos el riesgo de perder a nuestro único protector. Vic se encoge de hombros.

—No seas tonta. Heinz velará por vosotros y os traerá la comida. No me esperéis.

Salimos por otra puerta que da al patio de la escuela. En él hay un caballo enganchado a una carreta cargada de cajas y sacos.

—Mi coche —dice Vic.

Se acerca al caballo y le pasa la mano por las crines con la misma ternura con que, hace un momento, me ha acariciado los cabellos. Intento imitarle, pero el animal aparta vivamente la cabeza. Un soldado se acerca a nosotros y reconozco en él al joven alemán que jugaba con el perro lobo al pie de nuestra ventana. Vic me lo presenta:

—Rolf Mücke, nuestro benjamín.

Luego coge las riendas.

—En marcha. Hasta luego, María.

La carreta vacila, y, rechinando, cruza el portal abierto de par en par. Un instante antes de desaparecer, Vic se vuelve y me dice adiós con la mano. Reprimo mis deseos de echar a correr detrás de él.

—Es un valiente —dice el joven alemán, cuya presencia yo había olvidado por completo—. Siempre parte así, tan tranquilo, a pesar de que sabe muy bien que es posible que no vuelva. Mientras pasa por la linde del bosque está al abrigo, pero luego tiene que cruzar el llano. Ayer volvió con tres bidones agujereados por las balas. —Me mira atentamente—. Perdón. Creí complacerla hablando del valor de su amigo. Y además, creía que usted no ignoraba los peligros que corría. Lo siento infinitamente. He metido la pata.

No respondo. Me imagino a Vic caminando al lado de su caballo por la llanura inmensa mientras las balas silban por encima de su cabeza. Rolf Mücke me coge por el brazo.

—Permítame que la acompañe.

No puedo dominar un movimiento instintivo de retroceso.

—Por favor —se apresura a decir el joven alemán—. No interprete mal mi gesto. Estoy comprometido. Su inquietud por el doctor me ha conmovido profundamente. Por esto me he permitido...

Le miro. Turbado, se detiene antes de acabar la frase. Le aseguro que estoy convencida de sus buenas intenciones, que aprecio en el más alto grado. Inmediatamente me expresa su vivo agradecimiento y empieza a hablarme de su novia, que le espera en su tierra. Me habla también de su perro lobo, que se acuerda de ella, y a quien confía sus esperanzas, ocultándose para que no se burlen de él. Lo examino con atención. Sin uniforme, no sería más que un chiquillo de dieciocho años, barbilampiño, los ojos lípidos, con un mechón de cabellos rubios en la frente.

Llegamos a la puerta por la cual hemos salido hace un momento, Vic y yo. Súbitamente fatigada, me siento en un peldaño. De todos modos, me es difícil dejar plantado al joven alemán, y, por otra parte, no tengo el menor deseo de llevarlo a nuestra habitación en ausencia de Vic. Me pide permiso para sentarse a mi lado. Y charlamos. No sé cómo, nuestra conversación deriva hacia la literatura; muy pronto me doy cuenta de que no se trata de un jovencito estúpido, sino, muy al contrario, de un espíritu culto, agudo, sensible. Preocupada y distraída al principio, acabo por encontrar de nuevo, súbitamente, esa afición apasionada a la discusión que tuve en una época en que nada era más importante que las líneas y la forma de expresarlas. Es el mismo placer de otro tiempo, la misma embriaguez de las palabras, esta complicidad en la inteligencia. Entonces me doy cuenta de que cae la noche, y digo:

—Tengo que volver a mi cuarto. Mi hermano estará inquieto.

—Conozco su historia. Ni que decirse tiene que estoy de su parte, de todo corazón. —Se saca una cartera del bolsillo, y, tímidamente, murmura —: Quisiera enseñársela.

Siente tal impaciencia por mostrarme la imagen de su prometida, que saca de la cartera un montón de fotografías, entre las cuales busca febrilmente. Al fin la encuentra. Veo a una muchacha bastante robusta, que sonrío mostrando todos los dientes.

—Es encantadora —le digo.

El muchacho se sonroja de placer.

—Estaba seguro de que le gustaría. Por favor, lea lo que me escribió al dorso.

Doy la vuelta a la fotografía y de ella se desprende otra que cae al suelo. Me agacho para recogerla. Es una fotografía de aficionado, un poco desenfocada. Pero se distingue claramente a un viejo judío, como los que suelen verse en las aldeas de Polonia, con su amplio gabán y su birrete. Junto a él, una mujer alta y flaca, con los ojos llenos de terror, un hombre joven todavía pero encorvado, y cuatro niños. Estos últimos aparecen alineados por orden de tallas, el mayor junto al hombre; el más pequeño no parece tener más de dos años.

—¿Quiénes son? —pregunto a Rolf Mücke.

—Nadie.

Y me tiende de nuevo la fotografía de su novia, que ha escapado de mis manos al agacharme para recoger la otra.

—Lea lo que ha escrito en ella.

—No sé leer alemán —le digo.

Se muestra asombrado. ¿Cómo es posible? ¡Con lo bien que lo hablo! Entonces me lee la inscripción él mismo y la comenta; una inscripción maravillosamente estúpida, trazada por la mano de su amada. Después de esta explicación, se da cuenta de que todavía tengo en la mano la fotografía que he recogido y hace intención de cogérmela.

—¿Quiénes son? —vuelvo a preguntarle.

—Es una familia judía que liquidé hace algún tiempo.

—¿Cómo? ¿Que quiere decir? —pregunto, incapaz de comprender.

—Usted ya sabe —me explica con paciencia, como a una niña— que todos los judíos deben desaparecer.

—¿Y usted los mató?

—Naturalmente. Yo los descubrí en su escondrijo.

—¿Usted mató a estos niños?

—Son judíos, señorita.

—¿Así, pues, no son seres humanos?

El muchacho no contesta inmediatamente. Con la misma paciencia de antes, se esfuerza por encontrar una explicación a mi alcance. Y al fin, dice suavemente:

—Sencillamente, son judíos.

—¿Y quién le ha dicho que los judíos no son seres humanos?

—El Führer —dice; y un acento de supremo respeto vibra en su voz—. Nuestro Führer —repite, con el mismo rostro extasiado con que hace un instante me hablaba de su novia.

Hay algo que no marcha. En vano intento encontrar algún sentido a esta proposición: un joven sensible, lleno de delicadeza, un poco tímido, que adora a su novia y ama el arte, a quien conmueve fácilmente un pensamiento noble y capaz de compadecer a los demás, mata a una familia entera, en la que figuran cuatro chiquillos. No, hay algo que no marcha. Este rostro claro, estos ojos límpidos... No, no es un simple asesino. No es un hombre que comete un acto excepcional, apasionado. Sin duda le sorprendería sinceramente oír la palabra «asesino», o la palabra «crimen». Él no asesina: ejecuta. Una operación tan natural como ahumar un nido de avispas. Es algo que se hace porque es útil. No hay en ello nada que pueda turbar la conciencia. Le oigo decir:

—No hay que pensar más en ello.

Tiene los ojos fijos en mí, respetuosos, tiernos. Y me imagina la escena que podría desarrollarse entre nosotros.

«Tengo que hacerle una confidencia —le diría yo—. Yo también soy judía». Sus cabellos expresarían sorpresa y luego tristeza. Su mano se deslizaría lentamente hacia su pistola. «¿No irá usted a matarme?». «Lo siento». Respondería él, con su voz de muchacho bien educado. Y dispararía. Los demás acudirían corriendo, estupefactos, y mirarían el cuerpo desplomado a los pies de Rolf Mücke, quien les diría: «No ha sido nada. Era judía».

Me levanto.

—Creo que ya es hora de que vuelva con mi hermano.

Rolf me besa la mano. Las piernas me llevan a mi cuarto sin que yo tenga realmente la impresión de haberme movido. Cierro la puerta tras de mí. Jacques me recibe sobre su pecho en el mismo instante en que me desplomo. Me agarro a él con todas mis fuerzas. En vano intenta Jacques levantarme la cabeza. No quiero... Temo que vea esta imagen en mis ojos, esta fotografía que un joven S. S. conserva con orgullo sobre su corazón y

que representa la familia judía que ha ejecutado. Jacques no insiste y permanecemos en la cama, inmóviles, sin hablar, mientras las sombras invaden la estancia. La puerta de la estufa está entornada y un resplandor rosado ilumina el suelo de madera. Me digo a mí misma que ya no existe nada más, que estamos solos, en seguridad... Hasta el momento en que un rumor de pasos surge debajo de nosotros, en la escalera. Se cierra una puerta, de golpe. Se acabó el recreo. Llegan hasta nosotros unas voces, palabras alemanas ahogadas por la distancia, deformadas, preñadas de amenazas. Los pasos, las voces, las risas se multiplican, nos dicen que la muerte se cobija bajo el mismo techo que nosotros. Alguien llama a la puerta y ello constituye para mí casi un alivio. Me separo de Jacques.

—Adelante —digo.

Aparece una silueta indistinta, y avanza. El resplandor de la estufa lame sus botas brillantes.

—¿Por qué están a oscuras? —pregunta una voz que no reconozco.

Contesto inmediatamente:

—Tengo miedo de dar la luz. No sé cómo cerrar la ventana.

Le veo encaramarse a una silla y disponer las cortinas que penden a cada lado de la ventana. Cuando se hace la luz, veo a Heinz ante mí, con una sonrisa tímida en los labios.

—No he podido venir antes —dice—. Tuve trabajo en casa del *Obersturmführer*. Muchos recuerdos de su parte.

—¿A qué hora regresa el doctor?

—A veces se queda hasta muy tarde. No se preocupe.

Nos miramos sonriendo. Sinceramente, me alegro de verle. Heinz me pregunta:

—¿Necesitan algo?

—No, no. Tenemos todo lo necesario.

—Actualmente nadie tiene todo lo necesario.

Y menea tristemente la cabeza. Parece muy joven, muy poco adecuado para esta existencia. Pero ¿qué se oculta en el fondo de su ser? Quizás otro Rolf Mücke.

—Vuelvo en seguida —dice.

Pocos minutos después Heinz está de vuelta con un cubo en cada mano: uno lleno de agua y el otro de carbón, que arroja a la estufa. Cuando intento expresarle mi gratitud, me interrumpe inmediatamente:

—No tiene por qué darme las gracias. El doctor es mi único amigo. Por él haría cualquier cosa. —Mira las llamas, al tiempo que deja caer uno a uno los últimos pedazos de carbón—. El doctor me ha dicho que también podía tener confianza en ustedes.

Cierra la estufa y se vuelve hacia mí.

—El día ha sido muy tranquilo —prosigue—. No se ha oído ni un solo disparo. Ahora les traeré la cena. Habrá que comer, de lo contrario el doctor no me lo perdonaría jamás.

—Coma usted con nosotros —le digo.

Se sonroja y sale sin contestar. Pongo la mesa y caliento agua para el té. Heinz vuelve con cuatro platos.

Nos sentamos uno frente al otro. Jacques come en la cama. Cuando sirvo el té, Heinz se muestra asombrado.

—¿Lo han traído con ustedes?

—No, lo he encontrado aquí.

—Pues aquí nunca tenemos. Sin duda ha sido cosa del doctor. Cuando se empeña en algo... A nadie teme. ¡Es un hombre extraordinario! —Su rostro extasiado se ensombrece—. ¿Y usted, tiene miedo alguna vez?

—A menudo.

Parece alegrarse.

—Como es usted la amiga del doctor, pensé que tal vez fuese como él. Yo tengo mucho miedo. —Baja la cabeza, contempla el vaso vacío que aún tiene entre las manos—. Tengo miedo casi constantemente. Me pregunto cómo se las arreglarán los demás. A veces me digo que es posible que tengan tanto miedo como yo, pero lo disimulan.

—Es probable —digo yo—. Casi seguro.

—Sin embargo, los hay, como el doctor...

—Son aquellos a quienes nada importa la vida.

—He aquí algo que jamás lograré comprender. Aun siendo pobre, miserable y mutilado querría vivir. Aun desfigurado. Aun sin mujeres. Pasearía, jugaría a cartas... Claro que con mujeres es más agradable.

Y se lanza a la historia de sus conquistas, vanidoso y tímido a la vez, hasta que entra Vic. Éste mira sonriendo ampliamente, y su voz suena, alegre:

—¿No te has acostado aún?

Heinz se levanta, y, después de haber puesto a calentar el plato de Vic, se retira.

Vic apenas come. No tarda en sacar del bolsillo la botella plana que ya conozco.

—Debes comer —le digo—. Te necesitamos.

—Nunca tengo apetito por la noche. —Bebe un largo trago—. No me mires así, María. De nada sirve. Desde ayer no me habías visto beber, porque bebía a hurtadillas. Ya no quiero seguir ocultándome. Tienes que aceptarme tal como soy. Te inspiro repugnancia, ¿verdad? ¿Tienes miedo de mí? Y, sin embargo, eres una muchacha que comprende muchas cosas y es capaz de hacer muchas otras. Cosas que ése no haría jamás. —Y señala a Jacques—. Pero él comprende. Así, sin decir nada. ¿Sabes? Condenar a los demás equivale a menudo a perdonarse uno mismo.

No contesto.

—¿Crees que ya estoy borracho?

Puede ser. Pero también puede ser que esté, por el contrario, completamente lúcido.

—Desde luego, no me considera una persona de bien —le digo—. Ni siquiera tendré ocasión para mejorarme. Si debo morir antes, ¿quién tiene la culpa?

—Soy un viejo estúpido. —Se levanta y va a sentarse en la cama, junto a Jacques—. ¿Nunca dice nada, usted, cuando atormentan a su mujer?

—Usted nunca la atormenta —dice Jacques, suavemente—. La quiere demasiado.

Y Vic responde:

—En el fondo, no estoy seguro de saber a cuál de los dos quiero más.
En el piso de arriba se oyen unos pasos.

—Es Heinz —dice Vic—. Pobre muchacho. Cuando no hay chicas que le persigan se siente desgraciado Bueno, yo también voy a acostarme. Si

necesitas algo, María, coge la escoba y llama al techo. Heinz me avisará; su cuarto está al lado del mío. Buenas noches.

Al día siguiente, pregunto a Heinz, cuando aparece en nuestra habitación:

—¿Dónde está Vic?

—Debe de estar durmiendo aún —dice.

Y, sin embargo, sabe muy bien que tengo que ir a casa de Holler. En lugar de disponerse a acompañarme, duerme a pierna suelta. Espero todavía unos minutos antes de decidirme a subir a verle. Llamo a una puerta que supongo debe de ser la suya. Nadie responde. Doy vuelta al pomo y la puerta cede. Vic duerme, de espaldas, completamente estirado. En el sueño, su rostro aparece todavía más fatigado, más duro. No me gusta mirar a la gente cuando duerme: tengo la impresión de espiar por el ojo de una cerradura. Sacudo con vigor a ese extraño que ha ocupado el lugar de Vic. Éste gruñe, abre los ojos con esfuerzo y me ve.

—¿Qué haces tú aquí? —dice, encolerizado.

—Tengo que ir a casa de Holler, esta mañana.

—Bueno, pues ve y déjame en paz.

—Creí que desearías acompañarme.

Con un movimiento brusco se sienta en la cama y empieza a soltar tacos. Me vuelvo de espaldas y me acerco a la ventana. Detrás de mí, Vic sigue maldiciendo, cada vez con más fuerza. Un borracho, nada más que un borracho que, bajo la influencia del alcohol, tiene impulsos bondadosos que lamenta amargamente más tarde, cuando está despejado.

—Nos iremos cuando tú quieras —le digo, con los ojos llenos de lágrimas—. Pero déjanos, cuando menos, que esperemos la noche.

No me contesta inmediatamente. Así que era esto. Y ahora se siente avergonzado.

—Acércame la botella. Está encima de la mesa.

No me muevo.

—¿Me oyes, maldita sea? Te digo que me acerques la botella.

Se me sube la sangre a la cabeza, y me vuelvo.

—Si te figuras que...

Y entonces le veo. Sigue sentado en la misma posición, apoyándose en las manos, con el rostro lívido.

—Vic... ¿Qué te pasa?

—Dame la botella.

Se la doy. Y bebe, largo rato.

—Baja. Espérame abajo.

—No, no bajaré. Si estás enfermo, quédate acostado.

—No estoy más enfermo hoy que otro día cualquiera. No quería ofrecerte este espectáculo y por esto me enojé. Pero puesto que parece soportarlo...

Apoyándose en las manos y girando sobre sí mismo, pone los pies en el suelo.

—He aquí la primera maniobra. No es la más difícil. Acércame una silla.

Se agarra al respaldo para ponerse de pie. Tiene los labios muy pálidos. Un mechón de pelo gris le cubre la frente.

—Ahora aparta la silla.

Avanza unos pasos, de una forma extraña, como esos muñecos de madera a los que se da cuerda con una llave. Llega hasta la mesa y se apoya en ella.

—No resulta muy brillante, que digamos.

E intenta sonreír.

—Vuelve a acostarte. No estás en condiciones para levantarte.

—No, ahora lo que hay que hacer es andar. Andar, andar... Quédate donde estás. Voy a darte ahora los buenos días.

Le veo acercarse hacia mí, con su paso mecánico, sin doblar las rodillas. Cuando llega a mi lado, me rodea los hombros con un brazo y dice:

—Ven, vamos a andar.

Y andamos. Vic se apoya en mí, pesadamente. Damos la vuelta a la mesa. Poco a poco se hace menos pesado: ya puede doblar las rodillas.

—Otro esfuerzo más, María. Contigo resulta más fácil. Probablemente porque me entrego menos al dolor.

Seguimos dando vueltas.

—Ya marcha —dice.

Y se detiene. Me coge la cara entre las manos y me besa en la frente.

—No es nada agradable ver a Vic, por las mañanas, ¿verdad? ¿Te has asustado? —Apretando los dientes, se sienta—. Ahora vamos a ponernos las botas para ir a desear los buenos días al buenazo de Holler.

Me arrodillo para ayudarle.

—Levántate —me chilla—. ¡Aún no estoy enfermo!

—Si no estás enfermo de las piernas, entonces lo estás sin duda de la cabeza.

—¡Deliciosa criatura! —Y me dedica una sonrisa cariñosa—. Déjame que me ponga las botas. Ya ves, es un recuerdo de Matzkau, un campo de concentración para los alemanes, donde pasé año y medio. Cada día nos obligaban a hacer nuestros ejercicios: consistían en caminar agachado, durante horas enteras, con los brazos levantados por encima de la cabeza. Esos inocentes ejercicios me segaron las rodillas. Y ahora, para ponerlas en movimiento, resulta muy complicado, como has podido ver.

—¿Por qué te internaron en un campo?

—Porque no siempre estaba de acuerdo con su sistema. A decir verdad, nunca estaba de acuerdo. Y tal vez lo dije demasiado claramente. Como ves, de nada sirvió. Sigo en las S. S. Simplemente, tengo un poco más de dificultades para levantarme. A menudo me paso la noche de pie para evitarme esta molestia.

—¿Y no hay nada que hacer?

—No, que yo sepa.

—Y, sin embargo, eres médico.

—No. Me llaman doctor, pero en realidad sólo soy doctor en farmacia. Y no conozco remedio alguno para esto.

Se pasa un poco de agua por las manos y la cara, y se peina rápidamente.

—Vamos a saludar a nuestro jefe.

Holler nos recibe con rostro radiante y se lanza inmediatamente a una larga disertación en la que intenta demostrarnos que el mundo pertenece a los seres predestinados, es decir, dotados de inteligencia, de espíritu y de corazón, que tienen el deber de guiar a los demás, y de exigirles a cambio la

obediencia, sin la cual no habría en el mundo orden ni progreso. Luego, dirigiéndose a Vic, le pregunta:

—¿Qué opina usted de esto, doctor?

—¡Oh, yo hace ya mucho tiempo que he dejado de opinar y de pensar!

—No es posible. Un hombre culto como usted siempre piensa. Tal vez, simplemente, esté fatigado.

Vic no se digna contestar. Sigue con los ojos el humo de su cigarrillo. Comprendo que es necesario romper el silencio.

—¿Lleva usted mucho tiempo en Polonia, señor *Obersturmführer*? Me gustaría conocer sus impresiones sobre nuestro país.

El rostro de Holler se suaviza.

—Se lo diré con toda sinceridad, señorita. He tenido la fortuna de conocer a algunos compatriotas suyos entre los más cultos y que demuestran una gran comprensión de los problemas actuales.

Le sonrío mientras Vic sigue fumando con una mueca despectiva. Holler, en un tono afectado, expone las nobles ideas que ha cambiado con unos tipos que no eran más que hediondos colaboracionistas. Yo intento conservar en mi rostro una expresión interesada. Al fin se vuelve hacia Vic.

—Ha tenido usted mucha suerte, doctor. La señorita tiene una inteligencia...

—Comparto su opinión.

Y Vic se levanta. Hasta este momento no había creído que habría de quedarme realmente sola con Holler.

—Voy a hacer compañía a Jacques. Quédate tranquila.

A mediodía sigo sentada en el mismo sitio, escuchando a Holler. Cuando entraba algún oficial, me levantaba y me acercaba a un archivo, del cual sacaba una carpeta que volvía a dejar en el mismo sitio. Cada vez Holler me presentaba ceremoniosamente como la heredera de una enorme fortuna y de uno de los apellidos más nobles de la aristocracia polaca.

Finalmente consiente en dejarme descender de las elevadas cimas intelectuales a las que me ha arrastrado para que pueda ir a comer un bocado.

Durante tres semanas he servido de auditora al *Obersturmführer* Holler. Los oficiales me hacen la corte discretamente. Les doy la mano, sonrío, y

respondo amablemente a sus palabras galantes. Mi rostro enarbola una expresión interesada o hechizada, a veces sin necesidad, que conservo aún cuando vuelvo a nuestra habitación, como si me olvidara de quitarme una máscara, cosa que desencadena los sarcasmos de Vic. El horror del primer día se ha esfumado. Tengo la impresión de evolucionar por un escenario, con un papel difícil de sostener, y a sabiendas de que el menor error no me será perdonado. Sólo la actitud del cocinero me inquieta. Este pelirrojo gordo me saluda más bajo que los demás, con una ostentación en la que adivino el desprecio, aunque finjo no comprender.

Una noche, Rolf Mücke llama a nuestra puerta. No tengo más remedio que dejarle entrar. Mientras saluda a Jacques, surge ante mis ojos aquella fotografía que lleva sobre el corazón, ampliada, inmensa. Allí están, alineados, y detrás aparece el rostro de Jacques, como si también él perteneciera a aquella familia asesinada. No puedo dominar mi turbación, pero Rolf Mücke está también tan conmovido que no se da cuenta de nada. Esta noche sale para el frente y viene a despedirse. Por tres veces me besa la mano helada que le tiendo.

Vic está convencido de que ya nada podrá detener a los rusos.

—Para vosotros —dice— será el final de esta pesadilla. Tenéis que aguantar hasta entonces. Ya no te verás obligada a sonreír, a estrechar manos. No creas que no me doy cuenta del infierno en que vives.

Tiene una opinión demasiado elevada de mí. Desde luego, a veces resulta muy duro. Pero a menudo me abandono a la despreocupación de mi edad y de mi carácter, que me permite pasar de un sentimiento a otro con desconcertante facilidad. Y si se me ocurre la idea de que cometo bajezas, de que mi comportamiento está desprovisto de la menor dignidad, me basta pensar en Jacques que me espera y cuya vida está en mis manos. Además, ¿acaso no aprecio esta habitación, la estufa, la cama con sus sábanas blancas? Como por el hambre que tengo. ¿Cómo confesar al hombre que me cree en un infierno y admira mi fuerza de espíritu que casi soy feliz? La admiración que siente por mí no hace más que humillarme.

—Tú te quedarás con nosotros, Vic —le digo, para cambiar de conversación—. No nos separaremos jamás.

Vic suelta una carcajada melancólica.

—¿Te imaginas, presentar un S. S. a los rusos?

—Dejarás tu uniforme y nadie sabrá nada.

—¿Desertor, entonces?

—Tú no tienes nada en común con ellos. Les detestas tanto como yo. Han echado a perder tu vida. No me hables de ese falso sentimiento de solidaridad que pretendes tener para con unos asesinos.

—Nada puede alterar el hecho de que soy alemán y mi sitio está entre ellos. No, en serio: ¿tú me ves a mí escondiéndome, mintiendo? ¿Y para salvar qué?

—¿Eres incapaz de hacer lo que millares de personas han hecho, se han visto obligadas a hacer, como nosotros? ¿Te crees superior a ella? Llevo más de tres años ocultándome. Y esto no es digno de ti, ¿verdad? Tú lo aceptas en los demás, aunque no sin cierto desprecio.

En este momento, llaman a la puerta. Entra un soldado y, sin mirarnos, se dirige a Vic.

—Han traído a Rolf Mücke mortalmente herido en el vientre. Pide que ella —y me señala con el dedo— acuda a su lado cuanto antes.

—¿Dónde está? —pregunta Vic.

—En su habitación.

El alemán espera, inmóvil.

—Creo que tendrás que ir —me dice Vic, suavemente. Y añade—: Yo me quedaré aquí.

Sigo al soldado hasta una habitación situada al extremo del pasillo. Rolf Mücke está acostado, con los ojos cerrados y muy pálido. Un enfermero se vuelve hacia mí.

—¿Es usted, María? Nuestro camarada ha solicitado su presencia, varias veces.

Toca la mano del herido y Rolf abre los ojos.

—Acérquese —me dice el enfermero.

Me acerco. Los labios exangües esbozan una sonrisa.

—Quisiera que nos dejaran solos.

La voz es débil, pero clara. Antes de salir, el enfermero dice:

—Sobre todo, que no se canse.

Quedamos solos. Rolf Mücke me sonríe con agradecimiento y ternura. Yo sigo de pie, con los dientes apretados.

—Acérquese más, María. Sé que voy a morir. Quería verla.

No puedo soportar su mirada, fija en mí, y bajo los ojos.

—No se apene. Acérquese. —Avanzo un paso—. Más cerca. —Dócil, obedezco—. Quítame el anillo de prometido, María, y quédeselo como recuerdo.

Por nada del mundo quisiera tocarle.

—Se lo ruego. Comprendo su delicadeza, pero, créame, usted es la única digna de guardarlo. —Ahora debe hacer largas pausas entre palabra y palabra—. El anillo... y la fotografía. Está allá, en la cartera, encima de la silla.

Sin saber apenas lo que hago, cojo la cartera. En cuanto la abro, el rostro estúpido de su novia me sonríe. Dirijo una mirada a Rolf: ha vuelto a cerrar los ojos y respira penosamente; su frente está cubierta de sudor. Parece un chiquillo de quince años. No se queja, a pesar de que tiene el vientre abierto. Entonces empiezo a buscar febrilmente en la cartera. Papeles, cartas, otras fotografías... La voz confusa de Rolf llega hasta mí:

—Cuide de mi perro, María.

Ahí está. Todos están en ella. El viejo con su barba y su birrete, la mujer de los ojos aterrorizados, los chiquillos... Me acerco a la cama.

—¿Me oyes, Rolf?

El muchacho se esfuerza por abrir los ojos y un gemido muere entre sus labios prietos.

—Procura comprender lo que voy a decirte. ¿Recuerdas aquella familia judía que asesinaste? La recuerdas, ¿verdad? Aquella fotografía... Pues bien, yo soy judía también, como ellos. Y escupo en tu lecho de muerte. Al fin vas a conocer la muerte que con tanta facilidad diste. En vano te empeñas en jugar al valiente soldadito alemán. Tienes miedo. Tienes un miedo horrible.

Un instante muy breve, logra abrir los ojos y bajo la máscara del dolor aparece un rostro asustado. ¡Cómo se parece, ahora, a esos judíos que mató,

desnudo, desarmado ante la muerte! Una tos súbita le transforma y un poco de espuma rosada aparece en la comisura de sus labios. Yo no puedo más. Tengo que salir antes de que empiece a chillar. Abro la puerta y llamo al enfermero.

—Está muy fatigado —le digo—. Me parece que se está acabando.

Sin decir palabra, el enfermero entra en la habitación de Rolf, y yo corro a mi habitación y me arrojo a la cama.

—¿Qué ocurre, María?

La pregunta de Vic me alcanza como un latigazo. Es demasiado.

—Vámonos, Jacques ¡Vámonos eh seguida! Son todos unos asesinos. ¡Todos! Hablan de música, de literatura, sonríen y matan. ¡Son máquinas de matar!

Me doy cuenta perfectamente de que estoy gritando, pero ya no puedo dominarme. Me agarro a Jacques e intento arrojarlo a la fuerza fuera de la cama.

—Vámonos, vámonos...

Dos brazos vigorosos me cogen.

—O te calmas inmediatamente o te abofeteo.

—¡Alemán asqueroso! —chillo—. ¡Asesino!

La mano de Vic cae sobre mi mejilla. Y aquel peso enorme que se hinchaba en mi interior estalla de pronto. Sollozo desconsoladamente. Acostada en la cama, entre los brazos de Jacques, sigo llorando. Pero las lágrimas acuden a mis ojos libremente, apaciguadoras.

—¿Qué tiene en la mano?

La mano de Vic me abre los dedos.

—¿Qué es? —pregunta Jacques.

—Nada. No es nada.

De pronto, ceso de llorar. Vuelvo un poco la cabeza y veo a Vic que cruza la estancia, abre la estufa y arroja la fotografía a las llamas. Inmediatamente vuelvo a cerrar los ojos. Y oigo la voz de Vic.

—Me quedaré aquí hasta que se duerma. Intente dormir usted también. Nada grave ha ocurrido. Son los nervios, solamente los nervios. — Permanece unos instantes silencioso y luego murmura—: ¡Santo Dios! ¡Qué vida perra!

Durante los días siguientes, el ruido del frente se hace más seguido y más próximo. Vic sigue yéndose todos los días a las seis con su caballo y su carreta.

Esta noche, Heinz se ve obligado a quedarse en casa del *Obersturmführer*. Yo me decido a ir a buscar el carbón personalmente. Hay una verdadera montaña en el patio. Cuando me dispongo a retirarme cruje el aire por encima de nuestras cabezas. Como dos autómatas, con movimientos idénticos, los dos alemanes se arrojan al suelo, aun antes de que el silbido del obús tenga tiempo de morir. Con gran estruendo, los cubos ruedan por el empedrado. Encuentro sumamente cómico el espectáculo de estos dos mozancones, con sus botas relucientes y su uniforme impecable, echados boca abajo en medio del patio. Paso junto a ellos sin que esbocen el menor movimiento. Antes de entrar en la casa, me vuelvo. Ambos se levantan, y se quitan el polvo, metódicamente. Después, con dignidad, recogen los cubos y, al paso, se dirigen hacia el montón de carbón.

Al día siguiente, la espera de Vic se prolonga. Jacques y yo contamos los minutos.

Hacia las diez aparece Heinz.

—¿No ha llegado todavía? —pregunta.

Naturalmente, lo sabe tan bien como nosotros. Antes de volver a casa, Vic acude siempre a informar brevemente al *Obersturmführer*.

—La cosa está que arde, en el frente.

Por primera vez veo a Heinz realmente inquieto. Con las manos en la espalda, da vueltas por la estancia.

—Si le ha ocurrido algo, ya no habrá quien me saque de apuros.

También yo estoy loca de inquietud; la desaparición de Vic sería aún más grave para nosotros que para Heinz. Miro a Jacques y advierto la tensión de su rostro.

—¿En qué piensas?

—Espero que no esté herido, solo, en los campos. Si han de tocarle, al menos que no deba sufrir.

—Por favor —digo a Heinz—, no dé más vueltas.

Heinz se detiene inmediatamente y se sienta en un rincón. Me sigue con la mirada. Y acabo por darme cuenta de que a mi vez no hago más que medir a grandes pasos la estancia. Molesta, exclamo:

—¿Por qué está tan callado?

—Se saldrá de ésta, ya lo verá —dice Heinz, sin convicción—. ¿Y si nos preparara un poco de té?

—Prepáreselo usted mismo si le apetece.

—En absoluto. Lo dije sólo para ocuparla en algo durante unos minutos.

Me encojo de hombros. ¿Y si realmente estuviese herido? ¿Si fuese preciso llevarle socorro? Pero sé que no iré. Ademáis, muerto o herido, Vic ya nada podría hacer por nosotros.

Jacques ha sido el primero en oír sus pasos. En cuanto entra en la habitación, me arrojo en sus brazos y le estrecho con fuerza. Suavemente, Vic se suelta de mi abrazo.

—Escucha, María...

Está cubierto de polvo, y lleva desgarrada la manga derecha de la chaqueta. Advierto claramente que está casi en el límite de sus fuerzas.

—Escucha, María...

No quiero escucharle. Tiro de él hacia la cama. Vic se deja conducir y se sienta al lado de Jacques.

—Mal andan las cosas, por allá —dice—. Esta noche abandonamos las posiciones.

—¿Y nosotros?

—En este momento no podéis pasaros al otro lado. Tendréis que retroceder con nosotros.

Heinz, de pie, muy pálido, escucha. Vic añade:

—Tengo que volver allá.

—¿Adónde?

—Cerca del frente.

—¿Quién te envía allá? ¿Holler?

—No. Nadie me envía. No tardaré en volver.

Evita mirarme.

—¿Por qué tienes que volver?

Entonces se dirige a Jacques, exclusivamente a Jacques.

—Hay una vieja en una cabaña. No puede moverse; está enferma. No sé gracias a qué milagro subsiste aún. El caso es que sigue allá. Sola. Dentro de unas horas lo incendiarán todo.

—¿Es muy vieja? —pregunto.

—Sí, muy vieja.

—¿Y está enferma?

—Sí, muy enferma.

—¿Crees que morirá pronto?

—Sí. No puede durar.

—Entonces, ¿por una mujer enferma, vieja, condenada de todos modos, vas a arriesgar tu vida y a dejamos, a nosotros...?

La voz se me quiebra.

—Morir no es lo mismo que ser quemado vivo.

—¿Has pensado en todos los seres a los que habéis quemado vivos, en el *ghetto*, en todos los que habéis convertido en cenizas en los crematorios, viejos, jóvenes, enfermos y sanos? ¿Y has pensado en todos los niños quemados? No, desde luego no. Tú sólo has visto a una vieja a punto de morir, y has pensado que era la gran ocasión para tener un gesto noble. Si te matan, mala suerte. ¡Lo esencial es el gesto! ¡Pero en tu generosidad ni se te ha ocurrido pensar en nosotros, a quienes sacrificas, en nosotros, que somos jóvenes!

—Escucha, Otto —dice súbitamente Heinz—, eso que piensas hacer es imposible. No lo conseguirás, y, además, de nada servirá, a nadie será útil.

Vic lo ignora. Tampoco a mí me mira. Exactamente igual como si no lo hubiese oído. Sigue dirigiéndose a Jacques.

—No puedo hacer otra cosa. Debo ir. Heinz se quedará con vosotros. No creo que mi ausencia sea larga. En este momento hay calma. Debo aprovecharla.

—¿Por qué no la trajiste contigo? —pregunta Heinz.

—Me han encargado que trajera el material en la carreta. No podía conducir el caballo con una mano y llevar a la vieja con la otra.

Se levanta, saca la botella y bebe, echando la cabeza hacia atrás. Luego se dirige hacia la puerta. Yo le cierro el paso.

—Estás loco. No te dejaré salir.

—Suelta, María, será inútil.

—¿Tú eres bueno, verdad, eres generoso? ¡Vamos, a otro con ese cuento! Todo esto es pura apariencia. Anda, ve a representar tu comedia. A que te maten. Así habrá un imbécil menos.

Ya no sé lo que me digo. Quisiera a la vez insultarle y suplicarle. La mano de Jacques se posa en mi hombro. No lo he visto levantarse. Con firmeza me aparta y me sujeta.

—Váyase —le dice a Vic— y no haga caso de lo que dice. Todo se debe a que teme por su vida y no se atreve a confesarlo.

Ceso de debatirme. ¿Jacques ha mentido conscientemente o está convencido de que he perdido la cabeza a causa del peligro que Vic va a correr?

Oigo la voz tranquila de Vic.

—Anda, ve a acostarte, María. Pronto estaré de vuelta y podré seguir velando por él.

Vic sale. Quisiera correr, alcanzarle, decirle que no es verdad, que no sólo tengo miedo por Jacques. Pocos instantes después llega hasta nosotros el chirrido familiar de la carreta, que se aleja. Heinz llena la estufa y recomienza la espera. Algunos disparos aislados, lejanos, estallan como burbujas en el silencio, y cada vez que se oyen evitamos mirarnos.

Hacia la una de la madrugada, Vic está de vuelta. En cuando oye sus pasos, Heinz corre a abrirle la puerta. Entra, con la viejecita en brazos, envuelta en una manta rota. La deja encima de la cama con infinitas precauciones. La anciana respira mal, pero su mirada es consciente todavía. Hace esfuerzos por hablar.

—Señor oficial... Tantas molestias... por salvar a una pobre... vieja... que va a morir...

—No debe usted hablar, madrecita. Verá cómo sale de ésta...

¿Cuántas veces nos ha dicho lo mismo, a nosotros? Y, sin embargo, bien sabe que la anciana va a morir. Tal vez sabe también que no hay la menor esperanza para nosotros. Miro cómo envuelve aquel cuerpo desmedrado en una manta.

—Tiene mucha fiebre —dice, volviéndose hacia nosotros.

De pronto, parece súbitamente envejecido.

—Ve a echarte un rato —le digo—. Yo cuidaré de ella.

Y me siento al lado de la anciana.

—Le ha concedido usted la más bella de las ilusiones —le dice Jacques—, la de no morir sola.

—El oficial... El oficial...

Es la anciana. Vic se inclina sobre ella, y le toma el pulso.

—¿Me oye, madrecita?

En este momento llaman a la puerta. Dos llamadas ligeras, discretas. Heinz va a abrir. Es Holler, siempre impecable, recién afeitado.

—Perdonen que les moleste, pero les necesito, a los tres. Salimos dentro de unas horas, y debo embalar todos los efectos de mi oficina. Naturalmente, usted irá con nosotros, señorita.

Miro a Vic.

—Desde luego —dice éste—, ella y su hermano irán con nosotros.

—¿Qué es esto? —dice Holler, al ver a la vieja—. ¿Qué diablos es esto?

—Es una anciana. La encontré moribunda.

Una mueca de asco y de desprecio deforma los labios del *Obersturmführer*.

—El sentimentalismo será su perdición, doctor. Les ruego que me acompañen.

Y Holler, cortésmente, abre la puerta ante mí. Una vez en su oficina, empezamos a recoger papeles y carpetas, y lo guardamos todo en varias cajas. Vic se inclina hacia mí y susurra:

—Jacques me ha dicho que se ocupará de ella.

A las cuatro de la mañana todo está empaquetado, Vic y yo volvemos a la escuela. Jacques está sentado a la mesa, con la cabeza entre las manos. Levanta los ojos para mirarnos, sin cambiar de posición.

—Ha muerto. No ha sufrido mucho.

No tenemos tiempo de enterrarla. Pero me digo a mí misma que esto no tiene importancia. Para ella, lo más duro ya ha pasado.

Embalamos los platos, los cubiertos, el hornillo eléctrico, y los vestidos que Vic me ha proporcionado. Poco después oímos llegar los camiones. En las escaleras y los pasillos resuena el ruido de botas, las llamadas, los golpes de las cajas. Hay un ir y venir incesante.

En el patio encontramos la carreta, con el caballo enganchado. Instalamos a Jacques y lo abrigamos con nuestras mantas. La noche es fría.

—Sube a su lado —dice Vic—. Vamos a salir antes que los demás.

Vic conduce al caballo por las riendas, y así cruzamos el portal y salimos a la carretera. Al cabo de unos minutos me vuelvo: la aldea arde. Las llamas se levantan en tres puntos, formando un triángulo.

—Han pegado fuego a la aldea.

Vic ni siquiera se vuelve.

—Siempre se hace así cuando se abandona el terreno.

Luego el estado de la carretera empeora, y las ruedas se hunden en las roderas. Varias veces Jacques y yo tenemos que apearnos de la carreta y empujarla. Pronto tenemos que caminar los tres, torciéndonos los tobillos en el suelo irregular. Detrás, un resplandor rosado en el cielo indica la situación de la aldea.

En el amanecer glacial divisamos las primeras casas de Nowy Dwor. Pero debe pasar todavía una hora antes de que la carreta penetre, bamboleándose, en las calles estrechas y mal empedradas. La ciudad parecería deshabitada si de vez en cuando no apareciera un rostro furtivo en los cristales de las ventanas, como esos peces que a veces se ven deslizarse un instante a través de las aguas negras de un estanque.

De un callejón, sale un hombre; Vic le detiene para preguntarle dónde están acantonadas las tropas alemanas. Miedoso, el hombre, muy de prisa y gesticulando, explica el camino que debemos seguir. Poco a poco recobra la serenidad. Me mira, mientras habla, y una sonrisa obsequiosa se insinúa en sus labios. Luego ve a Jacques. Una expresión de asombro aparece en su rostro. Le mira con tal intensidad que acaba por enmudecer. Vic, distraído, le da las gracias, y volvemos a ponernos en marcha. Cuando me vuelvo, el hombre, inmóvil, nos sigue con la mirada.

—Suba a la carreta —dice Vic a mi marido—. Y tápese con las mantas. Mejor que no lo vean.

Así que Vic se había dado cuenta. El miedo se adueña de mí. Detrás de los cristales adivino centenares de ojos fijos en Jacques, cientos de dedos apuntando en su dirección. De un momento a otro, cientos de voces

empezarán a gritar: «¡Es un judío! ¡Hay un judío entre nosotros!». Me acerco a Vic.

—Es una locura venir aquí. En cuanto tengan la menor sospecha, correrán a denunciarnos.

—Jacques no saldrá. Nadie lo verá.

Cuando pasamos por delante de una ventana entornada, una voz aguda, excitada, grita:

—¡Hasta se han traído a sus zorras!

En el mismo instante, un hombre se cruza con nosotros y nos saluda humildemente.

—¡Traidores y cobardes! —dice Vic, encolerizado.

Penetramos en una calle más ancha y vemos a Heinz ante una vasta mansión de dos plantas. Heinz se precipita a nuestro encuentro.

—Tengo una habitación para ustedes. He encontrado a una mujer que les hará la limpieza y encenderá el fuego.

—Hubieras podido hacerlo tú mismo —contesta Vic, visiblemente molesto.

—¿Por qué? —protesta Heinz—. Puesto que hay polacas... —Y añade, feliz—: Y no está nada mal, además.

—Échala de ahí antes de que lleguemos. No quiero a nadie en la habitación de María.

Heinz sale corriendo.

Dentro de un patio grande, rodeado de edificios, Vic desengancha el caballo y lo confía a un soldado, abrumándolo a fuerza de recomendaciones acerca de los cuidados que debe consagrarle. Heinz acude y nos comunica que se ha librado de la mujer y que la habitación está a punto. Nos conduce a ella. Es una estancia bastante grande, en la planta baja, con dos camas gemelas con edredón rojo, muchos muebles de madera oscura y un sinfín de chucherías. A pesar de la enorme estufa tradicional que ya desprende un calorcillo agradable, siento que esta habitación nos es hostil, que no nos acepta. Al pasar tropiezo dolorosamente con una esquina de la maciza mesa cuadrada. Sin embargo, había espacio de sobra para poder pasar.

—Y ahora, vosotros, a dormir —dice Vic—. Tengo que hablar con Holler. Cerrad la puerta con llave, y no abrid a nadie.

Me quedo sola con Jacques. Su palidez me inquieta. Le toco la cara: está helada. Nos acostamos en la misma cama, sin atrevernos a desnudarnos. El edredón rojo pesa desmesuradamente sobre nuestros cuerpos exhaustos. Una luz gris ilumina a medias los muebles y las chucherías desprovistas de toda gracia. Cerca de nuestra cama, una mesita baja sostiene una bailarina de porcelana, de mejillas agresivamente rosadas y sonrisa estúpida, apoyada en una sola pierna. De la otra, sólo queda una zapatilla pegada al zócalo. Cosa curiosa, esta zapatilla se me antoja como dotada de vida propia, como si se hubiese desprendido por sí misma, incapaz de soportar el peso de esa figurilla fea y estúpida. La bailarina se encuentra en el lado de Jacques, y tengo que asomarme por encima de él para verla.

—¿Qué miras? —me pregunta.

—La bailarina.

—¿La bailarina? ¿Qué bailarina?

Encerrados en esta habitación barroca, en medio de alemanes que matan judíos y de polacos que tienen el don de identificar a los judíos y gozan denunciándolos, me parece súbitamente increíble que no tenga otra cosa en qué ocuparme más que en mirar una bailarina de porcelana. ¿Será que mi espíritu rehuye la realidad, y, no pudiendo soportarla, busca pretextos para ignorarla? ¿No habré alcanzado todavía la edad adulta? Jacques, ahora, mira también la figurilla. Pero estoy segura de que no la ve. Su mirada está vuelta hacia dentro. ¿Acaso me ve, a mí, cuando sus ojos tropiezan con los míos? ¿Me ve tal como soy, fuera de él? No lo creo. Él contempla una imagen, la visión que tiene de mí. Quisiera que se mostrara injusto, una sola vez, malo, débil. Pero se limita a decir:

—Estás cansada. Procura dormir.

Y me acaricia los cabellos, abiertos los ojos a un mundo en el cual yo no puedo penetrar. Hundo la cabeza en la almohada. ¿Y si Jacques tuviera razón? ¿Y si, realmente, fuese buena y valiente? Sé muy bien que no es así, pero el pensamiento es tan agradable que me agarro a él antes de sumirme en el sueño.

Abro los ojos en la oscuridad. Una oscuridad concreta, compacta, sin fallos. Bajo mi mano, el pecho de Jacques se levanta con regularidad. No me atrevo a moverme. Una interrupción en la respiración y un ligero movimiento me advierten que también él emerge del sueño. Y murmuro:

—¿Por qué está tan oscuro?

—Vic ha cerrado los postigos y corrido las cortinas.

—¿Dónde está?

—Fue a ver a Holler, que se aloja a cinco kilómetros de aquí. Volverá esta tarde.

¿Qué hora será? No tenemos ni la menor idea. Me levanto, chocando con los muebles emboscados en las tinieblas. Toda la habitación se halla erizada de obstáculos, de aristas duras y malignas. A fuerza de dar vueltas por este laberinto, acabo por no saber dónde estoy. Algo cae y se rompe con un ruido sordo. Finalmente mi mano encuentra las gruesas cortinas que ocultan la ventana. Las corro. Un poco de luz gris se filtra por las rendijas de los postigos. Las tinieblas de la habitación se retiran, de mala gana. Abro la ventana y empujo los postigos. La luz triste de un día gris pone un poco de orden en la baraúnda de los muebles. Debemos de haber dormido sólo una o dos horas. Veo esparcidos por el suelo los fragmentos de la bailarina.

Cuando Heinz nos trae el desayuno, advierto su actitud abatida.

—¡Sus amores no marchan! —le digo, alegremente. Pero él guarda silencio—. ¿Hay algo peor?

Me mira a los ojos y mi corazón se hiela. Es posible que ya sepa la verdad.

—Estamos perdidos —dice, con una vocecilla lamentable.

—Heinz... ¿Qué ocurre?

—Los rusos se acercan. Avanzan, y siguen avanzando.

Así que era esto. Me libero del miedo que nos envolvía a los dos y que ahora recae solamente sobre él, aislado de mí.

—Cortan la mano derecha a todos los S. S.

Me encojo de hombros.

—¿Cómo puede saberlo? ¿Ha visto a algún S. S. con la mano cortada?

Heinz se acerca y baja más la voz.

—Escuche... Para ustedes, aquí, lejos de Holler, la situación va a ser difícil... Huyamos juntos.

No contesto. Entonces se dirige a Jacques.

—Huyamos... Huyamos juntos.

—¿Adónde? —dice Jacques.

—Al bosque. Nos esconderemos. Yo me quitaré el uniforme. Y cuando ellos lleguen, ustedes les dicen que soy pariente suyo.

—¿Usted sabe lo que es quedarse en el bosque, sin comida, con este frío? Además, no queremos tomar ninguna decisión sin haber hablado con Vic.

Entonces Heinz se acalora. Un vivo color rojo le sube a la cara.

—¡No lo escuchen! ¡No le hagan caso! No es un ser humano. Es bueno, es generoso..., pero no conoce el miedo. Y quien no teme morir ni sufrir no es un ser humano.

—Pero nos quiere bien.

Heinz se echa a reír.

—¡También a mí me quiere bien! ¿Saben ustedes lo que me dijo? «¿De qué tienes miedo? ¿De morir? Luego estarás más tranquilo». Ésta es su manera de querer bien a sus amigos. Háganme caso ahora, cuando todavía estamos a tiempo. ¡Huyamos!

—Lo pensaremos —le digo, para calmarle.

Luego se me ocurre pensar que, al fin y al cabo, no es mala idea. Podríamos llevarnos comida y construimos un refugio en el bosque. Heinz insiste.

—Puede que mañana sea demasiado tarde. Mañana pueden enviarme al frente. Ahora que Holler ya no está con nosotros, Vic no podrá ejercer la misma influencia sobre él. Tampoco para ustedes será lo mismo. Ya lo verán.

Media hora después, cuando cruzo el patio, el cocinero pelirrojo me detiene.

—He pensado —y su cínica sonrisa se ensancha más aún—, he pensado que podrías ayudarme a mondar las patatas. Aquí no tenemos bastantes mujeres.

Es la primera vez que un alemán me tutea desde que vivimos con los S. S. Heinz tenía razón. No es lo mismo ya. El destino se ha encarnado en la figura de un cocinero pelirrojo.

—¿Dónde hay que mondar las patatas?

Con el dedo me señala una especie de establo, al fondo del patio. Voy a nuestra habitación para avisar a Jacques.

—Volveré cuanto antes —le digo.

En el establo, sombrío, hay cinco mujeres que ya están trabajando, sentadas en taburetes. Cuando entro, sus miradas hostiles se posan en mí. Sólo una de ellas, muy joven, delgada y rubia, me dirige un breve saludo amistoso con la cabeza. Hay un taburete y un cubo libres.

—¿Dónde puedo encontrar un cuchillo? —pregunto.

—En la cocina —dice una voz seca.

—Si quiere, voy a buscárselo —se ofrece la rubita.

Y, sin esperar mi respuesta, sale.

—¿Ha llegado usted con la compañía de S. S. esta noche? —me pregunta una de las mujeres, que tiene una verruga enorme en la nariz.

Ya lo sabe todo el mundo. Naturalmente, digo que así es. Las mujeres se miran. La de la verruga sonrío pérfidamente y dice:

—Se va a estropear las manos. Son demasiado delicadas para estos trabajos.

No contesto. La que está sentada a mi lado acerca su taburete al mío y empieza a hablarme de que los tiempos son duros y cada cual se defiende como puede, y me dice que es demasiado fácil juzgar a los demás, y que ella tiene un espíritu muy comprensivo. Hasta a la rubita habla con buenos modales, a pesar de que no es más que una zorra. Y es que a su edad se comprenden muchas cosas, y cuando el amor se adueña de una, ¿qué diferencia hay entre los hombres, sean turcos, chinos o alemanes? Sin duda yo estoy de acuerdo con ella, ¿no?

Sí, desde luego, estoy enteramente de acuerdo con ella.

—¿Su amigo es cariñoso con usted?

—Sí, es muy bueno.

Sus labios gruesos se abren en una sonrisa de complicidad. La rubita vuelve y me ofrece un cuchillo. Le doy las gracias. Sonrojándose, va a

sentarse un poco apartada de las demás. Mi vecina observa mis primeras tentativas, poco hábiles, de mondar una patata.

—La coge usted mal —me dice—. Cójala así. Mire. Y el cuchillo así. ¿Verdad que va mejor? —En efecto, va mejor—. Procure hacer las mondaduras más finas. Si las dejamos demasiado gruesas nos riñen.

—Gracias —le digo—. Muchas gracias.

—De nada. Ya sabe, si puedo serle útil en algo...

Me baño en su sonrisa. De pronto, acerca todavía más su taburete, rápidamente, sin hacer ruido. Su muslo carnoso se apoya contra el mío. Las mondaduras, entre sus manos, se alargan a una velocidad increíble. Muy finas, giran un instante en el aire, antes de caer, y se enrollan en ligeras espirales.

—¿Podría usted decirle a su amigo —me susurra— que mi marido le compraría de buena gana cigarrillos, chocolate y conservas? Pagaría bien. También usted tendría sus ganancias. Y con el dinero que ganará su amigo, podrá comprarle cosas muy bellas. Hay que ser exigente con los hombres, jovencita; de lo contrario, no la aprecian a una en lo que vale. Dígame algo mañana.

—No creo que sea fácil —digo yo—. Cada uno tiene sólo su ración.

—Pero su amigo puede tener todas las que quiera. Nadie le pasa cuentas.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Sé que él se encarga del abastecimiento del frente. Le bastará dejar una partida en el sitio convenido, y luego nosotros iremos a buscar el género.

Saben también que es mi *amigo*.

—Yo creo que lo juzgará demasiado arriesgado, pero no se pierde nada con preguntar.

Su sonrisa me envuelve.

—Estoy segura de que llegaremos a un acuerdo.

Despega el muslo del mío, y, siempre con la misma presteza y la misma discreción, aleja su taburete. Yo sigo mondando patatas, con gran aplicación, pero pronto tengo que detenerme, porque el frío me paraliza las manos. Miro a las demás. Con el cubo entre las piernas separadas y los

ademanes rápidos, se me antojan como de otra especie. Ellas tienen su casa propia, derecho a circular y a decir su verdadero nombre. Tienen muchas probabilidades de sobrevivir. Son fuertes e inspiran temor. Afortunadamente nada saben de mí. Mi calidad de amiga de un alemán sin duda debe de inspirarles cierto temor. Las patatas caen en los cubos con un ruido temible.

La rubita está sola en su rincón. Las mondaduras se deslizan, gruesas, entre sus manos y cada vez que deja caer una patata se inclina un poco, como para acompañarla en su caída. Tiene las piernas flacas, y las mantiene muy juntas, puesto que ha colocado el cubo a un lado de las mismas. Es la única que no me da miedo. Tiene una cara linda, que hasta sería bonita de veras de no ser por la expresión triste y avejentada que le confieren sus labios, cuyas comisuras penden hacia abajo. Sorprendo sus ojos fijos en mí, y le sonrío. La muchacha me corresponde tímidamente. Me levanto y, arrastrando el taburete y el cubo, voy a sentarme a su lado. Cuatro miradas me siguen. Y en ellas leo un mismo pensamiento: «Dios las cría y ellas se juntan...».

—¿Lleva mucho tiempo aquí? —le pregunto, por decir algo.

—Tres semanas. Mi amigo se marchó hace diez días. Está en Berlín, con permiso. —Su rostro flaco de niña triste se endurece—. Espero que cuando vuelva los demás me dejen en paz.

Ya me arrepiento de haberme acercado a ella. Guardo silencio.

—¿Y usted? —me pregunta solícitamente—. ¿La molestan mucho? Claro que su amigo está aquí. Si algún día se queda sola ya verá que no resulta muy divertido.

—¿Y por qué no se marcha?

Sus manos se inmovilizan en una patata a medio mondar.

—¿Adónde?

—No importa adónde. No le faltará trabajo.

—Nadie querrá contratarme, ahora.

¡Cómo las odio, a todas, a las otras, bien instaladas en su condición, y a esa zorra resignada!

—¿Por qué vino aquí?

—Cuando empecé, con Heinrich, mi padre me echó de casa.

—¿Y siguió usted a ese alemán?

La rubita no puede menos de darse cuenta de mi hostilidad. Mueve bruscamente la cabeza, y me espeta, venenosamente:

—No irá usted a echarme un sermón, ¿verdad? Las demás, pase. ¡Pero usted!

Inmediatamente, las cuatro virtudes se inmovilizan y nos espían, excitadas. Una pelea entre zorras no es cosa de todos los días. Pero no ocurre nada. Las decepcionamos. Y los golpes sordos de las patatas al caer en los cubos se reanudan.

A mediodía se interrumpe el trabajo. En el patio, me cruzo con el cocinero. Finjo no verle. Pero él se detiene y siento que me sigue con la mirada.

Jacques me recibe con su sonrisa siempre tierna, siempre apacible. ¿Tan bien ha logrado dominar sus emociones? ¿O tan completamente se ha despegado de nuestro mundo? Heinz, preocupado, nos sirve el almuerzo.

Después de fumar un cigarrillo, les dejo y vuelvo al establo. No hay nadie todavía. Me siento en un taburete y apoyo la espalda en la pared fría. Me estremezco. Me encuentro en un rincón sombrío, y el alemán que entra en aquel momento no me ve inmediatamente. Tiene la mirada escudriñadora de quien entrara allá por primera vez. En cuanto me ve, se acerca, me contempla, y luego silba por lo bajo.

—¿Me esperas a mí?

Yo permanezco inmóvil. Pero cuando inicia un gesto hacia mí, me levanto de un salto.

—Fierrecilla, ¿eh? No me desagrada.

Y tiende las dos manos. Entonces lo olvido todo, la guerra, el peligro, Jacques... Y cojo el taburete.

En aquel preciso instante entra la rubita seguida de las otras cuatro mujeres. El alemán retrocede. Intenta disimular su enojo y ríe. Antes de salir, me dice:

—Nos veremos.

Las mujeres le siguen con la mirada y luego me miran a mí. Con las mejillas ardientes, sigo con el taburete en las manos. En silencio, ocupan sus sitios. Sólo la tímida rubita dice en voz alta:

—No vale la pena dárseles de orgullosa con los demás.

Parece muy satisfecha, y, en lugar de sentarse apartada, se une al grupo de las mujeres respetables. Tiene razón. No merece la pena dársele de orgullosa. Acepto convivir con los alemanes, como su pan, les sonrío, les hablo, les estrecho la mano, y cuando uno de ellos intenta divertirse conmigo estoy dispuesta a echarlo a perder todo, sólo porque soy una muchacha de buena familia y tengo mis principios. ¿Por qué me he metido por ese camino si no me veo con fuerzas para seguirlo hasta el final? ¿A qué tantas humillaciones? Y empiezo a echar de menos el bosque donde era tan fácil morir juntos. Sí, es un noble pensamiento, del género que uno puede permitirse acariciar después de haber dormido en una cama y comido hasta saciar el hambre. He aquí las condiciones favorables para los pensamientos nobles. Disgustada conmigo mismo, voy a buscar un cubo y empiezo a cubrir el suelo, a mi alrededor, de mondaduras desiguales y gruesas. Una voz furiosa me produce un sobresalto.

—¿Qué haces tú aquí?

Vic está ante mí, sucio como nunca. Le miro sin contestar. Me parece haber vivido este día como si supiera que él no debía volver.

—Vamos, levántate y ven.

Arrojo al cubo una patata a medio mondar y le sigo.

—¿Quién te ha ordenado hacer esto?

—El cocinero.

—Bien. Vuelve a tu cuarto y espérame.

—Por favor, Vic, nada de escándalos. A veces hay que saber bajar la cabeza.

—¿Cómo se te ha ocurrido una cosa así? Mírame a los ojos. ¿Ha pasado algo, María?

Le cuento mi aventura con el alemán, en el establo.

—¿Cómo es ese tipo?

—No lo sé. Como todos los alemanes, repulsivo.

La cólera de Vic cede. Se echa a reír. Y entonces le veo, a pocos pasos de nosotros. Me mira fijamente. Apoyo una mano en el brazo de Vic.

—Es él.

Vic se vuelve, le mira un instante, y luego me arrastra con él, a grandes pasos.

—Acabo de saber, teniente, con gran disgusto, que le ha faltado usted al respeto a la señorita. ¿Sabe usted que está aquí por orden y bajo la protección del *Obersturmführer*?

El otro se sonroja hasta los orejas.

—Lo ignoraba. Le presento mis excusas, doctor.

—No a mí, sino a la señorita debe presentárselas.

—Permítame observarle —dice el teniente, haciendo un poderoso esfuerzo para conservar la calma— que de lo ocurrido tiene un poco la culpa ella misma. Le hubiese bastado pronunciar su nombre. No pretenderá usted que respete a todas las polacas.

—Esto es cosa suya, teniente. En lo que atañe a la señorita, tenga la bondad de presentarle excusas inmediatamente. De lo contrario, me veré obligado a pasar un informe detallado al *Obersturmführer*.

—Le ruego que acepte mis excusas, señorita —dice, con voz neutra.

Luego saluda y se aleja rápidamente. Vic me pasa un brazo por los hombros.

—Puedes dar por terminado el incidente. No sólo te dejará en paz, en adelante, sino que advertirá a los demás. Y ahora tengo que decirle un par de cosas al cocinero. Acuéstate temprano, sin esperarme. Tengo que volver al frente. —Me deja delante de la puerta, y antes de irse, me dice todavía—: No te preocupes. Hoy hay mucha calma.

El día siguiente también es día de calma. Apenas llega, Vic empieza una partida de cartas con Jacques. Yo no comprendo una palabra del juego, pero sus gestos monótonos producen en mí una impresión fugaz de seguridad. Sentada a su lado, con la cabeza entre las manos, me entrego a la paz del momento. Pero la paz no dura. No han terminado aún la partida cuando Holler llama a la puerta.

—¡Bien, bien, no están nada mal, aquí! —dice, después de besarme la mano y de dedicar a Jacques un breve saludo con la cabeza—. Yo no tengo más que una choza. Pero ¡qué interior rústico tan encantador! ¡Una auténtica maravilla! ¿Verdad, doctor? —Y sin esperar respuesta, continúa—: Hoy he venido a pasar la velada con ustedes, con mis queridos y fieles

compañeros. Vamos a reunirnos, habrá música y bailaremos un poco. Tenemos un fonógrafo y algunos discos. Espero que no se negará a participar en esta juega rudimentaria. —Y, viendo que tardo en contestar, añade—: Acompañada del doctor, naturalmente. Nos reuniremos en el cuarto del teniente Klaus, que, al parecer, es el más grande. Bueno, hasta luego.

Holler se retira, y Vic empieza a medir la estancia a grandes pasos, jurando entre dientes.

—Yo no quiero ir —digo.

Vic se detiene ante mí, pero se dirige a Jacques.

—Lo siento, pero no podemos obrar de otro modo. Debemos ir. Compréndalo: basta una palabra de Holler para obligarles a salir de aquí. Cualquiera puede denunciarles sólo por ver si sus sospechas son acertadas.

Jacques, remoto como nunca, no contesta.

Antes de salir, lleno de carbón la estufa. Mientras estoy de espaldas, me dice:

—Si yo no estuviera, no te verías obligada a hacer estas cosas.

—¿Quieres decir si estuvieras muerto?

—Sí, a menudo lo pienso.

—No sería tan malo; los dos estaríamos tranquilos.

En el momento en que Vic se dispone a abrir la puerta del teniente Klaus, una voz nasal canta la primera estrofa de *Lili Marlen*. Siento la tentación de mandarlo todo al diablo y huir con Jacques, a donde sea. Vic debe de sospechar lo que pasa en mí, porque me dice:

—Procura pensar en otra cosa.

Abre la puerta, y la voz nasal repite: *sollen sein, sollen sein, sollen sein...* Las parejas que bailan se inmovilizan progresivamente, como en una película al *ralentí*, y todos los ojos se posan en nosotros. La voz sigue repitiendo: *sollen sein, sollen sein, sollen sein...* Los que bailaban se detienen y se quedan inmóviles, abrazados, la mano en la mano, sin cesar de mirarnos. *Sollen sein, sollen sein, sollen sein...* Vic, con su paso torpe, cruza la estancia y detiene el fonógrafo. Oficiales alemanes y mujeres

polacas recobran el uso de sus miembros. Como a regañadientes, se separan, y avanzan unos pasos, indecisos. Yo sigo junto a la puerta. Heinz, que tiene abrazada por la cintura a una mujer muy joven, me hace una breve señal con la cabeza. Veo a Holler, sentado en un rincón, que se levanta y se acerca a mí.

—Me concede el primer vals, ¿verdad?

Y, dirigiéndose a Vic, que parece examinar el disco que acaba de retirar, añade:

—Pónganos un vals, doctor.

Apoyo una mano en la hombrera de un uniforme alemán, un brazo alemán me rodea la cintura, y me arrastra lentamente al principio, al ritmo vacilante de los primeros compases, y no tengo más que dejar que mis piernas, que no me necesitan en absoluto, se muevan por su cuenta, dejar que gire esta habitación por la que se mueven formas sin rostro, por la que ruedan en torbellino blusas abigarradas, pegadas a uniformes verdes. La música se detiene, la habitación también, y cada una de las formas inmóviles recobra un rostro cuyos ojos brillan, cuyos labios sonríen... Holler se inclina, y murmura unas palabras que no comprendo; otro oficial se acerca a mí, sonríe, me habla, otro uniforme alemán me abraza, y mis piernas vuelven a ponerse en movimiento. Me digo a mí misma que estoy bailando un tango con un oficial de las S. S. Luego bailo *fox-trot* y tangos, siempre con oficiales de las S. S. Bailo el vals con el *Obersturmführer* Holler. El brazo de Holler me estrecha un poco más fuerte la cintura. Se inclina y me habla al oído: «... una joven tan bonita... un placer bailar con usted...». ¿Dónde está Vic? Lo busco desesperadamente con los ojos. Pero la habitación gira, proyectando a mi alrededor formas abrazadas. Cuando se detiene, pido perdón y salgo.

Una barra de luz oblicua cae a mis pies. No me atrevo a moverme. Las tinieblas me rechazan, me empujan contra la puerta. Al otro lado de la misma una carcajada excitada se quiebra, y luego la misma voz nasal entona la primera estrofa de *Lili Marlen*. Ciega, me arrojo hacia la oscuridad, en línea recta ante mí. La voz me persigue: *sollen sein, sollen sein, sollen sein...* A cada momento tengo la impresión de chocar contra una pared. Corro, corro con todas mis fuerzas. Y mis piernas se enredan en

los húmedos zarzales de las tinieblas. De pronto, el suelo se hunde. La oscuridad se abre de par en par como para absorberme en lo más profundo...

Se levantan unas llamaradas altas, que me cercan. La música gruñe, se hincha, cae sobre mí en ondas concéntricas, como producida por instrumentos descomunales, por la enorme vibración de cables de acero... Las llamas que giran la encierran y la obedecen a un tiempo. «El *ghetto* arde» dice alguien, detrás de mí. Me vuelvo, y el *Obersturmführer*, sonriente, se inclina: «Usted me prometió este vals». Me pasa un brazo por la cintura y me arrastra. Y el tumulto se amplifica, y voces horribles chillan en medio de las llamas que se acercan, se acercan, se inclinan sobre nosotros... El rostro de Holler casi toca el mío: «Es un placer bailar con usted...», dice. Con las dos manos en su pecho, lo rechazo con todas mis fuerzas...

Vic está inclinado sobre mí y se esfuerza por separar mis brazos, que arrojo desesperadamente hacia delante. Acerca su vaso a mis labios.

—Sé razonable, María, bebe. Tienes que beber... Has caído casi desde lo alto de un piso.

Detrás de él veo a Jacques, con los ojos dilatados por el miedo. Vic me sostiene la cabeza y un líquido amargo desciende por mi garganta. Jacques intenta sonreír. Veo cómo tiembla su mentón.

—Me siento mucho mejor —le digo.

Y, a mi vez, le sonrío.

El peso de mi cabeza me arroja hacia atrás. El edredón rojo se yergue un instante sobre mí, enorme, antes de desaparecer en la oscuridad.

EL ÚLTIMO PELDAÑO

Cuando la puerta volvió a cerrarse detrás de nosotros, habíamos abandonado el universo de los hombres. Antes de entrar, yo había observado que era una casa como las demás, de aspecto corriente.

Nos encontramos solos ante un oficial alemán sentado tras una mesa, que nos ordena vaciar los bolsillos. Le pregunto por qué nos han traído aquí. Se levanta, sin prisas. Es alto, ancho de hombros y estrecho de caderas, guapo, rubio y rosado, y muy atildado. Se acerca a mí, tranquilamente; da gusto mirarle. Me suelta dos bofetones. Producen un ruido muy extraño dentro de mi cabeza; como cuando se rompe el hilo de un collar y todas las perlas saltan y ruedan por el suelo. Luego, con la misma calma, vuelve a sentarse detrás de su mesa, y llama. Una llamada serena que no tiene nada que ver con el ladrido habitual en los alemanes. Su voz también es agradable, bien timbrada, casi acariciadora.

—Llévatelos —dice al soldado que se detiene, rígido, en el umbral.

Bajamos a los sótanos. Nuestras sombras giran ceremoniosamente a lo largo de las paredes mientras bajamos; se alargan, se doblan, se arrodillan, celebrando un rito fúnebre y complicado. Penetramos por un pasillo a cada lado del cual se suceden las puertas, inquietantes. Las botas nuevas del soldado que nos acompaña gimen a cada paso. Se detiene, agita un manojo de llaves, y rechina una cerradura. Me hace signo de que entre. El ruido de la puerta que vuelve a cerrarse despierta en mi cabeza un dolor sordo. Me vuelvo hacia Jacques para decirle que nada de esto tiene importancia, que

tenemos todavía una noche entera, que una noche es algo enorme... Estoy sola.

Me arrojo contra la puerta, chillando. La puerta se abre. El alemán está ante mí, con la mano levantada. Jacques le detiene la mano y dice: «No volverá a gritar. No le pegue». El alemán nos mira a los dos y yo miro a Jacques. Un segundo, tal vez... Un segundo que se repliega en sí mismo y nos aísla. Mi corazón deja de latir; estoy tranquila como una muerta. Luego, de nuevo, sin saber cómo, me encuentro sola mientras unos pasos se alejan por el pasillo para detenerse delante de otra puerta que se abre y se cierra otra vez. Mi corazón vuelve a latir, luchando por llenar la celda, golpeando sordamente el silencio. Es un silencio visible, como el viento en la pradera. Aquí encuentra cuerpo: los muros, los barrotes del respiradero, el taburete; son signos de su presencia visible, palpable. Se empeña en ahogar el débil rumor de vida que llevo en mí, de la misma manera que cuando se abre un agujero en un charco helado, poco después vuelve a formarse una fina capa de hielo que va aumentando de grosor... El silencio estrecha su abrazo apacible, se adueña pacientemente de mí. Como no duele; uno se entrega, se abandona... Se asusta... De pronto me doy cuenta de que mido a grandes pasos la celda, golpeando con los tacones. Así me defiendo, con el ruido de mis pasos. Más rápido que mi voluntad, el instinto me empuja. Y la vida vuelve a mí. La veo, en forma de un vapor blanco que sale de entre mis labios, que tiembla en el silencio antes de perderse en él, y renace incesantemente.

Y entonces siento frío. Arrastro el taburete hasta el pie del respiradero. Me quito el impermeable rojo y lo sujeto *a los* barrotes, tapando como puedo la abertura, por la que desciende un soplo de aire helado. El silencio se tiñe de rosa. Un hálito rosado brota de mis labios. Me parece que tengo menos frío. Me siento en el taburete, pero los pies pronto se me entorpecen, como dormidos. Y vuelvo a andar.

Estoy cansada y la cabeza me da vueltas. Lentamente, el color rosado se diluye en el aire oscurecido, flota todavía un momento en tomó del respiradero, y, de pronto, desaparece. La celda se ha disuelto en las profundidades de la noche. Ya no me atrevo a moverme. El silencio negro se cierra a mi alrededor, como un puño.

Por fin aventuro un paso prudente. A tientas, parto en busca del taburete. Una vez sentada me quito el pañuelo que llevo en el cuello y me lo enrolló en torno de la boca, para crear así una pequeña zona de calor. Mis manos, en los bolsillos del abrigo, viven aún. Pero los pies, ni los siento ya. Me doy palmadas en los muslos y en las pantorrillas. Los muslos y las pantorrillas existen todavía. Más abajo no hay nada. Mis piernas terminan en los tobillos. Me quito los zapatos y palpo esos objetos duros y fríos que ocupan el lugar de mis pies. Los froto, les hago masaje y los pellizco hasta que logro despertar un poco de dolor. Lo estimo, no lo dejo descansar, pequeña brasa moribunda en la que soplo, y mis pies, poco a poco, renacen a la vida, al dolor, a la fatiga. Cuando considero que ya me duelen bastante, vuelvo a calzarme. Y me levanto. Hay que andar. Choco contra la nada opaca. Me yergo, adelanto los brazos estirados. No creía que fuese tan grande mi celda. Avanzo a pasos minúsculos y me inquieta no encontrar nada. Por fin, la puerta. La palpo con agradecimiento y emprendo de nuevo la marcha hacia la pared contraria, donde está el respiradero. El trayecto me parece mucho menos largo. Al cabo de unas cuantas idas y venidas, la celda recobra sus dimensiones normales. Ya no necesito avanzar con los brazos al frente. Un poco antes del obstáculo, lo rozo con la mano y me vuelvo.

¿Cuánto tiempo podré seguir andando así? El cansancio me reblandece las rodillas. La cabeza me duele. Mis ojos tienen párpados dobles. A veces los abro estúpidamente cuando me acerco a la pared, como si pudiera servir de algo. Detenerse, echarse en el suelo... Me digo a mí misma que nadie me impide hacerlo. Luego me levantaría en seguida. Un momento, sólo un momento... Pero no lo hago. Sigo andando... Mis zapatos ya no hacen aquel ruido seco, decidido, que había vencido al silencio. Se arrastran miserablemente. Ando como entre una masa pegajosa.

Creo que sigo andando todavía cuando las piernas dejan de obedecerme. Acabo por sentarme en el suelo. Estrecho más el pañuelo que llevo en la boca. Con la cabeza entre las rodillas, que rodeo con mis brazos, formo una bola doblándome sobre mí misma. Pero el cemento del suelo muestra sus dientes de hielo y me mordisquea lentamente la carne a través de la ropa. «Levántate, imbécil...». Un minuto, sólo un minuto... Y me evado.

Salto al primer tranvía que pasa. Parpadeo ante las luces; un agradable calor se desprende de los cuerpos vecinos. El cobrador me mira.

«Dos billetes hasta el final». «¿Por qué dos?», me pregunta, desconfiado. Testaruda, levanto la voz. «Toma uno solo —dice Jacques, de pie, a mi lado—. Yo ya tengo el mío». El cobrador me tiende un librito. «Aquí tiene su billete, señora». «Quiero un billete como todo el mundo», digo enojada. El hombre, amablemente, me explica: «No me quedan billetes, hoy. Tome este libro. Un billete se arroja al suelo, al final. En cambio, un libro... Y a veces es una suerte tener algo que leer cuando uno se aburre...». Jacques sonríe al cobrador. Me parece que está con él, en contra de mí, y esto me enfurece. El tranvía se detiene. «¡Final!», pregona el cobrador. Estamos solos. No hay nadie a nuestro alrededor. «¿Está seguro que es el final?», le pregunto. Cuando se vuelve hacia mí reconozco a mi padre. «Papá... ¿qué haces tú aquí?». «Soy cobrador —dice—. De un modo u otro hay que ganarse la vida». Y con su voz de cobrador vuelve a gritar: «¡Final!». Me apeo. Apenas he puesto pie en tierra cuando el tranvía arranca y me da un golpe. Recobro el equilibrio para verlo alejarse, luminoso, mientras mi padre y Jacques me hacen señas, riendo. Tanta injusticia y malicia me abruman. Avanzo en la oscuridad y choco contra un obstáculo. Caigo.

Intento mover un brazo y luego el otro. Funcionan. Pero siento todo mi costado derecho como muerto; y también los pies. Una voz, de pronto, grita: «¡Levántate! ¡Levántate!». Me doy cuenta de que hablo en voz alta. Me quito los zapatos y empiezo a frotarme de nuevo los pies. El dolor, esta vez, tarda en llegar. Al fin logro levantarme. Sólo me falta andar. Y ando, al principio, titubeando, después maquinalmente. Cuento mis pasos. Mi cuerpo anda sin mí, nadie está presente en mí para tener conciencia de mi extrema lasitud y conmoverse ante ella. Yo me quedo fuera, ocupada en contar hasta seis, una y otra vez... No hay razón para que esto se detenga. No estoy dentro de mis piernas, y, por tanto, no sufro. No me duelen los hombros, ni los riñones, ni tengo frío. Contar es una tarea muy absorbente, y me esmero en no olvidarme ni un solo paso: la máquina se detendría, se estropearía, se dejaría caer al suelo mortal. Me esfuerzo, honradamente, concienzudamente, en hacer andar este cuerpo del cual soy responsable. De

vez en cuando, un relámpago de fatiga aguda desgarrar el hechizo, y vuelve a sumirse en los vértigos del agotamiento, dejándome casi sin sentido. Entonces me siento, unos minutos, en el taburete, teniendo mucho cuidado de doblar las piernas debajo de mí. Y espero que se pase. Cuando mi corazón está lo bastante lleno de silencio y de frío para poder olvidar, reanudo mi tarea en el punto donde la dejé.

Una mancha roja baila ante mis ojos, con intermitencias. Me vuelvo, y de nuevo se hace el negro perfecto. Seis pasos: vuelve la mancha roja; seis pasos: desaparece. El fantasma de color se fija finalmente en lo alto de la pared opuesta a la puerta. Poco a poco las tinieblas se descomponen. La celda se reconstruye, indecisa aún, a tientas, para tomar forma. Y el silencio se hace con las tinieblas. Rumor de pasos, ruido de puertas y de agitación en el pasillo. Flotan unas voces. Vuelvo a tomar posesión de mi cuerpo agotado. La luz helada me desnuda y me entrega, vulnerable, sin fuerzas.

La puerta se abre. El soldado se halla ante mí. Me ofrece una taza de café y un pedazo de pan. Me muestro humilde.

—Por favor, señor, ¿cómo está el hombre que vino conmigo?

Y se produce el milagro: me contesta.

—Bien. Ya ha tomado el café.

Le doy las gracias. Avanza un paso y penetra en la penumbra rosada. Advierte mi impermeable sujeto al respiradero.

—Le pondré cristales —me dice.

—¿Y en la celda de él?

—En todas hay cristales.

Se marcha. La taza me calienta las manos. El calor del café penetra en mí. Bebo y como. Ahora puedo permanecer sentada más tiempo. Y, de pronto, algo se desliza por debajo de la fatiga y el frío, algo que me hace olvidar que tengo frío y estoy cansada. Siento que mi corazón se encoge dentro de mi pecho. Espero. Ha bastado un poco de café y un pedazo de pan para que mi espíritu vuelva a funcionar. Y cuando resuenan unos pasos en el pasillo sé que es para mí. El soldado me encuentra de pie ante la puerta.

—Venga conmigo —dice—. Arriba quieren hablar con usted.

No es malo. Es gris, indiferente, y está cansado.

Le sigo por el pasillo pobremente iluminado, y por la escalera por la que ayer bajamos. Las sombras de la pared reanudan su procesión danzante. Me duelen las rodillas y los peldaños son increíblemente altos. Ante mis ojos se levantan las botas del soldado, con la regularidad que otorga la práctica del paso militar, pero con la lentitud que los años y el cansancio imponen. Las botas no rechinan ya; tal vez las habrá engrasado esta mañana.

Arriba, me acogen la luz y el calor. El apuesto oficial rubio está de pie junto a la mesa. Su lugar lo ocupa otro. Éste tiene un aspecto mucho menos agradable. En su rostro encarnado, invadido por la grasa, los ojos parecen enfurecerse en un intento inútil de huir de sus órbitas. Tiene los labios muy prietos y de vez en cuando un estremecimiento le recorre la papada. El oficial guapo me ordena sentarme. Me siento ante ellos, en una silla. Perezosamente, me abandono al calor. Hablan en voz baja, consultan papeles. Les veo como a través de unos prismáticos puestos al revés, lejos, muy lejos. Tengo calor y sueño. Lucho desesperadamente contra mis párpados. Mis ojos se cierran. El rumor ahogado de voces me acuna. Me imagino que estoy enferma, acostada en una gran cama blanca: a mi cabecera alguien se asoma con inquietud y ternura; leves presencias se mueven silenciosamente por la habitación. Un sello de goma pega con fuerza contra la pared. Me sobresalto. Los dos están allá, me miran, muy de cerca, casi a punto de tocarme, y yo retrocedo en mi silla, asustada. El oficial guapo me habla suavemente. Me ofrece un cigarrillo, se inclina ante mí, hace brotar la llama de su encendedor. ¡Qué joven es! Parece un chiquillo disfrazado de soldado. Limpio y aseado como un niño bueno... Y me digo a mí misma que no es la primera vez que lo veo, que ya le conozco. Sí, se parece a Rolf Mücke... Por primera vez pienso en Vic, en todo lo que nos ha ocurrido, en la aparición, durante su ausencia, de los dos policías alemanes que nos han traído aquí. Tengo la impresión de que todo esto ocurrió hace muchísimo tiempo, tanto tiempo que ya no tiene importancia.

El oficial sigue hablándome. Dice que sabe muy bien lo que es la guerra y que cada cual debe servir a su país. Nada más natural y respetable. Pero, puesto que están al corriente de todo, lo mejor que puedo hacer es decirles toda la verdad. Está seguro de que todavía hay posibilidad de llegar a un acuerdo.

—¿Comprende? —me pregunta.

No comprendo nada. Es la pura verdad. El oficial no hace caso de mi respuesta.

—No tengo la menor idea de lo que quieren de mí.

Su colega da signos de impaciencia, pero él lo apacigua con un gesto de la mano.

—Un momento.

Después se vuelve hacia mí.

—Me doy cuenta de su situación y respeto su silencio. Pero debe usted comprendernos también a nosotros. Nosotros también amamos nuestra patria y la servimos. Sepa usted que necesitamos estos informes y que los conseguiremos.

Hace una pausa y prosigue:

—Los conseguiremos, como sea. Por última vez se lo pido, en su propio interés: hable. De todas maneras, el judío con quien usted ha colaborado lo dirá todo. De modo que...

Aspiro profundamente el humo. Saben que Jacques es judío. Así, pues, es el final. Lo demás, eso que no alcanzo a comprender, me da igual.

—¿Sabe qué es esto? —me dice, desplegando ante mis ojos una hoja grande de papel.

Entonces comprendo. Es el plano de la situación de las minas que Vic encontró y nos trajo para que lo estudiáramos juntos. Me toman por una espía rusa. En otras circunstancias, ello me hubiese halagado. Pero ahora, ya, ¡qué importa!

—¡Acabemos! —grita el obeso que está sentado detrás de la mesa—. ¡Hágala hablar y acabemos de una vez!

—Lo siento —dice todavía el oficial guapo y rubio—. Usted lo ha querido.

Una larga y flexible varilla de madera, rodeada de anillos de metal, surge como por encanto, en su mano. De pronto me parece algo grotesco seguir sentada allá, fumando un cigarrillo. Lo dejo en un cenicero y me levanto.

—Desnúdese —me dice.

Me quito el abrigo y el jersey.

—Completamente.

Sigo con los zapatos y los pantalones... Sólo llevo puesta la combinación.

—He dicho completamente.

No me muevo. Entonces, con un gesto brusco, me arranca la combinación, que cae a mis pies.

—Recógela —dice.

Me agacho, y la varilla me muerde en la espalda. Me yergo, furiosa.

—¿Quiere que lo dejemos? —me pregunta cortésmente.

Por mi mente desfilan todas las humillaciones, todas las cobardías a las que he cedido hasta el momento. Sé que podría seguir humillándome y cediendo a la cobardía si quedara una sombra de esperanza para Jacques. Pero se ha acabado. Y de pronto me siento libre, libre de odiar y de expresar mi odio. Algo parecido a una alegría sombría se exalta en mí, estimula mi orgullo y mi imaginación y me inflama. Les miro, a los dos.

—Yo no sé nada de este plano, y no tengo nada que ver con los rusos ni con los espías. Y lo siento. Lo lamento de todo corazón. No he pensado lo bastante en vosotros. Sólo pensaba en mí, en mi pequeña vida personal. Y me arrepiento de ello, me acuso de ello ante vosotros. ¡Si al menos hubiese sido una espía, si al menos hubiese hecho algo para destruirlos!

La varilla silba y vuelve a herirme.

—Afortunadamente hay otros que trabajan, muchos más. ¡Estáis perdidos y lo sabéis! Y yo también lo sé. ¡Y qué gusto da saberlo!

El tercer latigazo me deja la espalda ardiendo. Me esfuerzo por seguir erguida. Pero duele, duele horriblemente. Y cada vez que la varilla vuelve a caer me parece alcanzar el último grado de dolor. Me parece que ha de ser imposible llegar más lejos. Ya debería haber perdido el sentido. Espero este momento, lo imploro, pero no llega. Entonces me decido a ayudar un poco a la naturaleza. Me dejo caer. Veo todavía, inclinado sobre mí, con las aletas de la nariz dilatadas y el labio retraído, mostrando los dientes blancos, el joven rostro fino y rosado, sumido en el placer. Una ola de dolor y de asco me sumerge. Cierro los ojos. Ahora cae sobre mi espalda una varilla de hierro al rojo vivo. Instintivamente, busco la manera de atenuar el

sufrimiento. Procuro relajarme, distender los músculos... Tentativa irrisoria: el sufrimiento se agarra a la menor fibra de mi cuerpo.

—Ya basta —dice finalmente la voz del otro.

Un último golpe, más violento, estalla en mis huesos y me deja anonadada. No puedo levantarme. El guapo oficial me ayuda, cortésmente. Me encuentro de nuevo en la silla, con la combinación entre las manos. En vano intento ponérmela. Y el alemán me dice, suavemente:

—Así no puede ponérsela. Sangra usted, y las heridas podrían infectarse. Sería un imprudencia. No se mueva.

Con ademanes ligeros y hábiles me lava la espalda y desinfecta mis heridas. En la pared hay un botiquín repleto, del cual saca frascos, gasa y algodón hidrófilo.

—¿Le hago daño? —me pregunta.

Y entonces empiezo a tener miedo de verdad. Estas palabras llenas de solicitud del hombre que me cura las heridas que él mismo me ha hecho, ¿en qué cerebro podrían formarse más que en el de un loco? Me ayuda a vestirme y después me dice:

—No ha sido más que un comienzo. Reflexione.

El mismo soldado me acompaña y bajo la escalera apoyándome en las paredes. Ya en la celda, donde entra conmigo, me ofrece un cigarrillo y dice:

—Le he puesto los cristales.

Y, sin agregar ni una sola palabra, sale. Extiendo mi impermeable en el suelo y me echo sobre el vientre. Las ropas me molestan. Al menor movimiento mi espalda gime de dolor. Me niego a escucharla y sigo allá, fumando el cigarrillo. A pesar de los cristales mis pies se entumecen. Me levanto e intento andar, pero me duele demasiado. Después de volver a anudarme el pañuelo en la boca, me echo de nuevo, con la cabeza entre los brazos. Y entonces se entabla un diálogo interminable:

«No puedo más... No puedo más... Voy a chillar...». «No, mujer, no; esto se pasará. Las heridas son recientes. ¡Espera, ten un poco de paciencia...! ¿Lo ves? Ya estás mejor, ¿no?». «¡No, no estoy mejor! ¡En absoluto! ¡Cada vez me duele más!». «¡Vamos, vamos, si te pones nerviosa

te dolerá más todavía! Con calma, relájate. Procura dormir un poco, un poquitín nada más...».

Ahora que han puesto los cristales, no se puede correr un riesgo muy grande durmiéndose. Pero ¿cómo puedo dormirme con ese dolor clavado en la espalda? ¿De qué sirve razonar? El dolor no atiende a razones. No habla, y sólo comprende su propia lengua. «Déjame morir», le digo al dolor, que nunca duerme. Pero, después de todo, ¿no es preferible que esté allá, que me entretenga? Así los pensamientos no pueden formarse en mi mente. Con las garras y los dientes hincados en mi espalda el dolor galopa, brujo de mirada loca que atiza las últimas fuerzas de su montura. ¡En vano me rebelo! ¡Tanto peor para mí! ¡Y peor aún si flaqueo! Cuando me siento a punto de abandonar la lucha, dispuesta a dejarme montar a su guisa, a chillar con él, su delirio redobla. Entonces me encabrito. Y me digo: «No es nada, sólo un dolor». Y recomienza la lucha, él chillando y yo insultándole. Elijo con esmero las palabras más viles que he oído en mi vida. «Hijo de zorra —le digo—, estúpido, imbécil, podrido... ¿Quién te has creído ser? ¡Pobre idiota!». Y me levanto de un salto. Pero el dolor no abandona su presa. Al contrario, se agarra a mí con más fuerza todavía, aprieta con furia mis costados. Y sus garras se clavan, se agitan, hieren... Dócilmente, me acuesto de nuevo, como él quiere, cara al suelo. El dolor suelta un poco su abrazo. Experimento una intensa sensación de alivio. Luego, tal vez cansado también él, retira alguna de sus garras. Suspiro, aliviada, y me duermo.

Alguien está aquí. Alguien se mueve, anda... Permanezco un instante inmóvil, sumida en el sueño. Luego abro un ojo. Intento un movimiento. Nada se opone a ello. Espero un poco más, insegura todavía de mi libertad inesperada. Me levanto con precaución. Junto a mí, humea un plato de metal lleno de una sopa espesa. Entonces me siento y como. La sopa está caliente y sabe muy bien. Comprendo perfectamente que el dolor no me ha abandonado definitivamente. Está detrás de mí, al acecho: me vigila. Lo adivino humilde, y experimento súbitamente una especie de ternura estúpida por este solitario compañero de los hombres. Las lágrimas acuden a mis ojos; lo compadezco, compadezco al dolor para no confesarme a mí misma cuánto me compadezco. Dejo el plato vacío, y el dolor me roza

tímidamente la espalda, sin sacar las garras. Quiere recordarme que está aquí. Seguimos espiándonos largo rato, sin gran animosidad. Empezamos a acostumbrarnos el uno al otro. De vez en cuando, un contacto más estrecho me cripa; y me digo a mí misma que forma parte de su naturaleza el hecho de tener garras y sacarlas.

De pronto la puerta se echa sobre mí, y me encuentro con el oído pegado a la cerradura. Se acercan unos pasos. Es el soldado. Los pasos se detienen delante de mi celda. ¡Alabado sea Dios! ¡No viene por él! Su celda está más lejos. Se abre una puerta.

—Ven —dice una voz impersonal, indiferente.

La respuesta me golpea como una bala en pleno rostro:

—¡No iré! ¡No iré! ¡Estoy harto, harto, harto...!

Y el grito asciende, asciende, se escapa en los agudos, fuera del registro normal de la voz humana. Las bofetadas restallan a intervalos regulares, metódicamente. El grito se interrumpe, como cortado en seco. Se hace el silencio, y después oigo cómo se cierra la puerta y los pasos se alejan por el pasillo, los pasos regulares del soldado y los de alguien que arrastra los pies.

¡Cuán pueril se me antoja la rebelión de este hombre! ¿Es que no ha comprendido aún? Reacciona como si perteneciera todavía al mundo en el cual las reacciones humanas tienen sentido. Se lucha contra el infortunio, contra la enfermedad, contra los males habituales. A ellos cabe oponer el orgullo, la ilusión, la cólera, la astucia, la mentira, la grandeza de alma, la suavidad, la resignación o el suicidio. Los recursos humanos están hechos a la medida de los males humanos. Aquí, en cambio... ¿Dónde habrá creído que estamos? Nos han empujado a un pozo y caemos. No cabe hacer otra cosa más que dejarse caer. Abarquillarse, encogerse sobre uno mismo, convertirse en una bola lisa, dura, insensible, reducir al mínimo la humanidad. Evitar los gestos inútiles, los pensamientos disolventes, la esperanza agotadora, replegar cuidadosamente el alma para cuando pueda servir. El ideal sería alcanzar el estado de torpor de los animales que invernán. No cabe hacer otra cosa más que esperar que uno llegue al fondo. Lo malo es que uno quiere agarrarse. Quiere detener la caída. Uno se empeña. «Volveré a subir —se dice—. Volveré al sitio de donde vengo.

Reanudaré mi marcha apacible a través de las estaciones, de los acontecimientos razonables de la vida. Comer, dormir, sufrir..., pero humanamente, dentro de los límites permitidos». Uno sufrirá a pequeñas dosis, y hasta quizá tenga la suerte de poder hacerse mimar por los que no sufren en aquel momento. Después, uno mimará a los demás, a su vez. ¡Es tan consolador, hacerlo, y produce una tal sensación de seguridad! ¡Ah!, cuántas satisfacciones cabe extraer de un corazón compasivo y bueno. Así, todo el ser se tiende hacia ese mundo juicioso, en el cual el placer y el dolor se equilibran para hacer soportable la existencia, en la cual se reciben golpes, pero también cabe darlos. A Dios gracias, siempre se encuentra a alguien más débil que uno mismo. Pero el descenso prosigue y las uñas se quiebran en las paredes lisas del pozo. Cuando menos, se intenta frenar la caída. Yo lo mismo que todos, y por esto sigo aún con vida. Si anoche me hubiese abandonado, si me hubiese dormido bajo el soplo helado que caía del respiradero... Pero no, no cedí, me agarré.

Suenan pasos en el corredor. La puerta se abre. Penetra ante todo la voz del carcelero:

—Dejadlo aquí.

Luego dos hombres, con la cabeza afeitada, que llevan un marco de madera, un jergón y una manta parda. Depositán eso que debe servirme de cama junto a la pared. Lo hacen lentamente, sin dejar de mirarme. Tienen el rostro extrañamente blanco, un rostro que parece que ya no les pertenezca, que pronto dejarán de lado como algo inútil y embarazoso. Pero sus ojos viven aún y se agarran a mí. Me dan miedo. No tienen nada en común con los hombres que he conocido hasta ahora. Han pasado ya a formar parte de otra especie. ¿Qué frontera han cruzado, a la que yo no he llegado todavía? ¿Por qué me miran así? ¿Qué esperan de mí? Es posible que yo empiece solo el descenso cuando ellos ya han llegado al fondo... El soldado espera en el umbral.

—¡Más de prisa!

Salen uno detrás de otro, silenciosos. Vuelvo a encontrarme sola, pero la imagen de un cráneo afeitado permanece ante mí y bajo él se forma el rostro de Jacques, que me mira con esa misma expresión de espera. Y yo sé que nada puedo hacer por él. Vuelvo a andar. Simulo ignorar la cama. Cada

vez que me acerco a ella aparto los ojos y miro hacia otro lado. No tardo en arrastrar una pierna. «¿Por qué esta comedia? Sabes muy bien que puedes andar. ¿A quién quieres demostrarle que estás por encima del favor que te han hecho? Te mueres de frío, y tarde o temprano acabarás echándote en ese jergón. Así, pues, ¿por qué no hacerlo ahora mismo?». Pero, aun así, me obstino. «¿No has comprendido aún que nada de lo que hagas o dejes de hacer no tiene ya la menor importancia? ¿Qué pretendes conseguir negándote a echarte en ese jergón, bajo esta manta parda? Ridículo. Infantil. Tienes que descansar. De lo contrario, serás una piltrafa cuando te hagan subir arriba, al despacho. He aquí una buena razón para acostarte. Una razón excelente». Me detengo. Toco el jergón e intento hundir en él la mano. Es grueso, y está bien repleto. Me quito los zapatos y los pongo uno al lado del otro, con cuidado, como lo he hecho siempre. Extiendo la manta, pongo encima mi abrigo, me acuesto y me cubro hasta la cabeza. Tengo la impresión de tener más frío que antes. En el bolsillo de mis pantalones encuentro un paquetito. Lo retiro y lo miro. En un papel en forma de cucurucho hay unos cuantos caramelos de varios colores... ¡Caramelos! Los cuento; hay diez. Si como un caramelo cada día, serán en total diez días. ¿Diez días de qué? ¡Santo Dios! ¿No dejaré, pues, de agarrarme? Furiosa, cojo tres caramelos y me los meto en la boca. Tres días menos.

Con las rodillas junto al mentón y la manta por encima de la cabeza, caliente poco a poco la cama con mi aliento. Tiemblo todavía, pero los últimos estremecimientos que me recorren se deben tanto al calor naciente como al frío que se bate en retirada. La espalda me duele menos. Los caramelos se disuelven deliciosamente y me esfuerzo por mantener inmóvil la lengua para que duren lo más posible. Tengo una saliva dulce y perfumada. Pierdo ya el peso y empiezo a flotar cuando un rumor de pasos me aplasta brutalmente contra el jergón. Mantengo los párpados cerrados. Nada de esto tiene que ver conmigo. Pero, a mi pesar, mi propia mano aparta la manta y mi cuerpo se levanta. Los pasos se detienen. Son varias personas. Oigo abrir la puerta de enfrente. El frío me mordisquee suavemente las mejillas y vuelvo a echarme. Procuro encontrar la misma posición. Y entonces una voz de mujer chilla:

—¡No!

Me sepulto bajo la manta y me tapo los oídos. Pero la voz atraviesa la puerta, me busca, me encuentra, se desliza bajo la manta, bajo mis manos, hasta penetrar en mis oídos.

—¡No, no, no!

Abren mi puerta. No me muevo. Ya no sé si es la voz desconocida o la mía la que grita: «¡No!». Después, todo se calma. De nuevo aparto la manta y me incorporo. La mujer está junto a la puerta, los cabellos grises, el rostro marcado, las manos juntas. Me ve al mismo tiempo que yo la descubro a ella:

—Lo han atado a una argolla por las manos. Le han pegado delante de mí —dice.

Se vuelve y pega el oído a la puerta. Luego sigue:

—Ya no se oye nada. Está muerto.

Lo dice muy tranquila, casi con indiferencia. Avanza dos pasos hacia mí.

—Sólo tenía diecinueve años.

Ha recobrado su voz verdadera, desesperada. En ese cuerpo inmóvil siento algo que se agita, que crece, algo que va a romper ese envoltorio de inmovilidad y a brotar a través de la celda, algo que puede arrastrarme, llevarme a un torbellino. Me encabrito y digo:

—Aquí a todos nos espera lo mismo. Si ha muerto, ya no sufre.

La mujer me escucha e inclina la cabeza varias veces, como dándome la razón. De nuevo parece indiferente. ¡Dios santo! ¿Por qué permanece así, por qué no se mueven? Sus manos penden a lo largo de su cuerpo. Me levanto, me pongo los zapatos y el abrigo. Me acerco a ella, la cojo por los hombros y la empujo hacia la cama. La mujer no opone resistencia. Y si se resistiera, la arrastraría por la fuerza, para no seguir viéndola allá, inmóvil en medio de la celda por toda la eternidad. La obligo a sentarse en la cama.

—Ahora acuéstese —le digo—. Yo la taparé.

Pero la mujer no parece oírme.

—Al principio no lo he reconocido —me dice—. Le han afeitado la cabeza.

Ya está. Ocurrió. Dejo de luchar. Dócilmente, me siento a su lado, y Jacques está allá, en alguna parte, con la cabeza afeitada.

Tiemblo. Y le digo que sin duda han afeitado también la cabeza a Jacques, que seguramente lo matarán y que no hubiese debido venir aquí a asustarme y quitarme las últimas fuerzas que me quedan. No temo la muerte, pero sí a los seres como ella que llevan en sí la muerte de los demás. Le digo que antes de que llegara ella estaba completamente tranquila porque no me imaginaba que se pudiera sobrevivir y permanecer allá, inmóvil y viviendo. Ahora parece comprenderme. Parece verme realmente por primera vez. Y me dice:

—Nadie saldrá de aquí. Como él. Exactamente como él.

Y siento que se alumbra en ella una llama que la calienta. Comprendo. Comprendo de dónde surge este pensamiento cálido que súbitamente la humaniza. Su hijo no es el único. Los otros morirán también. Los otros sufrirán también. Y ya distribuye su propio sufrimiento entre todos, de buen grado.

La celda se oscurece bajo una luz gris, sucia, que parece haberse arrastrado por mil lugares antes de extenderse por aquí. Entra el guardián. Deja junto a la puerta dos platos de metal y un pedazo grande de pan. Llena de sopa los platos. Y desaparece sin decir palabra. La mujer no se mueve. La sopa humea y pierde su calor. Tengo hambre y frío. Pero no me atrevo a levantarme y tomar la sopa ante ella. Los minutos transcurren y el humo de la sopa disminuye. No lo resisto más.

—Un poco de sopa la reanimará —digo, hipócritamente, a la mujer.

Menea la cabeza sin contestar. Yo sabía que la rechazaría, pero esperaba que me diría que la comiera yo. Pero no dice nada. Miro los platos que ya apenas humean. Acabo de echar a perder una buena cantidad de calor por un escrúpulo estúpido. Me enfurezco. Me levanto y voy a sentarme cerca de la puerta, de espaldas a la mujer. La ropa está tibia todavía. Vacío los platos y vuelvo a sentarme en la cama, con el pedazo de pan. Y allá, al lado de ella, devoro el pan hasta la última migaja. Ya no la distingo. Forma un todo con las tinieblas. Doblo la manta, en dos y se la echo encima de los hombros. Como compensación. La sopa y el pan pesan en mi conciencia.

De nuevo resuenan los pasos del guardián y la puerta de enfrente rechina. Entonces la mujer se arroja a la cama y estalla en sollozos. Casi me siento aliviada. Ello resulta menos doloroso que verla aguantar, muda,

inmóvil, sola con la muerte. Luego oigo un ruido semejante al que haría un cubo, al vaciarlo. E inmediatamente después un gemido. El gemido se repite, más fuerte, más sostenido. La mujer se incorpora. Sus manos me buscan en la oscuridad y se agarran a mí.

—No está muerto —dice—. Sufriré todavía.

Y hace penetrar en mí cada lamento de su hijo, estrechándome más fuerte, cada vez más fuerte. Al principio todavía era un hombre el que se quejaba. Había en aquella voz sin palabras la debilidad de un hombre, el dolor y la impotencia de un hombre, una llamada de socorro, y de vez en cuando el estremecimiento de una rebelión pronto ahogada por el mismo exceso de dolor. Pero después todo esto desaparece y la voz cambia. Ya no le queda nada de humano. Es el grito de un animal herido de muerte. Y los gritos se prolongan, con intervalos cada vez más breves, hasta que se confunden en un aullido interminable. La mujer me suelta y, con calma, dice:

—¿Quiere golpear en la puerta y llamar al guardián?

—Vamos —le digo—, sabe perfectamente que será inútil.

—Sí, sí —dice ella—, ya estamos de acuerdo. Esperan mi señal. Hablaré. Debí hablar en seguida.

—¿Qué quieren? —pregunto.

—Quieren los nombres de los demás, de los que han logrado huir. Entre ellos el hijo de mi hermana. Pero también lo entregaré. Daría el mundo entero para no seguir oyendo esto.

No me muevo, como paralizada. Y si hacen lo mismo a Jacques... Desde luego, diré todo lo que ellos quieran. Sólo que no es tan sencillo. Ella puede hablar, puede decir lo que sabe. Yo no. Simplemente, porque no sé nada. No sé nada de lo que quieren que confiese. La mujer se acerca a la puerta y golpea en ella, dos veces, muy fuerte, con el puño cerrado. Los gritos ahogan el ruido de sus golpes. Sigue golpeando, con más fuerza todavía. Pero parece como si la voz inhumana se esforzara por ahogar los golpes de aquel puño que hiere la madera. De pronto la voz se interrumpe, en seco. Y los golpes resuenan en el nuevo silencio. Por fin se abre la puerta. En el rectángulo de luz se recorta la silueta del joven oficial.

—¿Desea subir al despacho? —pregunta, tranquilamente.

Veo a la mujer de espaldas. Una pequeña sombra delgada, un poco encogida. No contesta a la pregunta.

—No está decidida aún —dice el oficial.

Y vuelve a cerrar la puerta. Oigo hablar a la mujer. Un murmullo apenas audible, ferviente, como en una plegaria. Me acerco a ella. Pretendo llevarla de nuevo a la cama. Y cuando estoy junto a ella, oigo lo que dice.

—Dios mío, haz que esté muerto de una vez, Dios mío, haz que esté muerto de una vez...

Vuelvo sola a la cama, me acuesto de nuevo y me cubro con la manta. No me atreveré a acercarme de nuevo a esta mujer. Se oye de nuevo el ruido de vaciar un cubo. Luego el silencio. Y la mujer grita:

—¡Lo han matado!

Ha olvidado su plegaria. ¿Cómo podría una madre aceptar la muerte de su hijo? Otra vez el ruido de vaciar un cubo. Silencio. La mujer vuelve lentamente a la cama, cargada otra vez con el peso de la muerte de su hijo.

Y la voz que creíamos extinguida se reanima, una vocecilla horrible, ahora. Irreconocible, brota con esfuerzo a través del desorden de un cuerpo destruido. La mujer escucha. Después, sin moverse, grita:

—¡Abrid! ¡Hablaré!

Y la puerta se abre inmediatamente. Yo sabía que el oficial se había quedado al otro lado de la puerta, esperando. La mujer se acerca a él, penetra en el rectángulo de luz.

Levanta hacia el alemán su rostro menudo y humilde y dice:

—Desátelo, señor oficial. Hablaré.

—Quedaréis los dos en libertad —dice el alemán.

Y adivino en sus labios una sonrisa amable. La puerta se cierra tras ellos. Suspiro, aliviada. Los gemidos vuelven a tener carácter humano. Sin duda lo han desatado.

Y llega el día. Separa unos de otro los barrotes del respiradero. Resuenan pasos. De un salto me acerco a la puerta. Silencio en el pasillo. Entonces comprendo. El ruido procede del exterior. Subo al taburete, y, agarrándome a los barrotes, me encaramo sobre las puntas de los pies. En un pequeño patio cuadrado, dos soldados arrastran a un hombre que lleva afeitada la cabeza. Dios sea loado... Es bajito y flaco. El cuerpo, echado

hacia delante, arrastra las piernas en pos de sí. De vez en cuando los soldados lo levantan, y los pies dejan de tocar el suelo. Cuando llegan a la pared, lo sueltan y retroceden. Les veo de espaldas. El hombre no se mueve: parece clavado en la pared. No distingo su rostro. Sólo la cabeza afeitada destaca claramente. Luego todo ocurre tan de prisa que me parece ver caer al hombre antes de oír la detonación. Suelto los barrotes y el taburete vacila bajo mis pies. Me encuentro de rodillas en el suelo. Por primera vez me olvido de mí misma y de Jacques, y lloro por el pequeño montón informe que yace en el patio, junto al muro.

Cuando me levanto, un nuevo día toma posesión de mí. Sé que el hombre al que han matado es el muchacho de la celda de enfrente. Su madre lo llorará. Será desdichada, pero un pesar, al menos, es algo propio, algo que uno posee. Y tomo el café muy caliente cuando el guardián me lo trae, y como el pan. Y cuando vuelve a buscarme le sigo por el camino que ya me es familiar.

Un gran biombo oculta parte del despacho. El guapo oficial parece recién salido de un baño, tan pulcro y rosado aparece.

—Espero que habrá reflexionado esta noche —me dice—. Siéntese.

Me siento, en el mismo sitio que ayer.

—La escucho.

Observo la bella mano, de uñas cuidadas, que juega con un lápiz.

—¿De veras, sigue obstinándose? El judío que fue detenido junto con usted está aquí. Detrás de este biombo. Le pegarán hasta que usted hable.

—¿Qué quiere saber? —pregunto.

—Usted trabajaba en favor de Rusia, ¿verdad?

—Sí —digo yo—. En favor de Rusia.

—¿Y él?

—Él nada tiene que ver con esto.

—Bien —dice—. Podéis traerle. La mujer hablará.

Y Jacques sale de detrás del biombo. No lleva la cabeza afeitada. Apenas está un poco más pálido que de costumbre. Se vuelve hacia el oficial y dice:

—Esta mujer jamás ha estado al servicio de Rusia. Lo ha dicho para cubrirme.

El oficial gordo sale a su vez de detrás del biombo y lanza un puñetazo a la cara de Jacques, al tiempo que ladra:

—¡Maldito judío!

La sangre mana de la nariz de Jacques. Coge un pañuelo y se seca la sangre, con calma.

—¡Fuera! —chilla el alemán.

Entonces Jacques se vuelve hacia mí:

—Sobre todo, no pierdas la serenidad, y no intentes arreglar las cosas. Sería inútil. Además, no tienes por qué cubrirme. ¡Si apenas me conoces desde hace unos días!

El alemán lo empuja hacia la puerta, y desaparecen. Yo no me muevo.

—Ahora, nosotros —dice el guapo oficial.

Pone bajo mis ojos un diario ruso doblado por la mitad.

—Lea aquí.

Aunque quisiera hacerlo, no podría. No sé leer ruso. Mi cabeza trabaja con prisa febril. De modo que Jacques, sabiéndose condenado, intenta dejarme al margen. ¡Éste es su amor! Dejarme sola aquí, sola con su muerte que me seguirá fielmente, paso a paso. ¡Pues bien, no! A tu generosidad yo la llamo egoísmo. Ya sé que no llego a la altura de tus tobillos, pero tal vez yo también podría permitirme un gesto noble y gratuito. Tanto más cuánto que todo será inútil. Si digo que no sé ruso, no me creerán, igualmente... El oficial se muestra un tanto impaciente.

—Bien, ¿quiere que vuelvan a traer a su amigo?

—Tráiganlo —digo—. No me gusta nada, pero supongo que tendré que acostumbrarme a ello. Si fuese mi marido o mi hermano, aún... Pero, al fin y al cabo, no es más que un desconocido, con quien me encontré por casualidad.

—No obstante, hace un instante... —empieza el oficial.

—He tenido un momento de debilidad —digo, vivamente.

Y le dedico una sonrisa. El hombre se yergue ante mí.

—¡Lee! —me chilla.

Su mano cae sobre mi mejilla. La estancia baila ante mis ojos, y luego se inmoviliza de nuevo. Es curioso, pero apenas me ha hecho daño. Con el

aire que respiro, trago un odio tranquilo, frío. El rosado rostro de niño cobra tonos violeta.

—¡Lee!

—No pienso leer. —Y agrego, cortésmente—: ¿Me desnudo para la sesión?

No responde. Me mira y se calma. Vuelve a ser un joven bien educado. Bajo este aspecto es como más le temo. Se acerca a la puerta y la entreabre.

—Venga por aquí —me dice.

Mi valor eufórico cede súbitamente. Le ha hecho algo a Jacques. Está detrás de esta puerta y ahora me lo enseñarán. No me muevo. Soy incapaz de moverme.

—Venga —repite, en tono convincente.

Y sonrío.

—No iré.

Agacho humildemente la cabeza. Mi voz es una pobre vocecilla implorante. Estoy domada. Soy como todo el mundo, cobarde y dispuesta a todas las concesiones. Entonces el oficial se acerca a mí, me obliga a levantarme y me empuja con firmeza hasta la puerta. Cierro los ojos.

—Ponga el pulgar aquí —dice.

Entonces, se trata de mí. Detrás de la puerta no hay nadie. Y deslizo el pulgar entre el bastidor y la puerta. El oficial la cierra suavemente, progresivamente. La presión apenas es dolorosa. Me mira y le dedico una sonrisa radiante. ¡Estoy tan contenta porque detrás de la puerta no hay nadie! El oficial sigue cerrando la puerta con precaución. Se creería que no quiere hacerme daño. Pero el dolor se precisa, poco a poco. Sube a lo largo de mi brazo, fluye por el interior de mi cuerpo y va a alojarse en mi corazón.

—¿Qué tal? —pregunta.

—Estupendo —digo yo—. Es usted un artista.

Empuja un poco más. Un grito escapa de mi garganta antes de que pueda detenerlo.

—Un poco más —dice—. Un poquitín más. ¿Sigue bien?

—Maravillosamente. Grité de puro placer.

Su rostro se contrae un poco y... La puerta, mi mano y el alemán desaparecen en un relámpago. Me encuentro echada en el suelo. Me levanto. Al extremo de mi mano pesa un dedo gigantesco que no cesa de crecer. ¿Cómo tengo todavía fuerzas para levantarlo?

—Enséñeme la mano —dice el guapo oficial.

Pongo la mano izquierda dentro de la derecha y la levanto, evitando mirarla.

—Hay que desinfectar eso —dice—. La uña se ha roto y penetra en la carne.

Y con la misma habilidad, la misma suavidad y la misma conciencia que demostró ayer, me cura. No puedo reprimir unos gemidos.

—Ya está —dice—. Puede usted bajar.

Cuando llego a mi celda, el guardián vuelve a ofrecerme un cigarrillo, sin decir palabra.

—¿Dónde está el hombre al que trajeron conmigo? —pregunto.

No contesta.

—Por favor...

—Está en su celda —dice, al fin.

Y se retira.

Me echo en la cama y sigo fumando, contemplando al mismo tiempo mi hermoso vendaje. El dolor se ahoga debajo del mismo y pugna por salir. Acaba por hacérseme insoportable. Me levanto y ando un poco, aguantándome la mano herida con la otra. El dedo aplastado se apoya contra mi hombro como la cabeza de un niño que llevara en brazos. Y empiezo a gemir de nuevo. Me parece que así se calma, como si lo acunara. Cuando estoy demasiado cansada, me siento y me balanceo como lo hacen las madres para dormir a sus chiquillos.

De pronto me inmovilizo. Tengo la impresión de haber oído un ruido. Algo así como una bestezuela que arañara la pared. Un ratón, tal vez. ¡Cuánto me gustaría verlo! Miro a mi alrededor, por toda la celda. Nada. El ruido cesa.

Nuevamente me echo en la cama, tomando infinitas precauciones.

Cierro los ojos. Y entonces, precisamente junto a mi cabeza, oigo tres golpes ligeros. Pego la oreja a la pared. Al otro lado, alguien llama.

Retrocedo un poco. Ahora los golpes suenan claramente.

A mi vez, golpeo tres veces con el puño, en el mismo punto. La respuesta llega inmediatamente. Después, una voz sorda:

—¿Me oyes?

—Sí, oigo.

—En el rincón hay un agujero.

En efecto, veo el agujero. Empujo un poco la cama y me coloco de forma que el orificio quede a la altura de mis labios.

—¿Está usted aquí? —pregunta la voz.

—Sí, estoy aquí.

—¿Qué le han hecho?

—Me han aplastado un dedo.

—Le dolerá mucho, ¿no?

—Sí, mucho.

—La he oído andar y gemir. Si se destapa el agujero y uno se arrima a él, se oye todo.

—¡Me duele tanto!

—Debe aplicarle una compresa. Alivia mucho.

—Lo llevo vendado.

—Mejor una compresa con agua. ¿Tiene usted un pañuelo? El mío está demasiado sucio.

—Sí, tengo un pañuelo.

—Pásemelo por el agujero. Yo tengo agua.

Dos minutos después, el pañuelo empapado vuelve a mis manos.

—Envuélvase el dedo con él —me dice mi vecino.

—Tengo miedo de tocármelo.

—Es preciso. Si no puede hacerlo de otra manera, quítese el vendaje de golpe. Apriete los dientes y ¡hala! De un golpe.

Me miro el pulgar sin atreverme a tocarlo.

—No puedo —digo.

—Claro que sí. Es preciso. Después se sentirá aliviada.

Acerco el apósito a la boca y lo sujeto entre los dientes. Luego, ayudándome con la otra mano, tiro. El apósito queda en mi boca. Examino el dedo: intacto. Solamente, donde antes estaba la uña hay ahora una llaga

roja y blanda. No tiene tan mal aspecto como creí. Envuelvo el pulgar en el pañuelo.

—Me duele más que antes —digo.

—Es el primer contacto con el agua. En seguida se sentirá mejor. Hay que empapar el pañuelo muy a menudo.

Sentada en la cama, vuelvo a acunar mi dedo. Al cabo de un momento, el dolor cede un tanto.

—¿Está usted aquí? —pregunto.

—Sí, aquí estoy. Pero no quería cansarla.

—Creo que empiezo a mejorar.

Y se adueñan de mí unos deseos irreprimibles de hablar. Y entonces hablo, hablo, de la vida, de la muerte, de la imposibilidad de realizarse totalmente, de los inútiles combates de la voluntad. Me lanzo a unas frases tan complicadas que no les veo el final, y pierdo mis ideas por el camino para encontrar en su lugar palabras, y me embarro, me hago un lío, y al final no sé lo que me digo. Cuando me detengo, se hace un silencio.

—¿Sigue usted aquí? —digo.

Y me dispongo a lanzarme a otro discurso. La voz llega hasta mí, remota.

—Sí, lo he oído todo, pero no tengo cultura y no he podido comprender nada.

—No hay nada que comprender —digo—. A menudo la gente dice cualquier cosa cuando siente la necesidad de hablar.

—No, no, es culpa mía. Soy incapaz de comprender. Y tengo miedo. Tengo mucho miedo.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Señora —llama la voz—, señora.

No puedo contestar. Las lágrimas ruedan por mis mejillas, provocadas por este sentimiento de impotencia y de piedad que me desgarran.

—Señora...

Y entonces digo:

—Ha comprendido usted, lo ha comprendido todo perfectamente. Quise decir, simplemente, que yo también tengo miedo, mucho miedo, como usted, como todos los que estamos aquí.

Y ya no intento disimular mi llanto.

—No hay que llorar —dice—. Los hay que no tienen miedo.

—Todo el mundo tiene miedo —digo—, sólo que cada cual lo siente a su manera.

—El señor Jacques no tiene miedo.

Mi corazón cesa de latir.

—¿Quién es?

—Está en la otra celda, al lado de la mía. Charlamos. Y habla mucho de usted, señora.

No logro hacer brotar ningún sonido de mi garganta.

—Le detuvieron junto con usted, ¿verdad, señora? Me ha dicho que su celda debe de estar también al lado de la mía.

—Sí —digo, al fin.

—Si quiere decirle algo, se lo transmitiré y luego le daré a usted su respuesta.

Guardo silencio. Hasta ahora, hasta que existe este lazo entre nosotros, no comprendo realmente que Jacques está aquí, muy cerca, preso, y que espera la muerte. Desde luego, ya lo sabía, pero me era difícil darme cuenta, creer que era cierto. Ahora todo se me hace próximo, vivo, real. Jacques está aquí, a mi lado, puedo hablar con él, y él puede contestarme. Y ese hombre me dice que Jacques no tiene miedo. Esto es lo que más me asusta. Porque, si realmente no tuviese miedo significaría que ya no pertenece a la especie humana, que ya nos ha abandonado. Y recuerdo que ya en el pasado tuve a veces esta impresión. Como si desde hace mucho tiempo el destino le preparara para esto.

—¿No quiere decirle nada, señora? Estoy seguro de que él se alegraría.

Un desconocido intenta convencerme de la necesidad de ser buena para con Jacques.

—Dígale que estoy bien. Sobre todo, ni una palabra de mi dedo.

—No, no pensaba decírselo —susurra el desconocido.

Espera algo más. Y me doy cuenta, yo que hubiese dado el resto de mi vida para estar al lado de Jacques, aunque sólo fuera una hora, de que no tengo nada más que decirle.

—Pregúntele también —agrego— si tiene cama.

—¿Cama?

La voz manifiesta asombro.

—Naturalmente que tiene cama. Todos tenemos una cama y una manta.

—Pregúntele si le han hecho mucho daño.

—Yo mismo puedo decírselo. No le han pegado. Sólo amenazas y bofetones, pero esto no cuenta.

Y sigue esperando.

—Bueno, pues dígale simplemente que estoy bien.

Cuando vuelve, recibo sus palabras al oído.

—Un fuerte abrazo de su parte. Dice que no confiese usted nada, que no existe ninguna prueba en contra de usted, ninguna prueba de ninguna clase. Debe ser valerosa, aunque le peguen. Si lo niega todo, acabarán por soltarla.

—No deseo que me suelten —digo—. ¿Sabe usted que él morirá?

—Sí, lo sé, él mismo me lo ha dicho. Pero me ha dicho también que será menos duro que seguir así.

Ahora las lágrimas brotan de mis ojos con facilidad y tengo la impresión de que ya no cesarán nunca de manar.

—Dígale que no es caritativo pretender dejarme sola aquí.

Me seco la cara y me sueno con el apósito, que ha quedado encima de la cama. Sé que aún no he empezado a sufrir realmente. No creo en su muerte. Hablo de ella, pero no creo. Lloro como lloran los niños cuando tienen una pena y la viven con violencia para que termine cuanto antes. Y cuando el hombre vuelve con las palabras de Jacques, ya he agotado mis lágrimas.

—Dice que no existe ningún pesar que pueda mantenerse incólume mucho tiempo, que lo importante es aguantar los primeros tiempos; después uno se acomoda; dice que el hombre ha sido hecho así, y así debe resignarse a ser. Y me ha dicho otra cosa, además: «Dígale que le ha llegado la hora de sufrir, y que debe comportarse como un adulto. Dígale que es la primera vez que le dirijo un ruego».

No contesto.

—Señora —dice mi vecino—, señora...

—Todo esto es inútil —digo, al fin—, nadie saldrá de aquí.

—Sí, algunos salen. Yo llevo mucho tiempo encerrado, ya. El señor Jacques tiene razón. Hay que negarlo todo. Hay que aguantar.

—¿Y usted? ¿Usted aguanta? —le pregunto.

—No sé. Tengo mucho miedo. Pero lo intento, al menos.

—Sin duda —le digo—, usted es joven, ama la vida, le esperan fuera de aquí... En estas condiciones, también yo aguantaría.

—Nadie me espera.

—Pero sin duda no pierde usted a la persona que es su única razón de vivir.

—No, no pierdo a nadie, porque no tengo a nadie que perder.

—Entonces, ya está acostumbrado a la soledad.

—Esto se aprende, ¿sabe usted? —dice—. También usted podría aprenderlo.

Guardamos silencio, y luego me pregunta:

—¿Qué quiere que le diga de su parte?

—Pídale que cambie de conversación. Nada de lo que dice tiene sentido. No hay la menor esperanza de salir de aquí. Lo mismo si niego, como él me aconseja que haga, que si no lo hago, no veo que el resultado pueda ser diferente. Ellos siempre tienen pruebas suficientes. Dígale que han encontrado el plano del frente en nuestra habitación.

—Se lo diré.

Cada vez que se separa de mí, mi vecino tapa el agujero. Por prudencia, lo comprendo. Pero lo lamento, porque pegando el ojo al orificio hubiese podido ver la pared detrás de la cual se encuentra Jacques.

El dedo me duele de nuevo. Tengo que pedirle que me empape otra vez el pañuelo. ¿Por qué, cuando se ama a alguien, se le desea larga vida? ¿Es esto, realmente, una prueba de amor? ¿Y si la vida debiera serle insoportable? ¿Por qué no decimos: «Te deseo que mueras cuanto antes, porque te quiero, y la vida es penosa para ti»?

El hombre vuelve y dice:

—El señor Jacques sólo quiere tener su promesa de que lo negará todo. No le pide nada más.

—Usted sabe muy bien que aquí no se puede prometer nada. Ellos tienen sus métodos particulares.

—Dice que es usted muy valiente, y que puede resistir si se empeña. Y le pide que quiera resistir.

—De nada servirá.

—Esto le atormenta mucho. De todos modos, puesto que está convencido de que nada cambiará por ello, ¿por qué no se lo promete? Me ha dicho también: «Si me quiere, lo hará».

Aprieto los dientes para no gritar. Es intolerable. Para terminar, digo que sí. Ya no sé, apenas, a qué me comprometo; no tiene importancia, a fin de cuentas. Digo que sí para que me dejen en paz. Y este desconocido intermediario se me hace odioso. Las palabras que me transmite no me parecen ya de Jacques. Es posible que las cambie. Puede suavizarlas, a su gusto, o hacerlas más crueles. Un juego que le distrae de su soledad.

—¿Quiere volver a mojarme el pañuelo?

—Desde luego —dice el hombre—, hay que mojarlo a menudo.

Me parece advertir un interés excesivo en su respuesta. ¿Por qué no habría de ser uno de esos hombres que se emplean en las prisiones para arrancar confesiones a los presos? Bueno, si así fuera, no me importa. ¿Acaso cambiaría algo?

Me devuelve el pañuelo empapado y envuelvo en él mi pulgar. Y experimento un verdadero alivio.

El hombre se ha alejado, pero esta vez se le ha olvidado tapar el agujero. Cabe un dedo en él. Entonces me agacho y miro. Lo veo claramente: un jorobadito con una cabezota enorme, afeitada. Tiene apoyadas las palmas de las manos en la pared de enfrente —dos manos grandes y bellas de hombre, que parecen pertenecer a otro cuerpo— y habla. Espero. Necesito una cara para este cuerpo de enfermo, la necesito a toda costa, para librarme de esta sensación de pesadilla que me aterroriza. Al fin descubro su rostro, cuando se dirige hacia mí: este cuerpo deforme pasea un rostro de adolescente, trágicamente prolongado por el cráneo afeitado, del cual sobresalen dos ojos inmensos, vulnerables, asustados. Tengo la impresión de que me mira, y retrocedo.

—¿Está usted aquí? —dice.

—Sí.

—He hablado con él. Está contento.

—Señor —digo—, ¿me oye usted, señor?

—Sí, la oigo muy bien.

—Quiero darle las gracias por todo. Por el pañuelo y por él. He sido un poco brusca, hace un momento, pero... Quiero darle las gracias por haber sido tan bueno con nosotros.

—No tiene por qué dárme las. Me alegro mucho de no estar solo. Antes, su celda estaba vacía, y al otro lado había un viejo que no quería hablarme.

Luego me pregunta:

—¿Ha pasado miedo esta noche?

—Ha sido una noche muy larga —digo.

—Su madre estaba con usted.

—Sí.

—¿Sabe que lo han fusilado?

—Sí, lo he visto.

—Lo hacen siempre al amanecer, a veces un poco antes. Siempre los veo.

—¿Y qué han hecho con la vieja?

—La habrán soltado.

—Así que ha entregado a los demás por nada.

—¿Ha hablado?

—Sí, ha hablado.

La voz del hombrecillo suena estridente.

—¡Cerde! ¡La muy cerde!

—No estoy de acuerdo —digo.

—El muchacho lo ha soportado todo para protegerles, y ella los ha entregado. Le digo a usted que es una cerde.

—Si usted hubiese pasado esta noche con ella no lo diría. Las fuerzas humanas tienen sus límites. Yo no sé qué hubiese hecho, en su lugar.

—Usted no hubiese hecho esto —y su voz cobra acentos de pavor—. Usted no lo hubiese hecho.

—No estoy muy segura —digo.

—Pero usted, usted ha resistido a pesar de todo lo que le han hecho, a pesar del dedo...

—Sí, pero solamente porque sé que nada podemos perder, puesto que todo está ya perdido. Así es mucho más fácil.

Sin escucharme, el hombre repite:

—Estoy seguro de que usted no hubiese hecho esto. No, no lo hubiese hecho. La conozco. El señor Jacques me ha hablado de usted.

Para calmarle, le digo:

—Bueno, puede que no.

—¿Lo ve? —dice el hombre, con tan grande alivio que comprendo que no debí haberle hablado de aquella manera, hace un momento.

—Ponga la mano junto al agujero —le digo.

Y hago pasar tres caramelos al otro lado.

—¿Qué son? —me pregunta.

—Caramelos.

Tras un silencio, me dice:

—Lo siento, pero no hay agujero en la otra pared. No podré pasárselos al señor Jacques.

—Son para usted.

De nuevo se hace un silencio y al fin él dice:

—Están riquísimos. Páseme su pañuelo, otra vez.

—El dedo me duele mucho menos —le digo, al tiempo que le paso el pañuelo.

Nos traen la sopa, y, mientras como, pienso en el jorobado y en Jacques, quienes, en aquel mismo instante, están comiendo la misma sopa. Y la idea de que debemos morir se me antoja increíble. Increíble y estúpida. Evidentemente, nos saldremos de ésta, de un modo u otro. Los rusos llegarán en el último instante, o acaso de pronto llegará la noticia de que está prohibido matar a los judíos. Algo ocurrirá, seguramente. ¿Cómo se podría comer con tanta satisfacción si uno debiera morir?

Una hora después viene a buscarme el soldado. En el despacho, el guapo oficial me enseña una fotografía de Vic.

—Hemos encontrado esta fotografía entre las cosas que le pertenecen a usted —me dice—. ¿Era su amigo? ¿Colaboraba con ustedes?

—No —dijo—. Apenas le conocía.

—Puede hablar libremente; lo ha confesado todo.

Juzgo sumamente ingenua esta pequeña trampa.

—Apenas le conozco y poco importa lo que haya podido contarles.

Entonces el soldado hace pasar a Vic. Éste me sonríe y dice, suavemente:

—Hola, Maniou.

El oficial dice:

—Esta joven sostiene que apenas le conoce y que usted nada tiene que ver con este caso de espionaje.

—Jamás hubo el menor caso de espionaje, en lo nuestro.

—¿Cómo puede usted saberlo si apenas se conocen?

—La conozco muy bien. Fue mi amante. Infórmese. Todos le dirán que así fue. En cuanto a esa historia con los rusos, es absurda.

—¿Por qué no ha confesado ella que le conoce tan a fondo?

—Bueno, ninguna mujer confiesa tan fácilmente estas cosas.

—Puede retirarse.

Vic se vuelve hacia mí:

—Adiós, Maniou. No te preocupes demasiado. Todo acaba por arreglarse de un modo u otro.

Le miro fijamente, sin decir palabra. Cuando ha desaparecido, de nuevo el miedo se adueña de mí. Ni siquiera me hablan ya de Jacques: su suerte está decidida.

—¿Es cierto lo que ha dicho? —pregunta el oficial.

—Sí, es cierto —digo.

Y así descubro que, a pesar de todo, sigo empeñada en salvar la piel.

—¿Cómo puede crearme tan ingenuo, entonces? ¿Y el plano? Vamos, confiese. Sólo así podría salirse de esta.

La audacia y el odio renacen en mí. Nada está decidido todavía y mi situación sigue siendo la misma: sin salida.

—No tengo nada que decir.

—¿No ha oído, esta noche, al muchacho que también se empeñaba en no colaborar, y al que hemos tenido que dar una pequeña lección? Piénselo.

El soldado me acompaña de nuevo a la celda y vuelve a darme un cigarrillo. Cuando estoy sola, llamo al jorobado y le paso la mitad del cigarrillo. Luego le cuento cómo nos han careado, a Vic y a mí, y cómo Vic ha intentado protegerme. El jorobado transmite mis palabras a Jacques y vuelve con una respuesta optimista: Jacques está convencido de que yo

saldré con bien. Si pensar que voy a sobrevivir debe facilitarle las cosas, será mejor mantenerle en esta ilusión.

—Dígale a Jacques que yo también creo ahora que todo se arreglará.

Cuando sólo queda un poco de luz del día suspendida del respiradero, los tres nos deseamos las buenas noches, varias veces. El jorobado y yo nos prometemos recíprocamente despertarnos si algo ocurre. Pero la noche transcurre apaciblemente.

Al día siguiente vienen a buscarme y me pegan. Y no intento jugar con mi orgullo. Me dejo caer al suelo y me cubro la cabeza con los brazos, esforzándome por distender al máximo los músculos. Cuando acaban, me ayudan a levantarme y renuevan mis apósitos.

En mi celda, acostada sobre el vientre, oigo la voz del jorobado, muy cerca, dolorida. Yo me lamento, sin disimulos y le digo cuánto me duele.

—Procure aguantar, señora, mi querida señora, procure aguantar. Le duele, lo sé, pero dentro de una hora estará mejor. Procure aguantar una hora, sólo una hora.

La dulzura de esta voz me hace llorar, y me alivia llorar así por mí misma, por mi espalda dolorida, acunada por estas palabras compasivas que llegan hasta mí desde el otro lado de la pared. Luego dice:

—El señor Jacques me llama.

De pronto, ceso de llorar.

—Sobre todo, no le diga nada.

—Ha oído cuando vinieron a buscarla.

—Pues dígle que han vuelto a interrogarme y que he seguido negándolo todo, tal como le prometí hacerlo.

—Bien, se lo diré.

—¡Espere! —exclamó—. Deme su palabra de que no le dirá que me han pegado.

—Le doy palabra.

No puedo evitar agregar:

—Luego vuelva. Y quédese conmigo.

En cuanto se separa de mí, rompo a llorar de nuevo. Pero ya empiezo a acostumbrarme al dolor y de nuevo siento el frío. Encuentro un caramelo, y, sin dejar de llorar, me lo meto en la boca y tiro suavemente de la manta,

para taparme. El jorobado vuelve y me dice que Jacques está contento y se siente orgulloso de mí.

—Procure dormir un poco. Yo me quedo aquí, a su lado.

—Lo intentaré —digo—. Pero, por favor, cuénteme algo.

—De buena gana lo haría, pero... jamás he leído otra cosa más que folletines. Y apenas recuerdo nada...

—Cuénteme cualquier cosa, lo que se le ocurra.

—Sí —dice.

Y calla. Me resigno ya a marchar sola al encuentro del sueño, cuando su voz llega hasta mí:

—Ella se llamaba Janka. Era autoritaria y orgullosa, pero yo la quería. Me decía: «Robert —y yo acudía inmediatamente—. Coge la bolsa de la compra y sígueme. Sobre todo, no me hables. Haz como si no me conocieras». Y yo iba detrás de ella, siguiéndola a distancia respetuosa. Miraba su espesa cabellera, que saltaba a cada uno de sus pasos. Cuando llegábamos al colmado, yo dejaba el capazo en el suelo y me ocultaba detrás de un árbol. Janka lo recogía y entraba en la tienda. A veces tardaba mucho en salir. Aprovechaba para jugar con la hija de la tendera. Cuando salía, dejaba el capazo en el mismo sitio y echaba a andar. Yo cogía el capazo y seguía a Janka, siempre a la misma distancia. A veces pesaba mucho y yo me decía con orgullo que ella sola no hubiese podido llevarlo. Delante de su puerta, lo dejaba y esperaba. Ella se volvía, seria y altiva: «Gracias, Robert», me decía. Y desaparecía en el interior de la casa. Otras veces, cuando la veía, estaba saltando a la comba o jugando a canicas. Entonces me miraba como si yo fuese transparente. Sólo cuando salía con su capazo me llamaba: «Robert».

He aquí, pues, en qué piensa el jorobado, encerrado en este sótano, esperando quizá la muerte. ¿Cuál debe ser la vida de este hombre para quien un recuerdo de infancia sobrevive a todos los demás?

—¿Duerme? —me pregunta, en voz muy baja.

—No, no duermo.

—Ha sido una tontería contarle esto.

Le aseguro que no, que no ha sido una tontería. Y agrego:

—Yo me llamo María.

¿Por qué le doy mí nombre falso? ¿Por prudencia? Es ridículo. Entonces, ¿por qué? Tal vez para convencerme a mí misma de que todo esto le ocurre sólo a esta María que no es realmente yo. ¿Y por qué no habríamos de interpretar todos esta siniestra comedia con un nombre postizo? Cuando cayera el telón, después del último asesinato, los actores se irían, sanos y salvos, dejando tras de sí el cadáver postizo de su personaje. Son meras apariencias que sufren y mueren, y sus sufrimientos y su muerte no son reales. Luego, de pronto, pienso que el jorobado apenas ha empezado su historia.

—¿Y Janka? —digo—. ¿Qué fue de ella?

—No lo sé.

—¿Qué edad tenía usted, entonces?

—No lo recuerdo exactamente. Ocho años, tal vez, o nueve.

—Dígame, Robert. ¿Está usted aquí por una causa grave?

—Transmitía cartas entre unos hombres que trabajaban en una red de la Resistencia.

—¿Y no ha entregado a nadie?

—Los cogieron a todos, y ellos me delataron a mí.

—Compréndalo. Cuando le pegan a uno, es difícil resistir.

—Sí, desde luego. Pero yo no era de los suyos. No hacía más que llevar las cartas.

—¿De veras no trabajó con ellos?

—No.

—¿No quiso?

—Creo que desconfiaban de mí. Mi joroba no inspira confianza. Porque soy jorobado, ¿sabe usted?

Se hace el silencio entre nosotros. Luego me llama:

—Ese Vic debió de ser un gran hombre. El señor Jacques me ha hablado de él. Debe de estar preocupada por él.

—No —digo—. Es extraño, pero no pienso en él.

No contesta.

—No sé cómo explicárselo. Ahora que me ha hablado de Vic, desde luego, pienso en él. Fue muy bueno con nosotros.

—Debe de haber conocido mucha, gente que ha sido buena con ustedes —dice el jorobado.

—Sí, pero ¿qué importancia tiene?

—Uno se acostumbra —dice.

Guardamos silencio largo rato. Al fin le pregunto:

—¿Quiere ir a ver cómo sigue Jacques?

—¿Y su espalda...? —dice.

—La espalda me duele mucho menos.

—Bueno, voy en seguida.

Mientras habla con Jacques, me digo a mí misma que las personas como nosotros hacemos mal en rememorar el pasado. Hay en él demasiadas cosas que nos apegan a la vida. Nos invaden sensaciones conocidas y sentimientos estimulantes que conducen a una rebelión estéril. Por el contrario, conviene decirse que nada de lo que ha sido ha tenido jamás la menor importancia, que el estado natural del hombre es el miedo y las tinieblas; que, una vez arrancado a la existencia fácil a la cual está acostumbrado, pierde hasta los sentimientos que creía más reales, más profundos, se convierte en un animal empavorecido, lleno de odio, azotado por el instinto ciego de conservación. Lógicamente, sólo debería aspirar a la paz. Y si esta paz debe llevársela la muerte, ¿por qué no habría de desearla?

Insensiblemente, me hundo en el sueño. Pero no es la muerte la que acude a mí, sino los placeres efímeros de la vida cotidiana. Obnubilada, me dejo arrastrar hacia el remoto pasado en que yo caminaba por las calles, reía, comía, bebía... La escala de valores que he establecido para mi uso particular vacila, y esa vida en la que se anda, se ríe, se come y se toma el sol, esa vida resplandece con toda la verdad del mundo, con la única, la adorable verdad del mundo.

Los días pasan. Se establece un orden que regula mi existencia, y, hasta cierto punto, la hace menos penosa. Aprendo a esperar con impaciencia la comida, a comer con placer, me habitúo al frío, me habitúo, sí, acabo por habituarme a mis visitas al despacho. Y cuando vuelvo de ellas, me habitúo a echarme sobre el vientre, y, gimiendo, a esperar que el dolor disminuya. Robert me hace compañía fielmente, y sigue sirviendo de intermediario entre Jacques y yo. Nos repetimos siempre las mismas palabras triviales

que, por el hecho de atravesar clandestinamente una pared, adquieren un carácter único, excitante, casi insólito. El terror y la espera insoportable de los primeros días se embotan poco a poco. A veces me sorprende encontrando el tiempo largo, simplemente, estúpidamente. ¿Cuántos días han transcurrido así? No lo sé. De vez en cuando alguien, muy cerca, gime o aúlla de dolor. También a esto se acostumbra uno. Es penoso, desde luego, pero sólo en la medida en que te sobrecoge el miedo de que lo mismo puede ocurrirte a ti. A Jacques y Robert les dejan en paz. Sólo a mí vienen a buscarme casi todos los días para llevarme arriba. El joven y guapo oficial sigue intentando hacerme hablar. Pero cada vez parece menos seguro de sí mismo, y empiezo a sospechar que le aburro. Sólo cuando la varilla mágica surge en su mano, su rostro se anima y recobra la llama que conocí en él al principio. Después de cada sesión, me desinfectan y curan las heridas con gran esmero, como siempre. Creo que esto le gusta tanto como pegarme. Y mientras se afana con gestos precisos y leves, jamás deja de deslizarme al oído unas palabras de ánimo. Al fin, llega a olvidarse de mí durante dos o tres días seguidos.

Está acabando el cuarto día que paso sin subir al despacho. La espalda ha tenido tiempo de cicatrizar y ahora puedo dormir de lado. Hoy hemos jugado los tres a adivinanzas. Hemos contado los puntos, y Jacques ha ganado. Antes de acostarnos, como de costumbre, nos deseamos repetidamente las buenas noches. Y por primera vez me olvido de decirle a Robert: «Si ocurre algo, despiérteme». Se me ha olvidado, y él ha dicho, simplemente:

—Buenas noches, María. Duerma tranquila.

Me zambullo bajo la manta y llamo al sueño.

De pronto, me encuentro con los ojos abiertos de par en par mirando un retazo de cielo oscuro todavía y que absorbe ya las sombras de la celda, como una esponja. ¿Por qué me he despertado? En vano intento recordar qué he soñado, qué puede haberme arrebatado al sueño. Tengo miedo... Algo ocurre. Golpeo la pared y llamo: «Robert..., Robert...». No tarda en contestar.

—¿Qué ha ocurrido? Algo me ha despertado... Contésteme, Robert.

—Ha habido una ejecución.

—¿Quién ha sido?

—No lo sé.

Me agarro a los barrotes del respiradero. En el fondo del patio distingo una forma caída en el suelo. El hombre ha caído hacia delante, estirado. No forma, como el que vi la otra vez, un montoncito miserable... Éste ha conservado su talla y su apariencia humana. Me ha parecido ver la palidez de un cráneo afeitado. Todavía está oscuro. Vuelvo a acostarme.

—Otro más —le digo a Robert—. ¿De veras no sabe quién es?

—No lo sé.

El pequeño jorobado lo ha dicho gritando. Él, que jamás levanta la voz.

—Vaya a ver cómo está Jacques.

—Duerme —me dice—, duerme.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque no le oigo moverse.

—Despiértele. ¿Me oye? Despiértele.

—Sea razonable, María. Más vale dejarle en paz.

—Despiértele inmediatamente.

No, Jacques no lleva afeitada la cabeza. Ayer mismo me dijo que no se la han afeitado. Silencio en la celda contigua.

—¿Dónde está usted?

—Aquí.

Sigue junto a la pared. Le digo:

—¿Por qué no quiere despertar a Jacques?

—Ahora voy a hacerlo.

Le oigo caminar. Vuelve muy pronto, demasiado pronto.

—Sigue bien —dice.

—Vaya y pregúntele cómo se llama mi madre, y dígamelo luego.

Esta vez calla y no se mueve. De un salto, me encaramo en el taburete, crispadas las manos en los barrotes. Casi ha amanecido. Y lo veo. Veo la chaqueta parda, la chaqueta de Jacques, las botas negras de Jacques. Su cabeza descubierta, sobre el suelo helado, parece desmesuradamente grande. Suelto los barrotes y me desplomo al suelo. Digo «No» varias veces. Maquinalmente, como si fuese preciso decirlo, aunque no lo crea. Luego llamo a mi madre y cuando aparece le digo: «Lo han matado». Y

mamá dice: «Lo sé, lo sé». «¿Qué será de mí, ahora?». «Nada», dice ella. «Nada. Hay que esperar. Lo tuyo no ha terminado todavía». Me levanto y chilló: «Si esto es lo que has venido a decirme, puedes volverte al sitio de donde vienes. Ya sé que una madre siempre debe llevar consigo la esperanza, siempre la esperanza. Pero yo escupo en esa esperanza que me traes, ¿me oyes?».

Entonces, de pronto, tengo conciencia de estar chillando en una celda vacía. Sé que si no me detengo inmediatamente no podré detenerme jamás. Guardo silencio. Oigo que llaman a la pared y me llaman:

—María..., María...

Pero ya no me interesa.

El guardián me trae café y me ofrece un cigarrillo. Meneo la cabeza negativamente. Lo enciende y vuelve a ofrecérmelo. Cuando ha salido, lo arrojo al suelo y lo aplasto con el pie. Luego cojo el tazón con ambas manos y sigo sosteniéndolo así hasta que se enfría. Ahora el respiradero se encuentra a una altura incalculable. Jamás podré volver a alcanzarlo.

Un poco más tarde vuelvo al despacho. Maquinalmente, empiezo a quitarme la ropa.

—No —dice el oficial—. Ya no le pegaremos más. La fusilaremos.

Entonces vuelvo a ponerme el abrigo. Advierto que su colega, el gordo, también está presente, más otros dos a quienes no conozco. Una inmensa ternura se adueña de mí, por todos ellos, y sobre todo por el joven que me ha dirigido la palabra. Y digo:

—Gracias. Muchas gracias.

Él cree que no lo he entendido y repite:

—Te fusilaremos.

Y como sigo mirándole con calma, imita el gesto de disparar y el sonido de la descarga. Y yo repito:

—Gracias, muchas gracias.

Se encoge de hombros y se vuelve hacia los otros.

—¿No estará un poco...? —dice uno de ellos.

Y se lleva el índice a la frente.

—Oh, no... —dice el oficial guapo—. La conozco bien.

—¿Entonces...? —dice el otro.

—Finge, hace comedia.

Otro se acerca a mí y chilla. Chilla largo rato. Me insulta, y me promete matarme como a un perro. De pronto se detiene.

—¡Se ríe! —exclama—. ¡Se ríe! ¡Y yo no me daba cuenta! No podemos ejecutarla por las buenas. Sería demasiado fácil. ¡Tiene que hablar! A la larga lo conseguiremos. ¡Os juro que lo conseguiremos!

Y sale dando un portazo. Me llevan de nuevo a mi celda. Miro el respiradero. Ahora me parece a mi alcance. Subo al taburete: el patio está desierto. Y la celda contigua también. Me acuesto. Muy avanzada la noche, me duermo, con un sueño sin sueños.

Al día siguiente el soldado me trae un cubo de agua caliente y un pedazo de jabón.

—Para que se lave —me dice.

—No tengo ganas de lavarme.

—Tiene que lavarse para salir de aquí.

—No quiero salir. Me han dicho que me fusilarán.

—Yo no sé nada. Tiene que lavarse.

—¡Pero si me han dicho que me fusilarán!

—Cuando uno está condenado la muerte llega siempre. Aquí o en otra parte. Vamos, dese prisa.

Sale, y le oigo llevar cubos a otras celdas. Me parece que también le lleva uno al jorobadito. Me desnudo. Mi cuerpo se vuelve azul, de frío. El contacto del agua caliente provoca una olea de escalofríos que llevan a la superficie un dolor oscuro que me pesaba en lo más hondo de mi ser. Mientras tanto, mis manos cumplen escrupulosamente su tarea. Me froto con la recia manta parda, evitando tocarme la espalda. Ya no tengo frío. Una sensación de bienestar físico intenta filtrarse bajo el dolor, y, al no encontrar paso, se reabsorbe. El jorobado golpea la pared. Le odio, por el solo hecho de que sigue viviendo, y no le contesto. Me siento de nuevo y contemplo el agua en la que me he lavado. Contemplo la suciedad que he arrancado de mi cuerpo. Y la echo de menos. Ahora tengo la impresión de ser más vulnerable. Como si hubiese vuelto a la condición humana, en la que no hay lugar para los dos a la vez: yo y mi dolor.

El guardián vuelve a recoger el cubo. Me ofrece un cigarrillo y yo no me muevo. Lo enciende y me lo pone entre los dedos. Cuando sale de la celda, lo arrojo al suelo, pero, esta vez, no lo aplasto con el pie. Miro la quebradiza columna de humo que asciende en espiral, y después me agacho lentamente, recojo el cigarrillo y me lo llevo a los labios. El jorobado vuelve a llamar. No quiero oírle. No quiero volver a oír jamás el nombre de Jacques. Me llama varias veces. ¿Por qué no me deja en paz de una vez? Vive; sabe que va a salir de aquí, y debe de estar loco de alegría. ¿Por qué no? Alegría suprema de arrastrar su cuerpecillo deforme entre las burlas y la compasión de los demás. Permanecerá solo en su rincón, temeroso, espiando, escuchando para tener así la impresión de vivir. ¿Por qué se aferra a su vida miserable? Sigue llamando. Casi deseo que muera, ese enfermo por quien ayer sentía una compasión amarga y vergonzosa. Pero ya no hay piedad en mí, ni ningún otro sentimiento humano. Estoy tan hundida, tan baja, que las palabras humanas no podrían llegar hasta mí.

Por fin, el jorobado, desalentado, guarda silencio. Y yo corto el contacto con el exterior, con mi pasado, conmigo misma. El frío, más cruel que nunca, me devolvió la conciencia en la caja de un camión, con una mano atada a una mano desconocida. Somos muchos, y estamos amontonados unos encima de otros. También hay dos alemanes con metralletas. Cuando el camión arranca, me esfuerzo por separar las piernas cuanto puedo, con el fin de conservar el equilibrio. La velocidad afila el viento y, con la mano que tengo libre todavía, me levanto el cuello del abrigo.

AL ABRIGO DEL TIEMPO

Rechazo el cuerpo que se ha derrumbado sobre mí y vacilo todavía un instante, luchando por recobrar el equilibrio. Después mi mano derecha, atada, cesa de tirarme del brazo. El camión se ha detenido. El viento, perdida su tensión, flota perezosamente. De pronto el silencio se hace añicos: gritos, ladridos, voces alemanas que nos azotan. Nos ordenan que nos apeemos: «*Schnell!*». De dos en dos, torpemente, a causa de las esposas que nos sujetan, saltamos del camión. Éste se aleja. Los cuatro S. S. que nos han escoltado se quedan con nosotros. Nadie se atreve a hablar. Nos encontramos en las proximidades de un edificio bajo, sombrío, con escasas ventanas. La espera se prolonga y poco a poco el aire se endurece de nuevo y nos rodea el rostro con una ganga de mármol. Finalmente se abre una puerta. Nos obligan a entrar por un pasillo encalado con una hilera de puertas pintadas también de blanco.

—Es un manicomio —dice alguien.

Una mujer despierta de su sopor y empieza a llorar. El látigo de un S. S. corta en seco sus gemidos.

Nos separan en dos grupos: los hombres a un lado y las mujeres al otro. Los hombres desaparecen por una de las puertas y apenas tengo el tiempo justo para divisar la sonrisa tímida del jorobadito, que busca mi mirada.

—¿Te mueves a propósito para hacerme daño? —dice la mujer a la que estoy atada.

Me encojo de hombros.

—¡Puerca! —me arroja a la cara.

Acaba de encontrar la palabra mágica que le permite volver a entrar en la vida. Así se agarra a una maldad familiar, tranquilizadora, su arma de defensa habitual contra el mundo.

Los dos S. S. que se han quedado con nosotros encienden sus cigarrillos. El olor del tabaco despierta en mí, como en un cosquilleo, un viejo deseo adormecido. Experimento con fuerza la necesidad de realizar una vez más uno de esos ademanes tantas veces ejecutados maquinalmente, sin pensar, y que ahora cobran una importancia extrema. Y siento también que tengo hambre, y frío. Todo esto significa que estoy viva. Y, por tanto, que voy a sufrir. Si mi cuerpo ya se anima, recobra sus deseos y su actividad, mi cabeza seguirá su ejemplo, y será intolerable.

Nos hacen entrar en una estancia pequeña, apenas amueblada con una mesa y un taburete de madera blanca. Las paredes aparecen cubiertas de armarios. Una mujer ceñida en una blusa blanca, una polaca, nos dice:

—Desnúdense y dejen las ropas en el suelo. Ahora se ducharán.

Los S. S. nos retiran las esposas. Pasamos unos instantes friccionándonos las muñecas.

—*Schnell!*

Entonces, con gestos torpes, nos desnudamos. Desnudas, salimos al pasillo. Debemos recorrerlo en toda su longitud para llegar a las duchas. Andamos una detrás de otra. Las mujeres caminan encorvadas, con una mano en los senos y la otra delante del sexo, avergonzadas de su cuerpo y consiguiendo así, únicamente, subrayar ridículamente lo que intentan disimular. Avanzan a pasitos apresurados, como si las baldosas del suelo les quemaran los pies descalzos y las nalgas temblonas. Los alemanes se divierten. Nos señalan con el dedo, riendo.

Después de una ducha helada, nos dejan esperando toda una eternidad, con el cuerpo azulado por el frío. Finalmente nos devuelven las ropas. Las han sometido al vapor, y todavía están calientes. Al vestirme, experimento una sensación de bienestar como no la he sentido en toda mi remota existencia de niña mimada. Vuelven a ponernos las esposas y salimos, siempre escoltadas por los S. S. que ahora parecen deseosos de terminar de una vez.

Por la calle, los viandantes se detienen un momento para mirarnos, y después se alejan apresuradamente. No sabemos dónde estamos ni adónde vamos. Cuando se abre ante nosotros un enorme edificio rodeado por una verja, comprendemos que hemos llegado a nuestro destino. Los S. S. nos conducen a una oficina, donde, después de quitarnos por última vez las esposas, entregan unos papeles al suboficial que está de guardia. Luego se retiran. El suboficial nos cuenta en voz alta: una, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Una mujer de edad intermedia, vestida con severa elegancia, ha entrado detrás de nosotros. Se acerca a la mesa y examina los papeles. Luego llama:

—María Janczewska.

Avanzo un paso.

—Ven.

La sigo por pasillos y escaleras, subiendo, bajando. He vuelto a hundirme en el estado de indiferencia en que me encontraba al salir de la Gestapo. Me niego a interesarme por lo que puede ocurrirme todavía. La mujer abre una puerta con una de las llaves del gran manojó que lleva al cinto, y tiene que empujarme para que entre. Cinco pares de ojos se clavan en mí, sin que por ello cinco pares de manos interrumpan su labor. Las cinco mujeres están sentadas detrás de una mesa larga y cada una tiene delante de sí un montón de calcetines. Nadie dice palabra. Voy a sentarme a un extremo del banco. A mi lado, una voz murmura:

—Se ha ido.

La que ha hablado es una viejecita cuyos cabellos grises aparecen peinados en dos trenzas. No tengo tiempo para asombrarme ante la incongruencia de aquel peinado de niña. Las cinco mujeres hablan todas a la vez, y me formulan preguntas con tanta rapidez que no logro comprenderlas. Las miro, una tras otra: jóvenes o viejas, todas llevan trenzas.

—Bueno —dice una mujer de unos cuarenta años, cuando se hace un silencio—, ésta no pasará mucho tiempo aquí. ¿Me has oído? No te doy más de tres meses antes de que revientes.

—¿Y a mí qué? —digo yo, sonriendo—. Pronto van a fusilarme.

—Vaya, Henriette —dice la misma, alegremente—, ahí tienes a una compañera.

Henriette es una muchacha muy bonita, campesina sin duda, que está de pie y me mira tranquilamente con sus grandes ojos azules.

—¿No te han dicho cuándo? —me pregunta.

—No. Me han dicho que pronto.

—También a mí me dijeron que sería pronto, y ya llevo tres meses aquí.

Habla con una voz neutra, sin expresión ningún sentimiento en particular. Se limita a hablar.

—Nunca se sabe —añade.

Y vuelve a su tarea de remendar calcetines.

Por la puerta que acaba de abrirse, alguien arroja al suelo un vestido de tela gris, una pañoleta y un par de zuecos. Las mujeres bajan la cabeza y el movimiento de las agujas se acelera. Fuera, la llave gira y unos pasos se alejan.

—Es para ti —me dice Henriette, y, con el mentón, me señala las ropas que han tirado al suelo—. Quítate tu vestido. Puedes conservar la combinación, pero no las bragas. Las condenadas no tienen derecho a bragas. Date prisa. Si ella vuelve y te encuentra así te pegará. Sus llaves hacen mucho daño.

Me gustaría decirle a esa moza que no se preocupe por mí, que se guarde sus consejos, que me deje en paz. Que sólo necesito la maldad y la tontería humanas; que no debe intentar turbarme con su amistad; que, de todas maneras, igual escupo en todo, y que no vale la pena. Pero la muchacha ya no me mira y tiene los ojos bajos, fijos en su labor. Es la única que trabaja de pie. Hasta bajo aquellas ropas informes se adivinan sus senos altos, su cintura estrecha y las caderas ligeramente insinuadas de una adolescente apenas formada. Entre ella y yo está sentada la vieja cuyas trenzas grises enmarcan grotescamente su rostro avejentado; tiene los ojos húmedos, como los de un perro viejo, y sus dedos deformados, temblorosos, torpes, se empeñan en enhebrar una aguja. Más allá, moviéndose con gestos rápidos mientras sus ojillos escudriñadores no se pierden nada de cuanto ocurre a su alrededor, la mujer que me ha predicho un breve porvenir en la prisión. Al otro extremo del banco hay una muchacha, o una mujer joven,

gorda y bobalicona, y una mujer de unos cincuenta años que da una impresión de orden severo y de limpieza vigilante, a pesar de las ropas que la obligan a vestir y del ridículo peinado; tiene un rostro duro, cerrado, pero inteligente.

La estancia es espaciosa y está bien iluminada gracias a sus tres ventanas. El suelo de madera blanca es impecable. Hay cuatro hileras de literas superpuestas en tres pisos, cada una de ellas cubierta con una manta parda, irreprochablemente ribeteada. En un rincón, el inevitable cubo, pero con una tapadera tan brillante que se diría que constituye un elemento decorativo de la estancia. Encima de un estante, bien alineados, se encuentran doce tazones de metal. Después de pasar por los sótanos de la Gestapo, todo esto puede considerarse casi confortable. Con mi abrigo puesto no tengo frío, pero las otras mujeres interrumpen a menudo su tarea para frotarse las manos. Pronto tendré tanto frío como ellas. Sólo conservo la combinación, encima de la cual me pongo el vestido gris. Introduzco los pies en los zuecos y me ato la pañoleta al cuello. Los zuecos son demasiado grandes para mí, y el vestido me cuelga por todos lados lastimosamente. De pronto me parece haberme convertido en una vieja sin formas. Miro a Henriette, y observo que se ha entrado un poco las costuras en la cintura y bajo los senos. ¿Por qué no habría de cuidar de su aspecto una condenada a muerte? Apruebo su actitud, y me prometo imitarla. La mujer de los ojos escudriñadores se echa a reír.

—¡Mírala cómo ha cambiado! ¡Le quitas las lindas ropas, y mira lo que queda!

Ahora todas me miran. Luego la mujer morena me dice:

—Recoja sus cosas, niña. Haga un paquete. Y cámbiese el peinado. Aquí todas debemos peinarnos igual.

Hay en su voz una dulzura que no cuadra con su rostro de expresión dura. Entonces, la otra, la de los ojos escudriñadores, dice, casi chillando:

—¡Zorra! ¡Ya has encontrado a otra cerda como tú para jugar a la aristócrata!

—Dese prisa —se limita a decir la morena.

Recojo mis vestidos y hago un paquete con ellos. Detrás de mí, alguien llora. En este momento la llave gira en la cerradura sin que nadie haya oído

pasos. Y entra la guardiana. Tengo el paquete a punto. Las mujeres, con los ojos bajos, trabajan. Sólo la vieja, cegada por las lágrimas, no consigue dirigir la aguja. La guardiana se acerca. Se oye el tintineo de unas llaves antes de que el manojo caiga sobre la cabeza canosa.

Cuando la guardiana cierra la puerta tras de sí, la vieja está caída en el suelo, con el rostro cubierto de sangre. No me muevo. Estoy bien amaestrada. Henriette y la morena levantan a la vieja y la depositan en una litera. Le secan la cara con el reverso de la falda. La vieja vuelve poco a poco en sí y gime como los niños en plena noche.

—Hubiéramos podido cobrar por culpa de esa carroña —dice la mujer de los ojos pequeños.

Entonces la morena avanza dos pasos hacia ella, con expresión dura en el rostro. Pero, cambiando de parecer, se detiene.

—Asquerosa —se limita a decir.

Pero la otra se arroja hacia ella, aguja en ristre. La morena la coge por un brazo, la inmoviliza y la abofetea con fuerza. Todo ello con gran habilidad y precisión. En silencio, las mujeres reanudan el trabajo. En su litera, la vieja parece dormir.

Voy a sentarme de nuevo. Con los brazos encima de la mesa, apoyo la cabeza en ellos, una cabeza cuyo peso aumenta sin cesar y que da vueltas constantemente... Me sumerjo en agua helada. Primero los pies, después las piernas y los muslos. Penosamente, me adentro por el agua, cada vez más profunda. Ya me llega a la cintura, a los senos, al cuello... Luego la siento hasta debajo de la boca. Y ya no me atrevo a moverme. Debería gritar..., entonces volvería a sentir el suelo de madera blanca bajo los pies, vería los ademanes tranquilizadores de las mujeres, las oiría respirar. Abro la boca, por la cual entra ya el agua... y, en un último esfuerzo, grito. Me despierto, helada de la cabeza a los pies. La noche ha llegado y una bombilla eléctrica distribuye una luz amarilla.

Las mujeres ordenan su labor, reuniendo los calcetines por parejas, cuidadosamente. La puerta se abre de par en par. Entran dos prisioneras que traen una marmita grande, y, detrás de ellas, la guardiana con un cucharón. Las mujeres se ponen en fila, cada una con su tazón en la mano. Yo me pongo en la cola. El líquido pardo en el que flotan mondaduras de patata me

quema deliciosamente. A mi lado, la muchacha gorda bebe directamente del tazón y la sopa le resbala por el mentón. Sus ojos se animan. Cuando ha terminado, suspira y me sonrío. Yo le sonrío a mi vez porque de pronto descubro que es la persona más simpática que he conocido. Henriette come de pie, sin apresurarse. Su rostro permanece inexpresivo. Me pone nerviosa.

—¿No puedes sentarte un rato, para variar?

La muchacha no contesta. La gorda me dice:

—No le queda carne en las nalgas. Se le pudren y se le caen a trozos. ¿No notas ese olor a podre? ¡Con lo que llega a molestarnos!

Bajo los ojos para no ver aquella figura estúpida ante mí y sobre todo a la otra, que sigue comiendo tranquilamente, de pie. Por fortuna, se apaga la luz. Las mujeres van a acostarse en tinieblas. Yo no me muevo. La puerta vuelve a abrirse y el brillo duro de una lámpara de pilas me hiere en los ojos. La guardiana entra con cuatro prisioneras.

—Tú dormirás con ésta —me dice.

Luego se hace la oscuridad nuevamente. Alguien me toca en el hombro.

—Ven —dice una voz fatigada—. Tenemos que acostarnos. Yo empiezo a las cinco, mañana. Trabajo en los lavaderos.

Una mano fría y arrugada se adueña de la mía. La sigo. Nuestra litera es una de las de abajo.

—No te quites la ropa. Hace demasiado frío.

Me echo en el camastro, al lado de la mujer, y nos cubrimos con la manta. Procuro preservar mi cuerpo de todo contacto doloroso.

—Acércate —dice la mujer—. Hay que apretarse mucho, de lo contrario se pasa frío.

Mi compañera es gorda y fofa, pero, pocos momentos después, siento que me invade un agradable calorcillo.

—¡Qué pies tan helados! —me dice mi compañera—. Mala circulación.

Inmediatamente después la oigo roncar. En los cristales bañados de luna florece el hielo. Luego, de una de las literas de arriba, desciende una voz:

—Santa María madre de Dios... ¡Me las pagarás, zorra...! ruega por nosotros...

En todo mi cuerpo se multiplica el hormigueo de los piojos y las pulgas. Me rasco suavemente para no despertar a mi compañera. Tengo los dedos

helados, todavía. Y pienso súbitamente en la vieja, a la que no sé oye gemir. Quizá esté muerta. Es posible, pero no tiene importancia. Y entonces me duermo.

Me despierto con las rodillas junto a la nariz, temblando. Mi compañera ha desaparecido. Asomo la cabeza por debajo de la manta. Es de noche todavía. La luna ha abandonado los cristales y apenas adivino las ventanas gracias a que, en ellas, la sombra es un poco menos densa. Me froto vigorosamente los muslos.

Suena una campana. Alguien salta de la cama, y unos pies descalzos golpean el suelo de madera.

—¡A darse prisa! ¡Dentro de cinco minutos el informe!

—¡Vete al cuerno, con tu informe! —responde una voz soñolienta.

Inmediatamente surge un huracán de insultos.

—No se acalore así, tan temprano, señora Thérèse —dice la voz tranquila de Henriette—. Es muy malo para la salud.

—¡Vaya con la pobre viviente, que da consejos! —dice Thérèse, indignada.

Oigo que todas se levantan y yo lo hago también. Busco mis zuecos y no los encuentro. De rodillas en el suelo, los busco, a tientas. Alguien me pisa la mano. Y lloro, procurando ahogar mis sollozos. No porque me hayan hecho daño, sino, simplemente, porque no puedo más. ¿Qué hago aquí todavía, Dios mío? Debí haber terminado con todo hace tiempo. La lámpara se enciende. Me sueno con los bajos de mi vestido, y al fin encuentro mis zuecos.

—Hazte las trenzas en seguida —me dice la mujer morena.

Me peino con las uñas, y, rápidamente, trenzo mis cabellos. Nos alineamos en dos hileras, detrás de la mesa, e inmediatamente aparece la guardiana, elegante, impecable.

—Thérèse Wolska comunica que hay seis mujeres, ninguna ausencia y ninguna enferma —dice la mujer de los ojillos de hurón, que está en la primera fila.

Entra una prisionera y deja encima de la mesa una enorme canasta llena de calcetines. La guardiana me mira.

—Tú harás los látigos.

Ponen ante mí unos pedazos de cuero y unas tijeras. La puerta vuelve a cerrarse y nos quedamos solas. Las mujeres cuentan los calcetines y los distribuyen en cinco montones. Henriette, de pie, enhebra la aguja. La vieja también se dispone a trabajar, con la cara hinchada. El hilo, entre sus dedos temblorosos, se niega obstinadamente a pasar por el orificio de la aguja.

—Puesto que eres nueva... —me dice Thérèse—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—María.

—Bien, pues empezarás por barrer el suelo. Toma, aquí tienes el cepillo. Y frota bien por todo, hasta debajo de las literas. Si dejas una sola mota de polvo, te van a dar.

—¿Con esto? —pregunto, contemplando una especie de cepillo para las uñas.

—Arréglate. No hay otro.

Me agacho y empiezo a frotar.

—¡Qué torpe! ¡Hay que empezar por un rincón y seguir siempre la misma dirección!

Dócilmente, voy a un rincón. Pero en cuanto me agacho, la espalda me duele, y me detengo.

—Me parece que no has trabajado mucho, en tu vida —observa la gorda, con desdén.

Thérèse se acerca a mí.

—Esto no es trabajo para una chica delicada como tú.

No contesto.

—Podemos llegar a un acuerdo. Yo trabajo por ti y tú me das tu ración de pan.

—¿Qué pan?

—Lo traerán en seguida. No es mucho, ¿sabes? Un pedacito. Lo digo por hacerte un favor.

Hago un esfuerzo para no arrojarle el cepillo a la cara.

—¿Qué, sí o no?

La espalda me duele cada vez más. Me incorporo penosamente, dejando el cepillo en el suelo. Las mujeres están rehaciendo sus camas. Thérèse ha cogido el cepillo y frota con una rapidez prodigiosa.

La campana vuelve a sonar y nos alineamos ante la puerta, cada una con tazón en la mano. Nos dan un cucharón de un líquido pardo y tibio, y una rebanada de pan negro: nuestra ración de pan para todo el día. Bebo el líquido, que pretende pasar por café, y miro a Thérèse, que devora las dos rebanadas de pan. Henriette ha dejado su tazón en el suelo, junto a su cama. De debajo de ésta, saca unos trapos y los moja en el tazón. Me acerco a ella.

—Déjame hacerlo a mí. He trabajado en un hospital militar.

Sin decir palabra, se vuelve y se levanta el vestido. Un olor fétido asalta mi garganta. Sus nalgas son una pura llaga, y cuando pasa por encima de ella el trapo empapado, se desprenden pedazos de carne.

—Será mejor que te eches en la cama —le digo.

—No vale la pena. Así va bien. —Y no se mueve.

—Deja un trapo encima y los sujetas con lana de zurcir —dice, luego—. Así, muy bien.

Se baja el vestido y yo me quito el mío.

—Mírame la espalda.

Sus dedos me tocan con delicadeza.

—Está hinchado. Parece un absceso. No está maduro todavía. Te aplicaré un trapo mojado. Así madurará más de prisa. Debe de dolerte mucho.

No contesto. Desde luego, me duele mucho, y hay momentos en que el dolor se me antoja insoportable. Pero ¿qué contestar a esta muchacha que no puede sentarse y cuya carne se desprende como la corteza de un árbol muerto?

Volvemos a sentarnos a la mesa. El frío es penoso, y, además, tengo hambre. Miro fijamente la enorme estufa de porcelana, que parece exhalar aire helado. Siento fija en mí la mirada de Henriette.

—Hay que trabajar —dice—. Corta el cuero en tiras muy estrechas. Primero corta todo el cuero. Luego te enseñaré cómo se hace.

Cortar el cuero. Es fácil decirlo. Aunque apriete las tijeras con todas mis fuerzas y con ambas manos no logro ni siquiera marcarlo. Pruebo en otro punto de la pieza con la vana esperanza de que esté más blando. Sólo consigo que me duelan los dedos.

—Si me das la sopa de mediodía, te corto algunas tiras —me dice Thérèse.

—¡Ni sopa ni pan! —protesto, enfurecida, sintiendo que el hambre me roe las entrañas.

—¡A ti te van a dar! —concluye filosóficamente Thérèse.

—¡Y me dolerá a mí! No a ti, ¿verdad? —contestó enfurecida.

Thérèse se suelta el pelo:

—¡Mirad, chicas! Nadie sabe quién es... y está condenada a muerte. No se condena a muerte a la gente por nada. ¿No serás por casualidad una puerca judía? ¡Como esa gentuza es tan astuta! ¡Yo sé de muchas judías que se disimulan y todavía levantan el gallo!

Me echo a reír. Está prisionera, como yo, y todavía pretende asustarme.

—No digo que seas judía, pero sé de alguna que lo son, y si creen que van a salir con vida de esto, se equivocan.

Y mira ostensiblemente a la mujer morena.

—Eh, tú, Swodoba, vamos a ver: ¿de dónde eres? ¿Sabes?, vivo en Plonsk desde hace cuarenta años y lo conozco de pe a pa. ¿Verdad, Wanda?

La gorda asiente con la cabeza.

—A ti te conozco bien. Conozco también a la madre Bradziecka —y con la barbilla señala a la vieja—, y a las dos que trabajan en los lavaderos, y a las dos de la cocina. A esas dos mocosas condenadas a muerte, en cambio, no las conozco, pero, de todos modos, están listas. ¿Y tú? ¿Eh, Swodoba? A ti sólo te han condenado a un año de prisión, ¿por qué?

—¿Y a ti qué te importa?

—Puede importarme mucho. Un día fui a Plonsk y compré tela en la tienda de unos judíos. Pues bien, había allá una judía que se te parecía mucho.

Swodoba se encoge de hombros. La observo: es muy morena, tiene una nariz grande y cejas muy espesas, que se tocan. Esto le confiere cierto aire oriental. Pero sus ojos son fríos, sus labios despectivos y ni un músculo de su rostro se estremece. No, es imposible. ¿Cómo podría representar tan perfectamente la comedia una judía de su edad?

—Con razón podemos decir que debemos agradecerles eso que han hecho, de librarnos de todos esos judíos —dice la gorda Wanda.

La vieja Bradziecka abre los labios tumefactos:

—¡Piojos sarnosos! ¡Bien hecho!

Henriette trabaja sin levantar los ojos. Thérèse me mira.

Hago una nueva tentativa para cortar el cuero.

—¿Y tú que dices, María?

¡Con qué placer le escupiría a la cara! ¿Qué es lo que me detiene? ¿Acaso no estoy condenada? Mis cuatro años de amaestramiento, dé disimulo y de engaño me atan de manos y pies. Guardo silencio.

—Puede que tengas buenas razones para callar —dice Thérèse—. ¿Es así, no?

—Déjala en paz. Está en la cárcel como todas nosotras —dice Swodoba.

Thérèse no responde. Ello me sorprende tanto que levanto los ojos para mirarla. Thérèse está mirando a Swodoba con expresión maligna. Adivino que su espíritu trabaja con tal intensidad que ni siquiera puede hablar. Wanda se lanza a una descripción detallada de los platos que se servían en casa de los señores Rok, donde trabajaba como chica para todo. Y todas la escuchamos, hechizadas. Siento el olor de los asados, y noto en la boca el sabor de las salsas. Hasta Henriette ha dejado de coser. La vieja Bradziecka, con sus labios hinchados, aporta sutiles modificaciones a las recetas.

—¿Y tú, María, qué escoges?

La voz de Henriette suena clara y alegre. La auténtica voz de una chiquilla. Sin vacilar, contesto:

—Una tortilla.

Era lo que más odiaba, en casa. Podía pasarme una hora delante de mi plato, revolviendo la comida en la boca sin decidirme a tragar un bocado. «Come, querida —decía mamá—: Come; si no, no crecerás». Y héteme aquí, crecida, y deseando con todas mis fuerzas comer una tortilla que jamás podré probar. La campana suena por tercera vez en la jornada. Nos alineamos junto a la puerta que, poco después, se abre.

Escoltadas por nuestra guardiana pasamos por el largo pasillo desierto. Bajamos una escalera, y nos adentramos por otro pasillo, fiel réplica del primero. A un extremo del mismo, un prisionero con la cabeza afeitada está barriendo. En cuanto oye que nos acercamos, se adosa a la pared y nos vuelve la espalda. La mirada de las mujeres se fija en él. La gorda Wanda se

relame los labios, como una niña a la vista de una golosina. Nuestros zuecos golpean el suelo produciendo un ruido infernal. Los míos a cada paso amenazan abandonarme. Encojo los pulgares para retenerlos y acabo por sentir calambres. Entonces introduzco los pies hasta la misma punta de los zuecos y los arrastro, caminando sin doblar las rodillas. Henriette sigue detrás de mí.

—Anda más de prisa —me susurra.

Se abre un portalón ante nosotras; en el patio, otras prisioneras esperan, amoratadas por el frío. Nos sumergimos en un baño helado. Me parece no haber experimentado jamás un frío como aquél. Recibo el aire como un puñetazo en el fondo de la garganta. Nos colocamos en fila y empezamos a dar vueltas por el patio. Inmediatamente resbalo en el suelo helado. Varias veces pierdo el equilibrio. Henriette me sujeta. El frío se agazapa bajo mi vestido y sube a lo largo de mis piernas. Pocos instantes después, mi cuerpo deja de pertenecerme. Me encuentro presa dentro de una coraza de mármol. Respiro con precaución, apretando los dientes. Ahora me dejo deslizar, arrastrada por mis zuecos, incapaz de dominar el resbalón. Detrás de mí se oye el ruido de una caída. Una vez más la mano segura de Henriette me sostiene. En el silencio, silba un látigo y cae sobre un cuerpo. Los golpes se suceden. Después los gritos.

—No te vuelvas —dice suavemente Henriette.

No tengo el menor deseo de hacerlo. Todo esto me es absolutamente indiferente. Pongo una mano delante de mi boca y respiro por entre los dedos. El aire penetra así menos dolorosamente en mis pulmones. Por otra parte, ya no siento el frío, de la misma manera que los muertos no deben de sentir el peso de la losa que cubre su tumba.

—¡Más de prisa! —grita la vigilante.

Aceleramos. «¡Más de prisa!». Aceleramos más. Se me vacía la cabeza. La tierra desaparece. Giro. Giro. Luego todo vacila, y vuelvo a encontrarme echada en el hielo. Muy arriba veo la cara de la vigilante. El látigo se levanta.

—No tiene usted derecho a pegar a las condenadas a muerte —dice una voz.

La vigilante contesta con una ráfaga de insultos. Pero el látigo no cae. Alguien me ayuda a levantarme. Hablan todavía, pero lejos, muy lejos, me parece, y no llego a comprender lo que dicen. También me parece que ando, apoyada en alguien. Subo escaleras. Se abre una puerta. Y me encuentro sumida en las tinieblas. Adelanto un pie y encuentro algo blando que cede bajo mi peso. Lanzo a la ventura el otro pie y me hundo hasta la rodilla. Me agacho: me encuentro encima de una montaña de trapos. Me abandono completamente y me sumerjo con voluptuosidad en ese paraíso de blandura. Con ambas manos amontono trapos sobre mi cuerpo y no tardo en calentarme. De pronto, siento miedo. Percibo una presencia, muy cerca de mí. Suspendo el aliento. ¡De buena gana correría ahora al patio y resbalaría sobre el suelo helado, en compañía de otras criaturas parecidas a mí! La tensión llega a hacerse insoportable. De un momento a otro voy a chillar.

—María.

Mis dientes castañetean. Otro susurro:

—María.

—¿Quién es?

—Soy yo, Henriette.

Mi terror se trueca en cólera.

—¿Por qué no lo dijiste en seguida? ¡Imbécil!

—No grites. Puede haber alguien al otro lado de la puerta.

Tengo ganas de gritar de puro alivio, de alegría.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—Nada.

—Ven, acércate. Se está estupendamente bien. Nos han preparado una camita caliente y muy blanda. Dame la mano.

Tiendo la mía, y la agito en todas direcciones.

—Pero ¿qué haces?

—Te busco —dice Henriette.

Me echo a reír. La idea de que las dos estamos haciendo molinetes con los brazos, sin lograr coincidir, me parece de una comicidad irresistible.

—Estás completamente loca —dice Henriette.

Sin duda al dar un paso ha tropezado con los trapos, porque, de pronto, cae en mis brazos. Está helada, todavía. La abrazo estrechamente.

—No, así no puedo —dice—. Tengo que ponerme de costado.

Alargo un brazo y ella apoya la cabeza en él. Amontono encima de nuestros cuerpos una masa de trapos. Permanecemos silenciosas largo rato. Y siento cómo va calentándose lentamente.

—¿Crees que nos dejarán quedarnos aquí? ¡Qué bien se está!

Henriette no responde, pero su mano acaricia suavemente mi espalda.

—¿Tuviste miedo, hace un momento? —pregunta.

—Sí, muchísimo.

—¿Y en el patio?

—No, en el patio no tuve miedo.

—Eres una chica rara —dice—. A veces das la impresión de ser una novata, y otras veces juraría que sabes más que cualquiera de nosotras.

—Más vale eso que lo tuyo —digo yo—. Tú no das absolutamente ninguna impresión.

—¿Estás segura que es verdad eso que dices?

Su mano me busca a través de los trapos y se cierra sobre la mía con fuerza insospechada.

—¿Comprendes? —me dice—. No quisiera por nada del mundo que se me conociera.

Respondo a la llamada de sus dedos que me estrechan desesperadamente. Es todo cuanto puedo hacer, porque lo cierto es que no comprendo nada. Libero mi otra mano y le acaricio los cabellos. Ahora Henriette solloza suavemente.

—¡Tengo tanto miedo de morir! ¡Tanto miedo! ¿Qué puedo hacer para no tener miedo? ¿Crees que nos fusilarán?

—Espero que sí —digo—. Es la mejor de las muertes. La más rápida.

—¿Así que no tienes miedo?

—No.

—Entonces, debo de ser cobarde —dice Henriette, suspirando.

E intenta liberar su mano. Pero yo se la retengo.

—No eres cobarde. Eres la chica más valiente que he conocido. Apuesto a que no despegaste los labios mientras te destrozaban las nalgas.

—No, no hablé —dice.

Y abandona su mano en la mía.

—¿Lo ves? Hay que ser valiente para soportar esto. ¿Qué querían de ti?

—Los nombres de los muchachos que iban a mi casa, que asistían a nuestras reuniones.

Ahora sé ha calmado. Le seco las mejillas empapadas en llanto.

—¿Y a ti, lo de la espalda, por qué te lo hicieron? —pregunta.

—Más o menos por lo mismo.

Aunque me siento muy próxima a ella, inmediatamente me encierro en mí misma. Ni se me ocurre la idea de decir la verdad. Así, con la mayor naturalidad.

—¿Tú tampoco hablaste? —me pregunta.

—No —le digo.

Y es cierto.

—Entonces ¿por qué yo temo la muerte y tú no?

Sólo veo una explicación posible y se la doy:

—Porque tú deseas vivir, y yo estoy harta.

—¿Qué edad tienes?

Tengo veintitrés años, pero según mi documentación falsa sólo diecinueve. Sé que voy a morir y que esto ya no tiene importancia.

—Tengo diecinueve años —digo.

¡Hasta este punto la desconfianza y la mentira se han hecho naturales en mí!

—Tenemos la misma edad, entonces —dice Henriette—. ¡Pero yo tengo ganas de vivir, aún! Conocí a un muchacho y quisiera volver a verlo.

—¿Vive todavía?

Unos celos inesperados inmovilizan mi mano acariciadora.

—¿Cómo puedo saberlo? —dice Henriette, como en sueños.

«Tal vez haya muerto», me digo, en cierto modo aliviada. Y vuelvo a acariciarle los cabellos.

—¿Le querías mucho?

—No lo sé. Me besaba. Y quisiera volver a hacerlo, aunque fuese con otro.

Me alejo de ella, de pronto.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Tengo que cambiar de posición. Me duele la espalda.

—Dentro de pocos días podré abrirte el absceso. Todavía no está maduro. ¿Estás mejor, así?

—Sí —digo.

Estoy acostada sobre la espalda, y me duele muchísimo. Entonces la siento que se acerca a mí, suavemente, buscando mi presencia. Lamento mi gesto de hace un momento. No es culpa suya. Una inmensa compasión se adueña de mí. Me vuelvo sobre un costado y el dolor cede. Guardamos silencio. Pegadas una a otra, tenemos calor. Si pudiéramos seguir así hasta el último momento, si el último momento pudiera ser ahora mismo, antes de volver a tener frío...

La puerta se abre. Una silueta de hombre se recorta a contraluz, avanza un paso, se agacha... E inmediatamente después vuelven las tinieblas. Todo ello ocurre tan de prisa que ni siquiera he tenido tiempo de distinguir la forma de nuestro escondrijo ni sus dimensiones. Me libero de los retazos. A gatas, me acerco a la jarra y el pedazo de pan. ¡Qué grande y pesada es! Inmediatamente vuelvo junto a Henriette.

—Toma —le digo—. Sopesa esto.

—Es increíble —dice.

—¿Comemos?

—Poco a poco; es posible que sea la ración de toda una semana.

—Entonces, será mejor que lo repartamos. Coge la mitad y guárdatela, si quieres. Yo me lo como todo. Por una vez quiero llenar el estómago.

Y rompo el pan.

—Escoge.

Sepultadas entre los trapos, sólo asomamos la cabeza y una mano para comer.

—Comes demasiado de prisa —dice Henriette—. Hay que hacer durar el placer.

Tiene razón. Antes de tragar, mastico largo rato, con cuidado, distribuyendo el sabor del pan por toda la superficie del paladar. A medida que la ración disminuye como más lentamente. Al final, hago pequeñas pausas entre bocado y bocado. Un delicioso torpor se adueña de mí. Tengo calor. Estoy bien. Y de pronto me parece monstruoso experimentar ese bienestar cuando él soporta el peso de la tierra sobre su cabeza afeitada. Y

me digo que nada de esto tiene importancia ya puesto que me encuentro en el camino que conduce hacia él. Pregunto a Henriette:

—¿Te lo has comido todo?

—Sí, no he podido evitarlo. En el fondo, tanto me da.

Me parece imposible tener hambre todavía.

—¿Quieres beber?

—Oh, no, en seguida no. Tengo miedo de que si bebo el pan baje más de prisa.

—Quiero volverme del otro lado —me dice Henriette un momento después—. Tengo este costado dormido.

—Yo también.

—Pero entonces nos daremos la espalda.

—Hay que cambiar de sitio.

Henriette pasa por encima de mí y nos acomodamos de nuevo.

—¿Henriette?

—Sí.

—¿Quién es la mujer que duerme conmigo?

—Es Marta. Lava la ropa de los soldados. Son dos las que se dedican a esto. Se pasan el día con las piernas en el agua. No durarán mucho, tampoco.

—¿Y las otras dos?

—Han tenido suerte: les ha tocado la cocina.

—¿Y las que están con nosotras?

—La vieja Bradziecka está completamente chocha. Su hijo, que trabajaba con los alemanes, se ha fugado. Wanda, la rubia gorda, servía en casa de un tipo que escondía a judíos. Por dinero, desde luego. Le encerraron, y a ella también. Sin duda se acostaba con él, porque, según ella, era un santo.

—¿Y Swodoba?

—Nadie sabe por qué está aquí. Swodoba jamás habla de sí misma.

—Parece buena chica.

—Sí, pero no se sabe qué piensa.

—¿Crees que puede ser cierto lo que ha dicho Thérèse?

—Thérèse es una basura. Colabora.

—¿Cómo está aquí, entonces?

—Se pasó de la raya con lo del mercado negro. Cuando vieron que no podían sacarle nada más la pusieron a buen recaudo. No te fíes: es mala.

—A estas alturas ya no necesito desconfiar de nadie.

—Es verdad —dice Henriette, como lamentándolo—, nosotras ya no necesitamos desconfiar de nadie. Pero aun así, Thérèse es capaz de hacernos la vida imposible durante el poco tiempo que nos queda.

—Tal vez no volveremos a verla —digo—, ni a ella ni a las demás.

Henriette se acerca más aún y siento su aliento en mi mejilla.

—¿Crees que van a acabar con nosotras en seguida?

Su voz es tan baja que más adivino que oigo sus palabras.

—Y aunque así fuera, ¿qué importa? Puesto que un día u otro tiene que ser... Hoy has comido, estás caliente y nos dejan en paz. ¿Qué más quieres?

—Cuando dices esto —y su voz tiembla— es que estás segura de que es el final.

De nuevo me dejo arrastrar por la compasión que me inspira.

—Nadie está seguro de nada, hoy en día. Sólo una cosa es segura: no es lógico castigar a una persona y encerrarla en el cuarto oscuro cuando hay que fusilarla.

Henriette me abraza con fuerza.

—¿Tú crees? ¿De verdad?

Tras un silencio, su voz recobra la naturalidad y sale libremente de su garganta.

—Tienes razón. Nadie se divierte encerrando a la gente a oscuras para fusilarles luego.

Su abrazo se afloja. Tiene un poco menos de miedo, y, por tanto, ya no me necesita como antes.

—Estamos bien aquí, ¿verdad?

Henriette no contesta.

—¿Tienes sueño?

—No, pienso un montón de cosas.

—¿Para qué? Lo que ha sido, no puedes cambiarlo. Lo que ha de suceder no puedes impedirlo. Y lo que eres en este momento no tiene ninguna importancia. Cuando se tiene hambre sólo se piensa que se tiene

hambre. Cuando uno tiene frío, sólo se piensa en el frío que uno tiene. Y cuando no se tiene hambre ni frío, se empiezan a pensar tonterías.

—¿Qué otra cosa podemos hacer, aquí?

—¿Y si jugáramos?

—¿A oscuras? ¿A qué?

—Mira, tú piensa en una cosa o un animal. Yo te haré unas cuantas preguntas. Diez como máximo. Si no he adivinado de qué se trata, he perdido. ¿De acuerdo?

—Bueno —dice Henriette, animada.

Me parece demasiado animada y agrego:

—Cuidado. No valen las trampas. No se puede cambiar de objeto si se ve que el otro está a punto de acertar. ¿Empezamos?

—Sí.

—¿Qué longitud tiene?

—Unos dos metros.

—¿De qué material es?

—De piel.

—¿De qué color?

—Moreno, o negro, o blanco o gris. O negro y blanco, o pardo y negro o... así sucesivamente.

—¿Tiene patas?

—Sí.

—¿Corre mucho?

—No, no anda.

—¿Te burlas de mí?

—En absoluto.

—¡Vaya! Tiene patas y no camina. ¿Es vivo?

—No.

—¡Haces trampa! ¡Has cambiado!

—No hago trampas. Te quedan cuatro preguntas.

—¿He visto alguno?

—Sí, es posible.

—¿Los hay en la ciudad?

—Sí, en la ciudad y en el campo.

—¡Vaya!

—¿Abandonas?

—Es un caballo.

—¿Un caballo? No se puede jugar contigo. Eres tonta. Has dicho que no estaba vivo.

—Claro. Se trata de un caballo muerto.

Y se echa a reír. Hacía mucho tiempo que no oía reír así. Espero un momento, pero ella sigue riendo cada vez más a gusto, hasta casi ahogarse.

—Aún eres más tonta de lo que creía.

—¿No... no... no has visto jamás un caballo muerto?

Ahora tiene hipo. Y, de pronto, no lo resisto más y suelto una carcajada irreprimible. Me río de mí, del caballo muerto, del hipo de Henriette, de nuestra estupidez.

—Dame un poco de agua —dice, entre dos hipos—. No puedo más.

Me levanto, los pies se me enredan con los trapos y caigo de rodillas, sin cesar de reír. Logro dominarme lo suficiente para dirigirme hacia la puerta, a tientas. El hipo de Henriette toma proporciones alarmantes.

—Aguanta la respiración un momento —le digo— y se te pasará. No encuentro el jarro.

La oigo gemir, resoplar, hacer esfuerzos por reprimir el aliento. Finalmente se calma y yo encuentro el jarro. Henriette bebe un poco y después dice:

—¿Y si aprovecháramos para prepararnos unas compresas, para tu espalda y para mi trasero?

Y de nuevo se echa a reír como una loca. Empapamos los trapos y, torpemente, los aplicamos en nuestras heridas. Una vez terminada la operación nos acostamos de nuevo. De vez en cuando una u otra se siente acometida todavía por los últimos ataques de risa. Henriette bosteza. Luego oigo su respiración regular. Se ha dormido.

... La puerta de mi habitación se entreabre. Un rayo de luz incide oblicuamente en el suelo. Mamá dice: «Puedes apagar. La niña duerme». El rayo de luz desaparece. Me cubro con la manta hasta la cabeza y me encierro en el calor y el misterio de las noches de la niñez.

—*Raus!*

Instintivamente me cubro más con la manta. Sobre todo, lo importante es no moverse. Es una pesadilla.

—*Raus!*

—Levántate, María. Es el final.

La voz de Henriette suena desprovista de toda expresión. Emerjo de entre el montón de trapos y retazos. La luz de una linterna eléctrica me ciega. Silba un látigo, nos precipitamos, sin intentar siquiera recoger los zuecos. En la puerta nos espera la guardiana. El frío del pasillo nos envuelve y muerde nuestros pies descalzos. Escaleras, más pasillos... Una puerta. Todas las puertas se parecen. ¿Cómo saber adónde conduce ésta? Henriette anda con los ojos bajos, el rostro sin expresión, indiferente. Su máscara del miedo. La mano de uñas cuidadas introduce en la cerradura una llave enorme... Y nos encontramos de nuevo ante Thérèse, Wanda y la vieja Bradziecka.

—A trabajar —dice la guardiana.

Y vuelve a cerrar la puerta. Yo ocupo de nuevo mi lugar. Los pedazos de cuero han desaparecido. Me espera un montón de calcetines. Henriette está de pie, frente a mí. Nos dan aguja e hilo. Nadie dice nada. No hemos oído alejarse los pasos de la guardiana. El cuarto oscuro era demasiado bello para que durara. Volvemos a tener hambre; y frío. Me esfuerzo por sostener los pies en el aire de modo que no toquen el suelo. No es una posición cómoda y es imposible mantenerla largo rato. Doblo las piernas debajo de mí y las cubro con la falda.

—Se habrá marchado de puntillas —dice Wanda.

Thérèse, con los ojos bajos, se afana en su trabajo. Tengo la sensación de que algo ha cambiado.

—¿Dónde está Swodoba? —pregunta Henriette.

Así que era eso. Swodoba ya no está.

—Han venido a buscarla esta mañana —dice Wanda.

—¿Por qué?

—Era judía.

El miedo, del que me había creído libre para siempre se adueña de mí. ¿Miedo a qué? Ridículo. Swodoba había jugado su juego a la perfección,

pero al fin la han descubierto, como no podía menos de ser. Es una cosa corriente y que, además, no me concierne. Wanda sigue explicando:

—Hacia mediodía hemos oído la descarga en el patio. Es todo cuanto sabemos.

—Y, sin embargo, yo hubiese jurado que era cristiana como todas nosotras —dice la voz temblorosa de la vieja Bradziecka—. ¡Qué astutos son, esos judíos!

Thérèse guarda silencio. Su aguja corre cada vez más.

—¿Y tú no sabes nada?

Henriette mira a Thérèse.

—¿Cómo quieres que yo sepa?

Thérèse se encoge de hombros sin levantar la cabeza.

—Sin embargo, tú fuiste quien dijo que era judía.

—Es de suponer que no sería la única en sospecharlo. Además, ¿a ti qué te importa? ¿Sabes que puede costarte caro eso de defender a los judíos? Antes de matarte todavía puedes pasarlo muy mal.

La voz de Thérèse ha recobrado su tono odioso. Pero no levanta los ojos.

Henriette no contesta y reanuda su labor.

—Si era judía, así tenía que acabar —dice aún Wanda.

El incidente ha terminado.

—Henriette, ¿y si nos pusiéramos un par de calcetines? Vamos a pillar una pulmonía si seguimos descalzas.

—No tendríamos tiempo de quitárnoslos...

—¿Y qué importa?

Me pongo un par de calcetines de gruesa lana gris. Henriette sigue cosiendo, descalza.

—Eres tonta —le digo—. Igual lo pasarás.

—No me gustan los golpes.

Y me opone su máscara fría, inexpresiva. Pero ahora ya sé lo que se oculta debajo de ella.

Pasan los días. Los calcetines, el café tibio, la sopa de mediodía, la sopa de la noche, las interminables conversaciones acerca de la comida y de los hombres, que yo escucho y en las que me intereso; las noches en el jergón donde pululan las pulgas, contra el cuerpo blando de una mujer ya vieja, de piernas arrugadas e hinchadas por el agua; los paseos alucinantes por el hielo... La campana, la campana, la campana... que nos ordena levantarnos, comer, salir, acostarnos... Cada día es igual al anterior, y, sin embargo, es un día único. Se eterniza hasta la campana de la noche, y cuándo una se acuesta es para la última noche, pero es indispensable que le siga el mismo día, que recomienza. Y todos los días acaban por confundirse en uno solo, gris, helado, interminable y precario.

Luego, una mañana, a una hora indeterminada de aquella mañana eterna, resuenan los pasos de dos personas en el pasillo. Las agujas aceleran su ir y venir. Los pasos se detienen ante nuestra puerta. Todo lo que se sale de lo corriente constituye una amenaza. La llave gira lentamente, más lentamente que de costumbre. El gemido de la puerta que se abre suena más desgarrador que nunca. No levantamos la vista de nuestra labor.

—Ésta es la mujer —dice la voz de la guardiana.

Levanto la cabeza. Detrás de la guardiana veo la sotana de un cura. Un dedo con la uña barnizada señala a Thérèse. Ésta, con los ojos dilatados por el terror, se levanta lentamente y retrocede dos pasos. Choca contra una litera. Y suplica:

—No, yo no... Yo no...

El cura se le acerca.

—¿Conoció usted a mi hermana?

Tiene una hermosa voz, cálida, grave.

—Yo no hice nada malo.

—Se trata de la señora Swodoba. Era mi hermana.

—Yo no lo sabía, juro que no lo sabía.

Sus ojos giran dentro de sus órbitas, como buscando por dónde huir.

—Todo el mundo puede equivocarse. Yo no sabía que era su hermana.

—Pero usted sostuvo que la conocía. ¿La conocía, realmente?

Thérèse repite, como atontada:

—Yo no sabía que fuese su hermana.

—Está muerta, y fue usted quien la mató.

Su voz no expresa cólera; más bien es triste, fatigada. La guardiana se ha acercado. El manojito de llaves cae sobre la cabeza de Thérèse. Se levanta y cae regularmente, siguiendo un ritmo imperturbable. Ya estamos acostumbradas.

Henriette no aparta los ojos del cura. Éste no despegaba los labios. Se adivina que también a él lo han domado ya. Después, Henriette, con voz que no reconozco, dice:

—Padre, bendígame.

El cura la mira, sin moverse.

—Voy a morir. Padre, bendígame, porque tengo mucho miedo.

La guardiana deja a Thérèse y se vuelve.

—¿Qué pasa?

—Pide una bendición —dice el cura, cortésmente.

La guardiana se acerca a Henriette. Casi pega su rostro al de ella. Y mira largo rato la máscara inexpresiva de Henriette.

—Cerde polaca —dice, simplemente.

Y esta mujer, vestida con su traje sastre gris, de corte impecable, de frente inteligente y ademanes secos y precisos, escupe a la cara de la condenada a muerte. Henriette ni siquiera levanta una ceja. Yo tengo la impresión súbita de que todos somos ciegos, de que todos avanzamos titubeando en las propias tinieblas.

La guardiana sale, seguida del cura. Thérèse se atreve al fin a secarse la sangre de la cara. Comprende que ya ha pagado, que por el momento nada más tiene que temer. Y recobra su actitud de siempre, como quien, al levantarse, se pone la ropa de la víspera y con ella sus preocupaciones.

Y el día prosigue, en la prisión política de Plonsk. Un día y una sola noche. La desconocida con la que comparto la litera no es charlatana. Se duerme inmediatamente. Si habla, es sólo para quejarse de las piernas. No obstante, una noche me habla de su hijo, al que ha dejado en alguna parte, y que osó levantarle la mano.

—Aunque tenga que morir, no se lo perdonaré jamás.

Luego gime suavemente. ¿Le duele algo? ¿Se compadece a sí misma? Estamos muy apretadas la una contra la otra bajo la manta única que no nos

proporciona nada de calor.

Cuando me despierto, dando diente contra diente, tengo la impresión de haber dormido poco. Alguien se vuelve, más arriba, y pronuncia palabras incomprensibles. La temperatura ha debido de bajar. Me arrimo más a la mujer. Sin duda ella tiene aún más frío que yo. El agua helada dentro de la cual trabaja debe de discurrir por debajo de su piel. Me froto los muslos y vuelvo a dormirme.

La voz de la guardiana traspasa mi sueño. No he oído la campana ni a las demás cuando se levantaron. La lámpara se enciende. Me levanto y empujo a la mujer, que sigue acostada a mi lado. No reacciona. Las otras tres prisioneras, que cada día van al trabajo a las cinco de la madrugada, están junto a la puerta. Por primera vez veo su rostro.

La guardiana se acerca a mi litera. De un golpe seco retira la manta. La mujer está acostada de lado, la cara contra el jergón. La guardiana la vuelve cara arriba. Con los ojos abiertos de par en par, mi compañera de cama parece sonreír estúpidamente.

—¡Retirad eso de aquí!

Las tres mujeres se precipitan, cogen el cadáver por los hombros y las piernas y lo retiran de la litera. Tambaleándose, se lo llevan. La puerta se cierra de golpe. La lámpara se apaga. Recojo la manta y vuelvo a acostarme. Nadie puede volver a dormir. Todas hablan en murmullos. Están excitadas y me formulan preguntas. Yo no sé nada. Las decepciono. Querrían detalles. No sienten compasión por la muerte; únicamente desean alguna sensación nueva para romper el cerco de la miseria y la soledad.

—¿No tienes miedo? —pregunta la gorda Wanda.

—¿Miedo? ¿De qué?

—Bueno, has dormido con una muerta.

—¿Y qué? Los muertos no muerden. Molestan menos que los vivos.

Y entonces recuerdo el contacto de aquella carne fría. ¿Es posible no sentir nada más? ¿Es posible acostarse con la muerte con tanta tranquilidad?

Esta mañana aparece Eva. Estamos comentando todavía el acontecimiento de la noche cuando aparece ante nosotras esa muchacha alta y guapa. Un vestido de lana azul moldea un cuerpo provocativo, un poco excesivo, tal vez, para esa cabeza de paje rubio, de pelo rizado y muy corto.

Sus grandes ojos de color azul oscuro y su sonrisa resplandecen de juventud. Porque Eva sonríe. Como alguien a quien le han hecho una buena jugarreta y sabe apreciarla. Una aparición de otro mundo.

—Buenos días —dice, con la voz de fuera, de donde se puede hablar fuerte y claro.

Henriette y Wanda le contestan con sus voces descoloridas, tristes, voces de prisión. Luego Eva da la vuelta por la estancia, lo examina todo, curiosa, como una turista, mientras sus tacones altos repiquetean alegremente en el suelo de madera.

—No está mal —dice, sin dejar de sonreír.

Luego nos mira a nosotras.

—¿Así es cómo hay que vestirse aquí? Entonces será mejor que esconda lo que llevo en los bolsillos.

Y saca una barra de carmín, un paquete de cigarrillos, cerillas, una tableta de chocolate y lo esconde todo debajo del primer colchón. Siento un calambre en el estómago, tan grande es el deseo de fumar que me acomete al ver los cigarrillos.

—Si quieres que nadie sepa lo que has escondido, tendrás que darme la mitad del chocolate —dice Thérèse.

Eva se echa a reír.

—¡Vaya! Veo que es una cárcel de verdad, con su soplona correspondiente —dice—. Claro que te daré chocolate, querida. No quiero mostrarme antipática, al principio. Pero si luego intentas dártelas de zorra, te romperé la cara.

Thérèse no replica. Pocos instantes después, la guardiana trae a Eva su equipo de prisionera. La muchacha se lo pone inmediatamente. El vestido es demasiado estrecho para ella y su joven cuerpo aparece más provocativo todavía. Lleva el pelo demasiado corto para poder trenzarlo. Intenta alisarlo con la mano, pero los rizos son rebeldes. Luego se prueba los zuecos. Lleva las uñas de los pies pintadas.

—Tendrán que cambiármelos —dice—, son demasiado pequeños para mí.

—No digas nada —se apresura a explicarle la gorda Wanda—. Te pegarían fuerte.

—¿Os pegan, aquí? —pregunta Eva, asombrada.

—Algunas veces —dice Henriette.

—Pruébate los míos —digo yo, a mi vez—. Son demasiado grandes para mí.

Porque sigo llevando los mismos zuecos. Por desgracia, no tardaron en encontrarlos.

—Veamos.

Le sientan a la perfección, en tanto que a mí los suyos, cuando menos, no me caen de los pies. Inmediatamente la pesadilla del paseo por el patio se me antoja menos horrible. Eva se sienta con nosotras.

—¿Cómo dormís, aquí?

—De dos en dos —dice Wanda—. Precisamente María está sola.

—¿Quién es María?

—Soy yo —digo.

Eva me mira atentamente.

—Me alegro de que seas tú.

Le sonrío. La perspectiva de dormir con esa hermosa muchacha llena de vida y de calor está lejos de ser desagradable. Un momento, Henriette cesa de trabajar y nos observa a las dos, con su expresión habitual de ausencia. Me parece advertir que le tiemblan ligeramente los labios. Henriette sorprende mi mirada y vuelve a trabajar.

Pronto Eva tiene frío, como nosotras. Pero en lugar de quedarse sentada y temblando, se levanta y hace unos movimientos gimnásticos. Thérèse la mira con odio, pero se guarda de despegar los labios.

—Así estoy mejor —dice al fin Eva.

Y ríe. Cualquiera diría que goza con todo lo que le ocurre.

—¿Por qué estás aquí? —pregunta Wanda.

—Por culpa del amor.

—¿Cómo? Cuéntalo —insiste la gorda.

—Si se pudiera explicar el amor, también se podría razonar y resistir. Precisamente por esto no puede explicarse.

Una expresión pensativa cruza su rostro. Pero inmediatamente reaparece su sonrisa.

—Sin duda es preferible que sea así. Sería una lástima poder resistir. ¿Fumamos un cigarrillo? ¿Alguna fuma?

Yo soy la única. Cuando me ofrece fuego, el cigarrillo tiembla tan fuertemente entre mis dedos, que apenas logro encenderlo.

—¿Hacía mucho tiempo que no fumabas?

—Bastante.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé exactamente.

—¡Pobre chica! —dice, y sus ojos acarician mi rostro—. Anda, ve a acostarte un rato. Yo ocuparé tu sitio.

Tendida en mi litera, con los ojos entornados, inspiro lentamente el humo hasta el fondo de mis pulmones. Debe de hacer mucho tiempo, en efecto, que estoy privada de este maravilloso veneno. Mi cuerpo se separa de su peso, y ligera, ligera, me exhalo en volutas azuladas, asciendo, floto... Me convierto en niebla, en humo... Una quemadura en el dedo me devuelve al mundo de la gravedad. Extraigo una última bocanada de la minúscula colilla, y luego vuelvo a mi sitio en la mesa. Poco después nos enteramos de que Eva ha sido destinada a la cocina. Empezará mañana. Thérèse y Wanda se mueren de envidia.

Al fin llega la noche. Me quito los zapatos y soy la primera en deslizarme bajo la delgada manta. Eva se destaca a la luz de la luna llena.

—¿Te acuestas así? —dice.

—Hace demasiado frío.

—Y, naturalmente, por la mañana sales de la cama vestida y te pasas el día temblando. Quítate en seguida este vestido.

—Sólo llevo la combinación debajo —digo, tímidamente, como para excusarme.

Y saboreo al mismo tiempo el placer de ser mandada por ella. Sé que no pido otra cosa más que obedecerla.

—Quítate este vestido o te lo quito yo misma.

Finjo resistencia todavía para prolongar el placer. Miro a Eva, que se quita el vestido, demasiado estrecho, y cuyas costuras crujen cuando se lo

saca por la cabeza. Se acuesta y me empuja fuera de la cama.

—No quiero nada contigo con este vestido.

Me apresuro a quitármelo y me deslizo junto a ella. Dos brazos me rodean y me estrechan con fuerza. Apoyo la cabeza en su pecho duro y cálido.

—Así va mejor, ¿verdad chiquilla?

¿Por qué ha dicho esto? Siento que se funde el pedazo de hielo que llevo en el lugar del corazón. El agua brota de mis ojos, inunda mis mejillas, y mis lágrimas empapan el pecho de Eva. Por fortuna, no intenta consolarme. Silenciosamente, dulcemente, me acuna. Más tarde, a través del sueño, tengo la sensación de unos labios cálidos que rozan mi rostro.

El día siguiente es un día vacío de Eva. Henriette evita mirar. No me importa. La noche me devuelve a Eva, su calor, sus brazos que me estrechan, su voz en la que cosquillea la risa.

—Te he traído una cosa —susurra a mi oído.

Mis dedos se cierran en torno de un pedazo de pan y de azúcar. Cuando lo he devorado, digo:

—No vuelvas a hacerlo, Eva. No sabes a lo que te expones.

—No temas. No corro riesgo alguno. Ten cuidado, solamente, con esta asquerosa soplona; que no sospeche nada. ¿Quieres un cigarrillo?

Fumamos en silencio. Después Eva me dice:

—No pasaré mucho tiempo aquí. Mi amigo pronto me sacará. Y cuando esté fuera haré todo lo posible para sacarte de ti.

—Estoy condenada a muerte.

—No digas tonterías. He conocido a muchos condenados a muerte que siguen vivitos y coleando.

—No deseo vivir, Eva.

—Porque no sabes lo que es vivir. Eres una de esas pobres chiquillas para las cuales todo ocurre en la imaginación. La vida es muy otra cosa. Ya lo verás: en cuanto empieces a vivir de verdad no podrás detenerte.

No voy a discutir con ella. No podemos comprendernos. Pero esto importa mucho menos que su presencia a mi lado.

—¿Quién es tu amigo? —le pregunto, para cambiar de conversación.

—Un alemán, un oficial superior.

Me pongo rígida entre sus brazos. Ya está. Era demasiado bello. Me dejaba acunar por la amiga de uno de los asesinos de mi familia. Eva nota mi reparo.

—¿Bueno, y qué? ¿Te molesta? No me acostaba con él porque era alemán u oficial, sino porque era guapo.

«He aquí a lo que he llegado —pienso—. En lugar de prepararme para la muerte, deseo la compañía de una cualquiera».

—¿Y cómo es que te han traído aquí?

Las palabras se ahogan en mi garganta. Yo, que me creía insensible a todo, a los acontecimientos y a los seres, me emociono a causa de una vulgar mujerzuela de la soldadesca.

—Ésta es otra historia —dice.

Y retira sus brazos, como si no quisiera imponerme su contacto.

—Será mejor que te lo cuente. Ese oficial no es mi primer amante. Ni el segundo. Empecé mucho antes. Cuando me acuesto con un hombre no pregunto quién es, de dónde viene ni si tiene dinero. Sé que no es moral. Sé también que en mi barrio dicen que soy una zorra. Pero no puedo cambiar. Estoy hecha así. Últimamente, Heinz se marchó de permiso. Está en Berlín. Me encontraba muy sola. Una noche, después del toque de queda, encontré a un hombre escondido detrás de la puerta cochera. Yo tenía permiso de circulación. ¿Qué podía hacer? Lo llevé a mi casa. Tenía hambre y frío. Le di de comer y le acosté. Nada le pregunté: no era cosa que me importara. Pero habló por iniciativa propia. Era judío. No tenía dinero, ni nadie que pudiera ocultarle. Ya no era joven, ni muy guapo. Me acosté a su lado. Le dije que si me deseaba no vacilara. Sin duda me comprendió mal. Me repitió que no tenía ni un céntimo. Debió de haberme tomado por una prostituta. Le dije que no era sorda y que aquello no tenía la menor importancia. Entonces se arrimó a mí y cuando lo tomé en mis brazos, en lugar de hacerme el amor lloró, como tú. Después se durmió. Naturalmente, se quedó conmigo. Pero en el barrio sospecharon algo, y alguien debió de ir con el soplo. Fueron a buscarnos a los dos. Esto es todo.

—¿Y si tu Heinz hubiese vuelto?

—Alguna explicación hubiese encontrado: que era mi primo, o mi tío.

Guardamos silencio largo rato. Eva ya no me toca. Yo pienso: «Es una zorra vulgar». Bueno, ¿y qué? Una zorra que recoge en la calle a un hombre perseguido, con la mayor naturalidad, sin hacerle preguntas, a un hombre ante el cual se cierran las puertas de la buena gente.

Y me avergüenzo entonces de mis principios mezquinos de pequeña burguesa. Y me avergüenzo de mi egoísmo, de la ignorancia de mi juventud.

—Eva —digo, en voz baja—, tengo frío.

Eva no se atreve aún a abrazarme.

—¿Y si fumáramos otro cigarrillo?

La llama ilumina su rostro de rasgos fatigados y sus labios tristes, sin sonrisa. Me avergüenzo de mí misma. Cuando se apagan nuestros cigarrillos, la atraigo con fuerza hacia mí y cubro sus ojos, su cuello y sus hombros, de besos y lágrimas.

Ya no veo nunca a Eva a la luz del día y me resulta difícil recordar su linda cabeza de paje. Por la noche, sus cabellos, bajo mis dedos, ya no me parecen tan sedosos ni su rostro tan fino. Pero sigue desprendiendo su calor de muchacha robusta y sana. Si los cigarrillos escasean —fumamos uno entre las dos para hacer durar los últimos del paquete— sigue arreglándoselas misteriosamente para traerme un poco de pan y de azúcar. Hablamos menos, porque cada noche vuelve más cansada.

Un día se produce un acontecimiento: nos traen dos grandes cubos de agua caliente para lavarnos. Permanecemos un momento inmóviles alrededor del agua humeante, sin atrevernos a creer lo que vemos. Después las mujeres, febrilmente, empiezan a desnudarse, casi arrancándose la ropa. Naturalmente, Thérèse y Wanda ocupan inmediatamente las dos tinas. A su lado, desnudas, Henriette y la vieja Bradziecka esperan su turno. Yo no me desnudo. Las miro. Su vientre, sobre todo, me fascina. Todas tienen el vientre hinchado, tenso. Bajo la ropa informe no se advertía. Hasta la vieja Bradziecka, cuyos pechos vacíos penden lastimosamente, tiene Una piel lisa y tensa sobre su vientre, que alberga el vacío. No puedo apartar mis ojos de todas aquellas futuras madres de hijos fantasmas. Sé muy bien que es el

efecto del polvo blanco que mezclan con la sopa para suprimir las reglas; y, en efecto, ninguna de nosotras la ha tenido desde que entramos en la cárcel. Pero ¿y la vieja Bradziecka? ¿Por qué monstruoso misterio su vientre reacciona también de la misma manera?

Thérèse y Wanda no se dan prisa. Se frotan, soplan, rezongan. Su cuerpo enrojece y el agua lechosa se carga de grasa grisácea.

—¡Cómo pica! —dice Wanda—. ¿Qué le habrán echado como lejía?

Finalmente consienten en salir de las tinas. Se secan con las mantas de las prisioneras que trabajan fuera. Las otras dos las sustituyen dentro del agua sucia.

—La verdad es que escuece demasiado —dice Thérèse.

—Es la falta de costumbre —dice Wanda.

Cuando las tinas quedan libres, ya no siento deseos de lavarme. Prefiero mi propia suciedad a la que ahora espesa el agua. Así resulto ser la única que escapa a la innoble jugarreta. Una hora después, la piel de las cuatro desgraciadas está escarlata y se cubre de inmensas ampollas. Empiezan a chillar. Hasta Henriette ha perdido su calma habitual. La vieja Bradziecka llora como un niño y repite:

—No es justo hacerle esto a una anciana... No es justo hacerle esto a una anciana...

No pueden andar ni sentarse. Generalmente, al menor ruido, la guardiana aparece como por encanto. Ahora nada. Me parece volverme loca entre estas cuatro mujeres que arden vivas, que chillan de dolor y se revuelcan en las literas arrancándose con las uñas las terribles vejigas llenas de agua. Nadie ha pegado el ojo en toda la noche.

—¿Estás segura de que no tienes nada? —me pregunta Eva, por quinta vez.

—Ni siquiera me he mojado un dedo.

—Dios sea loado —dice.

Y me atrae hacia ella.

Pasamos la noche así, escuchando los quejidos, los sollozos, las maldiciones. Y me veo retrotraída a un pasado muy próximo, a la oscuridad de los sótanos de la Gestapo, donde oía también voces inhumanas quejándose, chillando y sollozando. Me abrazo a Eva con más fuerza. El

pasado ya no existe. No debo pensar en él. Y no habrá porvenir. Sólo existe un instante indefinido, que persiste todavía, y después todo irá bien.

Tres días después bailamos. Es el último día del año, san Silvestre. Nos hemos acostado como de costumbre, pero luego la gorda Wanda dice:

—Ya debe de estar durmiendo, la muy cerda.

—¡De pie, muchachas! —dice Eva.

Y nos levantamos, Wanda, Henriette, Eva y yo. Temblamos como el azogue a la luz helada de la luna.

—¡Música! —dice Eva.

En una de las literas de arriba está sentada una de sus compañeras de la cocina. Tiene en las manos un peine envuelto en papel de seda. También Thérèse se ha sentado y, muy erguida, nos observa.

—Un tango para empezar —dice Eva.

Pero, de pronto, Thérèse se suelta el pelo.

—¡Estáis empeñadas en que nos zurren! ¡Pues no estoy dispuesta a consentirlo! ¡No quiero que me peguen por culpa de un hatajo de viciosas! ¡Hala, coged el cepillo y frotaros donde os escuece! Mañana lo sabrán todo, os lo prometo. ¡Ya os enseñaré yo a dejar en paz a las mujeres honradas!

Eva se acerca a ella.

—Vamos a ver, repite esto.

Thérèse baja el tono:

—Tú misma debes comprender que es peligroso este juego. Jamás se ha visto cosa igual en una cárcel. Y ellos no se andan con chiquitas.

—Tampoco yo —dice Eva—. De modo que te callas la boca, o de lo contrario te la cierro yo y no podrás volver a abrirla. ¿Estamos?

Thérèse no contesta.

—¿Estamos, sí o no?

—De acuerdo —dice Thérèse, ahogada por la ira—. Haced el loco si os empeñáis.

Eva se vuelve hacia mí y me pasa un brazo por la cintura.

—¡Música!

Y, con su peine, la mujer ataca los primeros compases de un tango que un tiempo estuvo de moda. Eva conduce perfectamente. Las otras dos

también bailan. Luego cambiamos de pareja y bailo con Henriette. Pero nuestros pasos no concuerdan.

—Es que yo no sé conducir —dice ella.

En cuanto a la gorda Wanda baila asombrosamente bien. Su rostro estúpido se ilumina y la alegría casi le otorga una expresión inteligente. En la noche de fin de año, los tangos, los valeses, y los *fox* se suceden. Ya no sentimos el frío.

—¡Y ahora una polca, una polca auténtica!

Las cuatro reímos. De nuevo bailo con Eva. Empezamos a dar vueltas, cada vez más de prisa. Mis pies descalzos apenas tocan el suelo. La risa de Eva suena en mis oídos, y el disco de la luna, cortado por los dos barrotes, zozobra. El cuento del caballo muerto acude a mi memoria. Río como Eva, como Henriette, como la gorda Wanda. Y el choque se produce. Violentamente, chocamos con la otra pareja y las cuatro rodamos por el suelo. Y seguimos ahogándonos de risa, unas encima de otras, brazos y piernas en revoltijo. Henriette es la primera en darse cuenta del desastre. Hemos volcado el cubo, y un olor nauseabundo se esparce por la celda. Nos pasamos el resto de la noche recogiendo las inmundicias con las manos, mientras arriba, con su peine, la orquesta, maliciosamente, nos toca una marcha fúnebre.

A partir de enero, y cada vez en mayor número, potentes aviones vuelan por encima de la ciudad. Eva me repite lo que ya sabe todo el mundo: son aviones rusos, y el Ejército rojo se aproxima. Pronto estallan las primeras bombas, no muy lejos. Inmediatamente provocan un ruido de pasos en el pasillo. Después se hace el silencio. Wanda se echa a reír.

—Han ido a esconderse. Tienen miedo.

—No veo por qué estás tan contenta —dice Thérèse—. ¿Crees que los rusos son mejores que los alemanes?

—¿Y a mí qué me importa? Rusos o chinos, lo que yo quiero es salir de aquí.

Una detonación más próxima hace temblar los cristales.

—¡Cerdos! —dice Wanda—. Van a dejarnos morir aquí.

Henriette, imperturbable, sigue trabajando.

—¿Es que no oyes? —le pregunta Wanda.

—Me da igual.

—¿No deseas que te liberen? ¿No tienen ganas de vivir, tú que estás condenada a muerte?

—No se trata de mí —dice Henriette. Y su máscara de indiferencia deja que por un momento asome un rostro ardiente y apasionado—; no se trata de mí. Todo el país va a pasar de una prisión a otra.

La miro. Así que éste es su verdadero rostro. Y adivino en ella algo más fuerte que su terrible miedo a la muerte. En cuanto a mí, sólo temo que los rusos lleguen antes de que me fusilen y me obliguen a vivir. Pero tengo confianza en los alemanes. Sabrán cumplir con su deber. Y, pensándolo bien, todo esto sólo puede acelerar los acontecimientos.

Dos días después, las bombas caen muy cerca de la prisión. Las mujeres tienen miedo, mucho miedo. El rostro de Henriette permanece cerrado. «También ella tiene miedo», pienso. Y siento cierto placer al pensarlo. Ciertamente, una se exalta, llega a vencer su naturaleza un momento, pero conseguir que el valor dure, que se mantenga, es cosa muy diferente. La vieja Bradziecka llora, como de costumbre.

—Ya le dije yo que era inútil —y sus lágrimas se abren camino entre las arrugas de sus mejillas—, ya se lo dije yo. Nosotros, los polacos, siempre estamos luchando contra alguien. Cuando echamos a unos, llegan otros. ¿Cómo quieres tú, pobre inocente, cómo quieres luchar contra el mundo entero? Basta dejarles hacer y encorvar la espalda. Ya estamos acostumbrados. ¿Y adónde nos ha conducido todo esto? Tu anciana madre está en la cárcel, y tú sabe Dios dónde estarás. Hubiéramos podido vivir tranquilamente. Pero no, tú quisiste hacer tu santa voluntad. ¿Y por qué? ¿Te figuras que no lo sé? Por complacer a esa tarasca de institutriz que se servía de ti como de un lacayo y que se dejaba sobar por el hijo del carnicero. Por culpa de esa inútil has llevado a tu madre a la cárcel. ¡Ah, Dios! ¿Cómo acabará esto? Tú que eres buena cristiana, Thérèse reza por nosotros.

—¡Al diablo, vieja loca! —dice Thérèse, muerta de miedo.

Por la noche, Eva, llena de excitación, traza planes para nosotros dos. Yo no quiero contradecirla. ¿Para qué?

—Naturalmente, tú te quedarás conmigo —dice—. No eres más que una niña y necesitas que alguien se ocupe de ti. Y de paso yo no «frecuentaré» tanto. Sólo de vez en cuando, cuando no pueda más... Pero no en casa. No quiero que tengas que avergonzarte de mí...

Y esta noche me abraza con más fuerza que nunca. Es nuestra última noche. A la noche siguiente, Eva no vuelve. La que trabaja con ella, en la cocina, me dice que ha salido en un convoy hacia la prisión de Plonsk. Y me transmite este mensaje de su parte: «Dile a María que aguante el golpe. De una manera u otra, la encontraré otra vez». Con la cabeza bajo la manta, en vano me esfuerzo por ahogar mis sollozos.

La vida prosigue, siempre igual. Nos habituamos a los aviones y a los bombardeos. Excepto Thérèse, anonadada por el miedo, las demás ni siquiera interrumpimos nuestro trabajo. Hasta la vieja Bradziecka parece volverse indiferente. O quizá, simplemente, cada vez oye menos.

Y una noche, cuando acabamos de acostarnos, se enciende la luz. Algo sin precedentes en la historia de la cárcel. Temblando de miedo y de frío, las mujeres se sientan en las literas, con la manta echada encima de los hombros. Nadie se atreve a hablar. Todas miran la bombilla amarilla que pende al extremo del cable negro. Se oyen pasos apresurados en el pasillo.

—¡Dulce Jesús! —murmura Thérèse.

«Esta vez creo que ha llegado mi hora», me digo. Al fin. No tengo miedo, y, sin embargo, me siento incómoda, extrañamente oprimida. Los pasos se han detenido ante nuestra puerta. La cerradura gime interminablemente... Y aparece la impecable silueta de la guardiana que dice solamente:

—¡De pie!

Nadie reacciona. Al contrario, las mujeres se suben un poco más las mantas.

—¡Cerdas polacas! ¡De pie!

Y las llaves se agitan en su mano. En un abrir y cerrar de ojos nos levantamos todas y empezamos a buscar nuestros zuecos.

—¡A formar! ¡De a dos!

Extrae de un bolso unos trozos de alambre y nos ata por las muñecas de dos en dos. Me encuentro atada a Henriette. La operación se efectúa en su silencio total. Y, por última vez, cruzamos el umbral de la celda. El pasillo familiar, que solíamos recorrer para ir al patio a dar el paseo cotidiano, muestra un aspecto insólito a la luz amarilla. Las escaleras se hunden en las sombras y más de una vez nos falla el pie, y entonces una arrastra a la otra, con gran ruido de zuecos. Abajo, encontramos una larga hilera de prisioneros, encadenados como nosotras. Detrás, se acerca un taconeo de zuecos.

El patio aparece violentamente iluminado por los proyectores. Todos los actores están prestos para la última escena. En lo alto, el cielo es un bloque oscuro, una ausencia grávida. La luz se adhiere a los cráneos afeitados de los hombres. Más allá deambulan varios alemanes, armados con metralletas. Algunos, oficiales sin duda, forman un grupo aparte en un espacio libre. Hablan entre sí y fuman. En cuanto veo los cigarrillos, ya sólo existe en mí la necesidad de fumar. Sin reflexionar en absoluto, me dirijo hacia ellos, arrastrando a Henriette, que se resiste. Tropiezo ciegamente con todo lo que se encuentra a mi paso. Tan fuerte es mi deseo de fumar que no siento el frío, ni siquiera el alambre que me siega la muñeca. Al fin llego junto a los oficiales.

—Un cigarrillo —le pido, al más próximo.

Varios rostros se vuelven hacia mí. Henriette se esfuerza en vano por hacerme retroceder. Yo aguanto. Nadie dice palabra. El alemán se saca un paquete del bolsillo y me lo ofrece. Cojo un cigarrillo y me lo llevo inmediatamente a los labios. Sigo sin moverme. La llama de su encendedor brota cerca de mi rostro. Lo enciendo cuidadosamente, aspirando con delicia las primeras bocanadas. Uno de los alemanes se separa del grupo y se acerca para examinarme con atención.

—Pero si es la chica de Nowy Dwor —exclama.

Se acercan otros dos. Les conozco a los tres. Entre ellos está el oficial que me pegaba regularmente en la Gestapo de Nowy Dwor.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta.

—Un paseo bajo las estrellas —le digo—. Un hermoso paseo.

Tengo un cigarrillo entre los labios. Estoy contenta. Hubiese querido sonreír, pero los labios endurecidos por el frío no me obedecen.

El oficial se vuelve hacia uno de sus colegas.

—¿Han intentado sacarle algo?

Su voz suena fuerte y seca.

—Es una condenada a muerte —dice el otro, excusándose.

—¿Qué importa? ¡Había que intentarlo igualmente!

Henriette, que se había calmado, vuelve a tirar de mí hacia atrás. Esta vez obedezco. Al volver pasamos entre los prisioneros, que siguen inmóviles y silenciosos.

—¿Me lo pasas? —dice un hombre, mirando mi cigarrillo.

Aspiro una última bocanada, con todas mis fuerzas, antes de dárselo.

Los alemanes de las metralletas han cesado de pasear. Se acercan a nosotros, nos ordenan que nos alineemos a lo largo del muro, de un extremo a otro del patio. Y después retroceden.

—¡De cara a la pared! —chilla una voz.

Nadie se mueve.

—¡Cara a la pared!

Lejos, en un extremo de la hilera, silban los látigos. Y, como niños dóciles que de pronto recuerdan su lección, todos obedecemos. A pocos centímetros delante de mí, ahora, sólo hay una pared negra. Es todo mi universo. Es la calma, el silencio. Y en la calma, en el silencio, el ruido de las metralletas, que los alemanes están armando. Luego, nada, de nuevo el vacío. De pronto, alguien, a mi lado, chilla. Otras voces responden, se adhieren a la primera, se agarran al grito que ha osado brotar y que asciende hacia el cielo, en línea recta, vertiginosa columna de terror. Me doy cuenta de que es Henriette la que chilla. Con la punta de mi zueco y con todas mis fuerzas le doy en el tobillo. El grito se apaga en un gemido de dolor. La otras voces flotan todavía un instante, pero, privadas de apoyo, enmudecen también. El silencio triunfa. Esta vez oigo gritar mi nombre. No lo entiendo inmediatamente. Pero sí, es mi nombre el que la voz alemana vuelve a pronunciar. Y las palabras resuenan dentro de mi cráneo:

—María Janczewska, *raus von der Reihe!*

No quiero comprender. Suspendo la respiración, como si el hecho de respirar pudiera traicionar mi presencia. Se acercan pasos rápidos. Una mano cae sobre mi hombro. No me muevo. La mano me empuja a lo largo de la piedra fría, el suelo se levanta y baila ante mis ojos, y finalmente algo cae sobre mí y me inmoviliza. Duermo. En mi sueño, el pedrisco golpea los cristales de mi ventana. Un violento dolor en la muñeca tira de mí hacia el exterior, me lleva de nuevo al aire glacial de la noche. Resisto... No quiero salir... Estoy cansada, tan cansada... Vuelvo a encontrarme de pie, Henriette a mi lado, y ambas miramos a todos esos hombres y todas esas mujeres en el suelo helado, a lo largo del muro, acurrucados, dislocados, tranquilos por fin.

OceanofPDF.com

LO QUE QUEDA

De rodillas en el asiento, Henriette mira hacia atrás. Se pasa regularmente las manos por los hombros y por los brazos.

—¡Cuántos hay! —dice—. Vuélvete un poco y verás.

Yo no me muevo. Sigo con los ojos fijos en los dos alemanes, sentados muy erguidos, macizos, con el cuello levantado bajo la gorra, bloques sólidos que apenas conmueve una trepidación monótona. Ambos tienen la misma pesadez, el mismo aspecto mineral. Las manos de Henriette se inmovilizan.

—No puedo más. Diles que tenemos frío. ¿Por qué no quieres decírselo?

Se inclina hacia mí, y recibo en pleno rostro la bruma tibia de su aliento. Henriette repite:

—Te lo suplico, diles que no podemos más. Delante tienen mantas.

Su voz, implorante, se hace humilde, quejumbrosa.

—Voy a pillar una neumonía. Seguro que la pillo. Ya siento dolor al respirar.

Y calla, acechando el efecto de sus palabras. Pero yo no me muevo.

—Y tú también te morirás —susurra. Luego reanuda su letanía—. Te lo suplico, diles que tenemos frío. Diles que nos den una manta.

De pronto se calma, y, con su voz habitual, me pregunta:

—¿Cómo se dice «frío» en alemán?

—*Kalt*.

La palabra ha salido de mis labios por sí misma. A media voz, Henriette repite una y otra vez: *kalt, kalt*. De rodillas aún, se vuelve hacia la delantera y con entonación suplicante, infantil, dirige hacia las espaldas impasibles de los S. S., una y otra vez, su petición:

—*Kalt!*

Marchamos con gran lentitud, siguiendo el paso de las tropas que avanzan a pie, delante, detrás, a los lados. Henriette, de rodillas, ruega a las divinidades:

—*Kalt, kalt, kalt...*

—¿Quieres callar? —le digo—. Nada conseguirás.

Pero no me escucha. Ya no me necesita. Ya posee una palabra de la lengua misteriosa de los dioses. Puede hablarles, implorarles. Con la ayuda de esta palabra, Henriette cuenta, explica, suplica.

—*Kalt*, se lo ruego, señores oficiales. ¡Tengo tanto frío con mi pobre vestido! Llevo los pies descalzos dentro de los zuecos. Tengo frío, muchísimo frío... *Kalt*, apiádense de mí. Soy joven y quiero vivir. Deseo con todas mis fuerzas salir de ésta. *Kalt*, mírenme. No puedo ni sentarme. No tengo nalgas. Mírenme, tengo que estar de rodillas. *Kalt*, denme una manta, sólo una manta. *Kalt*, por favor.

—¡Cállate!

Mi grito la alcanza como un latigazo. Entonces Henriette se suelta. Ya no suplica. Amenaza, blasfema. «*Kalt, kalt, kalt!*». Una gorra se vuelve. Encima de una espalda aparece, en escorzo, un rostro. Dos grandes ojos grises, sin expresión, la miran. Entonces Henriette junta las manos, como una niña ante una imagen y ruega: «*Kalt, kalt...*». Los ojos desaparecen. La voz de Henriette de nuevo se levanta, aguda, desesperada. Delante de nosotros se produce una especie de movimiento, y la geometría de una espalda se descompone. Una manta cae sobre la cabeza de Henriette y ahoga sus gritos; otra cae encima de mis rodillas. Nos abrigamos con ellas.

—¿La ves? —dice Henriette—. No son tan malos, después de todo. —Y agrega—: Gracias a mí tienes una manta.

Con una sonrisita enigmática en un ángulo de sus labios, envuelta en su manta, parece un ídolo informe, inacabado. Bajo la manta, las manos

prosигuen su tarea. Y sin duda logra entrar un poco en calor, porque su sonrisa se ensancha, y me dice:

—Verás cómo saldremos de ésta.

La miro, y retrocede instintivamente.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te he hecho yo?

El coche se detiene. Se detiene a menudo. Uno de los S. S. se apea, y vuelve a los pocos minutos, maldiciendo contra el estado de las carreteras y contra el condenado país por el que pasan esas carreteras. Abren unas latas de conserva y empiezan a comer.

—Tengo hambre —dice Henriette.

No hemos probado bocado desde anoche.

—Hambre, en alemán, es *hunger* —digo yo.

—¿Cómo?

Repito: «*Hunger*».

—Díselo tú. Ahora te toca a ti. Tú también tienes hambre. Y antes tenías frío. ¿Entonces? Te das aires de gran señora, pero tienes miedo. Eso es lo que te pasa, que te mueres de miedo. No te atreves ni a abrir boca, ¿verdad?

Henriette está contenta de haber encontrado esta explicación.

—Ya has visto cómo lo hice para conseguir las mantas. Prueba a ver. Vamos, ¿a qué esperas? ¡Prueba!

A la orilla de la carretera, los soldados están sentados en la nieve, con el macuto abierto entre las rodillas. Todos comen.

—¡Vamos! ¡Prueba!

Se oye el ruido regular de la masticación de los dos S. S. que están sentados delante de nosotros.

—¿Cómo dices que es «tener hambre»?

—*Hunger*.

Henriette murmura la palabra en voz baja. Después, tímidamente, dice:

—*Hunger*.

Los S. S. siguen masticando. Henriette repite varias veces la palabra «*Hunger*», buscando la entonación justa, la forma conveniente de pronunciar la palabra mágica que hará surgir la comida. Sin que el hombre

se vuelva, una mano nos ofrece una lata abierta. Liberándose de su manta, Henriette la coge. Y come muy de prisa, vorazmente.

—¡Toma! —me dice, al fin, dejándome la lata encima de las rodillas.

Está vacía en sus tres cuartas partes.

—Come.

No me muevo.

—¿No quieres comer porque te he dejado menos de la mitad? No pude parar a tiempo. ¡Tenía tanta hambre!

Y, encolerizada, agrega:

—¡Y, además tú no has hecho nada por conseguirla!

Cojo la lata y como lentamente, calentado en la boca la carne helada. Los S. S. encienden sendos cigarrillos.

—No llegaremos jamás —dice uno de ellos, desplegando un mapa—. Podríamos cortar por aquí, a lo largo de los bosques. Después volveríamos a la carretera.

—Probemos —dice el otro.

Hace sonar el claxon. Perezosamente, los soldados se levantan. El coche gira y se lanza campo a traviesa. Me agarro con una mano a la portezuela y abandono mi cuerpo a la marcha bamboleante del vehículo. Una sacudida más fuerte proyecta a Henriette sobre sus nalgas. Lanza un grito de dolor. Al borde del bosque, llegamos a un camino de tierra. Rodamos más de prisa y más fácilmente. Lejos, el Ejército alemán parece una cinta estrecha y oscura olvidada en la carretera. Henriette también mira. Nuestras cabezas entorchocan. Nos hemos detenido.

—¿Por qué paran? —murmura Henriette.

Y su rostro se pone azul.

Los S. S. se apean.

—*Raus!*

Henriette se agarra a mí.

—No bajes... Nos matarán.

Intento soltarme de sus dedos. En vano. Entonces, la golpeo con el puño, con todas mis fuerzas. Cuando el dolor la obliga a soltarme, abro la portezuela y salto fuera del coche.

Los S. S. esperan.

—La otra también —dicen.

Henriette, temblorosa, está acurrucada en un rincón.

—Ven —le digo—. Quieren que bajes tú también.

—Me matarán.

—Igual te matarán aquí.

Le tiendo una mano. Henriette se agarra a ella, pero en lugar de salir tira de mí hacia el coche. Estoy harta. Me agacho y le muerdo la mano. Inmediatamente me suelta.

—Voy a decirles que no quieres apearte.

—¡No, no, no se lo digas! —me implora.

Y se apea. Uno de los S. S., tal vez maquinalmente, se lleva una mano a la pistola. Los dos se vuelven y se alejan unos pasos. Una gran paz se adueña de mí. Hay mucha nieve. Será dulce hundirse en ella, recuerdo uno de mis juegos de niña: con los pies juntos y los brazos en cruz nos dejábamos caer en la nieve. Lo llamábamos «hacer el ángel» porque luego, cuando nos levantábamos con precaución, quedaba una huella en forma de un ángel con las alas desplegadas. Los alemanes se detienen. Y el tiempo también. Contemplo la nieve que me invita a hacer el ángel por última vez. Espero que me ayuden. Pero los S. S., de pie entre dos árboles, siguen sin volverse. Con las piernas ligeramente separadas, orinan. El tiempo libera su aliento. Henriette está a mi lado, muy cerca.

—Sólo querían orinar —dice, encantada—. Y hasta han pensado en nosotras.

Se pone en cuclillas y, con ternura, con agradecimiento, mira las dos siluetas grises.

—Alíciate —le digo—. Así estarás menos nerviosa luego.

Henriette me mira, inquieta.

—Claro.

Y le dedico una ancha sonrisa.

Henriette se levanta.

—Tú quieres asustarme. ¡Cerde!

Los alemanes vuelven, y subimos de nuevo al coche. Una hora después llegamos a la carretera. Me parece que nos encontramos en el mismo sitio en donde la hemos abandonado, en medio de los mismos soldados cuya

hilera interminable disminuye hacia el horizonte. Avanzamos lentamente, nos detenemos, volvemos a marchar para parar otra vez. Henriette dice:

—¿Qué me reprochas? ¿Por qué me tratas así? ¡Con lo que nos queríamos en la cárcel!

En este momento ya no teme la muerte. Sólo necesita alguien para decirle que todo saldrá bien, que la vida será bella, que podrá comer a gusto, calentarse, encontrar a sus padres, y hacerse acariciar por los muchachos. Yo me digo a mí misma que suprimir una pequeña vida como la suya, que arde por mantenerse, es mucho menos injusto, mucho menos cruel que dejar arrastrarse esta otra que se niega y que se olvidan de apagar. Cierro los ojos y simulo dormirme.

Cuando abro los ojos ha oscurecido ya. Llegamos a las cercanías de una aldea. Aparecen las primeras casas, roídas ya por las sombras. Más allá, el cielo está rojo. Seguimos por la calle principal y luego giramos. Henriette lanza un grito. A ambos lados, las casas llamean. La noche derrotada se arrastra miserablemente por los rincones. La nieve es de color rosa. El coche se detiene.

—¿Qué pasa? —dice uno de los alemanes.

El otro se encoge de hombros.

—Ven a calentarte —dice.

Se apean. Estamos muy cerca de una casa de la cual brotan ráfagas de llamaradas que apuntan bruscamente, y luego se retiran, como sorprendidas por el aire helado, buscando otras aberturas, hacia el tejado, agarrándose a los postigos de una ventana, donde, satisfechas al fin, se descomponen en mil chispas. Un mugido de animal feroz acompaña su danza y se oyen como unos crujidos de huesos quebrados bajo sus poderosas mandíbulas. De la oscuridad salen soldados que se acercan al fuego con las manos tendidas. Una luz palpitante, como un batir de alas, multiplica sus sombras. Los dos S. S. están allá, vueltos a medias hacia nosotras, vigilándonos por el rabillo del ojo.

—Debe de estarse bien allá —dice Henriette.

No se le ocurre pensar que es una casa que arde. Sólo necesita calor. Mi imaginación me hace ver siluetas corriendo en medio de las llamas, buscando desesperadamente una salida, y luego, retorcidas, aullando de

dolor, hundiéndose en el brasero. Sí, las veo, pero con indiferencia. Son cosas que ya han ocurrido en el pasado. Temor y rebelión, dolores y desdichas, todo está embotado en mí, desgastado hasta la trama. Henriette apoya amorosamente la cara en el cristal. Sonríe, con todo el esplendor de su juventud, de su belleza, a la luz mágica de los desastres.

—¡Qué calorcito! —dice.

Luego alguien grita una orden y los hombres se van, lentamente, con desgana, arrastrando las piernas, hacia la oscuridad, hacia el frío. Los S. S. vuelven a mostrarnos sus espaldas impasibles. Henriette, en voz alta, cuenta las casas incendiadas. Se detiene al llegar a la diecisiete. Después, nada más. Sólo el ligero balanceo al ritmo del cual avanzamos hacia ninguna parte.

—María... —empieza Henriette.

—Déjame en paz. Duermo.

—Siempre estás durmiendo. Ni siquiera te das cuenta de que se van. Se marchan.

—No soy patriota —digo yo—. Me da igual. Y a los que se han quedado en el suelo de la cárcel también les da igual.

—Pero ¿y los demás? —dice Henriette.

—Los demás, como tú.

—Y tú.

—No es seguro todavía —digo, riendo.

El miedo vuelve a adueñarse de ella.

—¿Tú crees que... ahora...? No, no es posible. Si tuvieran que matarnos, ya lo habrían hecho.

Río burlonamente.

—¿Qué importancia tiene esto? Nosotras dos no contamos para nada. Quedarán los demás. Tú, que eres patriota, deberías pensar así.

Henriette está asustada. Se agarra a mí.

—¿Has entendido lo que decían? Dímelo. Por favor, dímelo.

Guardo silencio. Me gusta sentir este miedo animal a mi lado.

—¿Qué han dicho? Dime lo que han dicho.

Empieza a fastidiarme.

—No han dicho nada.

—Entonces ¿adónde nos llevan?

—¡Al infierno! Y ahora cállate. Déjame dormir.

Me cubro la cabeza con la manta, y, realmente, me duermo.

Al día siguiente, la misma blancura, y todavía hace más frío, si es posible. A última hora de la tarde llegamos a una ciudad grande. Nuestro coche abandona la columna de soldados en marcha y, pasando por varias calles secundarias, se dirige hacia el centro. Por las aceras pasan hombres y mujeres con sus abrigos de invierno con cuello de pieles. El espectáculo me parece insólito. Sin duda, ya no hay lugar en mi espíritu para personas que caminan tranquilamente por una calle, con ese aspecto trivial. Nos detenemos ante un edificio de austera fachada. Los S. S. nos ordenan apearnos. Y nos empujan hacia delante. Nos encontramos en un inmenso vestíbulo completamente desierto. Subimos por una ancha escalera cubierta con una alfombra de color rojo oscuro. Arriba, un pasillo. Uno de los alemanes llama a la primera puerta a la derecha. Abre él mismo, y nos empuja hacia el interior. El lujoso despacho donde nos encontramos está desierto también. Encima de una mesa de trabajo de palosanto mana la tinta de un tintero volcado. Las gotas caen de una en una sobre la alfombra. Una palabrota alemana se aplasta en el silencio. Salimos al pasillo. Los S. S. abren puertas, ora a la derecha, ora a la izquierda. Avanzamos en zigzag, como borrachos. El pasillo es interminable y todas las estancias están desiertas. Mientras tengamos fuerzas para avanzar, habrá puertas que abrir e infinitos despachos desocupados que se sucederán. ¿No nos habremos quedado allá, en el patrio de la cárcel, en medio de los cuerpos ametrallados? Este viaje, estas carreteras, este pasillo interminable, ¿no formarán parte de los sueños que habitan nuestros ojos muertos? Una mujer con zuecos y una manta encima de los hombros se arroja contra mí. Me detengo, aturdida por el golpe. Me encuentro delante del espejo inmenso en que termina el pasillo. Me miro con hostilidad. Y emprendemos la marcha en sentido contrario, pasando rápidamente por delante de las puertas abiertas de par en par, a derecha e izquierda.

En los pisos de arriba, los mismos pasillos, el mismo desierto en los despachos, y, al fondo, el mismo falso infinito, el espejo. De vez en cuando, uno de los S. S., sin convicción, grita:

—¿Hay alguien por aquí?

Y su pregunta choca al fin con el espejo, que le devuelve un rostro crispado, con los ojos dilatados por el miedo. Se me antoja entonces que tiene cierto parecido con el de Henriette. Ya no nos prestan ninguna atención. Ellos nos preceden, y nosotras les seguimos. De vez en cuando sostienen breves conciliábulos en voz baja; las dos gorras se juntan hasta casi tocarse y los anchos hombros se redondean, se derrumban. Dos huerfanitos.

Cuando salimos a la calle, los alemanes apresuran el paso, sin volverse. Yo les sigo dócilmente. Henriette me coge por un brazo y me retiene. De una sacudida, me libero de ella. Los alemanes desaparecen tras de una esquina. Un instante, permanezco indecisa. Luego corro, los alcanzo y les digo:

—No me abandonen. Ustedes no tienen derecho ya. Les necesito. Les basta un gesto. Me lo han prometido. Para ustedes no es nada. Lo han hecho ya miles y miles de veces. Vamos, no me lo nieguen a mí.

Pero no se detienen. Corro detrás de ellos y, humildemente, repito:

—Me lo prometieron. No pueden dejarme así.

Y, de pronto, están ya muy lejos. Han desaparecido en el atardecer azul. Yo sigo en el mismo sitio, donde me he detenido cuando han doblado la esquina. Todo ha ocurrido en mi cerebro. Ahora hay muchas cosas que sólo ocurren en mi cerebro. Puedo caminar sin que se muevan mis pies, y hablar sin despegar los labios.

—Ven —dice Henriette—. Tenemos que encontrar un refugio para la noche.

Le vuelvo la espalda y me alejo. Henriette me sigue. Sus zuecos responden a los míos. Henriette no quiere admitir que no existe para mí. La gente me mira con curiosidad.

—Tenemos que preguntar dónde estamos —dice Henriette.

—¿Por qué? ¿Quieres visitar la ciudad?

Una mujer alta y hermosa se cruza con nosotros. Henriette le cierra el paso.

—Perdón, señora —le dice—, ¿cómo se llama esta ciudad?

La mujer responde:

—*Wir sprechen nur deutsch.*

Y sigue su camino.

—Ya estamos en Alemania —dice Henriette, horrorizada.

—Los otros viandantes hablan polaco. Y los letreros están también en polaco —digo yo.

Pero Henriette ya ha detenido a un hombre, quien le responde brevemente y se apresura a alejarse.

—Estamos en Torun —dice.

—Una ciudad histórica —digo yo—. Hay muchos monumentos interesantes que visitar.

La calle por la que pasamos es demasiado ancha, demasiado frecuentada. Los viandantes nos hacen sentir la incongruencia de nuestra presencia aquí. Doblamos la primera esquina y nos adentramos por otras calles más estrechas, donde la noche es más oscura.

—Estoy cansada —dice Henriette—. Tenemos que encontrar algo. Ese hombre al que he interrogado no ha querido escucharme.

—No se lo podemos reprochar. A nadie le gustan los piojos.

Nuestros zuecos resuenan en el empedrado. Entre los tejados, las estrellas tienen un brillo duro. En alguna que otra ventana se divisa un rayo de luz.

—¿Lo intentamos? —dice Henriette.

—¿A qué te refieres?

—A llamar a alguna puerta.

—Pruébalo —digo yo.

—¿Y tú, qué? Estoy harta de ser yo la que resuelve por las dos.

—Podemos separarnos —digo, con indiferencia.

Y hago intención de irme.

—Espera —me ruega.

Me rebozo en la manta y paseo a pasos menudos, casi sin moverme de mi sitio, mientras la espero. No siento la menor impaciencia. Henriette vuelve y reanudamos la marcha.

—He llamado a cuatro puertas —me explica—, y no han querido ni escucharme.

Me parece lo más natural. Henriette se sorbe los mocos; está llorando en silencio. Nuestros zuecos crujen en la nieve. Estamos en una avenida bordeada de árboles detrás de los cuales se adivinan unas casitas solitarias. Pocos minutos antes nos hemos cruzado con el último viandante rezagado, hundida la cabeza en su cuello de pieles. Hay luna nueva. En el cielo negro, las estrellas arden con su fuego helado. Henriette tropieza, avanza unos pasos más y se detiene.

—Ven —le digo.

Henriette menea la cabeza negativamente. Brillan lágrimas en sus mejillas. Sigue meneando la cabeza, sin contestar; y se sorbe los mocos. Estamos cerca de la verja de un jardín. Los árboles asoman, negros, bajo la nieve que carga sus ramas. Al fondo, un tejado blanco que cobija secretos de calor y de bienestar, al abrigo de las estrellas indiferentes. Una linda postal de Navidad. No me sorprendería ver brillar la felicitación en letras de oro. La verja está ligeramente entreabierta. La empujo. Gimiendo, se abre. Nuestros zuecos se hunden en la nieve blanda.

—No te abrirán —dice Henriette, quejumbrosa y asustada.

En mi mano, el picaporte es redondo y liso. El frío sube a lo largo de mi brazo. Encuentro muy natural que la puerta ceda sin esfuerzo. Me vuelvo hacia Henriette, de pie en el primer peldaño de la escalera exterior.

—Ven.

—No. No sabemos quién puede estar dentro.

Penetro en las tinieblas. Prudentemente, doy dos o tres pasos y me detengo.

—¿Hay alguien?

Mi voz cae en el silencio, que se cierra sobre ella. Henriette no se ha movido. Y dice:

—Se te echarán encima.

—¿Quiénes? ¡Si no hay nadie!

Palpo las paredes, a tientas, y finalmente encuentro lo que busco. Un ligero *clic* y de la nada surge un pasillo. Un globo mate esparce una luz suave. Sobre el suelo de madera, cuidadosamente encerado, mis zuecos han dejado unas huellas negruzcas.

—Cierra la puerta —le digo a Henriette, que ya ha cruzado el umbral.

—Deben de estar arriba —dice, y la oigo castañetear los dientes.

Ya tengo la mano en la barandilla de la escalera y subo sin preocuparme del ruido que hago. En el rellano hay tres puertas. Las tres habitaciones, como suponía, desiertas. En una de ellas, en la que entro, la cama está medio deshecha. Papeles y cajas de cartón vacías cubren el suelo. Un armario abierto de par en par permite ver unos trajes en sus perchas, juiciosamente alineados, como para recordar otros tiempos en que reinara el orden aquí. «Trajes de muerto», pienso. Sólo los muertos tienen un guardarropa tan bien ordenado. Esta habitación también está muerta. La han matado de prisa. Y se han olvidado el alma del crimen encima de la mesilla de noche. Me pesa en la mano. Verifico el cargador: no falta ni una bala. Una voz sin timbre dice a mi espalda:

—Suelta eso.

Descalza sobre la alfombra, Henriette está allá. Tiene los ojos fijos en el revólver. Yo la miro.

—Parece que tienes miedo.

—Déjalo —dice, rehuyendo mi mirada—. Con estas cosas no se juega.

—¿No sabes utilizarlo? —Henriette niega con la cabeza—. ¡Pues vaya resistente! Pero aún no es demasiado tarde. Yo te enseñaré.

—Por favor...

—Mira. Se baja el seguro. Hay una bala en el cañón. Para apuntar, tienes que hacer como si apuntaras con el dedo, con el índice, así. Ahora basta apretar aquí. Y... ¡hop! ¡Adiós Henriette! Es un momento. Ni siquiera tienes tiempo de dolerte. ¿Has comprendido? Vamos, Pruébalo.

Y le pongo el revólver en la mano.

—Vamos, Pruébalo. Apunta a cualquier cosa. A mí, por ejemplo. Y aprieta el gatillo. Anda. No tengas miedo. Te he engañado. No está cargado.

Henriette, con el revólver en la palma de la mano, avanza unos pasos y lo guarda lentamente en el cajón de la mesita.

—¡Qué miedosa eres! ¡Vaya heroína de guerra! Porque sin duda eres una heroína. No tienes más que enseñar las nalgas para que te crean.

Sin decir palabra, Henriette sale de la estancia, y, silenciosamente, descalza, baja la escalera. La sigo y mis zuecos resbalan en un peldaño; apenas estoy a tiempo de agarrarme a la barandilla. En la cocina, Henriette

enciende una imponente cocina esmaltada. Sus gestos son precisos, los objetos salen al encuentro de sus manos, sin vacilar, como si ya hubiese estado aquí anteriormente... Me dejo caer en una silla y la observo. He aquí a una persona que ha encontrado su sitio. Por instinto, sin el menor esfuerzo por su parte. Sus ojos tienen una expresión de niña aplicada; sus mejillas cobran color. Encima de la mesa aparecen el pan, la mantequilla, la mermelada... La olla empieza a cantar. Henriette me arroja un par de zapatillas. Me las pongo. Ella sigue descalza.

—¿Estaba cargado o no el revólver? —me pregunta, al fin.

—Sí, lo estaba —digo.

Henriette sigue ajetreándose en la cocina. Sirve el té en las tazas; me da la espalda.

—Si tú quieres —dice—, podemos volver juntas a mi casa. Mi padre no es muy simpático; pero puede que haya cambiado. Mi madre...

Ya no la escucho. Ni se le ocurre pensar que pueden estar muertos. No, lo que la preocupa es el carácter difícil de su padre. Viendo que guardo silencio. Henriette no prosigue. Comemos sin decir palabra. Henriette, como en la cárcel, come de pie. Se lleva la comida a la boca sin cesar, sin detenerse siquiera para tragar los bocados. Tiene la voracidad de un animal. Al final, descubro que he terminado al mismo tiempo que ella. Ahora Henriette retira todo lo de la mesa, recoge las migajas y lava los platos. Una perfecta ama de casa. Será una buena esposa. En un balde bastante grande vierte agua que se vuelve de color violeta.

—He encontrado permanganato —anuncia, alegremente.

Se levanta el vestido, se lo anuda alrededor de la cintura y se sienta en el agua. Su rostro enrojece.

—Escuece —dice.

Los objetos empiezan a disolverse en el calor. Ya sólo los veo a través de una bruma. La voz de Henriette llega hasta mí débil, ahogada.

—¿Quieres lavarme las llagas?

Digo: «Sí», pero no me muevo. Encima de la mesa, ante mí, hay un paquete de algodón hidrófilo, un tubo de pomada, gasas y un par de tijeras. Henriette; desnuda hasta la cintura, me vuelve la espalda. Las tiras de carne podrida se desprenden bajo mis dedos.

—Tendrás una llaga magnífica, limpia y nueva —le digo.

Le aplico en las nalgas retazos de gasa empapados en pomada, y luego los sujeto con una venda ancha que enrolló alrededor de sus caderas.

—Gracias —me dice—. ¿Recuerdas la primera vez que me curaste?

Su voz suena sentimental, empapada de ternura. Me está poniendo un cepo.

—No, no recuerdo nada.

Se ha quitado el vestido y ahora se lava meticulosamente. Cuando ha terminado se arroja en una bata azul celeste. Sus cabellos húmedos caen sobre sus hombros.

—La he encontrado arriba, en un armario —dice, enseñándome la bata—. Voy a prepararte el agua.

—¿Para qué?

—Para bañarte, mujer. No irás a acostarte así.

Me paso una mano por el cuello. La piel está grasienta, dura. Una verdadera costra. Debajo, debe de estar tierna, debe de ser vulnerable.

—No quiero lavarme.

—Pero, mujer.

—Te he dicho que no.

Henriette no insiste. Subimos al piso. En el rellano me pregunta:

—¿Dormimos juntas?

—Estás demasiado limpia para mí —digo—. Hay una cama en cada habitación. Buenas noches.

—No enciendas sin velar la ventana —dice Henriette al tiempo que cierro la puerta.

No necesito luz. Con mi vestido de prisionera me deslizo entre las sábanas frías. Oigo cómo se acuesta Henriette. Pocos instantes después, me llama.

—¿Qué quieres?

—Deja la puerta entreabierta.

—¿Tienes miedo?

—Sí, tengo miedo. Por favor...

La luz de su habitación asoma una lengua puntiaguda por la puerta, mientras vuelvo a costarme.

—Y ahora déjame en paz —digo.

Poco a poco, percibo el tictac de un reloj de péndulo en alguna parte de la casa. Después oigo llorar. Es Henriette. Hace su limpieza nocturna. Después del cuerpo, el alma. Yo me rasco furiosamente la cabeza con las manos. Es un alivio. Detrás de la ventana, los árboles del jardín, con sus ramas retorcidas, cuentan las estrellas.

Me levanto. Les he oído acercarse. Están ahí. Me acerco a la ventana. Y les veo, apretados unos contra otros, confundidos sus cuerpos indistintos en la oscuridad de la noche. Manchas pálidas, sus rostros de rasgos confusos están vueltos hacia mí. La fosforescencia de la nieve resplandece en sus ojos y en sus dientes; sus manos brillan. Lentamente, la ventana se abre. Ahora, ellos y yo respiramos el mismo aire glacial. Una voz dice: «Déjanos entrar, tenemos frío». ¿Quién ha hablado? Otras voces, como un rumor de hojas muertas, repiten: «Déjanos entrar, tenemos frío». Y otras más, incansables, monótonas, cada vez más numerosas, insisten: «Déjanos entrar, tenemos frío». Todo un coro que murmura, que suplica. Después, otra vez una voz aislada, que reconozco: «Estamos todos aquí, y tenemos frío. Déjanos entrar», me dice mi padre. Me encuentro en la planta baja, en el pasillo, sin saber cómo. Me esfuerzo por abrir la puerta, girando el picaporte en todos sentidos. En vano. Me arrojo contra ella, la sacudo, pero la puerta sigue cerrada. Entonces grito:

—¡No puedo, no puedo, no puedo!

La voz de Jacques llega hasta mí: «Ve a buscar la llave». Acostada sobre el vientre, la cabeza hundida en la almohada, Henriette duerme apaciblemente. Arranco sábana y mantas de golpe.

—¡Dame la llave!

—¿Por qué? —me dice—. ¿Para dejarles entrar?

—¿Sabías que están aquí?

—Sí. Nos han seguido. Pero he cerrado la puerta detrás de nosotros. La he cerrado bien.

—Dame inmediatamente esa llave.

—No, no te la daré.

El revólver está en mi mano.

—La llave —digo.

—No, no lo hagas.

—De prisa, la llave.

De debajo de la almohada, Henriette saca una llave enorme y me la ofrece con ambas manos. Arrojo el revólver y bajo. ¡Cuán difícil resulta mover esta llave! Por dos veces escapa de mis manos y el ruido que hace al caer resuena extrañamente en toda la casa. Finalmente logro introducirla en la cerradura. En el mismo instante suenan unos disparos. Arriba. Con todas mis fuerzas me apoyo en la llave y le doy una vuelta, dos vueltas. La puerta se abre. Ya no disparan. Están todos echados sobre la nieve, en mezcolanza, unos encima de otros. De rodillas, levanto esas cabezas muertas, desconocidas. Busco. Las desentierro de debajo de un brazo, de un cuerpo, las cojo entre mis manos y las miro a la cara. A veces hay que hacer un esfuerzo para reconocer los rasgos familiares de los que la muerte se ha adueñado. Por esto los miro con mucha atención. Después los suelto. Son desconocidos. Siempre desconocidos. Me arrastro a gatas por la nieve, de un cadáver a otro. Llego al límite de mis fuerzas. Sólo al final, después de haber examinado todos aquellos rostros extraños de ojos apagados, labios entreabiertos, sólo al final los encuentro. Los tres están muy cerca de la verja. Entonces aparece Henriette, en el marco iluminado de una ventana. Lleva su bata azul celeste y exclama alegremente:

—¡Los he matado a todos, a todos!

Me levanto y corro hacia la casa. En su habitación, delante de la luna de un armario, Henriette se peina sus largos cabellos. El revólver está encima de la cama. Me apodero de él. Henriette me ve por el espejo y la mano con que se peina se inmoviliza.

—No —dice—, no, no...

—¡Has disparado contra mis muertos, cerda!

No dice nada más. Su mano cae. Disparo. Henriette queda echada sobre la alfombra, exactamente con los demás, fuera, sobre la nieve, y sigo disparando hasta que sus ojos se ponen vidriosos.

Al día siguiente, Henriette me despierta.

—Baja a desayunar —me dice.

Abajo, la cocina está encendida, la mesa preparada y el sol entra por la ventana. En el fuego, hay un balde con agua.

—Si quieres lavarte... —me dice Henriette, cuando terminamos de comer.

Me he lavado. Vuelvo a subir a mi cuarto y me acuesto de nuevo. Pocos instantes después, Henriette sube también y se queda un buen rato a los pies de mi cama.

—¿Por qué no te vistes? —me dice, finalmente—. Tenemos todo lo necesario.

—Estoy muy bien así.

—Por lo visto hay quien queda así, después.

—¿Después de qué?

—Después de la cárcel.

Le sonrío.

—¿Crees que estoy chiflada?

Antes no eras así.

—Dijiste que querías volver a tu casa. ¿A qué esperas?

—No puedo dejarte aquí.

—¿Por qué? Aquí estoy muy bien.

—No me marcharé sin ti.

—Ah, ya sé. Tienes miedo de ir sola. De momento, no cuentes conmigo. No pienso salir a la calle con este frío.

—Pues debemos salir, para enterarnos un poco de cómo andan las cosas.

—Bueno, pues sal tú. Yo no soy curiosa.

—Ven conmigo —me dice, suavemente.

—Tú también has cambiado mucho. Te creía fuerte y valiente. Te admiraba. Por lo visto era un valor de circunstancias.

En aquel preciso instante, una explosión estremece los cristales. Es una bomba. Henriette palidece.

—Bueno, ya puedes volver a ser una muchacha valerosa. La guerra no ha terminado.

Henriette me mira, furiosa.

—Cualquiera diría que te alegras.

—Pues, la verdad es que me alegra mucho.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué te has vuelto así?

Y retrocede un paso.

—Otro día te contaré mi pequeña historia. Ahora voy a salir un poco para ver qué pasa.

Elijo unos pantalones de montar, unas botas demasiado grandes para mí y una chaqueta de hombre. Henriette ha encontrado zapatos y un abrigo de mujer.

Fuera, las calles están desiertas. Al fin encontramos a una viejecita.

—No queda ni un solo alemán en la ciudad —nos dice—. Esta noche han tomado las de Villadiego.

—¿Y las bombas? —pregunta Henriette.

—Son los rusos. Parece que van a llegar de un momento a otro.

A lo lejos, un cañón despierta los ecos.

—A casa —dice Henriette.

En la cocina, se dedica a desleír harina en agua. Ha recobrando la máscara inexpresiva de la cárcel.

—La guerra te sienta bien. Te presta dignidad.

—A ti también. Te devuelve las ganas de hablar.

Con la masa, Henriette prepara unas galletas y las pone en el horno. El ruido del cañón se acerca insensiblemente.

Durante cinco días he mirado cómo Henriette preparaba las galletas. Las comemos con miel. Al otro lado de la ciudad, día y noche el cielo se derrumba en un rugido cada vez más amenazador. Tranquila y taciturna mientras brilla el sol, Henriette se muestra inquieta cuando llega la noche. La oigo dar vueltas y vueltas por la cama, insomne. Pero ya no intenta hablarme. La quinta noche me despierta.

—Están aquí —me dice.

Por la ventana, los vemos pasar por la calle, siluetas blancas, sin forma. Avanzan en desorden, en la confusión más completa.

—La verdad es que los alemanes tenían más empaque —digo.

Y vuelvo a acostarme. Al día siguiente, de madrugada, Henriette vuelve a despertarme.

—Hay dos de ellos delante de la verja.

—¿Y qué? —digo yo. Nada me molesta tanto como que me despierten—. Son tus liberadores. Anda, ve a abrazarles.

—Están echados en la nieve.

—Pues déjalos en paz. Si están muertos, ya no podrán fastidiar a nadie.

—He oído que uno de ellos gemía.

Me levanto, y, furiosa, me pongo la bota izquierda en el pie derecho y viceversa. Claro que las botas son tan grandes para mí que no tiene importancia.

En efecto, los dos están echados en la nieve, a pocos pasos de la verja. Uno, muy joven, tiene los ojos cerrados y la cara azul. Entre sus mejillas hundidas, la nariz apunta, enorme. El otro me mira y se queja dulcemente. Es viejo; tiene la barba gris. Me agacho sobre él. Un hilo de voz surge de sus labios, tiembla y se rompe. Logro captar, comprender algunas palabras.

—Dijeron que vendrían a recogernos...

Algo atrae mi mirada. Examino atentamente al más joven: un rastro de valor flota sobre sus labios. Cojo un puñado de nieve y le restriego la cara. Sin resultados. Y digo a Henriette:

—Ayúdame. Vamos a llevarles a la casa.

—Tal vez fuese mejor dejarles aquí e ir a avisar a alguien.

Yo hago como si no la hubiese oído.

—Cógelo por debajo de los hombros. Yo lo cogeré por los pies.

Empezamos a cruzar el jardín y una o dos veces está a punto de caernos de la mano. Tal vez el viejo pese menos. En el vestíbulo, en el momento de dejarle, se me escapa una pierna y choca contra el suelo. Brota de sus labios un grito de animal herido. Ha abierto los ojos.

—Ven —le digo a Henriette.

Y volvemos a salir. Contrariamente a lo que esperaba el viejo pesa más aún. Tenemos que detenemos varias veces antes de llegar a la casa, donde, en el vestíbulo, el otro sigue gritando. Bajamos dos colchones y los acostamos en ellos. El joven tiene un muslo hecho jirones y el viejo una bala en el vientre. Henriette prepara una solución de permanganato. Con las tijeras, les corto los pantalones y les lavo las heridas.

—Ya no nos quedan gasas —dice Henriette.

—Recurriremos a las sábanas.

La miro. Está muy pálida y apenas se tiene en pie.

—Ve a prepararnos té.

Me vuelve la espalda y, con paso inseguro, se dirige al fregadero, donde vomita. Luego prepara el té. Se lo doy a cucharadas al más joven. En el botiquín he descubierto calmantes, y le obligo a tragar tres sellos. Un poco de color asoma a sus mejillas.

—Me duele mucho la pierna —dice.

—Duerme. Después te sentirás mejor.

Como un niño que desea demostrar su obediencia, cierra inmediatamente los ojos.

—¿Sabes ruso? —me pregunta Henriette.

Y en su voz hay cierto matiz de desconfianza.

—Puedes ir a acostarte —le digo—. Ya no te necesito.

Henriette se va, sin decir palabra. Me acerco al viejo. Está completamente tranquilo, con sus grandes ojos grises muy abiertos.

—Tengo sed.

—No se debe beber cuando se tiene una herida en el vientre.

—Ya no tiene importancia. Dame de beber, madrecita.

Le pongo la almohada debajo de la cabeza.

—No puedo, *batiuchka* —le digo.

Nunca he sabido qué significa exactamente esta palabra. Aparecía a menudo en los cuentos rusos que me contaba mi madre.

—Dame de beber, por favor.

Empapo un poco de gasa y se la paso por los labios agrietados.

—Tengo sed adentro, madrecita.

De nuevo le paso la gasa por los labios. La coge con los dientes y empieza a chupar.

—Sé razonable, *batiuchka*.

—Seré razonable. No quiero que te preocupes.

Tiro las cortinas para que la luz no le moleste.

—¿Quieres quedarte un rato a mi lado, madrecita?

Me siento en el suelo, junto a él.

—¿Has sufrido mucho durante la guerra?

—Bastante —digo.

—Ahora se ha acabado. La guerra ha terminado. Nosotros traemos la paz. ¿No dices nada? ¿No me entiendes? Hemos venido a liberaros. ¿No te

alegras?

—No.

—¿Por qué, madrecita? ¿Por qué no te alegras?

—Habéis llegado tarde.

—No demasiado para ti.

—Sí, para los míos.

—¿Has llorado?

—No, no he llorado.

—Hay que llorar. Hay que llorar, madrecita. Alivia mucho. Yo lloré mucho cuando enterré a mi mujer. Así el dolor se evapora. Perdóname, pero todavía tengo sed.

Con una cuchara, le doy unas gotas de agua.

—Tengo dos hijos y tres hijas, y muchos nietos. Y tengo también una casa, una casita, mía. No volveré a verla.

—Puedes sanar, *batiuchka*.

—No es que desee vivir mucho tiempo, pero quisiera morir allá. En mi tierra, con los míos. Es duro morir solo.

—Me gustaría ir contigo.

—¿A mi casa?

Me sonrío. No pienso en su casa. Pero digo:

—Sí, a tu casa.

—¿Crees que se puede salir con vida, con una herida como la mía? — me pregunta, tímidamente.

—Es preciso no moverse y no beber. Conozco a algunos que se curaron.

—¿De verdad, madrecita?

—De verdad.

—Pues no beberé. Tú irás conmigo. Verás mis manzanos. No hay mejores manzanas en Rusia que las de mis manzanos.

Calla un instante y luego dice:

—Ahora me duele un poco más. No mucho, sólo un poquito más.

—No hables, no te canses. Procura dormir.

—Sí, voy a dormir. Dame una gota de agua.

Y, en efecto, se duerme. Pero su respiración es corta, ruidosa. Subo sin hacer ruido, diciéndome que ni él ni yo veremos florecer sus manzanos. Me

echo en mi cama, sin colchón y miro al techo. La pintura, saltada a trozos, dibuja extrañas figuras. Poco a poco se animan unas formas humanas. Se lamentan. Unas voces suaves, lejanas, que me mecen, me calman... Las escucho. Al borde del sueño, las oigo todavía. De pronto, los gemidos se convierten en gritos. Henriette está de pie, ante mí.

—Baja a hacerles callar. No puedo más.

Es el joven. Procuro calmarle. Le digo que pronto vendrán a buscarle, que le llevarán al hospital. Los médicos se ocuparán de él. Se curará. Pero él sólo oye la voz de su dolor, que intenta cubrir con sus gritos. Le doy de beber y le administro unos sellos. El viejo, con los ojos cerrados, gime.

—Madrecita... ¿Es verdad que nos llevarán al hospital?

—Sí, *batiuchka*.

—No, ya no vendrán. Nos han olvidado.

—Vendrán. Iré a buscarles.

—¿Cuándo irás, madrecita?

—En seguida.

Dejo a Henriette con ellos. Camino largo tiempo por las calles desiertas antes de hallar soldados rusos. Les explico el caso. Me conducen a presencia de un oficial. Lo explico de nuevo. Me dice que por el momento nada cabe hacer. En el hospital no hay nadie. Nadie. Nada. Hay que esperar la llegada del médico-mayor y de los enfermeros.

—Estos hombres van a morir —le digo—. No tengo nada para cuidarles.

Lo siente mucho.

—Son hombres de ustedes.

—Otros se han quedado por el camino. Muchos más.

Me da un salvoconducto; yo le dejo nuestra dirección.

—¿Qué? —me pregunta el viejo, en cuanto me ve.

—Vendrán mañana, *batiuchka*. Todavía no hay nadie en el hospital.

El joven nos escucha. Después dice:

—Hasta mañana sólo queda una noche. Creo que podré aguantar otra noche aún.

Durante los tres días que siguen repito la misma mentira que se llama «mañana». Los dos heridos se esfuerzan por creerme, por agarrarse a esta

esperanza. Yo estoy constantemente a su lado. Henriette casi ya no baja nunca. Se encierra en su cuarto, donde espera con impaciencia el día que nos liberen de esos moribundos que la molestan. Yo le digo:

—¿Por qué no te vas?

—Somos dos.

—Es verdad. Tú siempre piensas que te acompañaré a tu casa. Pero yo no tengo prisa. ¿Sabes? Esto puede durar mucho.

Fue menos largo de lo que yo esperaba. Al cuarto día llegan los enfermeros. Se llevan al joven y prometen volver cuando antes a buscar al viejo. Pero el viejo ya no tiene prisa. Ya no tiene que ir a ninguna parte. Cuando quedamos solos le digo:

—Ya ves, *batiuchka*, vosotros habéis llegado tarde para mí, y ellos han llegado tarde para ti.

Henriette baja la escalera, con el cuello del abrigo levantado y un saco inmenso a la espalda.

—Nos vamos —dice.

—¿Qué llevas en este saco?

—Cosas.

—¿Qué cosas?

—Ropa blanca, vestidos, cosas útiles...

Me ve sonreír.

—¡Aquí vivían alemanes! Tengo derecho a recuperar lo que les quitaron a los nuestros.

—No te pongas así. Es muy natural.

—Es que me parece como si me lo criticaras. Sé muy bien que no soy más que una campesina y que tú eres una chica instruida, una burguesa, pero esto no es razón para que me lo critiques todo a cada momento.

—Oye —le digo—, criticarte sería lo último que se me ocurriría.

—Entonces, ¿qué piensas, con este aire ausente?

—No te preocupes. ¿Quieres que nos vayamos? Pues vamos.

Delante de la verja, dejo a Henriette y retroceda. El revólver sigue en el cajón de la mesita de noche. Antes de volver a salir, entro por última vez en la cocina. Hace calor. La cocina sigue encendida. Maquinalmente, le agrego un poco de combustible. Alcanzo a Henriette y emprendemos la marcha.

Dejando atrás la ciudad, y siguiendo por las blancas callejuelas de las afueras, vamos en busca de la carretera principal. Delante de una casita, un hombre quita la nieve de la acera con una pala. Hince la pala en la nieve y nos mira.

—Vamos a Varsovia —dice Henriette—. ¿Puede indicarnos la dirección?

—¿Varsovia? —dice el hombre—. Ni lo piensen No llegarán jamás.

—¿Por qué?

—Los trenes no funcionan. No hay comunicaciones. Ni coches en las carreteras. Nada.

—Iremos a pie.

—¿A pie? —Nos mira compasivamente—. Pero, señoritas, es imposible. Les aconsejo que no lo intenten. Circula gente muy rara por las carreteras. En la actualidad es preciso no tener nada que perder para aventurarse en ellas. En su lugar, yo esperaré. Créame, es más prudente, mucho más prudente.

Henriette deja el saco a sus pies y no dice nada.

—¿Por dónde se llega a la carretera? —pregunta.

—Yo les he dado mi consejo. Si ustedes no quieren seguirlo, es cosa suya. Doblen a la izquierda, y llegarán directamente a la carretera principal. Después... allá ustedes.

—Gracias. —Me vuelvo hacia Henriette—. Vamos. ¿Vienes?

—Tal vez el señor tenga razón —empieza—. Tal vez fuese mejor esperar... ¿No crees que...?

—Yo no creo nada. Tú quisiste ir, y allá vamos.

Vuelve a echarse el saco al hombro y caminamos. Pocos minutos después ya estamos en la carretera.

—Pesa, este saco —dice Henriette.

—No cuentes conmigo para llevarlo.

—También hay comida para las dos.

—¿Qué clase de comida?

—Galletas y azúcar.

—Está bien. Llevaré las galletas y el azúcar. Pero nada más. Sí quieres llevar a tu familia tu botín de guerra, allá te las compongas.

—Yo no te he dicho nada. Sólo he dicho que el saco pesaba.

—Cuando te canses de llevarlo, lo tirarás.

—No lo tiraré —dice Henriette, molesta.

Dejamos atrás las últimas casitas de la ciudad, cada vez más raras, cada vez más miserables. La carretera atraviesa la llanura desierta, y la blancura de la nieve, que el sol nos arroja a la cara, me duele en los ojos. La curva del horizonte parece trazada a compás, sin el menor accidente, sin una sola muesca. Tengo la impresión de caminar sin moverme de sitio. Toda la extensión gira en torno del sol, y nada cambia. Por dos veces nos detenemos para comer una galleta y un poco de azúcar. Al hacer el segundo alto divisamos el bosque. Parece bastante cercano. Hasta ahora nos lo había disimulado el deslumbramiento producido por la luz del sol que nos llegaba de frente.

—Esta carretera no me gusta —dice Henriette—. ¿Y si pasáramos por el bosque?

—Buena idea. De paso podremos jugar a la Caperucita Roja.

—¿Crees que habrá lobos?

Me mira, súbitamente inquieta. ¿Por qué me empeño en asustarla? ¿Por qué quiero apagar esa alegría de vivir que está en ella y que yo no siento?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Será mejor que no abandonemos la carretera.

—Al fin y al cabo, también podemos seguirla por el bosque, sin adentrarnos demasiado entre los árboles.

Es un bosque de abetos, viejo y oscuro. Copas de nieve se acumulan por encima de nuestras cabezas, y hacen pesar toneladas de silencio en las ramas. De vez en cuando, un claro deja pasar un rayo de luz que ilumina esta blancura muerta. Detrás nuestro, dejamos el suelo mutilado por nuestros pasos. Movernos de aquí se me antoja indecente. ¿Por qué la voz de Henriette tiene que levantarse, inconsciente, impúdica? Ante mi obstinación en no contestar, acaba por callar. Una imperceptible contracción de la sombra, como si una nueva capa de nieve se hubiese puesto en las ramas altas, nos advierte que se acerca la noche. Entonces intentamos volver a la carretera. El roce continuo de mis botas demasiado holgadas me hiere los pies. Y el frío, paciente, se filtra a través de nuestro cansancio. A

la orilla del bosque, Henriette deja su saco en la nieve y se arrodilla encima de él. La noche se acerca, con su paso oblicuo.

—Tenemos que encontrar algo —me dice Henriette en tono de súplica, como si de mí dependiera.

Me llevo a la boca un poco de nieve y la caliento largo rato antes de tragarla.

—No hay nada —prosigue—: Nada en absoluto.

—Pero no estamos en el desierto. Acabaremos por encontrar alguna aldea.

En efecto, descubrimos una aldea gracias a unas luces mal disimuladas. Henriette se lanza en su dirección, campo a traviesa. Yo la sigo. Nos hundimos en la nieve hasta las rodillas. Henriette cae tan larga como es. La ayudo a levantarse.

—Tira ese saco asqueroso —le digo.

—No, voy bien.

No me ofrezco a llevárselo. También yo estoy agotada. Y juzgo una estupidez acarrear con tanto esfuerzo las cosas inútiles que se ha llevado.

—Siempre te quedará el recurso de envolverte en un mantel bordado antes de dormir. Será una mortaja muy elegante.

Siento que sus uñas se clavan en mi carne.

—Mira. Las luces han desaparecido.

En efecto. Delante de nosotras no hay nada. Abstraída en la tarea de sacar las piernas de la nieve sin dejar en ella mis botas, no me había dado cuenta de su desaparición.

—¡Oh María! ¡Haz algo, haz algo!

Y Henriette solloza.

—No tienes por qué llorar. Simplemente, nos encontramos en una hoya. Las luces están al otro lado.

No es que la compadezca; me pone enferma. Los últimos sobresaltos de su desesperación se expresan todavía en unos cuantos hipos. Reanudamos la marcha, lentamente, esta vez, deteniéndonos cada diez pasos. La nieve se acumula dentro de mis botas. Cada vez es más penoso el esfuerzo que debemos realizar para escapar a esa noche que nos tira de los pies hacia esta espesura blanca y móvil.

—Yo no veo nada aún —dice Henriette, en voz baja, como si temiera formular este pensamiento en alta voz.

—No te preocupes. Tú sigue avanzando.

Cada vez nos detenemos con más frecuencia.

—No puedo más —dice Henriette.

Con el saco en la espalda, se deja caer de rodillas y se hunde hasta la cintura. Miro a mi alrededor, y, de pronto, diviso las luces. Se las enseño a Henriette.

—Mira, caminábamos en dirección opuesta.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé —digo—. Tal vez sean otras.

Henriette no parece tener prisa en levantarse.

—¿A qué esperas?

—Si echamos a andar desaparecerán como las otras —dice, con una vocecilla débil.

Me encojo de hombros y emprendo la marcha. Cuando me vuelvo, casi al llegar ante la primera casa, Henriette está a pocos metros de mí.

—Al fin las hemos encontrado —dice, al alcanzarme. Y, ante la puerta, me ordena—: Llama.

Llamo. Nadie responde.

—Más fuerte —susurra.

Llamo más fuerte. No hay respuesta. Henriette se arroja contra la puerta y la golpea con ambas manos. Se abre una ventana alta y una voz de mujer pregunta:

—¿Quién es? No está bien llamar de noche a las casas.

—Ábranos, por favor, señora —dice Henriette—. Llevamos muchas horas caminando. Estamos casi sin fuerzas.

—Ya los conozco, a esos perdidos que circulan de noche por las carreteras.

—Sólo un rinconcito...

La ventana vuelve a cerrarse.

—No puede dejarnos fuera con ese frío... —Y, desesperada, grita—: ¡Señora! Escuche, señora...

Yo me dirijo ya hacia otra casa. Esta vez, una voz de hombre, desde el otro lado de la puerta, nos manda al diablo. Henriette ya no insiste.

—No nos abrirán.

—Claro que nos abrirán. Ya lo verás.

Elijo una casa un poco aislada. Como siempre, las primeras llamadas mueren en el silencio. No me desanimo y mi paciencia pronto se ve premiada por una cascada de insultos. Dejo que el hombre agote su cólera y luego digo:

—Abra la puerta. Vamos armados. No se lo diré dos veces. Haré saltar el cerrojo y a usted con él.

Saco el revólver de mi monedero.

—Vaya a otra parte con sus amenazas. ¡Hala, fuera de aquí, y de prisa!

Apunto el arma hacia la puerta y disparo.

—Y ahora, abra antes de que prendamos fuego a su choza. Cuento hasta tres.

—¡Espere! Voy a abrir.

La puerta se abre con precaución. Ante nosotras aparece mi tipo alto y flaco, ya de cierta edad, con calzoncillos largos. Con la boca abierta, mira el revólver que le apunta.

—Comprenda usted, señora... Son tiempos muy inseguros. Yo soy un anciano y vivo solo aquí, con un prisionero...

—Lo comprendo perfectamente. Déjenos entrar, y vaya a prepararnos algo que comer. Y queremos agua caliente. —Me vuelvo hacia Henriette—. ¿Entras?

—Esta arma... —dice el anciano—. No la necesitará. Encontrará todo lo que precise en mi casa.

En la inmensa cocina hay una cama con un enorme edredón rojo, en la que, evidentemente, estaba acostado el hombre. Junto al hogar hay un jergón, en el suelo. Entre las mantas, alguien parece dormir.

—¿Quién es? —pregunto.

—Un prisionero alemán. Tenemos varios en la aldea. Éste es muy buen chico.

En el jergón, nadie se mueve. Es imposible que no haya oído el disparo. Considera más prudente hacerse el muerto. Todavía hay brasas en el hogar

y agua caliente en una olla grande. El viejo pasa a la estancia contigua, donde llega un soplo de aire frío.

—Cierre la puerta —le digo.

Dócilmente, la cierra. Henriette toma su baño de asiento. Luego les toca el turno a mis pies heridos. El viejo vuelve con un poco de comida. Se muestra meloso y maldice de la guerra que obliga a unas muchachas como nosotras a vagar por las carreteras.

—Puede ir a acostarse —le digo—. Tenemos todo lo que nos hace falta.

—Pero... Es que yo duermo aquí.

—Bueno, por una vez dormiré en otra parte.

—Hace frío en el otro cuarto, ¿sabe usted? Sólo calentamos éste. Y yo soy un anciano.

El revólver está encima de la mesa, a mi lado.

—Nosotras dormiremos aquí.

—Entonces, buenas noches.

Henriette responde: «Buenas noches». Cuando hemos acabado de cenar, quiere quitar la mesa. Pero casi cae de fatiga.

—Déjalo —le digo—. Y acuéstate.

Obedece. Tengo la impresión de que le inspiro temor. Apago la luz y permanezco sentada un rato, mirando el brillo de las brasas. Obligo a mis ojos a pasar por encima del jergón donde duerme el alemán. Ni siquiera se le oye respirar. Finalmente me acuesto al lado de Henriette y guardo el revólver debajo de la almohada. El fuego está apagado, pero, con los ojos abiertos en las tinieblas, sigo con la cabeza vuelta hacia el rincón donde el alemán está echado en el suelo, protegido por el silencio y la oscuridad. Hasta que la fatiga disloque mi cuerpo... La cabeza se desprende de mis hombros y me sumerjo en el olvido.

El viejo tose. Acurrucada bajo el edredón oigo al viejo. La noche se retira. La habitación emerge de las sombras como un pecio cubierto de barro en la mano baja. El viejo acaba por calmarse. Sólo oigo una doble respiración caliente. Puedo dormir todavía. Basta cerrar los ojos. Pero sé perfectamente que no dormiré: la respiración del alemán llena ahora la estancia. Me levanto sin hacer ruido y enciendo la luz. El alemán está acostado sobre la espalda. En el sueño, sus labios muestran una mueca

infantil. Es muy joven. La visión de sus cabellos rubios y su frente casi me hacen llorar. Me vuelvo, y, muy de prisa, me visto. Retiro suavemente el revólver de debajo de la almohada. De pie, al lado de él, lo toco con mi bota. Inmediatamente, sin transición alguna, emerge del sueño. Se sienta y me mira. No puedo apartar mis ojos de su frente y de sus cabellos rubios. Gracias a Dios, la semejanza ahora es mucho menos asombrosa.

—¿Qué quiere de mí? —dice, al fin, en voz baja.

—Levántate. Vamos a dar un paseíto, los dos.

También yo procuro ahogar la voz. Le apunto a la cara.

—No la conozco. Yo no le he hecho ningún daño.

Vuelvo a ver la sonrisa del guapo oficial de la Gestapo. Y le sonrío.

—Tampoco yo —digo, cortésmente—, tampoco yo hice jamás ningún daño a los alemanes. Levántate.

No se mueve. Le arranco las mantas.

—De pie.

Se levanta y tiende la mano hacia sus ropas, cuidadosamente dobladas al pie del jergón.

—No vale la pena —le digo—. Me gustas tal como estás.

Seguimos hablando en voz baja, como dos conspiradores. Me sitúo detrás de él.

—Adelante. Abre la puerta. Sin hacer ruido. Vamos, sal.

Vuelvo a cerrar la puerta detrás de nosotros. Sus pies descalzos se hunden en la nieve hasta la rodilla.

—Anda. Da la vuelta a la casa.

Le sigo con el revólver en la mano. El hombre intenta correr.

—No —le digo—, despacito. No te canses.

Damos vueltas alrededor de la casa. Las últimas estrellas se ahogan en la palidez de la madrugada. Empiezo a sentir frío. Pero sigo caminando detrás de él con la seguridad de que esto no acabará jamás. Hemos emprendido un largo viaje, un viaje para siempre, él y yo; él con su ropa interior y las piernas al aire; yo con el revólver incrustado en la mano, y con ese dedo que se niega a ejercer la pequeña presión que bastaría para romper este círculo infernal que nos encierra a los dos. Y su vida se retira de mi mano helada, que se convierte en una prolongación del pedazo de acero que

sostiene. El alemán tropieza. Se detiene y se vuelve. Sus labios están amoratados.

—No puedo más —dice—. Yo no le he hecho nada. No comprendo.

—Yo tampoco —digo—, tampoco comprendí.

—¿Qué han podido hacerle para que sea así?

—¿«Han»? Fuiste tú. Andando.

—Por compasión, no puedo más.

Tiene la cabeza gacha, las rodillas dobladas y los brazos en torno del cuerpo, como para protegerse. Y yo permanezco ante este hombre casi desnudo sin decidirme a disparar. Ambos inspiramos compasión. Digo, sin convicción:

—Anda o disparo.

—No dispare. Andaré.

Le sigo, maquinalmente. Cada vez que pasa por delante de la puerta de la casa, aminora la marcha y hasta se detiene casi, y yo le digo:

—¿A qué esperas? Nada puedes esperar. Sigue andando.

Entonces apresura el paso, y, una vez dada la vuelta, de nuevo disminuye la marcha. Esta vez me detengo yo.

—Continúa solo tu paseíto. Yo ya estoy harta. Me quedaré detrás de la ventana y te veré pasar. Pero si quieres huir, tienes vía libre.

—Déjeme entrar con usted, se lo mego.

En el fondo, es todo lo que puedo hacer. Estoy deseando acabar con esta triste comedia. Pero en este momento el alemán se acerca demasiado y me obliga a mirarle. El monstruoso parecido me alcanza como un puñetazo. Y digo:

—¡Desaparece! ¡Desaparece o disparo!

Todos los insultos que he aprendido en su lengua brotan de mis labios. En cuanto ha desaparecido detrás de la casa, vuelvo a entrar. Henriette me mira con sus ojos redondos, llenos de miedo.

—¿Qué hacías, fuera? ¿Dónde está el alemán?

Y mientras habla, el otro pasa por delante de la ventanilla. Henriette lo ve. Se levanta y se viste en silencio. El viejo debe de dormir todavía.

—Vámonos —dice Henriette.

Antes de echarse el saco a la espalda, no se olvida de guardar en él todas las provisiones que quedaron encima de la mesa. En el momento en que abrimos la puerta pasa el alemán. Me alejo sin volver la cabeza. Sé que está junto a la puerta abierta y puede entrar, y que no se mueve.

Deseo profundamente, desesperadamente, verle una vez más, una sola vez. Esta línea de la frente, ya despejada en la raíz de los cabellos, y cuyo contraste con el rostro juvenil es tan grande... Tal vez hubiese sido mejor que lo hubiese visto vestido.

Sí, ahora estoy segura de ello: si hubiese llevado puesto el uniforme, hubiese disparado. Y entonces, sin duda, me hubiese sentido liberada.

En la carretera, divisamos a lo lejos dos siluetas que acuden a nuestro encuentro. Inmediatamente nos internamos en el bosque para proseguir nuestra marcha, iniciada ayer, y que deberá proseguir a lo largo de seis días. Por la noche, las puertas se abrían ante mi revólver. Seres miedosos y sonrientes nos ofrecían su comida y su cama. Dormíamos bajo grandes edredones rojos, abrigadas bajo las plumas de aves muertas mucho tiempo atrás. Cada mañana el tiempo daba un salto hacia atrás para permitirnos volver a vivir el día anterior. Luego dejamos atrás el bosque, y una tarde, en medio de la nieve pisoteada, divisamos las primeras casas sucias de las afueras de Varsovia.

Me he sentado en un mojón, y Henriette se ha acurrucado a mis pies. Extrae del saco un pedazo de pan y un salchichón. Mientras comemos, aparto los ojos de esta ciudad que hubiese deseado no volver a ver jamás. Pienso en las personas que, en este mismo momento, circulan por las calles, vuelven a sus casas... Henriette ha terminado pero sigue de rodillas.

—Bueno, ¿a qué esperamos? —digo.

Sin moverse, Henriette responde:

—Yo tengo que dirigirme hacia la derecha. Ya estoy cerca.

—Bueno, pues ve hacia la derecha.

—¿Y tú?

—Ya soy lo bastante mayorcita para encontrar mi camino.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Y tú, adónde vas?

—Yo vuelvo a mi casa —dice, asombrada.

—También yo vuelvo a mi casa.

—Yo creía...

—No pienses tanto.

—Ven conmigo. Si mi padre no está contento iremos a vivir a cualquier otro sitio, las dos juntas.

Levanta la cabeza hacia mí, como un niño a punto de echarse a llorar. Quisiera decirle que es una buena chica, desearle suerte, que pronto pueda sentarse como todo el mundo y no se vea obligada a arrodillarse cuando necesite descansar. Pero digo:

—Levántate. Ya es hora de que te marches si quieres llegar a tu casa antes que anochezca.

Henriette se levanta y vacila, como cada vez que permanece demasiado tiempo arrodillada. Y me mira.

—Nunca me has contado nada de ti y no me importa quién seas. Sólo sé que no tienes adónde ir y que estás sola. Ven conmigo.

Siento que es preciso acabar cuanto antes. Esta muchacha se vuelve peligrosa.

—Eres muy buena, chiquilla, pero no creo que pudiéramos aguantarnos las dos mucho tiempo. La guerra une a seres muy diferentes. Pero nuestra unión no duraría.

—Comprendo lo que quieres decir. —Y su rostro se endurece, se cierra—. Yo no soy más que una campesina. Pero a veces vale más esto que arrastrarse como un perro perdido.

Vuelve a mostrar la mirada furtiva y desconfiada con que me ha mirado a menudo desde que salimos de la cárcel. Ahora estoy segura de que todo será más fácil. La ayudo a cargarse el saco a la espalda.

—Espero que estos regalos les gusten a los tuyos —le digo—. ¡Con el trabajo que te ha costado llevar este saco!

Sin duda piensa que me burlo de ella. Sin decir palabra, me ofrece la mano. Y le digo:

—Adiós y suerte.

Su mano, en la mía, está fría y sin vida. Yo me dirijo hacia las primeras casas, y, cuando la oigo correr detrás de mí, apresuro el paso. Pero, aun así, no tarda en alcanzarme.

—Recuerda mi dirección —me dice—. Si algo no marcha, avísame.

—Todo irá bien —digo.

Pero ella insiste:

—¿Me prometes que me avisarás?

Se lo prometo. Me repite su dirección por dos veces.

—¿Te acordarás?

Estrecha con fuerza mis manos entre las suyas.

—No olvides que lo has prometido.

—Desde luego —digo—. Desde luego.

Entonces se vuelve y se aleja casi corriendo. La miro partir. Y me doy cuenta de que soy incapaz de repetir una sola palabra de la dirección que me ha dejado. En las calles del suburbio la blancura de la nieve surge aquí y allá entre el barro, como los últimos rastros de una inocencia perdida. Camino en línea recta, ante mí. Mi bolso se balancea suavemente en el extremo de mi brazo. Una niña resbala y cae a mis pies. La levanto «¡Mamá! —chilla—. ¡Mamá! ¡Mamá!». No sé por qué he echado a correr para no oírla. Me encuentro en una calle ancha. Los escaparates de las tiendas se iluminan. Me acerco a uno de ellos. Un instante, contemplo en el cristal mi reflejo, mis botas enormes, mi pesada chaqueta de hombre, sucia y arrugada. Estoy grotesca. Me aparto de los escaparates y camino por el bordillo de la acera. Inconscientemente, vuelve a mí una vieja costumbre de mi niñez; procuro no pisar la junta de las piedras... Camino así, con la cabeza baja, y choco con alguien. Dos brazos se cierran a mi alrededor para retenerme.

—¿Cuenta usted las piedras? —dice una voz.

Y tengo la vaga sensación de que no es la primera vez que me formulan esta pregunta.

—Perdón —digo.

El hombre sigue sujetándome y yo sólo deseo escapar. Es alto y fuerte, y lleva uniforme.

—No tiene importancia —dice—. Yo también lo hago a veces. Cuando me urge olvidar algo... —Abre los brazos y, cortésmente, agrega—: ¿Acaso le urge olvidar algo?

—Montañas de cosas.

—¿De dónde viene?

Se lo cuento.

—Pero si aún no hay tráfico por las carreteras...

—A pie.

—¿A pie? Estará muerta de cansancio. —Parece muy sorprendido—. Tengo un coche, muy cerca de aquí. La acompañaré a su casa. ¿Dónde vive?

—En Lublin.

Se echa a reír. Su risa es agradable, franca y alegre.

—No está muy cerca, que digamos —dice—. Lo menos doscientos cincuenta kilómetros.

Tiene un bigotito que se ensancha cuando ríe. De pronto siento deseos de no verle más.

—Buenas noches —digo, ya en marcha.

Pero me alcanza.

—¿Y puede saberse dónde va, ahora?

No contesto. Ya no deseo hablar con él.

—Escuche. Mañana tengo que pasar por Lublin. La llevaré.

—¿Dónde puedo encontrarle, mañana? —pregunto.

—Falta toda una noche aún. En alguna parte tendrá que pasarla.

Me habla con la voz gruesa que adoptan los adultos cuando regañan a los niños. Le distingo mal. En el fondo poco me importa saber quién es y adónde pretende llevarme. Se ha producido un milagro. De nuevo hay alguien que me dice lo que debo hacer. Camino a su lado. Sus largas piernas dan unas zancadas inmensas y casi tengo que correr para no rezagarme. Ya no me presta la menor atención. Delante de un café, se detiene de pronto y me mira como si me viera por primera vez. Paciente, espero. Finalmente, sonrío. Y apoya una mano en mi brazo.

—Perdón —me dice—. Estaba distraído.

Y me lleva al interior del café. Me invita a tomar un *grog*, muy caliente. Luego otro. El ardor del alcohol sube a mis mejillas. Me siento muy cansada. Quisiera no tener que moverme.

—Es usted una muchacha muy bonita —dice.

Y acerca su silla a la mía.

Tengo la impresión de que sus palabras no se dirigen a mí sino a otra persona, invisible. Y cuando me pasa un brazo por los hombros, me parece tan lejos que no reacciono. Súbitamente, se separa. Y esta vez su mirada se posa realmente en mí.

—No me gustan las chicas como usted. Me ponen de mal humor.

—Sí, claro —digo yo.

Apruebo maquinalmente todo lo que dice. Entonces se lanza a un largo monólogo en el que se refiere a las mujeres latosas, que impiden vivir y respirar libremente. Habla también de la alegría de vivir, la verdadera alegría, la única, la que llena cada minuto, en la que se ríe, se bebe y se hacen tonterías. Ésta es la verdad, la única verdad de los hombres. Así es como se encuentran a sí mismos y llegan a hacer cosas maravillosas. Pero todo el mundo ahoga esta verdad, porque es peligrosa. Un hombre de verdad es un peligro para los demás, para los que se fabrican a sí mismos, pacientemente, cada día, y que sustituyen poco a poco su verdadero «yo» por esta innoble mentira. Dice todavía muchas cosas más que apenas puedo seguir. De vez en cuando asiento: «Desde luego». Entonces se da cuenta de mi presencia y parece alegrarse de que esté allí. Finalmente sus palabras se confunden en un murmullo que me acuna. Apenas puedo tener abiertos los ojos. Con la cabeza entre las manos sigo repitiendo: «Sí, desde luego».

¿Cuándo hemos salido del café? ¿Y cómo? No lo sé. Estoy sentada a su lado, en el coche y él me dice amablemente:

—Tiene que despertarse, niña.

Me ayuda a apearme. Estamos delante de una villa, entre abetos. Apenas introduce una llave en la cerradura cuando se oye un rumor de pasos precipitados. La puerta se abre y aparecen dos mujeres ante nosotros. Mis ojos se acostumbran poco a poco a la luz. Una de las mujeres está en los brazos de mi compañero y repite una y otra vez:

—Querido, querido...

El hombre le da unas palmadas en los hombros, y, entre tanto, mira a la otra, adosada a la pared, con la cabeza levantada. La luz cruda cae sobre un rostro joven marcado por la viruela, cuya vida parece haberse refugiado íntegramente en los ojos, de un azul intenso.

—Buenos días, Jeanne —le dice.

—¿Quién es?

Y me señala con un dedo. La mujer alta y rubia, abrazada todavía al hombre, sigue ignorándome. Él, suavemente, se deshace del abrazo.

—Clotilde, te he traído esta jovencita.

Una linda cabecita de muñeca se vuelve hacia mí, y, al verme, parece apagarse bruscamente, para ofrecerme los rasgos avejentados de una mujer desdichada. Como la otra, pregunta:

—¿Quién es?

—No lo sé —dice el hombre—. La he encontrado por la calle. Lleva muchos días caminando. Tiene hambre y se cae de puro cansancio. Ocupaos de ella. Yo tengo que volver a salir.

—¡No, no saldrás! —exclama la mujer—. Me prometiste que no volverías a irte.

—Es preciso —dice el hombre, molesto—. Debo recibir órdenes antes de mi marcha.

—No es verdad —dice la muchacha de los ojos azules.

La mayor apenas puede hablar, tan encolerizada está.

—Sigues corriendo detrás de esa... de esa...

—Por favor, no quiero escenas delante de una forastera.

—Por esto la has traído, para cerrarnos la boca. Te importa un bledo que tenga hambre y esté cansada.

Y se arroja a su cuello, suplicante:

—No vayas, querido, no vayas. Quédate con nosotras.

—No te pongas en ridículo, Clotilde —dice la otra—. Sabes muy bien que irá.

—Ocupaos de ella —dice el hombre, suavemente—. Mañana la acompañaré a su casa.

—La echaremos a la calle en cuanto vuelvas la espalda —amenaza la joven.

—No, Jeanne, no lo harás —dice él, sonriendo—. Eres la chica mejor del mundo. Hasta mañana. Y que esté a punto a primera hora de la mañana.

El hombre se va. Tengo la impresión de ser un objeto confiado a las dos mujeres. Clotilde solloza tapándose la boca con una mano.

—Cállate —le dice la otra—. ¿Por qué tienes que dar este espectáculo?

—Tengo derecho. ¡Es mi marido!

—Bueno, bueno, ya lo sabemos. —Se vuelve hacia mí—. Venga. Y perdone el recibimiento.

Es una muchacha bien educada la que me habla, suave y amable. Subimos una escalera. Clotilde nos sigue.

—Tomará un baño y se cambiará la ropa —me dice Juana.

Entra conmigo en el cuarto de baño. La bañera está llena. La joven se sienta en un taburete y me dice:

—Como ve, no la esperábamos, pero todo estaba a punto. Acabamos de llenar la bañera. Dese prisa antes de que se enfríe el agua.

—Muchas gracias —le digo, sin moverme.

—Vamos, ¿a qué espera?

Empiezo a desnudarme. La joven no me quita la vista de encima, y no se pierde ni uno solo de mis ademanes.

—No está usted nada mal —dice, al fin—. ¿Cómo es posible que no se haya dado cuenta?

—¿Quién?

—Jean.

—¿Se refiere al hombre que me ha traído aquí?

—Sí, al hombre que la ha conducido aquí —dice, alegremente—. El jabón está a la derecha.

—Gracias.

Pero no tiendo la mano para cogerlo. La fatiga embota mi cuerpo, lo hincha y tengo la impresión de que lleno toda la bañera. Jeanne se levanta.

—Voy a ayudarla.

La dejo que obre a su guisa. Me abandono una vez más a la dicha de someterme a otra voluntad, de no tener que hacer nada por mí misma. Ahora me envuelve en una bata y me frota enérgicamente. Siento unos deseos locos de volver a echarme al agua para que Juana empiece de nuevo.

—Ya está. Ahora venga conmigo y tomará algo caliente.

Me invita a pasar a una estancia iluminada por la luz dorada de una lámpara única, con una pantalla enorme. Me acoge un sillón muy blando. A un lado, en un sofá, una forma alargada solloza.

—Es Clotilde —dice Jeanne—. Tiene para otro rato.

Luego me sirve té y pastas. Los lamentos de la mujer, monótonos, se eternizan. No experimento la menor curiosidad. No me interesa saber dónde estoy. No tengo frío, me dan de comer y me dejan tranquila. En cuanto a estas mujeres, ni se me ocurre pensar que su comportamiento pueda ser extravagante. Viven en otro mundo, en el que yo he penetrado por error. No me importa lo que sean. Y sin duda lo que soy yo debe de hallarse fuera de la esfera de su comprensión. Jeanne coloca una botella y tres copas encima de una mesa baja.

—Entonces, ¿no has terminado aún? —dice a la forma quejumbrosa del sofá—. Ven a tomar una copa con nosotras.

Clotilde se incorpora.

—No tiene derecho a abandonarme así. Estamos casados. —Jeanne suelta una carcajada—: ¿Por qué te ríes?

—Porque eres ridícula, mi querida tía. No sabes hacer otra cosa más que llorar y repetir que es tu marido y tú su mujer. Y sin embargo, deberías comprender que no le gusta mucho recordar el día en que se casó contigo. Por otra parte, odia las lágrimas. ¡Qué le vas a hacer! Ama la vida, le gusta divertirse. ¿Cómo podría quedarse a tu lado si no cesas de fastidiarle con tus excesos sentimentales?

—¿Y tú? —dice Clotilde—. ¿Acaso lo haces mejor?

—Yo soy del tipo serio, reflexivo. Peligroso para él. Jean lo sabe y lo evita como la peste. Además, no querrás verme reír, con esa cara. Vamos, ven a tomar una copa.

Clotilde no se mueve y Jeanne le lleva la copa. A través de sus lágrimas, mira a su sobrina con ternura.

—Jeanne, de no ser por ti, estaría muerta hace ya mucho tiempo.

—¡Qué lata! Siempre lo mismo. O lloras o te pones sentimental.

Mojo los labios en un líquido de una dulzura traidora. Apenas lo trago, fluye como metal en fusión. En cuanto depositó la copa, medio vacía, encima de la mesa, me la llenan de nuevo. Regulo mis movimientos de acuerdo con los de Clotilde. Levantamos la copa al mismo tiempo y la dejamos encima de la mesa las dos a la vez. Jeanne circula entre nosotras, con la botella en la mano. Ella bebe de pie. Estoy ebria, lo sé, borracha hasta no poder levantarme. Pero ahora las dos mujeres existen realmente a

mis ojos. Las veo. Veo que Clotilde no es realmente rubia, sino que lleva el pelo teñido. Su rostro mate da muestras de una pronta decadencia. Tiene unos labios delgados y tristes. Las venas sobresalen en sus manos de uñas sangrantes; manos de vieja. Jeanne tiene un cuerpecito joven y sutil, y un busto arrogante. Se inclina hacia Clotilde, que repite:

—¿Por qué no me quiere?

Y le dice:

—Eres una cerda, mi querida tía. Me has hecho venir aquí porque sabes que le gustan las jóvenes, los frutos en agraz. Para retenerle, para que se acueste conmigo y no tenga que salir por ahí. Y con una cara como la mía nada tenías que temer, ¿no es verdad?

—Eres un monstruo —dice Clotilde—. Te he recogido porque...

—Porque soy huérfana, lo sé. Y porque tú eres buena.

—Sí, soy buena, sí, soy buena —exclama Clotilde—, pero nadie se da cuenta. Te he recogido por compasión, y tú me lo has agradecido acostándote con él.

—Me he acostado con él y volveré a hacerlo cada vez que tenga ocasión para ello.

—¡Nunca más, me oyes, nunca más!

—Claro que sí, y tú fingirás dormir, como de costumbre. De noche no me ve la cara. Por la mañana, a la hora del desayuno, se mostrará amable contigo, y te pasará la mantequilla y la mermelada. A mí precurará no mirarme. Serás feliz, me llamarás «mi querida Jeanne» y me besarás.

—¡Te echaré a la calle!

—No. En primer lugar porque él no te lo perdonaría. Y luego porque eres buena. Te harías sufrir demasiado pensar que ando por las calles, hambrienta, sin un céntimo. Y, además, me quieres, tía Clotilde, me quieres a tu manera.

—Te quiero mucho, Jeanne mía...

Y Clotilde empieza de nuevo a sollozar. Jeanne la coge en sus brazos.

—No llores —dice—, no llores. Mañana tendrás los ojos encarnados y estarás fea cuando él vuelva.

—¿Estás segura de que volverá? —murmura Clotilde, entre dos sollozos.

—Claro que sí, claro que sí. —Y Jeanne acaricia los cabellos rubios de su tía—. Te pondrás aquel vestido azul que te sienta tan bien, y él te dirá que estás muy bonita.

—Dame otra copa, Jeanne mía.

La joven vuelve con otra botella y sus ojos se posan en mí.

—¿Está usted aquí todavía?

Le sonrío alegremente.

—¿Dónde quiere que esté?

—Naturalmente, nadie está jamás en su sitio.

Me llena la copa. Tengo que beber para seguir hallando tanto placer en la conversación de estas dos mujeres. Jeanne va a sentarse junto a Clotilde, que ha vuelto a echarse en el sofá. Le habla en voz tan baja que no logro oír lo que dice. O, quizá, la voz del alcohol dentro de mí se ha amplificado tanto que ahoga sus palabras.

Me despierto en el mismo sillón, con una almohada bajo la cabeza, y una manta en las rodillas. La lámpara está apagada. Es de día, Jeanne me trae el desayuno.

—Dormía usted tan bien, que no me atreví a despertarla para llevarla a la cama —me dice.

Vuelve a ser una joven seria, reservada, de la que se adivina que ha recibido una buena educación. Me deja un libro y me paso la mañana esforzándome por leerlo, en vano. Ella, entre tanto, se ocupa de la limpieza, de la cocina, y de su tía, que está acostada todavía. Ahora somos tres las que esperamos el regreso del hombre. La tía se queda en su habitación, y Jeanne me sirve el almuerzo con todas las atenciones que pueden tributarse a un invitado de categoría. Pienso en el fuego que arde bajo esta apariencia fría y envidio a Jeanne su poder de entregarse a la exaltación de una vida maravillosa de placer y sufrimiento.

El hombre llega por la tarde. En cuanto entra me dice:

—¿Está a punto, señorita? No tenemos tiempo qué perder. —Me da unas palmadas en la espalda—. ¿Ha comido y dormido bien? —Y sin esperar respuesta, agrega—: Nos vamos en seguida.

Pero todavía pasa una hora. En la estancia contigua se oyen unos susurros. Desde su habitación, arriba, Clotilde llama con voz tímida e

implorante. Luego oigo al hombre reír en alguna parte de la casa. Tengo la impresión de que los tres dan vueltas a mi alrededor, persiguiéndose. Sus voces llegan hasta mí, próximas o lejanas, ora a la derecha, ora a la izquierda. A veces tengo la impresión de que el hombre quiere huir pero tropieza siempre con una de las dos. Finalmente viene a buscarme y salimos. Las mujeres no se dejan ver.

Durante el trayecto se muestra agradable, atento y amistoso. Habla, bromea, ríe, libre, feliz, sin remordimiento. Ni una sola vez alude a lo que ha dejado tras de sí, su casa, sus mujeres. Pisa con fuerza el acelerador y quiere que yo comparta su placer de correr en un coche cómodo. Nos detenemos para cenar en un albergue rural. Come con el mismo entusiasmo con que habla, con que conduce, con el mismo entusiasmo con que ejecuta todo cuanto hay de agradable en la existencia y de lo que puede extraerse un placer fácil, sin complicaciones. Terminamos la cena con unas copitas de vodka. Durante el resto del trayecto, aturdida por la comida y el alcohol, ya no me esfuerzo en escucharle. Pero como en el fondo yo sólo le sirvo de pretexto para poder pensar en voz alta, él no se da cuenta siquiera. Al anochecer llegamos a Lublin. Me pregunta:

—¿Dónde quiere que la deje?

—Aquí —digo, sin mirar.

Me retiene la mano.

—Buen regreso a su hogar.

Y me sonrío amablemente.

Miro cómo se aleja el coche. Y de pronto se adueña de mí el temor de que el hombre se haya equivocado, de que me haya abandonado en una ciudad desconocida, como aquellas a las que llegaba de noche, indiferentes u hostiles. Quiero correr, gritarle que se detenga, que cumpla su promesa de llevarme a mi casa... No tiene derecho a dejarme así, sola, en medio de esta calle desconocida que se hunde en la noche. El coche ha desaparecido. Avanzo unos pasos; y de pronto todo se ordena en el tiempo y en el espacio. Me abandona la angustia e inmediatamente se plantea el problema habitual: ¿dónde dormiré esta noche? Mi memoria me devuelve nombres, direcciones. No tengo más que elegir. Pero voy repitiendo: «¿Dónde puedo dormir?». Insensiblemente apresuro la marcha. Entro en mi patio, y la

escalera me conduce ante mi puerta. Advierto que ha desaparecido la campana. Mi mano la busca todavía, asombrada. Luego llamo. No me importa saber cómo he llegado hasta aquí. Sólo sé una cosa: que es preciso que esta puerta se abra. Llamo de nuevo. Oigo unos pasos tardos. Un rectángulo de luz se ensancha prudentemente y asoma una cabeza de cabellos grises:

—¿Quién es? —dice la mujer.

—Es que... yo vivo aquí.

—¿Aquí? Aquí vivo yo.

Empujo la puerta. Pero la mujer se agarra a ella con fuerza y luchamos en silencio. La oigo resoplar y al fin ladra:

—El truco de la antigua propietaria, ¿eh? Al menos lo han intentado ya otras diez. Y si es usted la propietaria, vuelva con la policía.

Me apoyo con todas mis fuerzas, luchando contra aquella voluntad hostil. Se acerca una voz de hombre.

—Otra —dice la mujer furiosa—, otra que dice que vivía aquí.

—Échala.

—No puedo. No me deja cerrar...

Alguien surge detrás de la mujer. Un brazo me rechaza, y la puerta se cierra de golpe. Permanezco todavía unos instantes apoyada en ella, con la cabeza huera. Finalmente me separo. La escalera está a oscuras, pero mi mano, por sí misma, encuentra la barandilla. Subo. Hay veinticuatro peldaños por piso. Los cuento silenciosamente. Una vez, dos veces, tres veces... La puerta del desván está a la izquierda. Está cerrada. Entonces vuelvo a bajar y cuento de nuevo los peldaños. Cinco pisos. Abajo, veo inscribirse el cielo de invierno de mi niñez entre las paredes, y las estrellas me hacen los mismos signos desde el fondo de la misma noche que me ha esperado siempre aquí, que me espera hace siglos, desde ayer. Nada ha ocurrido. Los viejos temores infantiles siguen agazapándose en la oscuridad y mi pie reconoce el lugar donde falta una loseta. No han tenido tiempo de volver a colocarla. Se levantarán ciudades y se derrumbarán, en todo el mundo, antes de que vuelvan a colocar esta loseta. Antes de que cambien las figuras en que se ordenan las estrellas. Antes de que la noche se vea libre de los terrores de la infancia.

Bajo. Mi pie atrae los peldaños de piedra, de uno en uno, haciéndolos surgir de la nada. Sólo existe este peldaño en el que me apoyo, sólo existe en ese instante, en el grueso de la noche en que me hundo; el peldaño y la rugosidad de la pared que roza mi mano. Ya no es la oscuridad traslúcida del exterior, donde tiembla aún el recuerdo de la luz. Es, simplemente, la tiniebla, la que precedió a toda luz y todo pensamiento. Desciendo, lejos de los hombres, hacia las regiones apacibles que un día se abrirán para acogerles. Allá dejarán de hacer ruido, ya no tendrán miedo ni sufrirán, ya no tendrán que poblar su soledad. Estarán en su sitio. Una puerta cede ante mí, como si alguien me esperara. Me adentro por un pasillo que tiene la anchura de mis brazos abiertos en cruz. Allí están las puertas; las tres primeras cerradas. Pero la cuarta cede bajo la presión de mi mano, y sé que no puede ser de otro modo. Entro en nuestro sótano. Avanzo con prudencia, temiendo tropezar con objetos extraños. Paso a paso... Y choco con algo. Mis manos avanzan y encuentran una superficie de madera ligeramente curvada, una argolla de metal... Mis manos buscan, palpan, se informan, interrogan los herrajes, los clavos de cabeza grande, y la sospecha que nace en mí se truca en incertidumbre: allá, en la oscuridad, se ha reconstruido el baúl de mi niñera. No necesito la ayuda de mis ojos para reconocerlo; está hincado en mi memoria con todas sus asperezas, hasta con el grano de la madera con que está hecho. Levanto la tapa, y hundo las manos en su interior. Está vacío. Entonces lo cierro de nuevo y me siento encima de él. Sigo allá, esperando tal vez disolverme en la oscuridad, atónita, cansada. Una sensación penosa me despierta de mi torpor. Me echo, estrechando el baúl entre mis brazos como para ahogar contra él este dolor que se encuentra preso en mi pecho y busca una salida. Me parece oír un suspiro dentro del baúl vacío, un pequeño gemido que intenta atravesar la tapa. Acabo por darme cuenta de que estoy llorando. Lloro. Por primera vez, como hacen los demás, como todos los que lloran a sus muertos, hasta que el dolor se quiebra y se disuelve en las lágrimas.

Ante mí, una calle oscura sube cuesta arriba. Mis pies resbalan en el suelo helado. Tal vez porque cada paso me cuesta tan grande esfuerzo tengo la impresión de que llevo largo rato caminando. La cuesta es más empinada cada vez y el extremo de la calle se pierde en una oscuridad que no cesa de

retroceder. Un viento frío viene a mi encuentro. El cielo nocturno desciende inexorablemente, pero se detiene al llegar a la altura de los tejados, masa de tinieblas suspendidas que toda la angustia humana equilibra un instante, por el espacio de una vida, antes de que se derrumben. Y el viento loco, cogido en la trampa, se ahoga en el estrecho pasaje de la calle cuyas ventanas muertas sacude con furor. No sé adónde voy. No sé qué me espera al final. ¿Para qué tanto esfuerzo cuando sería tan fácil dejarse caer en el suelo? Sin duda llegaría el sueño... ¡Estoy tan cansada! Pero una voz inaudible grita: «¡Adelante!». ¿Hasta dónde? ¿Hasta dónde? Un paso, otro más, y otro paso aún. Sigo, avanzo... ¿Hasta dónde? Quisiera saber cuánto he avanzado ya... Detrás de mí, la calle se sumerge en la incertidumbre de las sombras. ¿No sería más razonable abandonarse a la pendiente, dejarse deslizar hasta abajo, tal vez eternamente, tal vez para llegar al punto en donde todo empezó un día, en donde jamás existieron fatigas ni sufrimientos? «¡Adelante!», me ordena la voz. Al volverme, advierto que ya no estoy sola. A lo lejos, una silueta de hombre acude a mi encuentro. Cosa, extraña, a pesar de la distancia distingo en la noche una larga chaqueta negra, y, encima, un sombrero. Tero no veo rostro alguno. En este momento el viento me sacude con nueva violencia y me derriba. Cuando intento levantarme, un dolor intolerable en la espinilla me mantiene clavada en el suelo.

—¿Se ha hecho daño? —dice una voz.

Está a dos pasos, y, bajo el sombrero, no logro todavía distinguir su rostro. Los faldones de su larga chaqueta negra se agitan suavemente al viento, cuyo furor parece haberse calmado. Se acerca más aún, se agacha, y, con un brazo bajo mis axilas y el otro bajo mis rodillas, me levanta sin esfuerzo.

—Usted no puede andar sola —me explica.

Él camina con facilidad, con paso igual, indiferente al peso de mi cuerpo y a lo empinado de la cuesta. Me abandono a la euforia de no tener que luchar más. Pero, poco a poco, experimento una especie de inquietud, me siento como oprimida. El aire que penetra en mis pulmones me duele. A cada momento este dolor se agudiza. Él parece darse cuenta y me dice:

—Respira demasiado fuerte.

—Siempre he respirado así —digo yo, asombrada.

—Es posible, pero ahora debe aprender a respirar de otra manera: sólo el aire imprescindible para no ahogarse.

De pronto me doy cuenta de que es él, de que es su brazo lo que me ahoga, la implacable presión de su brazo en torno de mi pecho. Quiero debatirme, pero el dolor se hace más agudo todavía. Y la misma voz indiferente me aconseja:

—Haga como le digo; sufrirá menos.

Intento gritar, pedir socorro, y sólo puedo exhalar en un gemido el poco aire que todavía logro inspirar.

—No es usted razonable —dice él—. ¿No comprende que quiero ayudarla?

Vencida, resignada, me esfuerzo por aspirar minúsculas cantidades de aire, sólo lo indispensable para vivir. Una respiración mínima, humilde. Y el dolor se atenúa, y llega a hacerse soportable.

—Póngase cómoda —dice el hombre—. Apóyese en mí, sin reparos.

Le obedezco, y apoyo la cabeza en su hombro. Casi le agradezco ya que me ahorre la fatiga de caminar, de luchar contra el viento. Ha cargado conmigo, con mi fatiga, y ya no debo preguntarme si sigo la dirección acertada; él camina y piensa por mí. A cambio de todo ello, sólo me pide que respire discretamente. Para estar más cómoda, quiero pasarle un brazo por el cuello. Pero mi brazo pasa a través... Sólo encuentro el vacío. Y, de golpe, el cielo se invierte para sumergirme al fondo de sus tinieblas.

Sigo en la oscuridad, echada encima del baúl. Y me digo que, allá arriba, debe de estar comenzando uno de esos días innumerables que todavía me toca vivir.

OceanofPDF.com



ANNA LANGFUS (Lublin, Polonia, 1920 - París, 1966). Nacida Anna-Regina Szternfinkiel, en una familia acomodada de origen judío. Conoce los guetos de Lublin y de Varsovia y sufre los dramas de la guerra.

Logra sobrevivir un tiempo haciéndose pasar por aria y llega a ser agente de enlace de la resistencia, pero es detenida por la Gestapo y torturada. Liberada por el ejército soviético, vuelve a Lublin, donde permanece hasta mediados de 1946. Marcha a Francia como refugiada, donde llega a atravesar momentos de extrema pobreza. Conoce a Aron Langfus, un judío de Lublin, superviviente como ella del holocausto, con el que contrae matrimonio y tiene en 1948 una hija, María.

Se introduce en los medios teatrales y en 1953 publica la obra teatral *Les lépreux*, que se llevará rápidamente a escena. Su primera novela, *Le sel et la soufre*, aparece en 1960. Logra una gran acogida de crítica y público y recibe el premio Charles Veillon. Su siguiente novela, *Les bagages de sable*, supera el éxito de la anterior, y gana el premio Goncourt en 1962. En

ella se aborda el dolor de una superviviente del holocausto con problemas para volver al mundo real. En su tercera novela, *Saute, Barbara* aborda de nuevo este tema.

Anna Langfus, a pesar de su muerte prematura, con sólo 46 años, es autora de una docena de piezas de teatro, radiofónicas y de relatos.

OceanofPDF.com

Notas

[1] *Armia Krajowa*: una de las dos grandes formaciones de la Resistencia polaca. <<

OceanofPDF.com